ALVARO VANEGAS

ALGUNOS PECADOS NO TIENEN PERDÓN

LA SANGRE DERRAMADA

Planeta

Alvaro Vanegas

La sangre derramada

Planeta

© Alvaro Vanegas, 2022

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2022
Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

© Ilustración de cubierta, Julián R. Tusso (@tuxonimo)
Diseño de cubierta: Departamento de Diseño Grupo Planeta Colombia

© Fotografía de portada, Jei Vera (@el_buen_flash)

Primera edición: octubre de 2022
ISBN 13: 978-628-7568-31-0
ISBN 10: 628-7568-31-3

Desarrollo E-pub
Digitrans Media Services LLP
INDIA
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Conoce más en: https://www.planetadelibros.com.co/

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Para Laura Leguizamón:
como pasa en esta historia con Mariela y Jesús,
yo también estoy fascinado con tus manos y su poder sanador.

«¡Que no quiero verla!

Dile a la luna que venga,
que no quiero ver la sangre
de Ignacio sobre la arena».

LA SANGRE DERRAMADA,
FEDERICO GARCÍA LORCA

Contenido

Al interior
Alta tensión
Fronteras
Mártires
Al interior II
Alta tensión II
Fronteras II
Al interior III
Fronteras III
Alta tensión III
Mártires II
Alta tensión IV
Al interior IV

AL INTERIOR

Aplastó contra el cenicero el quinto cigarrillo de la noche, y solo hasta ese momento notó que estaba fumando. Miró de un lado a otro, pues, de repente, olvidó dónde estaba. *Aquí vivo*, pensó después de unos segundos. Como para asegurarse de que así era, repitió en voz alta:

—Aquí vivo.

El sonido de sus palabras se le antojó extraño, ajeno. Consideró volver a hablar, pero le asaltó la horrible certeza de que si lo hacía se quedaría sin palabras, como si hubiera venido al mundo con una reserva limitada y le quedaran muy pocas, apenas unas diez o veinte. *Qué estupidez*, se dijo e intentó sonreír, pero no pudo. Sentía el rostro agarrotado. Aspiró una bocanada profunda del cigarrillo que tenía entre los dedos, el sexto de la noche; no recordaba en qué momento lo había encendido. Mientras exhalaba el humo y la sala se seguía llenando del aroma acre del tabaco, intentó recordar dónde había estado o qué había hecho durante el día. Algunas imágenes difusas de él mismo deambulando por el apartamento quisieron tomar forma en su mente y un instante después se le escaparon.

Un dolor fuerte y repentino en su antebrazo derecho lo tomó por sorpresa y estuvo a punto de soltar el cigarrillo. No obstante, se recobró pronto, llevó el cilindro de papel y nicotina a su boca y aspiró otra bocanada. Tenía que hacer algo respecto a esos dolores, y cuanto antes, pero, por ahora, acabaría ese cigarrillo y se iría a dormir. Tenía la leve y lejana idea de que era muy tarde y necesitaba descansar. Llevó de nuevo el cigarrillo a su boca y volvió a aspirar; algo dentro de sí le decía que no pararía hasta terminar la cajetilla. El dolor atacó de nuevo, esta vez en el antebrazo izquierdo, en esta ocasión no se inmutó, ese dolor no lo tomó por sorpresa.

Debo levantarme de esta silla.

Su mente se quedó en blanco, como si hubiera entrado en pausa. Pasados unos cuantos segundos, de la nada, retomó el hilo

de sus pensamientos:

Levantarme e ir a la habitación, tal vez ver una película o leer un libro. No puedo quedarme toda la noche aquí sentado, fumando un cigarrillo tras otro.

Apagó el cigarrillo consumido hasta el filtro y, sin pensarlo, encendió otro.

La mirada del doctor López muy pronto lo sacaría de quicio, con todo y que estaba lejos de imaginar que en el futuro estaría vomitando pequeños insectos por boca y nariz. Desde que tenía memoria, ese señor de barba abundante, ahora salpicada de vetas blancas por el implacable paso del tiempo, había tratado a su familia, y en más de una ocasión les ahorró el desgaste de conseguir una cita en un país donde, si no tienes dinero suficiente, eres un cero a la izquierda para un sistema voraz repleto de ratas que solo te toman en cuenta cuando necesitan tu voto.

—Yo te veo perfecto —aseguró el doctor López con la voz amortiguada por efecto del tapabocas, y con un tono que seguro usaba con sus pacientes más pequeños. Pero Ignacio Vargas, que estaba a punto de cumplir 33 años, no estaba muy dispuesto a que lo trataran como a un niño, mucho menos como a un niño imbécil.

—Doctor, le aseguro que cada día tengo un dolor distinto, eso no puede ser normal. Hoy, por ejemplo, me duelen los hombros; sé que suena tonto, pero siento como si hubiera algo dentro de mí que quisiera abrirse paso con una navaja, como si pudiera cortar la piel desde adentro... ¿Alguna vez tuvo un caso parecido? — Ignacio sintió que le faltaba el aire, pero seguro se debía al tapabocas de tela que había elegido esa mañana y a su obvio estado de agitación. Quiso convencerse de eso.

López lo miró con la cabeza inclinada. Yendo en contra de todos los protocolos, bajó su tapabocas y dejó ver una sonrisa condescendiente, la clase de sonrisa reservada para alguien que está haciendo el ridículo, pero, en nombre del aprecio que le tenemos, decidimos soportar. Ignacio tuvo el impulso casi irrefrenable de golpear al doctor con fuerza, convertir su nariz en una pera de boxeo, noquearlo sin piedad y seguir golpeando. Aquel pensamiento lo hubiera tomado por sorpresa dos o tres

meses atrás, sin embargo, ahora estaba acostumbrado a ese tipo de imágenes, que con tanta frecuencia poblaban su mente, y se limitaba a espantarlas con un movimiento casi imperceptible de su cabeza.

—Podría ordenarte los mismos exámenes de hace un mes, pero estoy seguro de que los resultados serían los mismos —aseguró López, mientras le daba la espalda y se volvía a sentar tras el escritorio.

Ignacio se bajó de la camilla, volvió a ponerse la camisa y se sentó frente al doctor. Tuvo que pagar casi cien mil pesos por aquella consulta y empezaba a sentir que había sido una pérdida de tiempo y dinero. Por otro lado, ¿cuáles eran sus opciones? Pagarle a un profesional desconocido que le cobraría mucho más o acudir a la EPS. Esta última implicaría que le asignaran una cita en unos tres meses, si contaba con suerte, y mientras tanto ¿qué? Seguir conviviendo con los dolores, algunos tan intensos que le arrancaban lágrimas, soportar las largas noches de insomnio, vivir con las…

Las voces, tienes que aceptarlo, son voces y están dentro de tu cabeza; nadie, aparte de ti, puede escucharlas.

Se negaba a contarle al doctor sobre aquellas voces. Tenía muy claro lo que sucedería: le dedicaría otra de sus miradas y lo enviaría de inmediato a un psiquiatra. Pero él no estaba loco, claro que no. Aquellos murmullos debían tener alguna explicación distinta a una enfermedad mental. Había pasado dias completos investigando en Internet y los resultados siempre eran los mismos: alucinaciones, esquizofrenia, locura… *No todo está en Internet, es imposible,* pensaba para convencerse.

Al sentarse frente a López, su espalda baja emitió un destello de dolor que le recorrió las caderas y bajó hasta su rodilla derecha. Notó que ya no le dolían los hombros. Sus afecciones tomaban turnos rotativos y ahora era el turno de su zona lumbar. Mañana, o más tarde, sería la cabeza; poco después, tal vez, el estómago. Cada tanto un dolor distinto, no exageraba, aunque tenía que admitir que sonaba gracioso y seguro lo hacía quedar como un hipocondríaco sin remedio.

López empezó a escribir sus garabatos en un recetario. Ignacio esperó, paciente. Recibiría el papel lleno de aquellos jeroglíficos que el doctor quería hacer pasar por palabras en español y lo

botaría en la primera caneca de basura que encontrara. Lo que tenía no se curaría con los medicamentos que el doctor recetaba, de eso estaba seguro.

—Tómate una tableta de Melatonin cada noche, máximo en una hora estarás dormido. Es lo más fuerte que te puedo recetar sin causarte dependencia. Haz ejercicio y procura no comer nada después de las siete de la noche. Si puedes, desconecta tu celular por lo menos una hora antes de acostarte. —López le entregó la receta—. Todo esto no es más que producto del estrés. Deberías tomar clases de yoga o meditación. Espero no verte pronto —agregó el doctor con una sonrisa—, pero sabes que cuentas conmigo.

Ignacio intentó sonreír también y se dispuso a salir del consultorio, pero se detuvo dando la espalda al doctor. Tomó aire y se atrevió a preguntar:

—Doctor, tengo un amigo que dice que escucha voces… ¿eso es grave?

—¿Voces?

—Ajá. —Ignacio no se atrevió a voltear para mirar al doctor a los ojos.

—Y es un amigo muy cercano, supongo.

Ignacio se sintió estúpido. ¿Un amigo? ¿Acaso creía que López era idiota? No respondió.

—Dile a tu amigo que busque ayuda… y pronto.

Ignacio soltó el aire, decepcionado. No tenía claro qué esperaba escuchar, pero la respuesta del doctor le sentó como una patada en el vientre.

—Yo le digo, doc. —Siguió sin atreverse a mirarlo—. Mil gracias.

—Cuídate, Ignacio.

—El camino del bien no es más que un sistema de creencias caduco, la naturaleza humana es causar daño, entregarse a sus impulsos primarios, y esa naturaleza siempre prevalecerá. El infierno está en la Tierra y merecemos cada maldito segundo de existencia en este caos —susurró.

—¿De qué hablas?

Ignacio no lo sabía. Sí, había sido *su* boca y *su* voz, pero esas no eran *sus* palabras. Sin dar explicaciones, se apresuró a salir del

consultorio.

Sufrió todo el viaje en Transmilenio desde Mazurén hasta Galerías, pues el dolor en su espalda fue ganando intensidad a cada minuto. Llegó al edificio donde vivía y, con las manos temblorosas y la frente perlada de sudor, buscó las llaves y entró. Inhaló con los ojos cerrados antes de iniciar el ascenso por las escaleras. Tres pisos no eran mucho, excepto cuando se sufrían dolores de alta intensidad. Procuró subir a un ritmo constante, pero le resultó imposible. Araque, el vecino del segundo piso, lo saludó con amabilidad desde la puerta de su apartamento y le preguntó si necesitaba ayuda. Ignacio agradeció en su fuero interno y quiso aceptar la ayuda. Abrió la boca y desde su espalda surgió un relámpago de sufrimiento que incluso le nubló la vista. Intentó recomponerse y, con lo que esperaba fuera una sonrisa, negó con la cabeza mientras procuraba que el mareo no lo venciera y se desplomara ahí mismo. Araque asintió, pero en su expresión se adivinó una honda preocupación. Ignacio, hasta ese momento, no tenía claro cómo lucía en ese instante, pero la mueca llena de lástima en el rostro del vecino no resultaba alentadora.

Una vez dentro de su apartamento, lo asaltó el fuerte olor a cigarrillo que en primera medida lo sorprendió. Él no fumaba y vivía solo. Luego recordó que, de un tiempo para acá, aunque su repulsión hacia el cigarrillo no había disminuido, no podía evitar fumar. Pensó en sentarse a escribir, en otras ocasiones, en las que el dolor también se localizaba en su espalda, había conseguido sentarse frente al computador y escribir dos o tres párrafos, pero hoy el dolor apenas si lo dejaba pensar. Con las pocas fuerzas que le quedaban, entró a su habitación y se acostó bocarriba con las piernas flexionadas. Con la mirada fija en el techo recordó las palabras del doctor López: «Dile a tu amigo que busque ayuda… y pronto».

Asumía que, de seguir así, se rendiría y buscaría ayuda, pero por ahora las voces eran apenas murmullos inentendibles. No era tan grave. Además, existía la posibilidad, por pequeña que fuera, de que las voces un buen día desaparecieran; por otro lado, lo que de verdad estaba minando su calidad de vida eran los dolores. *El estrés, eso tiene que ser,* se dijo por enésima vez en el último mes, incluso se lo había dicho ese mismo día mientras

estaba de camino al consultorio del doctor López. *Tal vez la meditación no sea tan mala idea*. Con esa frase se quedó dormido, así, de repente, como le sucedía con frecuencia de un tiempo para acá, sumergido en una inconciencia sin sueños de ninguna clase. Como si estuviera en coma… o muerto.

Despertó pasada la medianoche. Logró dormir durante un poco menos de doce horas, pero se sentía agotado, apaleado incluso. No obstante, en medio de todo, se aferraba con uñas y dientes a lo bueno: ya no tenía dolor de espalda. Había sido reemplazado por un fastidio en el codo derecho, nada de consideración. Tal vez era una de esas raras ocasiones en las que el dolor se apiadaba de él.

Se sorprendió pensando en el "Dolor" como una criatura oscura que acechaba sin descanso. Tenía forma de araña y el tamaño de un gran danés. Su mente le gritó que lo lógico era sentir miedo ante semejante visión, pero lo único que experimentó fue un sordo reconocimiento: aquel monstruo lo acompañaba desde hacía tanto tiempo, que ahora que le daba forma, solo se sentía más familiar. No, ya no le asustaba, aunque lo llenaba de ira, eso sí, una ira turbia siempre presente.

Se puso de pie y, sin encender las luces —su visión nocturna había mejorado de manera considerable, algo que registró un par de semanas antes, sin concederle importancia— caminó hasta la nevera. La abrió sin tener muy claro qué buscaba, sin decidir si sentía hambre o sed. Agarró una lata de cerveza barata que ni siquiera recordaba que tenía, era de una marca que detestaba. Con los ojos cerrados, disfrutó el frío del metal en sus manos, agradecido. Transcurridos unos segundos, llevó la lata a su frente y su cuello. Solo hasta ese momento notó que ardía en fiebre. Dejó la lata en su lugar, no le apetecía cerveza, pero por lo menos ahora sabía que tenía sed, mucha. Pasó unos minutos alelado observando el interior de la nevera. Había un par de tomates, media barra de mantequilla, un par de filetes de carne de cerdo, un sobre abierto de mermelada de frambuesa, un paquete pequeño de queso parmesano casi vacío, una botella de gaseosa de manzana sin abrir y, la joya de la corona: una botella de Jack Daniels Honey que había estado guardando para una ocasión que no recordaba y que, en ese momento, carecía de toda relevancia. Con la boca haciéndosele agua, tomó la botella y volvió a

quedarse alelado, con la puerta de la nevera abierta y ahora con los ojos puestos en el líquido ambarino. No sabía qué era lo que buscaba allí adentro, y aun así no podía apartar la mirada. Además, el frío que emitía el refrigerador era un absoluto deleite en su piel que casi hervía.

En la bebida dorada no encontró nada, pero en su mente alguien gritaba con furia. No logró entender ni una palabra de aquellos gritos, pero le causaron un escalofrío en los brazos, y sus ganas de beber se volvieron insoportables. Cerró la nevera, su cerebro registró un ruido chirriante en algún lugar de la sala y destapó la botella. Llevó el *whiskey* a sus labios con la intención de tomarse uno o dos tragos, pero no pudo parar. Su organismo lo pedía a gritos y él obedeció sumiso.

Poco después, al lado de un cenicero repleto de colillas de cigarrillo, estaba la botella vacía. Su estómago contenía ahora todo ese licor dulce. Por un impulso inexplicable, tomó la botella en sus manos y la dejó caer al suelo. Apenas reparó en que el cristal se hizo añicos o en que la sala estaba cundida de humo. Solo se quedó ahí, en medio de las sombras, disfrutando de la sensación en su interior. Supuso que tanto *whiskey* lo embriagaría, pero, por ahora, no experimentaba nada aparte del fastidio en sus codos, algo de ardor en la garganta y sus sentidos extrañamente agudizados y conscientes de cada estímulo a su alrededor. Una mosca caminaba sobre el televisor en su habitación, e Ignacio podía escuchar sus pasos; la temperatura ambiente era exactamente de 13,4 grados centígrados, estaba seguro; y en su boca aún podía percibir el sabor de una carne apenas asada, casi cruda, con la que almorzó una semana antes. A partir de ahí, si se concentraba, podía distinguir decenas de sabores en sus papilas gustativas, y con cada sabor llegaba a su mente la imagen del momento exacto en que se había alimentado con esa comida. La pasta con atún del día anterior, la hamburguesa sin cebolla de tres noches atrás, incluso un vaso de agua del grifo bebido antes de ir a visitar al doctor López.

Esperó durante unos cuantos minutos más la borrachera, pero seguía sobrio, peor aún, se sentía *despierto*, más despierto que nunca. Ahora ya no había gritos, solo quedaban las voces de siempre y se escuchaban con claridad; y aunque seguía sin entender una palabra, le encantaba lo que decían.

Después de un rato volvió a la habitación y se recostó de nuevo boca arriba. Algo se movía en el techo blanco. Al principio supuso que se trataba de alguna clase de ilusión óptica causada por las luces de los pocos automóviles que se movilizaban a esa hora por la carrera 30, pero tras unos cuantos segundos, llegó a la conclusión de que aquello no tenía nada que ver con la luz, aquello que se movía en el techo, *se retuerce, eso se está retorciendo*, estaba compuesto solo por oscuridad. Parecía un rostro, sí, pero también parecía un ciempiés. A veces parecía un rostro de facciones afiladas; otras, una cucaracha del tamaño de un gato. El techo se había transformado en una sábana flexible y esa cosa quería rasgarla.

El techo sigue ahí, esa sábana que veo es la fina tela que separa esta realidad de otra.

Aquella certeza llegó a su mente sin esfuerzo alguno, e Ignacio la aceptó sin cuestionar. La molestia en sus codos se empezó a convertir en franco dolor, pero él apenas si prestaba atención. La cosa en el techo por fin se decidió por la forma de rostro. Estaba mirándolo. No tenía ojos, apenas se insinuaban las cuencas oculares, la nariz y la boca, pero lo estaba mirando. Ignacio no albergaba la menor duda al respecto. No sintió miedo, pero quiso correr. No quería escuchar lo que *eso* tenía para decirle. Y es que sabía que tenía algo para decirle. Sin embargo, no tuvo la entereza o las fuerzas para moverse.

—Es la última vez que tomo de ese puto *whiskey* —dijo en voz alta.

Trataba de convencerse de que estaba ebrio, de que lo que veía no era más que una alucinación etílica, pero al mismo tiempo estaba seguro de encontrarse lúcido y, en especial, de que era importante escuchar ese mensaje. Un número se materializó en su cabeza: 723. No tenía idea de qué podían significar esos tres dígitos, pero ahí estaban, en su mente, enormes.

—Adentro —dijo la cosa del techo.

Ignacio no entendió en un primer momento. O eso fue lo que quiso pensar: que no había entendido. Quiso preguntar «¿qué?», pero le pareció ridículo. ¿De verdad estaba hablando con el techo?, ¿qué seguía, tener sexo con la pared?

—Adentro —repitió aquello y a Ignacio, ahora, la voz se le hizo muy familiar. ¿Dónde la había escuchado?

La cosa desapareció y dejó tras de sí algo muy parecido a un chirrido en las paredes, un sonido tenue que despareció muy pronto. Ignacio parpadeó de manera casi maniática y entonces notó que había estado conteniendo la respiración. Soltó el aire, aliviado. Cansado de sentirse asustado, permaneció con los ojos abiertos, intentando descifrar qué acababa de pasar: la cosa, la voz de esa cosa, la palabra «adentro», el número «723».

Haciéndose preguntas, sin responder ninguna, volvió a dormirse.

Al día siguiente, Luisa lo abrazó desde atrás y le besó el cuello a modo de buenos días. Ignacio sintió en su rostro los primeros rayos del sol y sonrió. Ahí, en ese momento exacto, en la cama que compartía con la mujer que amaba, la vida era perfecta, no necesitaba ni quería estar en ningún otro lugar. Estrechó las manos de Luisa y se apretó un poco más contra ella.

—Te amo —dijo, y aquellas palabras le llenaron la boca, como el dulce néctar de alguna fruta desconocida.

—Adentro —contestó Luisa.

Ignacio sintió un fuerte sobresalto, aquella palabra, en apariencia cotidiana e inofensiva, encerraba un horror inenarrable. *Luisa está muerta*.

Sucedió en un momento en el que las noticias en Colombia solo hablaban de asesinatos a líderes sociales y robos millonarios de los recursos públicos por parte de delincuentes de cuello blanco. Aquello estaba muy cerca de cambiar: la pandemia y el encierro serían la cortina de humo perfecta para que la gente se olvidara durante un buen tiempo de los abusos de sus dirigentes.

Un exnovio de Luisa, que había amenazado con «volverle mierda esa cara con ácido a ver si se le quitan esas ínfulas de niña bonita», la violó y empaló tan solo tres días después de pronunciar esas palabras. El mismo día en que se dio la amenaza inicial, Luisa e Ignacio acudieron a la policía con el objetivo de denunciar al potencial agresor, pero después de todo un día de papeleo, les informaron que, si el tipo no la había agredido aún, no era mucho lo que podían hacer.

—¿Me está diciendo que tenemos que esperar a que haya un ataque con ácido para que ustedes hagan algo? —Ignacio estaba a

punto de perder los estribos, pero eso al policía que lo escuchaba lo tenía sin cuidado.

—Mucho cuidado, señor Vargas, le recomiendo que se calme si no quiere que lo arreste por irrespeto a la autoridad.

Ignacio sintió que su sangre hervía, no tenía idea de si ese supuesto «arresto por irrespeto a la autoridad» era una posibilidad real, pero la rabia era tanta que estaba dispuesto a cualquier cosa.

—¿Ah, sí, tombo de mierda? ¿Qué va a hacer? ¡A ver, hijueputa! ¡¿Qué va a hacer?!

Y mientras hablaba se plantó muy cerca al uniformado, quien lo observaba impasible, respaldado, cómo no, por otros cinco uniformados que observaban la escena en silencio y con las manos en sus armas, al parecer listos para involucrarse e incluso disparar si lo consideraban necesario. Uno de ellos habló con rabia:

—¿Tombo?

Luisa tomó a Ignacio del hombro y le pidió que se calmara. Ignacio la miró, presa de la indignación y la impotencia, con la voz quebrada y el cuerpo trémulo.

—¿Vamos a dejar esto así?

—Sí, amor —respondió ella, resignada—. No hay nada que podamos hacer y la burocracia no es culpa de ellos.

—Señora —dijo uno de los policías, a Ignacio le pareció que era el mismo que había repetido la palabra «tombo», pero no estaba seguro—, créame que si pudiéramos hacer algo…

—Tranquilo, yo entiendo —respondió.

Ignacio terminó por ceder.

Esa noche discutieron, incluso se gritaron un par de ofensas de las que después se arrepentieron; los dos, frustrados hasta la médula, no encontraron otra persona con quién desahogarse. Al final, molestos consigo mismos por haberse maltratado el uno al otro, se entregaron a un sexo rabioso y placentero. Fue la última vez que hicieron el amor.

Al día siguiente consignaron en redes sociales lo que estaban viviendo, con fotos del resentido exnovio de Luisa. Varias personas expresaron su solidaridad, e incluso unas cuantas mujeres confirmaron que ellas también habían recibido amenazas

del mismo tipo.

Otro día pasó y, envalentonados por las palabras de desconocidos que afirmaban que «estaban con ellos», intentaron de nuevo denunciar. Luisa recolectó mensajes de texto y comentarios que el tipo hizo en sus fotos de Instagram. Tal vez eso sirviera como prueba, tal vez tuvieran suerte y les tocara algún policía, ojalá mujer, que se apiadara y empatizara. Tal vez les recibieran por fin la denuncia y el Estado, al que le pagaban los impuestos, el mismo que debía protegerlos, hiciera eso: protegerlos. Tal vez.

Pero nada de eso fue posible. Su impulso se encontró de nuevo con una pared infranqueable de burocracia y sinsentido, además de la terrible desidia por parte de los funcionarios. En la noche volvieron a discutir, más fuerte que la noche anterior, más fuerte que cualquier noche anterior. Agotado y lleno de rabia, salió del apartamento, quería alejarse de ella, corrió sin rumbo y sin tener claro qué pretendía con esa rabieta infantil. Ninguno de los dos imaginaba que el exnovio de Luisa los vigilaba.

Luisa apareció un par de días después. Unos adolescentes jugadores de baloncesto la vieron encaramada de cualquier manera en las ramas de un árbol en el Parque Nacional. Estaba desnuda, con heridas visibles en todo el cuerpo y los ojos abiertos, fijos en un horizonte que para ella carecía de significado.

Ignacio apenas si durmió durante varios meses, presa de unas pesadillas en las que él mismo empalaba a Luisa. Cuando se decretó el confinamiento por cuenta de la pandemia, él ni se inmutó, igual nunca salía. Pasados unos meses decidió asistir a terapia para superar esa profunda culpa que le carcomía el alma; un tiempo después, harto y aún furioso, abandonó el tratamiento y se entregó a su tristeza y deseo ciego de venganza, pues «hablar de lo que sentía» no parecía surtir ningún efecto. El caso de Luisa, como tantas otras atrocidades en Colombia, quedó en el olvido. Al agresor jamás lo encontraron, fue como si se evaporara.

El día en que se cumplió un año exacto de la muerte de Luisa, empezaron los dolores y las voces, entre otros sucesos para los que Ignacio no encontraba explicación.

Cuando Ignacio creía haber superado la muerte de Luisa, cuando osaba sentirse libre de culpa, algo sucedía y le dejaba

claro que estaba lejos de liberarse de ese peso: un sabor que evocaba algún recuerdo añejo; incluso, un par de veces, le pareció verla mientras caminaba por las calles de su barrio. Una noche en la que se atrevió a ir en contra del toque de queda para visitar a su mamá, estuvo casi seguro de haberla visto dentro de un bus de Transmilenio.

La primera ocasión fue al pasar frente a uno de los tantos bares del barrio Galerías. Desde la calle alcanzó a oir un fragmento inconfundible de una salsa que amaban bailar juntos: «Vuelve a mí, mi dulce nena. Me haces falta, Magdalena, cosa buena». No importaba si estaban hablando con otra gente, incluso bailando con una persona distinta, si *Magdalena* sonaba, de inmediato se buscaban con la mirada, sonreían enamorados y unían sus cuerpos para entregarse al ritmo embriagante de las trompetas y los timbales de la Orquesta La Conspiración. A partir de esa primera vez, tan dolorosa como fue, Ignacio percibió la presencia de Luisa durante varias noches consecutivas, no obstante, solo era eso: la sensación intangible, aunque innegable, de que ella estaba ahí. Nunca volvió a tocarlo o a hablarle, sin embargo, algunas noches lo abrazaba desde atrás, Ignacio incluso podía oler su perfume.

Antes de redescubrir que Luisa llevaba muerta mucho tiempo, una tímida erección quiso abrirse paso en el pantalón de su pijama.

—Adentro —volvió a decir Luisa.

Ignacio tuvo la certeza de que no se trataba del fantasma de su exnovia ni de un recuerdo que lo quisiera enloquecer, nada de eso; los brazos que lo envolvían, las dos deliciosas protuberancias de aquellos senos que lo volvían loco y se apretaban contra su espalda no eran de Luisa; lo que fuera que lo estuviera abrazando no tenía nada que ver con la mujer que seguía amando con todo su ser. Los pelos de su nuca se erizaron y todo su cuerpo se tensó, pero ni siquiera así fue capaz de voltear. Las manos que se ajustaban con suavidad a su abdomen seguían ahí, firmes en su agarre, pero ahora las percibía ásperas y gélidas.

—Adentro. —La voz seguía siendo la de Luisa, solo que ahora estaba acompañada por un eco, una especie de reverberación, como si hablara a través de un teléfono antiguo. La voz no venia

de atrás de él, venía de su propia mente.

El corazón de Ignacio latía a toda prisa, lo sentía en la garganta. Quien fuera que estuviera con él en la cama apretó un poco más y le habló muy de cerca, al oído. Pudo saborear su aliento helado y putrefacto.

—Adentro, no hay escape.

Aunque Ignacio no acabó de comprender el sentido de esas palabras, el horror que encerraban fue imposible de ignorar.

Gritó.

Fue un alarido que salió de su estómago y requirió el uso de todo el aire que contenían sus pulmones, luego tomó más aire y siguió gritando. Los vecinos golpearon a su puerta, y, pasados unos minutos, sin otra respuesta más que sus gritos, llamaron a la policía. Ignacio solo se detuvo cuando la garganta no le dio más, y para ese momento la policía ya había forzado la puerta.

Con un hilo de voz, la garganta lastimada y avergonzado hasta los huesos, intentó explicar que había tenido una pesadilla, ante la mirada atónita de varios residentes del edificio que lo observaban con una mezcla de curiosidad y miedo. Murmuraban entre ellos, molestos, indignados… morbosos. Los policías no tuvieron una razón valedera para llevarse al afligido escritor, y los aterrados y metiches vecinos tuvieron que conformarse con algo muy parecido a un regaño, que Ignacio escuchó con la mirada en el suelo y asintiendo en silencio. Cuando estuvo solo otra vez, llamó a su mamá, necesitaba oir la voz de alguien que lo amara, cortar de un tajo la creciente y enorme soledad que lo invadía. Ella insistió en algo que ya había sugerido, pero que Ignacio en su momento descartó de inmediato: la hipnosis.

—Dicen que hasta sirve para que la gente deje de fumar, si pueden con eso, pueden con cualquier cosa —dijo ella por quinta o sexta vez—. Y el tipo del que te hablo es una celebridad, por algo será. Además no cobra tan caro, nada perdemos, hijo.

Celebridad, pensó él. *En este país, en este tiempo, eso puede significar cualquier cosa*. Ignacio miró el cigarrillo que sostenía en ese momento entre sus dedos. Ni siquiera podía recordar en qué momento había adquirido el hábito. ¿Fumaba ya cuando Luisa hacía parte de su vida? No, claro que no. *Odio esta mierda*, pensó mientras daba otra bocanada. Tenía que hacer algo, no podía permitir que su vida entera se fuera por drenaje. Consideró la

posibilidad de preguntarle a su mamá si lo recordaba fumando, pero la pregunta se le antojó estúpida.

—Está bien, mamá. Dame la dirección, nada perdemos.

Ignacio llevaba mucho tiempo sin salir de su casa para otra cosa que no fuera ir donde el doctor López o comprar comida y artículos de aseo, pero prefirió tomar la sesión presencial, quería tener de frente a la tal celebridad.

Desde que llegó, Ignacio sintió que ese no era el lugar indicado. Pero ya se había comprometido con su mamá, incluso ella pagó la sesión, lo mínimo que podía hacer era escuchar al tipo, tal vez tuviera algo revelador que decirle, con algo de suerte la respuesta sería, en efecto, la hipnosis, ¿por qué no? *Nada perdemos*, se dijo a sí mismo.

Era una sala de espera de paredes blancas decoradas de forma azarosa por múltiples afiches de ángeles y santos. El aire hedía a incienso barato y las ventanas estaban cerradas a cal y canto, en contra de todas las recomendaciones hechas por las organizaciones de salud. Ignacio empezaba a sofocarse, pero no se atrevió a abrir alguna de las ventanas. Cerca de él había una mujer de unos sesenta años, mal acomodada en una de las estrechas sillas y respirando con dificultad detrás de su tapabocas. Leía, o fingía leer, una revista vieja con una reina de belleza en la portada. Ignacio se descubrió pensando en que la mujer de la portada ya no ostentaría esa apariencia que lucía tan orgullosa en esa foto: la imaginó con varios kilos de más, en un pequeño apartamento, rodeada de hijos a los que nunca había deseado, esperando a un esposo al que odiaba en silencio, para servir una cena hecha a las patadas, mientras acumulaba un sordo resentimiento que tarde o temprano estallaría como una olla a presión. No supo de dónde le vino aquella imagen tan lúgubre, pero, muy a su pesar, se sintió regocijado. Como si imaginar vidas peores que la suya hiciera las cosas un poco más soportables.

Pasados unos minutos, el terapista, o lo que fuera ese tal Elkin Rodríguez, abrió la puerta del consultorio y miró a Ignacio durante un segundo fugaz, con una sonrisa más fugaz aún. Detrás de Rodríguez apareció una mujer joven, de pelo negro intenso y ojos verdes, parecía congestionada y confundida. Al ver a Ignacio y a la lectora de revistas, intentó sonreír, pero no le salió muy

bien.

—Te espero entonces el jueves —le dijo Rodríguez—. No podemos detener el tratamiento ahora, estamos muy cerca de liberarte.

Aquella palabra, «liberarte», le sonó ridícula a Ignacio, y se sintió más fuera de lugar.

Ella asintió en silencio y salió del lugar. A Ignacio le pareció que la mujer tenía ganas de vomitar. Rodríguez se fijó ahora en la lectora de revistas y le dedicó una mirada de impaciencia.

—Gladys, ya te he dicho que no puedo hacer nada por ti.

—¡Por favor, maestro Rodríguez, lo necesito!

—Hay un montón de gente que te puede ayudar, yo ya hice lo que estaba a mi alcance.

—¡Pero es que las visiones no paran! —bramó Gladys, y entonces pareció recordar de repente que había alguien más en el lugar. Ignacio procuró actuar como si no estuviera escuchando, pero el lugar era pequeño y solo estaban ellos tres—. Por favor, maestro —dijo ahora con un tono más calmado pero suplicante—, una sesión más, es todo lo que le pido.

A Ignacio la palabra "maestro" le resultaba excesiva. *¿Maestro de qué?*

—Gladys… —dijo Rodríguez, al parecer molesto.

—Si es por dinero, no hay problema, maestro, vendí unas cositas y puedo pagarle…

Gladys se agachó de forma algo penosa y sacó desde debajo de su silla un bolso de color naranja. Revolcó su contenido durante unos segundos y después, sin dudarlo, mostró varios billetes de alta denominación. Ignacio se sintió entre incómodo y conmovido por el evidente dolor de la lectora de revistas, pero Rodríguez se mantuvo, en apariencia, inmutable.

La mujer siguió enarbolando los billetes mintras Ignacio y Elkin mantenían un silencio absoluto. Ignacio estuvo a punto de salir de allí y dejar que Gladys y Rodríguez solucionaran lo que tuvieran que solucionar, pero Elkin fue más rápido. Se acercó a ella y tomó el dinero.

—A ver, Gladys, cálmese, voy a atender al señor y hablamos en un rato a ver qué podemos hacer, ¿está bien?

En el rostro de la mujer se dibujó una sonrisa complacida.

Asintió con sumisión mientras Rodríguez se guardaba el dinero en el bolsillo. Luego, Rodríguez miró a Ignacio y le indicó con un gesto que podía entrar al consultorio. El impulso de irse persistió, pero de nuevo recordó a su mamá y su voz casi suplicante, así que obedeció.

Nada perdemos. Nada perdemos.

El consultorio tenía paredes negras y estaba pobremente iluminado por una luz roja que le confería un tono estereotipado, como de película ochentera con muy bajo presupuesto. Ignacio ya había abandonado del todo la idea de marcharse sin dar explicaciones o mirar atrás, pero no pudo evitar pensar en lo absurdo que resultaba estar allí. Todo el lugar hedía a estafa, en especial Rodríguez, con su pelo decolorado, sus gafas de lentes gruesos y aquella sonrisa ensayada mil veces.

Sobre una mesa que ostentaba un mantel, que con la escasa luz se veía de color vinotinto, había un tarot, un par de velones pequeños encendidos y un par de varitas de metal en forma de «L» que le causaron franca curiosidad. No lograba imaginar para qué servirían.

Rodríguez le pidió que se sentara y se retirara el tapabocas. Ignacio obedeció, y entonces llamó su atención la figura de un Cristo crucificado tras la silla que ocuparía Rodríguez. Por un segundo le pareció notar que la cabeza de ese Jesús, sangrante y de expresión lastimera, se había movido. Ignacio desechó esa imagen descabellada y miró el reloj, impaciente por terminar con todo aquello, irse para su apartamento y pensar en otra alternativa. No tenía idea de si la hipnosis era lo que necesitaba, pero cada vez resultaba más claro que el tal Elkin Rodríguez no era la respuesta a ninguna pregunta que él tuviera.

Rodríguez se detuvo junto a la silla de Ignacio, cerró los ojos y empezó a respirar profundo. Abrió los ojos y lo miró con aire de reproche. Ignacio sintió, muy a su pesar, que había hecho algo malo. Con la misma expresión, Rodríguez tomó por fin asiento y se quedó mirándolo, en silencio. Transcurridos unos confusos instantes, Ignacio tuvo que preguntar:

—¿Pasa algo?

—Tu aura, Ignacio.

Escuchar su nombre de boca de ese tipo le resultó extraño,

como si lo atravesara con una lanza invisible. Seguro se debía a que no le guardaba una onza de respeto; y sin embargo, estaba allí, con la leve, muy leve esperanza de que pudiera ayudarlo. Eran tiempos desesperados.

—¿Qué pasa con mi aura? —En cuanto pronunció la pregunta, la encontró ridícula. Se descubrió añorando un cigarrillo.

—La veo mal, no me gustan esos colores. —El tono de Rodríguez intentaba conferirle algo de seriedad al asunto. Ignacio tenía que admitir en su fuero interno que el tipo se esforzaba.

—¿Qué colores son? —preguntó con verdadera curiosidad. Quería saber con qué iba a salir ese pelmazo.

—Hay tres. Por encima tienes un color rojo muy intenso. Eso denota una personalidad fuerte y dominante. Más abajo hay azul, aunque apenas se ve. El azul habla de tu ego, de amor propio y de armonía. Que esté tan tenue no es bueno. Pero eso es lo de menos, lo podemos arreglar. Lo que me preocupa es el último color…

—¿Ah, sí?

—Negro. O más que eso, es una ausencia, un vacío. Ahí hay resentimiento, discordia, desequilibrio, malos pensamientos. Y lo peor es que es el color más cercano a tu chakra Sahasrara.

—¿Mi qué?

—El chakra de tu coronilla —aclaró con suficiencia.

Ignacio asintió, como si de verdad hubiera entendido. Había escuchado sobre los tales chakras, como todo el mundo, pero nunca le interesó el tema.

—Se puede arreglar —dijo Rodríguez, y sonrió. Ignacio no correspondió a la sonrisa—. Puedes llevarte uno de mis medicamentos y…

—¿Medicamentos?

—Sí. Con el Blanco Diáfano, seguro…

—¿Los hace usted mismo?

—Sí. Y como te digo, el Blanco Diáfano limpiará tu energía y alineará tus chakras. Después de eso, solo necesitarás un Abrecaminos y…

—¿Abrecaminos? ¿Es en serio?

—Muy en serio.

—¿Y cuánto cuestan esos dos… medicamentos?

Rodríguez hizo una pausa que a Ignacio se le antojó calculada. Luego sonrió y soltó lo que a kilómetros lucía como un libreto aprendido de memoria.

—El dinero no es importante en este momento, ¡estamos hablando de tu equilibrio mental y espiritual!

—Claro, claro… ¿puedo hacerle una pregunta… maestro?

—La que quieras. —La sonrisa taimada se negaba a desaparecer.

—¿Para qué sirven? —Ignacio señaló las dos varitas de metal.

El terapista pareció confundido por un segundo, pero enseguida recuperó su aplomo. Tomó las varitas en sus manos, a manera de revólver, y las apuntó a Ignacio.

—Con ellas detecto energías de todo tipo.

—¿Incluso fantasmas?

—Sí, claro. Los fantasmas solo son energía desorientada que se queda en este plano, un plano que ya no les corresponde; esa energía se manifiesta de varias formas y se puede detectar con los métodos indicados.

—¿Cómo funcionan? —Ignacio experimentaba una franca curiosidad. En medio de todo, la convicción con la que Rodríguez hablaba resultaba fascinante.

Rodríguez pareció dudar un momento, apuntó las varitas a un punto cualquiera, cerró los ojos y con voz impostada dijo:

—¡Si hay alguna presencia aquí, manifiéstese!

Ignacio estuvo a punto de soltar una carcajada, pero entonces sucedió lo impensable: las varitas empezaron a moverse.

—No puede ser —musitó.

Rodríguez abrió los ojos y sonrió.

—¡Gracias por manifestarte ante este hombre incrédulo! —exclamó con más fuerza—. Sentimos haberte molestado, puedes irte. —Sin más, dejó las varitas de metal sobre la mesa—. ¿Procedemos?

—¿Qué?

—Que si procedemos con la hipnosis, a eso viniste, ¿no?

—Ah, sí… claro… procedamos.

Ignacio se sentía un poco consternado con el movimiento de

las tales varitas que detectaban fantasmas, pero se recuperó pronto. Aquello seguro tenía una explicación racional.

Con cierta renuencia, pues le resultaba muy difícil creer en ese hombre de palabras calculadas y pelo rubio a la fuerza, cerró los ojos cuando Rodríguez se lo pidió. De inmediato se descubrió vulnerable, a merced de un tipo al que consideraba un bufón. No obstante, se obligó a permanecer con los ojos cerrados. Si se basaba en la cantidad de billetes mostrada por la robusta lectora de revistas, aquella consulta había costado lo suficiente como para que, por lo menos por respeto a su mamá, le sacara todo el provecho posible.

Por increíble que fuera, las palabras estereotipadas de Elkin Rodríguez surtieron efecto. Después de «Tienes mucho sueño, sientes los párpados muy pesados», vino un «Te dormirás profundamente y todas las barreras de tu psiquis desaparecerán», Ignacio quedó profundamente dormido.

En aquel sueño inducido, artificial, se vio a sí mismo y vio a Luisa. Estaba ahí, junto a él, como si nada. Miraban en Netflix una serie llamada *Derek* que a los dos les encantaba. Luisa parecía tranquila, pero Ignacio no lo estaba, sabía que ella estaba muerta. Sí, se encontraba acostada en la cama y se reía de las situaciones tragicómicas en la pantalla, pero estaba fría, muy fría. Tenían las manos entrelazadas y aquel frío ya era doloroso. Ignacio no tuvo más remedio que retirar la mano y entonces Luisa pausó la serie. Él no se atrevía a mirarla a los ojos.

—¿Pasa algo? —preguntó con la voz de siempre, la voz viva, esa que Ignacio amaba con locura.

—No, claro que no —contestó a la defensiva. Lo que no tenía claro era de qué se estaba defendiendo.

—¿Seguro? —insistió ella.

—Seguro —afirmó, pero, muy a su pesar, su voz tembló.

—Dime qué es lo que te pasa, Ignacio. —La voz de Luisa seguía siendo la misma… casi.

—Ya te dije que no me pasa nada. —Ignacio intentó alcanzar el control remoto para reanudar la serie—. Mejor sigamos viendo, este capítulo te encanta.

Y entonces Luisa tomó su mano para detenerlo. Ignacio se había negado de forma deliberada a hacerlo, pero ahora fue

inevitable mirar la mano de ella. No solo estaba helada, sino que tenía un color morado que no correspondía a nadie que estuviera sano… o vivo.

Se quedó paralizado, con la mirada fija en la extremidad mortecina.

—¿Ignacio?

No se movió. La voz de Luisa le causó un nuevo estremecimiento. Poseía un eco antinatural.

—¿Por qué no me miras, Ignacio?

Porque estás muerta, porque mirarte me haría perder la razón, es más de lo que puedo manejar.

Ignacio no supo qué decir. La mano muerta apretó.

—¡Ignacio!

Ignacio no soportó más y cedió. Volteó la mirada hacia el amor de su vida, hacia la mujer con la que había planeado pasar el resto de sus días, pero no la encontró. Lo que estaba a su lado no podía ser Luisa; eso sin ojos, sin nariz, sin boca, apenas una masa azulada amorfa, era todas sus pesadillas condensadas en una sola imagen.

Ignacio salió de repente de la hipnosis. Rodríguez lo miraba con los ojos muy abiertos, estaba pálido y titubeó antes de lograr articular alguna palabra.

—¿Está bien? —preguntó el idiota de pelo rubio. La voz le temblaba, estaba, a todas luces, muy asustado.

Ignacio no contestó. Contuvo por muy poco las ganas de romperle la nariz a ese tipo y salió del lugar a toda prisa.

Tardó un buen rato en recuperar la calma. La imagen de aquella Luisa sin rostro lo acompañaría durante varias noches, pero eso, en realidad, no le molestaba tanto como el imbécil de Elkin Rodríguez. El tipo era un estafador. ¿Cómo se había dejado convencer de consultar a semejante cretino? «Es una celebridad», dijo su mamá. Y sí, tal vez lo era, y eso resultaba aún más insultante. El tipo seguro se las había arreglado para drogarlo y de ese modo inducir aquellas imágenes en su cabeza. Seguro conocía de antemano la trágica historia de Luisa y había usado esa información para embaucarlo. Eso tenía que ser. Era imperativo que buscara ayuda en otro lugar, ayuda de verdad.

De repente notó que estaba de nuevo en su apartamento, aunque no sabía con claridad cómo había llegado hasta allí. Se esforzó por recordar, pero no encontró ningún registro en su cabeza que le diera algún indicio sobre el medio de transporte elegido, solo un sordo palpitar en las plantas de sus pies. Asumió que se había trasladado a pie y optó por no pensar más en el tema. Quiso distraerse con una película. Eligió una comedia romántica que no le exigiría pensar mucho, pero pronto notó que ni siquiera estaba prestando un poco de atención, así que apagó el televisor. En su mente apenas si quedó registrado el nombre de la película, no tenía intención de retomarla jamás. Cayó en la cuenta de que llevaba varios días, tal vez semanas, sin avanzar en la escritura de su nueva novela. La verdad era que no sentía ganas de sentarse a escribir, pero también tenía claro que a veces debía obligarse. «Que la musa te agarre trabajando», leyó alguna vez, y procuraba regirse bajo esa premisa. Sus libros no eran grandes éxitos, pero tampoco les iba mal. Su pequeña fanaticada cada vez crecía un poco más y lo presionaba con frecuencia por un nuevo libro.

Encendió un cigarrillo, se sentó frente al computador y abrió un archivo llamado *Silencio profundo.* Llevaba poco menos de diez mil palabras de aquella historia de amor en la que un profesor de filosofía se enamoraba del padre de su mejor estudiante. Como hacía siempre, para retomar el hilo, leyó el último párrafo, pero lo encontró insulso, rayano con lo estúpido. Retrocedió un poco más y se topó con una narración cursi, repleta de lugares comunes y que demostraba una clara falta de sensibilidad. Aquello no parecía escrito por alguien que ya contaba con tres libros publicados, esas letras eran dignas de alguien que apenas empezaba a escribir el primer borrador de su primer libro. Una persona sin talento. Claro, en ocasiones anteriores, al volver a sus libros, sintió que hubiera podido escribir de otra manera, que algún pasaje estaba flojo, que este u otro personaje merecían una mejor construcción, que alguna descripción se quedaba corta; pero esto era inaudito. Retrocedió hasta el inicio y después de la segunda página sintió náuseas. *¿Quién escribió esta mierda? ¿De verdad fui yo?*

Su corazón se aceleró y sintió venir un ataque de pánico. Pero se contuvo a tiempo, no era la primera vez que le sucedía y ya conocía de memoria algunas técnicas de respiración para

recuperar la compostura. Estaba solo, no podía darse el lujo de perder el conocimiento o algo parecido. Cuando dejó de sentir que le faltaba el aire y que sus manos se adormecían, envió *Silencio profundo* a la papelera de reciclaje, y, como para asegurarse de que nadie jamás lo leyera, ni siquiera él mismo, vació la papelera.

Tomó aire. Se sentía liviano, como si aquel inconcluso libro de mierda hubiera sido un lastre que no sabía que cargaba. Incluso se dio la licencia de sonreír.

Con una extraña sensación de placidez cubriendo todo su cuerpo, abrió un nuevo archivo y sin pensarlo encendió otro cigarrillo.

Observó la página en blanco durante unos cuantos segundos. El cursor intermitente parecía decirle algo, pedirle que empezara a escribir, apremiarlo. Volvió a sonreír e inició:

Podría tener cualquier forma o ninguna, pero tiene forma humana. Luce muy joven, rebosante de vitalidad, a pesar de su avanzada edad. Camina con la suficiencia de alguien que ha pasado por lo peor y lo ha hecho por elección propia. Lo hace a prisa, pues necesita, cuanto antes, probar un punto, dejar claras las cosas. Es un buen tipo, algo pretencioso y con una calma constante que puede llegar a resultar irritante, pero buen tipo. Cada vez que habla, siente que debe elegir las palabras precisas, y su mirada siempre luce serena, aunque la situación sea extrema. Quien no lo conozca, terminará deduciendo que finge, que nadie puede estar tan tranquilo siempre. No obstante, con todo y su carisma, cuando estuvo en el planeta Tierra lo maltrataron de la peor manera y, para colmo, sus enseñanzas, que con tanto cuidado preparó y verbalizó, fueron tergiversadas una y otra vez, siempre para conveniencia de quien las transmitía.

Ahora, su Padre/Madre, el todo que contiene todos los todos, se cansó. Por primera vez desde que existe el tiempo, siente que no soporta más y decide simplemente acabar con aquel lunar en el universo, ese punto que se convirtió en mancha y después en una gran cagada.

Discutir con su Padre/Madre suele ser una pérdida de tiempo, rara vez, o quizás nunca, hay argumento que valga. Su Padre/Madre siempre se encuentra un paso adelante, diez pasos adelante; pretender convencerlo de algo es adentrarse en un laberinto enrevesado del que, hasta ahora, ha sido imposible encontrar la salida.

Sin embargo, está convencido, por lo menos esta vez, de contar con un buen argumento y una mínima posibilidad de convencerlo. En esta ocasión no usará la razón, todo lo contrario, se arriesgará con la emoción. Tal vez si apela a que, en medio de todo, son sus favoritos, tenga alguna posibilidad de

reversar una decisión que ya está tomada. Jamás lo admitiría en voz alta, pero no cree que su Padre/Madre sea infalible, y es que es claro que aquello del 'libre albedrío' fue un error garrafal. ¿A quién se le ocurre permitirle a una raza entera que haga lo que le venga en gana y después tener el descaro de castigar a todos por hacer eso precisamente: lo que les venga en gana? Pero no piensa durante mucho tiempo en eso, su Padre/Madre lo sabe todo —o eso ha demostrado en incontables ocasiones— y podría, con toda facilidad, leer sus pensamientos. Afirma de manera categórica que jamás hace uso de esa facultad, pero también es cierto que su Padre/Madre siempre dice justo lo que los demás necesitan escuchar.

Se planta por fin frente a su Padre/Madre e intenta concentrarse. Siempre, pese a que las ocasiones en que ha estado frente a él/ella son infinitas, resulta difícil observar aquel ser magnánimo que lo contiene todo, sin perderse en su abrumadora belleza o en su inefable fealdad. Es como sumergirse en un millón de mares el mismo tiempo, y así las cosas, es muy sencillo simplemente abandonarse. Más de una vez, después de creer que solo ha parpadeado una o dos veces, ha descubierto que lleva días contemplando a su Padre/Madre. En cierta ocasión fueron años, y aunque el tiempo no es algo relevante —no desde que volvió a este plano de la existencia— no deja de ser perturbador que algo así suceda. Además, en la Tierra el tiempo sí es importante, muchísimo, y se les está acabando.

—Sé a qué viniste.

Claro que lo sabe, pero él esta preparado para eso. No le importa.

—Los humanos merecen otra oportunidad —responde y procura sonar seguro.

Hay un pequeño silencio. Teme que, de nuevo, se haya perdido en la contemplación. ¿Y si vuelve a pasar años plantado frente a su Padre/Madre sin resolver nada? Sacude la cabeza, mantener el sentido de la realidad resulta cada vez más complicado.

—Tranquilo, solo me tomé un momento para analizar todas las posibilidades.

—¿Y a qué conclusión llegaste?

—En efecto, son mis preferidos. Son muy divertidos.

Ríe. La risa de su Padre/Madre es una gigantesca ola de felicidad que casi lo desploma. Hace lo que puede para mantenerse en pie.

—¿Se salvarán entonces? —dice, esperanzado.

—Depende de ti. Ya que estás tan interesado, volverás a ir e intentarás, de nuevo, salvarlos.

Se le pasa por la cabeza protestar, pero la certeza de que aquella decisión es irreversible lo golpea con fuerza. Supone que puede ser interesante volver a tratar con humanos; igual es inevitable, no tiene sentido resistirse.

—¿Y qué debo hacer?

En ese momento siente que se vuelve el centro del universo. Como si su Padre/Madre se hubiera dado la licencia de dejar de observar todo cuanto Es y todo cuanto No Es, para dedicar la totalidad de su atención solo a él. Se

siente abrumado. Es más, por primera vez en miles de años siente miedo. Y de repente se ve sumergido en una especie de tornado, una corriente de poder que lo envuelve y lo lleva a los puntos exactos donde debe iniciar su trasegar con los humanos.

Ignacio se detuvo y llevó la mirada al contador de palabras: menos de novecientas. Muchos escritores considerarían esa cantidad más que suficiente para un día de trabajo, pero no él. En ocasiones, cuando lograba conectarse con la musa y tenía uno de sus "atracones creativos", como los llamaba, había llegado a escribir cerca de doce mil palabras en una sentada. No era el momento para pensar en eso, necesitaba trabajo de edición, y apenas empezaba a esbozar al protagonista de su historia, pero se sentía satisfecho con lo que veía en pantalla y, en especial, se sentía agotado.

Solo faltaba algo. Pulsó las teclas necesarias para guardar y, casi sin pensarlo, nombró el archivo: *La sangre derramada.*

Por ahora no sabía qué se suponía que debía hacer el protagonista o si de verdad esta historia lo llevaría a alguna parte, pero el nombre le encantaba. Volvió a sonreír.

Aquella noche durmió sin interrupciones por primera vez en mucho tiempo.

ALTA TENSIÓN

J.

—Reencarné en este mundo acostado en una ridícula posición fetal. Lo sé, lo sé, fue muy poco original, incluso un tanto ridículo. La verdad es que no tomé en cuenta esas sutilezas. Mis primeras sensaciones terrenales me las regalaron el duro asfalto y la ligera llovizna que, a merced del viento, parecía provenir de todas partes. No sé cuánto tiempo permanecí así, acostado en el suelo, pero recuerdo con claridad la certeza casi dolorosa de haber cometido un terrible error; ni siquiera sabía de qué error se trataba, simplemente era una sensación lodosa en la garganta que me impedía respirar con normalidad. Cuando por fin sentí que aquella horrible certeza remitía, decidí moverme. Me levanté con algo de dificultad, un poco adolorido, un poco agarrotado, incluso colérico, apenas acostumbrándome a este cuerpo, a este… envase, tan frágil en su complejidad. Intenté recordar si aquella sensación de adormecimiento en mi piel sería constante. Debo admitir que había olvidado gran parte de lo que se siente estar en este plano, con esta marisma de sensaciones contradictorias bombardeando cada centímetro, aniquilando a cuentagotas el cerebro y la voluntad de continuar. No, antes de que me lo preguntes, no es sencillo ser uno de ustedes. Lo tengo claro, lo *tenemos* claro.

—¿Lo tienen claro?, ¿quiénes?

—A su debido tiempo tendrás todas las respuestas. Si vamos a hacer esta entrevista, es importante que escuchen… que escuches, quiero decir. De lo contrario, no servirá de nada y no tenemos tiempo que perder.

—Entendido. Continúe por favor.

—El adormecimiento, por unos instantes, se hizo más intenso. *¿Cuánto tiempo tardaré en acostumbrarme a esto? ¿Lo haré alguna vez?* Tomé una pausa y respiré profundo. La mayor parte de las respuestas están en el aire, solo hay que estar alerta para poder

captarlas. *No podré*, me dije, *sería absurdo*, aseguré, pero la verdad era que no tenía certeza de casi nada. *¡No es posible vivir así!*, grité en mi mente. Con alivio, noté que la sensación empezaba a remitir y me sentí un poco ridículo por mi pesimismo. Ustedes los humanos todo el tiempo están *sintiendo* algo, por eso me extraña que la mayor parte del tiempo actúen como si no fuera así, como si en serio los rigiera siempre la razón. Las sensaciones y los sentimientos pueden ser abrumadores, sobrecogedores.

»Entorné los ojos.

»Y entonces, Dios dijo: hágase la luz.

»Descubrí la fuente de aquello que lastimaba mis ojos: una farola que a duras penas iluminaba el lugar en el que me encontraba, pero que, en ese momento, cuando la miré de frente, se me antojó infernal. De todos modos no tardaría en habituarme a esto que ustedes llaman "luz".

—¿De dónde usted viene no hay luz?

—Esta luz es otra cosa, consiste en un fenómeno físico medible, pero la Luz, la Verdadera Luz, es distinta, y sí, en este plano también está presente y la puedes palpar, sentir en tu piel, si te concentras un poco, pero casi siempre es invisible. ¿Puedo continuar?

—(…)

—Un quejido femenino rompió el silencio. Una mujer de unos cincuenta años me miraba con los ojos muy abiertos, seguro presenció el momento preciso de mi reencarnación. Gran error de mi parte. Fue lo primero que me advirtió antes de volver a este plano: *Que nadie te vea llegar*.

»La mujer se quedó mirándome. Su mirada se detuvo un instante muy breve en mi zona genital y luego volvió a mis ojos; lanzó un bufido indignado y siguió su camino. Hasta este momento no sé por qué no buscó a las autoridades. Es posible que lo hiciera y la trataran de loca, es lo que ha pasado durante cientos de años, cuando se quiere ignorar o minimizar lo que una mujer dice: la tildan de orate. Por otro lado, supongo que la policía tiene problemas mucho más grandes que un tipo cualquiera desnudo en la calle.

»De pronto, fui consciente de dos cosas. La primera: por alguna razón elegí un callejón cualquiera para materializarme.

Bien pude elegir una iglesia, por lo menos un prado o cualquier lugar en tierra caliente. Claro, no se trataba de una casualidad. La elección de aquel lugar, justo ese lugar, conllevaría a algo, aunque no supiera qué. En otras palabras, era necesario que estuviera en ese lugar en ese preciso momento. La segunda no era importante pero sí muy urgente: estaba completamente desnudo. Es ridículo creer que se pueda reencarnar con ropa puesta, se trata de un nacimiento, así se nazca de la manera tradicional, pequeño y muy frágil; o a mi manera, rondando los treinta y por generación espontánea. Sí, todo lo que sucedía resultaba desconcertante, pero, por otra parte, cuando se regresa a la Tierra después de más de dos mil años, ¿importan esas nimiedades? No lo creo. Hacerlo no es nada fácil, se los puedo asegurar, y lo importante es que aquí estaba. Aquí estoy.

»Miré mi cuerpo una vez más y sentí una profunda admiración. Los humanos siempre están pendientes de su ropa, una fijación irritante con usar todo tipo de abrigos que los obliga a ocultar cada cicatriz, cada estría, cada imperfección. En algún punto de la historia se obsesionaron, se dejaron convencer de que la piel que los cubre es motivo de vergüenza, y cuando alguien se atreve a mostrarla en un lugar o un contexto en el que no esté permitido, es señalado, en especial si su cuerpo no cumple con los estándares absurdos que se inventaron.

»Empecé a tocarme con suavidad, maravillado con cada músculo, con la sensación de mi propia piel en mis manos. Poco a poco fui consciente de cada estímulo: el aire frío que entraba a mis pulmones, el agua resbalando, la textura del suelo en la planta de mis pies descalzos. Observé todo a mi alrededor. Las paredes a izquierda y derecha estaban llenas de grafitis, y en una esquina había una pequeña montaña de algo que no pude identificar en ese momento, pero que recordaría en otro momento, la primera vez que fui al baño: alguien había usado esa esquina para hacer sus necesidades.

»Estaba solo en el callejón, aunque podía ver unas cuantas personas pasar por la calle que se encontraba a unos pocos metros de mí. La mayoría no notaba mi presencia, y los pocos que lo hacían fruncían el ceño o reían sin reparos, para después continuar su camino, sin duda sumergidos en sus propias desgracias.

»El frío me atenazó. ¿Por qué solo hasta ese momento? No tengo idea, pero no fue una sensación del todo desagradable.

»Indeciso, me quedé de pie, sin moverme ni un centímetro y con una expresión idiota en mi rostro, estoy seguro.

»No sé cuánto tiempo pasó. Hasta ese momento mi noción del tiempo no se había desarrollado más que a un nivel instintivo, animal. El punto es que conocí a David y su carrito de dulces. Extrañado, noté que se detenía y me miraba de arriba abajo. Yo solo esperaba una carcajada o que gritara llamando a la policía. No todos los días se ve a un hombre desnudo en plena calle. Sin saber qué decir, solo atiné a mirarlo también. David dio un paso hacia mí, lo que me tomó por sorpresa. El carrito vibró por el movimiento y yo, casi en simultánea, di un paso hacia atrás. Si alguien nos hubiera visto, habría pensado que practicábamos alguna clase de ridícula coreografía. Tuve el impulso de huir, un impulso que, hasta este momento, no acabo de comprender. Supongo que tiene que ver con la condición humana y esa clara tendencia a evadirse siempre, a escapar. Él era solo un hombre de expresión amable, y fue la primera persona que no me dedicó una mirada de burla, consternación o asco.

»Me llamo David.

»Eso me sorprendió aún más. Su voz me resultó inquietante en un principio, pero tengan en cuenta que fue la primera voz que escuché con claridad. De donde vengo no nos comunicamos de ese modo. Busqué en mi mente una respuesta coherente, y, durante un segundo, sentí pánico al creer que no recordaría mi propio nombre.

»*Jesús… me llamo Jesús*, susurré, como si no estuviera del todo seguro. ¿Estábamos hablando español? ¿Por qué este de todos los idiomas? Claro, hasta ese momento todavía no sabía ni siquiera que me encontraba en Colombia. Tardé en convencerme de que, en efecto, ese era mi nombre.

»*¿Jesús?*, dijo David sin acortar la distancia que nos separaba. Pareció reflexionar sobre el nombre. Durante unos instantes permanecimos uno frente al otro, mirándonos a los ojos. Yo intentaba ignorar el fuerte frío que me golpeaba y él, mientras tanto, intentaba descifrar quién era yo en realidad. *¿Jesucristo?*, dijo al fin.

»En su pregunta no había rastro de ironía. No pronuncié

palabra, apenas asentí con la cabeza, muy despacio, incrédulo respecto a la facilidad con que este hombre daba crédito a mis palabras. David desplegó una sonrisa sincera que tardó muy poco en convertirse en carcajada. Yo no pude evitar reír también, aunque no tenía idea de por qué. Aquella carcajada era muy contagiosa, y al reír pude sentir con diáfana claridad cómo mi cuerpo se distendía. ¿Por qué no lo hacen más seguido? Ustedes viven en constantes peleas, furiosos por temas que no valen la pena, que no merecen ese gasto de energía.

»*Perdón*, se disculpó David, *pero esto es muy chistoso*.

»Debí suponerlo, me dije, un ser humano no aceptaría de buenas a primeras que un hombre desnudo en plena calle se presentara como el hijo de Dios.

»*Te lo juro*, dije, *soy Jesucristo*.

»Ahora entiendo a la perfección las razones, pero en ese momento no supe por qué sentía que era mi obligación asegurarme de que este hombre me creyera. Me miró tratando de contener la risa, pero sin lograrlo del todo.

»*Es que no me río de eso*, me dijo. No sé qué vio en mi expresión, pero soltó otra carcajada. *Hablo de que no tiene ropa y además es todo musculoso, si no fuera negro hubiera pensado que es Terminator*.

»¿Negro? ¿Terminator? No entendía nada. Pensé un poco y caí en la cuenta: había reencarnado en un hombre de raza negra y la similitud con la película era enorme, aunque no sabía de dónde había sacado la información de la película, ni siquiera el concepto de "película". Así que me uní a las carcajadas, ¿qué más podía hacer?

—¿Entonces conoce la película *Terminator?*

—Sí, ¿por qué te sorprende? ¿Porque soy Jesús?

—(…)

—A mí también me gusta el cine.

—Esto que me cuenta sobre las risas, ¿es relevante?

—Lo es para mí. ¿Cuál fue la última canción que te dedicaron?

—¿Qué?

—Es una pregunta, solo eso. ¿Cuál fue la última canción que te dedicaron?

—(…)

—¿Así de difícil es contestar una simple pregunta? No pienses tanto, esto no es un examen.

—*Disfruto*, de Carla Morrison.

—¿Quién te la dedicó?

—¿Eso importa en este momento?

—¿Es importante para ti?

—Sí, claro, me la dedicó alguien a quien… está bien, ya entendí, lo siento, continúe.

—Me pediste que contara todo desde el principio, es lo que estoy haciendo. Gracias por tu silencio, si me sigues interrumpiendo no terminaré nunca.

»David y yo nos reíamos a carcajadas. Algunas personas pasaban y nos observaban con curiosidad, pero nadie se acercó, y es entendible, solo éramos un tipo sin ropa y un vendedor de dulces, insignificantes desde cualquier punto de vista; ahora solo importan los *youtubers,* los futbolistas, los reguetoneros y los políticos. Pasado un rato logramos controlarnos.

»*Lo primero es buscarle ropa*, me dijo mientras se quitaba el saco de lana que vestía. *Después vamos a mi casa, por ahora póngase esto*.

»Recibí el saco de lana que me extendió y le di una rápida mirada a la delgada camiseta azul que vestía David.

»*Puedo aguantar frío un rato, usted está en bola, no se preocupe por mí*, explicó él, como si hubiera leído mis pensamientos.

»*¿En bola?*, pregunté.

»*Sin ropa*, explicó.

»*Entiendo,* le dije, *pero creo que esto me va a quedar pequeño.*

»*Es lo que hay*, dijo sin agresividad o tan siquiera un tono de burla, solo apuntaba los hechos.

»*Sí, es cierto, gracias.*

»El saco me quedó apretado y seguía desnudo de la cintura para abajo. No podría ir a ninguna parte así.

»*Hagamos esto*, me dijo, *yo le dejo el carrito de dulces para que se tape y mientras tanto voy a buscar un pantalón, ¿de qué talla?*

»Hice una mueca con la que le dejé claro que no tenía idea. Hasta hacía unos minutos ni siquiera sabía que era hombre.

»*¿Tiene algo de plata?*

»*No, claro que no,* contesté. David suspiró, decepcionado, pero no parecía que esa molestia estuviera dirigida a mí, sino a la situación.

»*Ni modo de gastar lo que tengo en un taxi… igual por allá es difícil que nos lleven, me tocó ir hasta mi casa y volver a toda, le figuró esperarme*.

»*¿Por qué no nos vamos así? No tengo problema con el frío*, dije.

»David me miró con el ceño fruncido, y, cuando se convenció de que yo preguntaba en serio, soltó una carcajada. *No se puede, Jesús, ¡si nos encontramos con un tombo nos puede encanar!* Supongo que adivinó la confusión en mi rostro, porque agregó: *uno no puede andar así por la calle, Jesús.*

»Yo seguía sin entender, pero al final llevaba muy poco tiempo en este planeta como para darme el lujo de cuestionarlo. David acomodó lo mejor que pudo el carrito de dulces para que cubriera mis genitales y se fue. Yo no tenía idea de lo lejos que vivía. Tuve que esperar cerca de dos horas, tiempo en el que me dediqué a mirar con atención a la gente que pasaba, y constaté que el carrito de dulces cumplía su cometido, ya nadie parecía notar mi presencia. Me convertí en un ser invisible, como la mayoría de los pobres.

—¿Dos horas?

—Sí, más o menos.

—¿Me está diciendo que estuvo esperando durante dos horas? ¿De pie y semidesnudo en un callejón cualquiera?

—Soy una persona paciente.

»Cuando David llegó, yo estaba a punto de abrir un paquete de papas. No me atreví antes por pura vergüenza, pero faltó poco para sucumbir a la tentación. Cuando se tiene hambre es muy difícil pensar en otra cosa. ¿No lo crees?... Está bien, está bien, no me distraigo, no tienes que mirarme así.

»No supe de dónde sacó ese pantalón, pero me quedó perfecto. No me atreví a preguntarle por qué no había llevado también alguna camisa igual de grande, no quería parecer exigente. Por el momento, el saco tendría que ser suficiente. En conjunto solo me veía medio ridículo. Sin más, emprendimos el largo camino a su casa. Allá dormiría durante varias noches.

D.

—Ese día me fue bien. Era quincena y a la gente se le quita la tacañería en quincena, me alcanzó hasta para comerme una empanada de doña Carmenza, la señora que se para también frente a la universidad donde me paro yo. Claro, tampoco me iba a gastar la platica en un taxi, pero ayudar a ese *man* no me quitaba nada, y la verdad es que igual lo hubiera hecho.

—¿Por qué?

—¡Pues porque es Jesús!

»Iba caminando por la Caracas cuando lo vi. Un tipo negro, más bien flaco pero musculoso. Ese callejón, cerca de la 22, siempre huele a mierda, pero a él como que le valía güevo. Después entendí por qué: en ese momento ni siquiera recordaba a qué huele la mierda y, como me lo explicó alguna vez, estaba libre de perjuicios… no, espere… de prejuicios. Así que para él no había "malos" o "buenos" olores, qué bacanería uno vivir así… El tipo se veía pequeño y débil en ese callejón, aunque este señor mide como uno noventa y de débil no tiene un pelo.

»Me le acerqué con cuidado. Tenía cara de estar muy asustado, era la misma mirada que tenía la Deisy cuando nos tocó que matarla. Deisy era una perrita gozque que tuvimos en la casa hace tiempo, no me mire así. Fue muy triste, tenía como tres añitos cuando nos tocó que sacrificarla.

»¿En qué iba? Ah, sí… Me presenté. Mi mamá siempre me enseñó que, ante todo, los buenos modales. Y entonces él me lo dijo: *Jesús, me llamo Jesús*… o algo así, no recuerdo las palabras exactas, pero sí recuerdo que supe que era verdad, que no podía ser otra persona. Los ojos del *man* lo decían todo, ¿sí me entiende?

»Esto me da hasta vergüenza contarlo, pero en este momento ya vale chimba: casi me cago de la risa. ¿Y sabe qué es lo mejor? Que Jesús también se rio, aunque solo un ratico y después se puso todo serio. Entonces le conté un mal chiste sobre una película y volvió a reír conmigo, ahora sí con ganas, como Dios manda. Me quité el saco que tenía, estaba haciendo mucho frío y el tipo estaba viringo. Le pregunté una pendejada: que si tenía plata. ¿Se imagina? El *man* empelota y yo preguntando eso. Yo sí soy mucha güeva a lo bien.

»Ni modo, tocó que dejarlo ahí solito. Se tapó como pudo con mi carrito. Le juro que nunca había visto a alguien con esa cara, se veía como… como…

—¿Vulnerable?

—¡Sí, así! Como cuando tuve que matar a la Deisy.

—Continúe, por favor.

—Me fui a conseguirle un pantalón. Vivo muy lejos, en la loma. Mi casa es pequeña, pero eso sí, muy limpia, mi mamá siempre me decía que ser pobre no es justificación para ser cochino. Le conté a mi mujer lo que había pasado.

»*¿De qué está hablando, mijo?*, me preguntó.

»*Pues como lo escucha*, le dije, *Jesús, el mismísimo Jesucristo volvió a la Tierra y le tengo que ayudar*.

»*No me crea tan pendeja, ahora sí se terminó de tostar usted*, me dijo toda altanera, luego que uno por qué las trata cómo las trata.

»*Que no, mija, que no, en serio es Jesús, y lo viera, el pobre llegó desnudo y se está muriendo de frío*.

»Mi mujer se quedó callada y empezó a buscar entre mi ropa algo que sirviera, pero yo me olvidé de ella, tiene la extraña habilidad de casi hacerse invisible de vez en cuando. Menos mal, porque cuando empieza con la cantaleta no hay quien la pare.

»Al final le llevé un pantalón de mi vecino Luciano. Yo soy pequeñito, ¡míreme!, y mi esposa ni se diga, pero este *man* es grandote…

—¿Cómo consiguió el pantalón de su vecino?

—¿Qué?... Ah, sí… el pantalón estaba en mi casa… ahora que lo pregunta, no sé por qué…

—Es raro, ¿no le parece?

—Sí, es raro… Qué visaje, ¿no?

—Continúe por favor.

—Agarré el pantalón y una ruana para mí, y salí corriendo sin darle chance a mi mujer de que me preguntara más pendejadas.

»Me demoré, qué cagada con Jesús, pero paila, ¿qué más hacía? Vivo lejos y esta ciudad es muy grande. El pobre estaba congelado en el puesto donde lo había dejado. Casi ni se movió, parecía una foto. Lo primero que pensé fue que muy atembao este señor, ni siquiera se había comido algo del carrito, y eso que

había platanitos, maní y papas, pero me arrepentí de esos malos pensamientos… no le vaya a contar. Mi mamá siempre me dijo que la paciencia es virtud de grandes hombres, y yo diciéndole atembao.

»Jesús se puso el pantalón, lo convencí de que se comiera un paquete de papas, y después nos fuimos a coger un bus. La gente no hacía sino mirarlo, yo ya estaba acostumbrado a eso, pero ese día me pareció una mamera esa mierda, no me gusta llamar la atención.

»Salimos a la calle 22 y de una empezaron a silbarle. Todas las prostitutas que había por ahí le gritaban cosas, que *todo lo rico*, que *venga papi que sí es pa' eso*, que *qué delicia de chocolate para ese frío*. A mí casi me da un ataque de risa, pero me hice el guevón cuando le vi la cara a Jesús, todo apenado.

»Primero pensé en coger un SITP, pero esos se demoran más en pasar y es más difícil colarse. Subimos a la Caracas y ahí nos metimos a Transmilenio sin pagar. Yo creo que Jesús ni siquiera recuerda eso, o es capaz de que me hace ir a pagar esos dos pasajes, ese *man* es así.

»Yo ya estoy acostumbrado a andar con mi carrito pa'rriba y pa'bajo, pero ese día también tenía que estar pendiente de Jesús. Era como andar con un niño de cinco años, pero grandote. El tipo miraba todo con cara de sorpresa y le sonreía a la gente porque sí. ¿Usted ha visto cómo reacciona la gente cuando un desconocido les sonríe? Se timbran es de una, como si les fueran a robar. Nos gusta es tratarnos a las patadas. Pero bueno, llegamos al portal del Sur y fue más bien difícil coger el alimentador. Un malparido se puso todo aletoso porque le pegué sin querer en un tobillo con el carrito de dulces, y lo viera, empezó a empujarme y todo la gonorrea esa. Pero entonces Jesús intervino. No vaya a pensar que para darle en la jeta a ese *man*, ojalá. No, lo que hizo fue tocarle un hombro y mirarlo… y ya, eso fue todo. Y con eso el *man* se calmó, fue muy loco, hasta se me hace que el tipo estuvo a nada de ponerse a llorar. Y eso que Jesús ahí no había desarrollado los… poderes.

—¿Poderes?

—A lo bien… ahorita le explico eso.

M.

—El bobo de mi marido siempre sale con unas estupideces que ni pa' qué le cuento, pero esto ya era la tapa. Llegó convencido de que se había encontrado en la calle con Jesús. Lo peor es que, pa' completar la pendejada, me dice que estaba dizque sin ropa en alguna parte en el barrio Santa Fe. Primero le dije que estaba loco, pero después me quedé callada pensando en lo imbécil que podía llegar a ser David. Yo creo que pensó que yo le iba a hacer más reclamos porque salió afanadísimo con el pantalón de Luciano y ni siquiera me miró a la cara. Tan pendejo, como si a estas alturas yo estuviera para hacerle reclamos, ni boba que fuera.

—Tal vez usted me pueda contar por qué había un pantalón del vecino en su casa.

—Ahora que lo pregunta, ni idea…

—(…)

—(…)

—Bueno, pues, continúe, por favor.

—Cuando llegaron, yo estaba haciendo una agüepanela. Mi marido llegó hablando con alguien que no pude ver en un principio, pero al ratico lo pillé: era un negro alto que se quedó mirándome como si yo le debiera plata o algo. El tipo estaba bueno, eso no se lo voy a negar, pero yo no soy de estar pensando en esas cosas, se lo juro.

»*Vea, Mariela, le presento a Jesús*. David de verdad se creía esa pendejada, y yo lo que hice fue saludar, porque igual el tipo no tenía la culpa de las locuras de David.

»*Mucho gusto*, le dije. El tipo se quedó callado un rato, no dejaba de mirarme y yo ya me estaba sintiendo incómoda.

»*Jesús, el gusto es mío*, dijo cuando yo ya estaba pensando que era mudo o idiota. Lo raro es que cuando lo escuché me convencí. Sí, en serio, no me abra así los ojos que no le voy a echar gotas, solo fue escucharlo y supe que de verdad era Jesús, y no un Jesús cualquiera, como uno de mis profesores del colegio, al que le decíamos dizque Chucho, el profe Chucho que se quería comer a todas las estudiantes de noveno pa'rriba. Este tipo era Jesús, el Salvador, el que aparece en las películas en Semana Santa.

»Ahí sí se me pasó la ira que tenía por culpa de David. Jesús

se veía medio raro con ese saco de lana que le quedaba pequeño y además tenía pinta de estar muerto de hambre. *¿Quiere agüepanela?*, le pregunté, *también hay pan y creo que nos queda una arepa.*

»*Sí, me encantaría*, dijo él con esa voz tan delgadita y tan bonita. Yo me quedé odserva… onservándo… no, ¿cómo es?

—¿Observándolo?

—¡Eso! Mirándolo un rato… entonces escuché que el David me decía que me moviera. Cuando el David se enoja es mejor obedecer, así que me moví y me puse a lavar la loza pa' servir la agüepanela.

»Estaba sirviendo y me quedé como una tonta mirándolo. Con todo y su carita de cordero degollado y la ropa que le quedaba chiquita, se veía perfecto, un tipo de esos que no se ven sino en telenovelas, ¡ay, Dios mío!

»*¿Qué le pasa, mija?, ¿está bien?*, preguntó el David.

»*Sí, claro, ¿por qué lo pregunta?*, y bajé la mirada, muerta de la pena.

»Jesús me recibió el pocillo y siguió mirándome. Yo ya no me sentía incómoda.

—¿Cómo se sentía entonces?

—¿Qué?

—Dice que ya no se sentía incómoda, ¿cómo se sentía entonces?

—Pues… bien, lo contrario a incómoda.

—¿Se sentía cómoda?

—Sí, eso, pero sin ese tonito que está usando usted. Me sentía bien.

—¿Por qué lo miraba?

—¿Cómo?

—¿Por qué miraba así a Jesús?

—No sé… está bueno, sería muy boba yo a estas alturas decirle que no me di cuenta de eso, pero era otra cosa, como que una se queda pegada de esos ojos y de la voz y de la piel y de esas manos… sobre todo de las manos.

—Entiendo.

—David no se daba cuenta de nada, como siempre. Hace

tiempo que no me arma uno de sus *shows* de celos. Lo que hizo fue regañarme por el pocillo tan feo en el que le serví la agüepanela a Jesús. No me di cuenta. Era un pocillo de los más viejos, que ni siquiera tenía oreja. ¡Qué vergüenza! Pero Jesús no dijo nada, lo que hizo fue tomar y comer como si alguien le fuera a quitar. Recuerdo que así comía la Deisy después de que la llevábamos al parque a jugar…

»El bobo de mi marido soltó una de esas frases que se la pasa diciendo, una de esas de la mamá. ¿Sí sabe cuáles? A mí me parece muy chistoso que siempre dé lora con esas cosas, la mamá era una malparida pendeja, a esa arpía nunca la escuché decir algo inteligente. Perdón… ¿puede cortar eso último?

—¿Qué cosa?

—Eso de que mi suegra era una malparida pendeja.

—Sí, claro, cuente con eso. Siga contando, tranquila.

—Jesús terminó de comer y entonces le pregunté por fin todo lo que me estaba muriendo por preguntar.

»*Me va a disculpar, Jesús, pero no entiendo nada*.

»Y Jesús habló de nuevo, esa voz de él es tan bonita que la podría escuchar toda mi vida.

»*¿Qué es lo que no entiendes?*, me preguntó. Los ojitos como que le brillaban.

»*¿Por qué es negro?* Esa pregunta se me salió, no voy a negar que fue muy pendeja, le juro que no soy racista. Menos mal mi marido no me escuchó. ¿Por qué me mira así? ¡No soy racista!

—Nadie ha dicho eso.

—¿Puedo seguir?

—Por favor.

—*¿Y por qué no?*, respondió Jesús y sonrió. Y esa sonrisa, lo confieso, me derritió. Me hizo recordar cuando era niña y vivía en el pueblo, allá en una vereda cerca a Garagoa, en Boyacá, ¿conoce? En esos días era feliz, vivía sin preocupaciones, pero uno de chiquito no se da cuenta de esas cosas. Esa sonrisa de ese señor era eso: felicidad.

»*¿A qué vino otra vez?*, pregunté y bajé la mirada, escuchar mi pregunta en voz alta me hizo sentir medio rara, medio chismosa. David se atragantó con la arepa. Bien hecho, debió dejársela a Jesús, es que es más desconsiderado. Cuando por fin pudo volver

a hablar, me dijo:

»*Mija, ¿cómo va a preguntar eso? ¿No le da vergüenza?* Yo agaché la cabeza, sí me daba vergüenza, pero no pensaba darle la razón. Y me salvó la campana. Jesús habló:

»*Es una pregunta válida*, algo así dijo.

»Le eché una mirada a David, pero él estaba concentrado en Jesús. Todos nos quedamos en silencio un buen rato. David terminó de comerse la arepa y llevó las cosas al lavaplatos. Jesús no nos miraba, yo creo que estaba pensando en una de esas cosas que la gente como yo no entiende. Al final me decidí a volver a preguntar. *Bueno ¿y entonces?* Jesús siguió con la misma cara, en ese momento era como si no estuviera ahí con nosotros, no sé cómo explicarlo.

»*Mi misión… mi misión*, dijo, y se quedó callado otra vez. Los hombres son muy raros.

J.

—Para llegar a la casa de David tuvimos que recorrer en Transmilenio un buen tramo de Bogotá, hacia el sur, luego lo ayudé a subir el carrito de dulces a un bus verde, de esos que llaman alimentadores. Recuerdo que casi se pelea con un desconocido por alguna razón sin importancia. Ustedes se pasan la vida peleando. Lo toqué en un hombro para llamar su atención, y cuando me miró a los ojos pude ver todo el dolor que cargaba. Ese día peleó con su novia por cuenta de unos celos injustificados de parte de él, también tenía que pagar la factura de la luz y no le alcanzaba. Era un mal día para él, así que le transmití toda la calma que me fue posible y le aseguré, sin que él lo notara, claro, que ese día conseguiría el dinero que le faltaba para pagar la luz y hasta le quedaría dinero para invitar a su novia a una buena comida y pedirle perdón por sus bobadas.

—¿Telepatía?

—Esa es una palabra rimbombante en la que la mayoría de las personas no cree, pero sí, algo de eso hubo. Esa noche, el desconocido encontró dinero dentro de una chaqueta, horas después estaría haciendo el amor con la mujer que amaba y en la mañana pagaría por fin el recibo vencido de la luz.

—¿Todo eso gracias a usted?

—Todo eso gracias a nuestro Padre/Madre.

—¿Nuestro Padre/Madre?

—Cada respuesta a su tiempo. ¿Quieres que continúe?

—Por favor.

—Después de no sé cuántas paradas, nos bajamos en una esquina en la que hay una panadería. El olor del pan me causó una sensación casi dolorosa en el estómago. Seguía con mucha hambre, apenas me había comido un paquete de papas y ese aroma invadió mi nariz con una agria dulzura. Era un barrio popular, con gente caminando de aquí para allá y mucho ruido. David me contó que estábamos en Bosa. Después caminamos varias calles en pendiente ascendente. En cierto punto de la caminata, mientras empujábamos el carrito por turnos, le pregunté a David si no había algún bus que nos dejara más cerca. *Por aquí no llegan buses*, explicó, *a veces ni la policía se atreve a subir*. Guardé silencio mientras procesaba la información. El lugar no parecía tan peligroso, pero seguro se debía a que caminaba al lado de él y la gente lo conocía. «Perro no come perro», dicen ustedes.

»David no me había dicho que tenía esposa. Es muy bella, aunque admito que al principio no pude verla con claridad. Tiene…

—¿A qué se refiere con eso de que no pudo verla con claridad?

—A eso exactamente.

—David dijo que tiene el don de hacerse invisible.

—Sí… supongo que de eso se trata. Un don.

»Tiene el pelo negro y de rizos perfectos. Unos ojos azules que contrastan con su piel morena y destellan bondad. Sus dientes frontales son como de conejo con un pequeño espacio entre ellos, y cuando cree que nadie la está viendo, sonríe de forma tan explosiva que opaca todo cuanto existe. Cuando por fin fui consciente de su presencia, la miré muy fijo durante un buen rato, no pude evitarlo. En parte estaba cautivado por su belleza, pero también necesitaba… enfocarla. Por la forma en que me miró, sentí que también a ella le costó notarme.

»Me ofreció pan y una bebida dulce de la que no comprendí el nombre en un primer momento, pero se llama agüepanela, es una

delicia, ¿verdad? Acepté sin dudar. Esa comida me supo a gloria. ¿Cómo hacen ustedes para vivir? Este cuerpo siempre está pidiendo comida, es desgastante.

»Y entonces Mariela, así se llama, me preguntó algo primordial. Algo que yo mismo debí preguntarme desde el principio. ¿A qué vine? No pude haber encarnado de nuevo porque sí. Es obvio que vine con una misión. Así, me encontré reflexionando sobre esa cuestión. El problema era que no lo recordaba. En el momento exacto en que me materialicé, empecé a olvidar. Eso también me lo advirtió

—¿Quién le advirtió?

—No tiene un nombre, pero sí muchas formas. Provengo de un lugar en el que las cosas no funcionan igual que acá.

—¿Dios?

—Es una manera de decirlo… sí, digamos que Dios, ¿por qué no?, las palabras establecen límites, y allá, de donde vengo y a dónde volveré, a dónde regresamos todos, no los hay, pero al final las necesitamos y además me encantan, las palabras son mágicas.

—¿Me está diciendo que existen varios dioses?

—Sí, claro, son miles, y al mismo tiempo es uno solo, una sola. Es todo y del mismo modo *hace parte* de todo. Es igual que tú y yo, compone las ondas de sonido con las que nos comunicamos y la imagen que tenemos el uno del otro. Se va creando a sí mismo conforme los humanos lo imaginan e intentan darle forma. Está presente en todas partes, incluso en el vacío. Se encuentra en la tristeza por un amor no correspondido, en la melancolía causada por un sueño frustrado, en la exultante alegría que provoca encontrar algo que llevas años buscando, en tus manos recorriendo el pecho tatuado de esa persona que de alguna manera es, a un tiempo, la pieza que te hacía falta y tu reflejo; en un virus que muchos toman como una gripa cualquiera, pero puede matarte; en el silencio que lo cubre todo cuando te das cuenta de que lo cierto es que nada tiene significado por sí mismo. Dios es y no es. Nadie sabe cómo inició, pero evolucionó hasta ser tanto y tan poco, que tratar de definirlo o encasillarlo es inútil. Él, ella, todos ellos, determinaron que yo volviera a este planeta y me encargaron una misión. Ahora soy Jesús, pero pude ser Horus, Baco, Cupido o cualquier otro. Para

ti, que por ahora crees que conoces solo este plano, que asumes que esto que ves, escuchas y sientes es la única realidad posible, es imposible entender a Dios en su plena dimensión, pero eso no hace a Dios más grande o más pequeño, eso no determina su existencia. Dios Es, solo eso, se limita a existir y a cumplir su función en el constante e imparable fluir, como todos.

—¿Y cuál es su misión? ¿Por qué está acá?

—No pude recordarlo en ese momento. Entre otras cosas, estaba muy cansado. Tenía sueño. Mariela y David extendieron unas cajas de cartón junto a su cama y las cubrieron con una cobija vieja. Hicieron lo que pudieron para que yo tuviera un lugar para dormir, luego de que yo me negara a usar la cama matrimonial. Me acomodé como pude, tuve que flexionar las piernas para no golpear una mesa endeble en la que había un pequeño televisor. Igual, la incomodidad era irrelevante, yo necesitaba descansar. Aunque no logré dormir de inmediato, había muchos pensamientos, muchas sensaciones, muchas urgencias que acallar...

—¿Pero ahora recuerda su misión?

—No estaríamos hablando si no la recordara. Al final, tú necesitas respuestas, y no estarías aquí, frente a mí, si yo no las tuviera. Créeme, hace mucho tiempo que tú te encuentras siempre en las circunstancias y los lugares indicados.

—¿Cómo así? ¿Me estaba esperando?

—¿Tú qué crees?

FRONTERAS

Arturo Amézquita odiaba mirar por la ventana y enfrentarse a ese barrio estrato dos repleto de gente cuya mayor preocupación era pensar cómo llegar a fin de mes. Odiaba sus sonrisas, sus miradas amables y sus bocas con muelas llenas de calzas. Odiaba que hablaran tan fuerte y que se llamaran "veci" entre sí. Pero lo que más odiaba era que se dirigieran a él con la palabra "sumercé". Por esto procuraba mantener las cortinas cerradas el mayor tiempo posible, optaba por permanecer a oscuras con tal de no ver aquellas casas desvencijadas y esos andenes salpicados de pordioseros y perros callejeros.

Estaba acostado bocarriba, molesto a causa de otra noche de insomnio y quejándose en silencio por su suerte, aunque era consciente de que la merecía, de que hubiera podido ser peor y de que, en medio de todo, debía agradecer a Dios por los favores recibidos.

Estaba a punto de buscar el reloj en su mesa de noche para saber si se acercaba el momento de levantarse, cuando escuchó la voz de Yurany al otro lado de la puerta:

—¡Padre Amézquita, el desayuno está listo!

Ya no era necesario mirar el reloj. Yurany era muy puntual y todos los días, justo a las siete de la mañana, tenía lista la primera comida del día. El sacerdote suspiró, en una búsqueda desesperada de algo de sosiego en su interior, el mismo que le resultaba imposible de encontrar en el exterior; contestó con toda la amabilidad de la que pudo echar mano:

—Gracias, Yurany, ya salgo.

Observó durante otro par de segundos el techo marrón, como esperando encontrar allí alguna clase de respuesta, pero sus ojos, sin que pudiera evitarlo, se desviaron hacia la mancha de humedad que se encontraba en un rincón de la habitación, la misma que estaba ahí desde que se mudó y que le recordaba, día tras día, las razones que lo tenían ahí, en esa pocilga. Sin más

opciones, se negó a seguir pensando en eso y se puso de pie. Se puso el primer pantalón que encontró y, antes de salir de la habitación, abrió las cortinas y se enfrentó al lóbrego panorama. No hubiera querido amargarse, menos desde tan temprano, pero si dejaba las cortinas cerradas, tendría que soportar las preguntas de Yurany, la dueña de la casa, y de los otros dos inquilinos con quienes compartía el baño y las áreas comunes.

«¿Por qué no abre las cortinas, padre?».

«¿No le molesta la oscuridad, padre?».

«Dese un bañito de sol, padre, vea que está muy pálido».

¡Maldita sea!, pensó, pero al salir de la habitación, sonreía.

No era la primera vez que se encontraban todos a esa hora, llevaban varios meses compartiendo la mesa. Las pocas excepciones se daban cuando Harvey («Arbei, padre, me llamo Arbei», aclaraba Harvey cada vez que Arturo insistía en pronunciar su nombre como "Jarvi") se quedaba en casa de su novia, que vivía en Suba, al extremo noroccidental de la ciudad; o cuando Justo decidía tomarse unos tragos y en la mañana no estaba en condiciones de darle la cara al mundo. Aunque llevaban tantas semanas compartiendo, Yurany se quedó observando al sacerdote, como si fuera la primera vez, con una mirada penetrante, lasciva. Alguna vez, achispada por cuenta de varias cervezas, la mujer, de baja estatura, pelo castaño muy liso y caderas estrechas, le confesó a Arturo que le encantaban sus brazos y que, de no ser cura, «le haría con toda, padre». Aquella vez, Arturo, algo incómodo pero sobre todo sorprendido, soltó una carcajada forzada, terminó su cerveza tan rápido como pudo y se despidió de todos los presentes con la excusa de que debía despertarse temprano para oficiar dos bautizos y una primera comunión. Eran apenas las cuatro de la tarde y resultó evidente que huía a causa de lo que Yurany acababa de confesar. Desde su habitación, escuchó a varios de los presentes recriminar a la mujer, quien soltó una disculpa a medias y le subió al reguetón que sonaba en ese momento.

—Buenos días —dijo y miró a los ojos a Yurany, como para sacarla del trance.

Ella tardó un segundo de más en contestar, pero por fin reaccionó.

—Buenos días, padre… Bendición.

Arturo dibujó una cruz en dirección a ella, un gesto mecánico, practicado durante años y que, para él, había perdido todo significado.

Harvey, que ya estaba sentado a la mesa y masticaba con fruición una mezcla de pan hojaldrado y huevo frito, no pudo evitar sonreír, pero trató de disimular y le dijo al sacerdote:

—Buenos días, sumercé.

Arturo lo miró a los ojos y asintió en silencio a manera de saludo. Luego, sin más, se sentó a la mesa y empezó a comer.

—¿Y Justo? —preguntó—. ¿Estuvo tomando anoche?

—Fui a decirle que ya estaba el desayuno —contó Harvey—, pero dice que tiene un guayabo el hijueputa.

—¡Harvey! —recriminó Yurany.

—Perdón, padre —se disculpó Harvey. Arturo sabía que en realidad no se avergonzaba. Al final, *¿qué tan malo es soltar un hijueputazo de vez en cuando? Eso no le hace daño a nadie*. Él mismo había hecho cosas peores, sin duda.

—No se preocupe, Harvey. El chocolate está delicioso, Yurany.

Los ojos de la aludida brillaron y no hizo nada para disimular su sonrisa.

—Me alegra que le guste, sumercé.

Aquel segundo "sumercé", en tan poco tiempo, casi le arruina el desayuno. *Cómo odio esa puta palabra*. Pero asintió con expresión tranquila y siguió comiendo.

Desde el segundo mes en el barrio San Antonio, cerca de la zona del Restrepo, el padre Amézquita llegó a la conclusión de que era muy poca la gente que llegaba a misa de seis de la mañana. Así que, de común acuerdo con la comunidad, los miércoles los servicios religiosos iniciaban a las 8:30. Al principio se sintió feliz por aquella pequeña victoria, pero pronto decidió que daba igual, dado que apenas si dormía.

Aquel día asistió bastante gente. Logró contar unas treinta personas, entre ellas varias de las habituales, la mayoría con el tapabocas puesto en el cuello, como si fuera por ahí que respiraran, o, de plano, sin tapabocas. Los odió un poco más por eso, aunque él mismo admitía que sus orejas a veces dolían y

respirar a través de esa tela no era nada cómodo.

Estaba la señora Buitrago con uno de sus vestidos de flores, su pelo gris y el bastón que la acompañaba a todas partes. También don Eulalio, siempre con traje y corbata, siempre serio, gallardo e imponente para su avanzada edad. El dueño del taller de bicicletas, don Jorge, con sus manos callosas a causa de su trabajo y su ojo derecho que con rebeldía miraba a todas partes y a ninguna. Y atrás, con el carrito en el que transportaba termos llenos de café y agua aromática, que utilizaba para pagar una habitación y darle de comer a sus tres hijos, estaba Lady, cuyos ojos se notaban inflamados incluso desde el púlpito, a una considerable distancia. Arturo solo esperaba que no se le acercara a pedirle alguna clase de consejo después de misa, pero claro, aquel deseo no se le concedió. Llevaba unas cuantas semanas sin ver a Lady en la iglesia, y que llegara con aquella expresión de haber estado llorando durante mucho tiempo, no podía significar sino que tenía problemas y estaba buscando a Dios para obtener algo de paz.

Una vez terminó el servicio religioso, la mujer se acercó a él con su aire compungido, como si llevara encima un peso muy grande. Parecía que sus fuerzas apenas le daban para empujar el carrito.

—Buenos días, padre.

—Hola, Lady, ¿cómo va todo?

—Ahí vamos, sumercé. ¿Me puede regalar unos minutos?

—Claro que sí, Lady. Dime, ¿en qué te puedo ayudar?

Y entonces Lady rompió a llorar. En su llanto se adivinaba un dolor profundo y un agotamiento físico y mental que Arturo, a pesar de haber estado sometido a tanto estrés en el último año, ni siquiera alcanzaba a imaginar. El sacerdote esperó un poco, sin estar muy seguro de qué debía decir o si, de hecho, era oportuno decir algo. Cuando empezó a calmarse, Amézquita posó sus manos sobre las hombros de Lady y le habló:

—Lady, lo que sea que esté sucediendo, vas a solucionarlo, recuerda que todo lo puedes en Cristo Jesús. Toma aire y cuéntame, con confianza.

Lady lo miró a los ojos brevemente y bajó la mirada, casi como si estuviera avergonzada. Se acomodó el tapabocas con un

aire de nerviosismo. El padre Amézquita no pudo evitar pensar en todo lo que las manos de la vendedora de café habrían tocado hasta ese momento del día y sintió un atisbo de repulsión que, para su fortuna, pasó en un segundo.

—Es mi hijo —susurró.

Al sacerdote le tomó tiempo entender.

—¿Ramiro? —preguntó.

Ramiro era el hijo mayor de Lady. Aparentaba unos diecisiete años, pero apenas iba a cumplir quince, la edad que tenía Lady cuando lo dio a luz. Ramiro le causaba mala espina. Tal vez fueran sus pantalones caídos, tal vez fuera la gorra que usaba muy alta, como si fuera muy pequeña para su cabeza, pero tal vez, solo tal vez, se trataba de la forma en que lo miraba: desafiante, como si conociera quién era él en su fuero interno y tuviera la férrea intención de usar esa información para su beneficio.

—No, Ramiro está bien, padre… o más o menos. Hablo de Estiven —aclaró Lady—. ¡Ya no sé qué hacer con él! —Lady estuvo a punto de romper en llanto de nuevo, pero logró, de algún modo, contenerse.

El padre Amézquita recordó a Estiven, con su piel canela, sus ojos color miel y ese cuerpo de doce años apenas en formación. Empezó a salivar más de lo normal, fue consciente de ello, pero no pudo evitarlo.

—¿Qué pasa con él?

—Está cada vez más rebelde, no rinde en el colegio y creo que está fumando marihuana.

—¿Cómo sabes eso?

—Por la actitud, padre. —La tristeza empezaba a dar paso a la rabia—. Se la pasa cagado de la risa con los amigotes, que son iguales de vagos que él, ahí no se sabe cuál es peor; y ya más de una vez me ha llegado con esos ojos entre el cu… —Miró al padre, avergonzada—. Con esos ojos coloraos, padre, pero es que los viera: ¡rojísimos!

Amézquita había visto a Ramiro fumando marihuana más de una vez en el parque que quedaba a la vuelta de la casa de Yurany, pero seguro él sabía disimular mejor que Estiven. Y, en todo caso, Estiven era muy joven. Apenas doce años. *Doce añitos*.

Tuvo que tragar saliva, la boca se le inundaba.

—Lady, para estos casos es mejor conseguir un terapeuta, un profesional que pueda ayudar.

—¿Un psicólogo? El tipo encargado de eso en el colegio me dice que Estiven no quiere hablar con él y que ahí no puede hacer nada. Y ni modo de pagar un psicólogo particular, sumercé. ¿De dónde?

—¿Y la EPS?

—Padre, a mí no me alcanza para pagar EPS, yo tengo Sisbén, y pedir una cita ahí es un camello. Me la dieron para dentro de seis meses. ¡Imagínese!

Por supuesto, pensó Arturo. No solo se sintió avergonzado, también estúpido por solo sugerir algo como eso.

—Por favor, padre —suplicó Lady—, hable con él. Mire que Estiven a usted lo respeta.

Y de nuevo, incontenible, Lady rompió en llanto.

Amézquita se imaginó hablando con Estiven a solas y un estremecimiento le recorrió la espalda. Le encantaba la sensación. *Dios, ¿por qué me haces esto?*

Tan solo un año y medio atrás, el padre Arturo Amézquita era uno de los más respetados y queridos sacerdotes del norte de Bogotá. Oficiaba sus servicios en el barrio Cedritos y vivía solo en un apartamento muy cerca del templo asignado. Los feligreses eran personas con un alto poder adquisitivo que lo colmaban de regalos y no tenían problema en pagar los altos precios que el padre Amézquita cobraba por servicios como confirmaciones o matrimonios. Los pecados que debía escuchar en las confesiones eran, en su mayoría, infidelidades aquí y allá; alguna vez, un ministro de Defensa se atrevió a confesarle un horrible acto de corrupción; pero Amézquita sabía que muchos de sus fieles eran políticos y seguro nueve de cada diez tenían las manos untadas de dinero sucio. No, no era tan grave realmente y, por supuesto, jamás se le pasó por la cabeza romper el secreto de confesión.

Durante años, Amézquita vivió feliz y tranquilo, cumpliendo a cabalidad los deberes que se le imponían como sacerdote para no correr el riesgo de tener alguna mácula en su hoja de vida. Pero entonces empezó a relajarse, pese a que su mentor se lo había advertido. Su nombre era Pablo Arenas, un sacerdote mucho más

viejo que él que oficiaba en la zona de Quinta Camacho. De vez en cuando se encontraban para tomarse unos tragos y escuchar música de Julio Jaramillo.

—Nadie va a entenderlo, en estos casos no hay piedad o empatía de ninguna clase, si te atrapan, te vas a la mierda.

—¿Será que me echan de la Iglesia?

—¡Claro que no! —exclamó, divertido—, para que eso pase tienen que condenarte a la cárcel, tal vez encontrarte con las manos en la masa, y aun así sería difícil, más bien harán como que no es con ellos y te enviarán lejos. Tendrás suerte si consigues que te dejen continuar en Bogotá, lo más probable es que te manden a uno de esos pueblitos olvidados por Dios y el Estado.

—¿Como Oicatá?

—¿Oicatá? ¿Dónde queda eso?

—En Boyacá.

—Pues nunca lo había escuchado, pero no, me refiero a sitios recónditos, Boyacá está muy cerca de Bogotá.

Arturo asintió con aire de haber entendido a la perfección, pero en ese momento se sentía bastante achispado por el efecto del licor y no tomó aquella advertencia muy en serio. Procuró comportarse bien desde ese día, pero la intención le duró poco: transcurridas unas cuantas semanas, siguió tocando a cualquier niño que tuviera la mala suerte de encontrarse a solas con él. Fueron varios los incautos que se vieron acorralados después de las clases de catequesis que con tanta bondad dictaba cada sábado. Elegía a su víctima de turno y se las arreglaba para que se quedara con alguna excusa. Cuando estaban solos, usando toda clase de argucias, muchas de ellas plagadas de citas bíblicas, lograba que los niños se quedaran quietos mientras él se entregaba a sus impulsos. Esto pasaba durante cuatro o cinco fines de semana, hasta que se cansaba del niño elegido, lo olvidaba y elegía a otro.

Pero entonces, un día no se conformó con tocar y le pidió a Jacobo, un niño de seis años, que fuera más allá y usara su boca. El niño, confundido y con la voz quebrada porque no quería hacerlo, le preguntó si eso estaba bien. Arturo insistió en que era lo que Dios mandaba para el perdón de los pecados, y le aseguró

que no sería tan difícil. «Imagina que es una colombina», le soltó con la boca hecha agua y el miembro erecto, «te gustan las colombinas, ¿verdad?». El episodio terminó con Jacobo asestando un fuerte puñetazo en la entrepierna del padre, quien, adolorido y sorprendido, no pudo hacer nada aparte de quejarse mientras observaba al niño huir a toda prisa.

No pasaron dos horas y ya enfrentaba a un grupo de padres que le hacían toda clase de preguntas, cada vez más enardecidos. Estaban acompañados de un par de policías que se limitaban a observar la escena en silencio y, al parecer, mantenerse pendientes de que nadie se dejara llevar y agrediera al sacerdote, aunque él, por sus miradas, presentía que los policías rogaban porque eso pasara. Era posible que, en caso de darse un acto de violencia, los uniformados esperaran a que le dieran unos cuantos golpes antes de involucrarse para detenerlos. Arturo, a pesar del miedo, se las arregló para mostrarse tranquilo y asegurar, sin bajar la mirada, que Jacobo había malinterpretado todo y él solo quería darle un beso en la frente para despedirlo.

Con el pasar de los minutos, los agentes de policía se ubicaban más y más lejos de la escena, mientras que la multitud crecía y crecía por cuenta de otros padres iracundos, que fueron alertados por mensajes de texto y llamadas telefónicas, y los curiosos que solo pasaban por ahí. Amézquita, sin saber cómo, logró librarse de un linchamiento seguro. Sin embargo, la sombra de duda se cernió sobre él y, pasados unos pocos días en los que Arturo no tuvo un minuto de paz, y ante las preguntas de sus progenitores, más niños empezaron a hablar. No había pruebas, pero los padres, por supuesto, creyeron en las palabras de sus hijos. Amézquita supo que era su fin, que ahora terminaría en algún pueblo del Chocó o del Cauca, si es que no lo expulsaban de la Iglesia definitivamente.

Arenas, su amigo, al parecer sabía de qué hablaba, y Amézquita tuvo mucha más suerte de la que imaginó. La Iglesia logró contener el artículo que estaba listo para publicarse en uno de los periódicos más importantes de Colombia —el periodista que se atrevió fue vetado en el periódico y poco después desapareció de manera misteriosa, una de esas cosas que suceden todo el tiempo en este país—, y envió a Arturo a un barrio muy lejos de Cedritos, donde nadie lo conocía ni haría preguntas o

tenía el dinero para contratar poderosos abogados que pusieran en peligro la ya golpeada imagen de la Iglesia católica.

El *modus operandi* estaba claro: no lo expulsaron porque no era el primer escándalo de esa naturaleza en la Iglesia, y por supuesto no sería el último. La institución había sido muy laxa con este tema desde siempre, y no existía ninguna razón para que Arturo fuera la excepción. Ahora, aunque Arturo reincidiera, lo haría con niños pobres, y la Iglesia tenía muy claro que a nadie le importan los pobres. Claro, le advirtieron que sería la última vez que tolerarían algo similar, y aunque Amézquita ya conocía decenas de casos en los que habían tolerado mucho más, no pensaba arriesgarse. De su amigo y mentor, nunca volvió a saber nada, y no lo culpaba por haberse alejado de ese modo, él hubiera hecho lo mismo.

Amézquita no tuvo más remedio que aceptar aquel traslado. Así como tuvo que aceptar vivir en una pequeña habitación y compartir baño con dos desconocidos. También aceptó, como el resto de la humanidad, el encierro de la pandemia.

Le aseguró que hablaría con Estiven, pero que lo haría en presencia de ella. Lady aceptó, agradecida, concertaron una cita para el día siguiente a la misma hora y se despidieron. El sacerdote se quedó ahí, observándola mientras se alejaba y con el rostro de Estiven fijo en su cabeza. Tardó un poco en notar que tenía una erección apenas disimulada por la sotana.

Arturo consideró la posibilidad de llevarlos a su pequeño despacho, pero prefirió que hablaran ahí, en el templo, con las puertas abiertas, a la vista de cualquiera que entrara a rezar en soledad o ungirse con agua bendita. Entre más testigos, mejor.

Lady llegó muy puntal en compañía de un Estiven que lucía apenado, con la mirada en el suelo. El niño caminaba contenido, como si tuviera miedo, y Lady se veía obligada a darle uno que otro empujón para que se moviera. Amézquita sintió un atisbo de lástima por los dos. Cada uno, desde su orilla, estaba sufriendo, era evidente.

—Buenos días, padre Amézquita —saludó Lady cuando estuvo cerca.

—¿Cómo estás, Lady? —contestó él—. ¿Cómo están los dos?

—Y estiró su puño para saludar a Estiven.

Él continuó con la cabeza gacha y sin pronunciar palabra. Lady lo miró, molesta.

—¿Se le olvidó saludar también? —recriminó.

Estiven levantó la cabeza, muy despacio.

—Hola, padre —dijo con un hilo de voz y golpeó con suavidad el puño del sacerdote con su propio puño.

Arturo notó que Estiven temblaba y una especie de relámpago causado por un recuerdo añejo y que ni siquiera pudo precisar, le recorrió la espina dorsal.

—Me contaron que estás pasando por un momento… difícil, Estiven.

El niño, que de nuevo miraba al suelo, se limitó a encogerse de hombros. Lady ya parecía al borde del colapso.

—¡Conteste! —profirió, casi gritó.

—Lady, tranquila.

—Sí, padre… Perdón. ¡Es que este chino me saca la piedra! —Se acomodó el tapabocas en un gesto mecánico.

—Hay que respetar la casa de Dios, Lady.

Lady asintió con sumisión.

Arturo volvió su atención a Estiven. No era la primera vez que se enfrentaba a un niño problemático, ni mucho menos a uno que hubiera probado la marihuana, algo que, en la mayoría de los casos, no pasaba de eso. Pero sí era la primera vez que lo hacía en ese barrio de clase media baja, y sospechaba que el manejo que debía darle era del todo distinto al que le hubiera dado en un barrio de clase alta. Odió de nuevo su vida, aquel cambio que se había visto obligado a hacer. *Si el pequeño idiota de Jacobo no hubiera hablado…*

—Estiven —dijo—, puedes mirarme a los ojos, no pasa nada. Puedes confiar en mí.

El aludido dudó un momento, apenas lo justo para que Lady volviera a regañarlo.

—¡Que mire al padre!

—¡Lady, por favor! —susurró Arturo con vehemencia.

—Sí, señor. Perdón, sumercé…

Estiven por fin lo miró a los ojos, y al padre le pareció que

incluso había un vestigio de sonrisa en su rostro. ¿Acaso disfrutaba de la situación?

—La verdad es que no sé por qué estoy aquí, padre —aseguró Estiven, y a Arturo le pareció que la seguridad con la que hablaba nada tenía que ver con el niño timorato que se había presentado ante él unos segundos antes.

El padre le hizo un gesto a Lady para asegurarse de que guardara silencio y contestó:

—Pero no tienes nada que perder, ¿no te parece? Hablemos un rato sobre cómo va tu vida, hazlo por tu mamá, que te ama.

Amézquita volvió a notar un atisbo de sonrisa en el rostro de Estiven, pero prefirió no ahondar en eso. El niño se mantuvo en silencio y el padre asumió que estaba esperando a que él dijera algo. Así que optó por ser directo.

—Tengo entendido que hasta hace poco te iba muy bien en el colegio, ¿qué pasa ahora?

—No pasa nada, mi mamá está exagerando.

—¿O sea que te va bien en el colegio? ¿Son mentiras de Lady? —se apresuró a hablar antes de que Lady lo hiciera.

—Bueno… no es que me vaya bien, pero paso raspando.

—Pasas raspando… entiendo —dijo Arturo en tono condescendiente—. ¿Y eso te hace sentir orgulloso?

Estiven volvió a encogerse de hombros, pero esta vez le sostuvo la mirada. Era casi un desafío. Y ahí estaba de nuevo esa sonrisa leve pero malvada. Amézquita recordó una época de su vida que procuraba olvidar y que nunca le mencionaba a nadie, una época en la que tuvo que enfrentarse con las fuerzas del mal y casi dejó su piel en ello. Eran días ocultos en su mente, pero que fueron claves en su decisión de convertirse en sacerdote. Él creía en Dios sin haberlo visto nunca, estaba seguro de que existía porque conocía de primera mano la existencia del diablo, había visto con sus propios ojos lo que Satanás podía hacer con un cuerpo humano. En ese instante, con esa sonrisa pugnando por deformar el rostro de Estiven, tuvo una revelación que podría traerle mucho dinero y mejorar de manera ostensible su calidad de vida… si sabía cómo actuar. La iglesia solventaba su estadía y su comida en casa de Yurany, nunca mencionaron que no pudiera vivir en un lugar mejor. Resultaba más que evidente que ellos no

pagarían por un lugar mejor. Pero ¿y si él mismo lo hacía?

De repente se sintió afortunado de tener a Estiven y su actitud altanera frente a sí. La sonrisa maligna había desaparecido, tal vez nunca había estado ahí, pero los recuerdos permanecían. Estiven era, sin saberlo, quién le había dado la idea de conseguir dinero de la manera en que lo había hecho tanto tiempo atrás. Por ahora debía terminar con aquel intento de terapia cuanto antes y dedicarse a urdir su plan para volver a la prosperidad.

No creía que las siguientes palabras fueran ciertas, incluso él había probado la marihuana hacía unos cuantos años, décadas en realidad, y ahora no era un drogadicto ni mucho menos. De hecho, la marihuana no le gustaba: no sentía nada especial y al día siguiente lo atacaba un dolor de cabeza que duraba horas. Pero conocía decenas de personas que la disfrutaban y eran totalmente funcionales, tanto los que fumaban todos los días, como la gente que la consumía de vez en cuando con fines recreativos. Tenía muy claro que el licor podía ser muchísimo más perjudicial, pero también estaba seguro de que ese era el momento perfecto para iniciar un "pequeño emprendimiento", y que Lady se encargaría de iniciar el voz a voz necesario. Por eso no dudó en sentenciar:

—La marihuana es una puerta de entrada, Estiven…

—Pero yo… —intentó defenderse el niño.

—Pero nada, Estiven —aumentó el volumen de su voz de manera deliberada, era un experto en aparentar autoridad y sabiduría—, con seguridad después estarás buscando otras sustancias y el día menos pensado te veremos en El Cartucho, ¡perdido en las garras de Satanás!

El Cartucho, aquella zona de Bogotá que se asemejaba al Infierno, había sido desmontado hacía tiempo, pero no pensaba mencionarlo. Su pequeño discurso surtió el efecto esperado, por lo menos en Lady, de eso estaba seguro, y ella sería la que al final tomaría la decisión.

Lo que siguió fue una perorata impregnada de fanatismo en la que no hubo espacio para réplica. Unos veinte minutos después, la pobre madre atribulada estaba convencida de que su hijo se hallaba a punto de perderse para siempre, que si seguía por ese camino, se convertiría, sí o sí, en una especie de esbirro del demonio.

—El Adversario elige a las ovejas más débiles. —Para ese momento le hablaba a Lady como si Estiven no estuviera presente —, tenemos que actuar y tenemos que hacerlo pronto.

—¿Qué podemos hacer, padre? —preguntó ella y el temor que se adivinó en su voz fue un deleite para Amézquita. Aquel miedo irracional era el caldo de cultivo perfecto para ganar grandes sumas de dinero.

—Una liberación, Lady. No será sencillo, pero no hay otro camino.

Y tampoco será barato, pensó, pero ese tema lo abordaría después. La vida le había mostrado en más de una ocasión, que incluso las personas más pobres estaban dispuestas a dar todo lo que tuvieran con tal de obtener soluciones místicas a sus problemas, con tal de tener algo en qué creer.

Rogelio Amézquita nació el 9 de diciembre del año 1979, en la vereda Poravita, perteneciente al municipio de Oicatá, en el departamento de Boyacá. Creció en el seno de una familia campesina donde nunca tuvo muchas comodidades, pero jamás le faltó nada. Su familia era dueña de una pequeña extensión de tierra, donde cultivaban, principalmente, maíz. A partir de ese cultivo conseguían el sustento para sus progenitores y los cinco hermanos: cuatro mujeres: Adelfa, Clara, Alicia y Jasbleydi; y Rogelio, el menor.

Muy pronto, Rogelio, aficionado a las películas de acción con Chuck Norris y Jean Claude Van Damme, empezó a renegar de sus raíces y, desde antes de cumplir diez años, le pedía a todos, incluso a sus padres, que dejaran de llamarlo Rogelio, que él se llamaba Arturo. Un personaje de alguna película de artes marciales se llamaba Arthur, y como ese nombre en inglés no combinaba con su apellido, optó por usar la versión en español. Más de una vez se involucró en grescas con sus compañeros de colegio por el simple hecho de que insistieran en llamarlo Rogelio. Su padre, feliz por haber tenido por fin al varoncito, lo había nombrado en honor a su propio padre, y aunque tuvo más de una discusión con Rogelio, estaba convencido de que se trataba solo de una etapa, que ya se le pasaría. Lejos estaba de imaginar que Rogelio, en cuanto cumpliera la mayoría de edad, cambiaría su nombre legalmente y se iría a Tunja para perder,

poco a poco, todo contacto con ellos.

A mediados de agosto de 1988, Arturo, como todos los niños del pueblo, gozaba y reía en la plaza principal de Oicatá durante las fiestas de la Virgen del Tránsito, mientras los adultos se hartaban, entre otros manjares, de cerveza, longaniza y papa criolla. Cerca de las seis de la tarde, Arturo, sudoroso por tantos juegos y sonriente por las endorfinas que abotagaban su cerebro, se acercó a la tienda donde se encontraban sus familiares más cercanos y le pidió a su padre algo de dinero para comprar una gaseosa. Pero él estaba contando alguna anécdota a sus amigos en ese momento y le gritó:

—¡Ya le he dicho que no interrumpa a los mayores, Rogelio!

Arturo se sintió humillado, como le sucedía siempre que lo regañaban en público, pero su ira fue mayor cuando le gritaron su verdadero nombre; así que, orgulloso como era, dio la espalda, dispuesto a seguir con sus juegos, no tenía la menor intención de mendigar por una gaseosa. Justo antes de salir de la tienda, un brazo regordete y fuerte lo detuvo. Rogelio miró hacia arriba, más molesto aún.

—Tranquilo, mijo, yo le gasto. ¿Colombiana con liberal?

Los liberales eran unos ponqués pequeños de color rosado y recubiertos con azúcar que a Arturo le encantaban. Miró a su tío, que lo observaba con una botella de cerveza en sus manos y la mirada medio perdida, medio vidriosa, de quien ya carga con por lo menos una decena de cervezas en su organismo.

—Bueno, tío. Gracias, sumercé.

—¡Una Colombiana y un liberal pa'l chino! —gritó Claudio para hacerse escuchar por encima del barullo—. ¿Qué es la vida, Rogelio, cómo está todo por allá en Poravita?

Arturo respondió mientras recibía su bebida y su preciado liberal.

—No me llamo Rogelio, tío. Me llamo Arturo.

—¡No jodás, chino!

—En serio, tío. —Dio el primer mordisco, encantado.

Claudio soltó una carcajada que resonó en todo el recinto.

—¿Y cómo es eso? ¿Desde cuándo?

Arturo no supo qué contestar. Tenía claras las respuestas, pero

no encontraba las palabras. ¿Cómo decirle a su tío, con su ruana, sus ojos claros, su piel tostada de campesino y sus cachetes colorados, que no le gustaba el nombre que su papá había elegido?

—Rogelio era el nombre de mi papá —dijo Claudio, pero no era un regaño, parecía más una reflexión. Arturo se mantuvo en silencio, no tenía nada en contra de su abuelo, pero la verdad era que no entendía por qué resultaba tan importante para todos llamarse igual que él. Su tío habló de nuevo después de una breve pausa—: Pero hay que admitir que Arturo suena mucho mejor, más de mundo, ¿no?

Arturo, por primera vez en su corta vida, sintió que alguien lo entendía. Así afianzó su absoluta convicción de que esa era su verdadero nombre.

—¿Y usted qué quiere ser cuándo grande? —preguntó Claudio y se zampó un buen trago de cerveza.

No era la primera vez que alguien le hacía esa pregunta, así que Arturo soltó una respuesta ya ensayada y afinada con el tiempo.

—Ni idea, solo sé que quiero irme de aquí.

—¿De dónde?

—De Oicatá.

—¡No jodás, chino! ¿Y pa' dónde?

—Pa' dónde sea, tío. A Bogotá, creo.

—Pero para eso se necesita plata.

Y, de nuevo, Arturo no supo qué decir.

—Yo le puedo ayudar a con eso, mijo.

Arturo tenía un buen pedazo de liberal dentro de la boca y se valió de un trago de gaseosa para pasarlo.

—¿Cómo así? —dijo sin mucho interés. Creía que le ofrecería trabajo en alguna otra finca y, además de que no le interesaba hacer eso, sus padres jamás lo permitirían. Casi podía escucharlos: «si va a trabajar la tierra, que sea la propia».

—Quiero que sea mi asistente.

—¿Asistente?

Arturo ya había escuchado rumores sobre las cosas raras que hacía su tío. Según supo por una conversación que escuchó de

casualidad, realizaba extorsiones… o algo así.

—Vea, Rogelio… Arturo, la cosa es muy sencilla. Usted se va conmigo a hacer ciertos trabajos sencillos, nada del otro mundo. Yo le digo qué tiene que hacer.

Arturo engulló el último trozo de liberal y preguntó, ahora con sincera curiosidad:

—¿Trabajos? ¿Habla de las extorsiones, tío?

Claudio cambió de expresión. Su sonrisa ebria se trastocó a una expresión seria, casi ofendida. Era la misma expresión de su papá cuando estaba a punto de «darle duro con la correa pa' que afine». Algo que había sucedido solo un par de veces, suficientes como para que Arturo supiera que no era buena idea provocar esas reprimendas. Pero entonces, Claudio pareció caer en la cuenta de algo y volvió a soltar una carcajada.

—¿Cuáles extorsiones, chino pendejo? ¡Exorcismos!

Claudio volvió a reír, pero Arturo no entendió el chiste. Claro, lo entendería dentro de muy poco. Por lo pronto, en su cerebro solo había espacio para una pregunta: *¿qué carajos son exorcismos?*

—Le puedo pagar tres mil pesos por cada exorcismo —completó Claudio, ahora más serio.

Esa cifra sonaba astronómica a los oídos de Arturo. De inmediato se dispuso a hacer cuentas: *si cada día me dan cien pesos para las onces en el colegio, ¿cuántos liberales con gaseosa me puedo comprar con esos tres mil pesos?* Ni siquiera lograba imaginarlo. En ese momento decidió que sería asistente del tío Claudio. No tenía idea de qué era un exorcismo, aunque la palabra le resultó fascinante; y ni siquiera sabía si sus padres le darían permiso, pero él se ganaría ese dinero, estaba seguro.

Como era de esperarse, sus padres no estuvieron de acuerdo, pero fue tanta la insistencia y tantas las pataletas hechas por Arturo, que terminaron cediendo, aunque no de una forma tranquila, por el contrario, fue algo más cercano al «haga lo que le dé la puta gana». Después de una corta charla con Claudio, en la que recalcaron una y otra vez que no se sentían nada felices con el asunto y que si algo le pasaba al niño se las vería con ellos, Arturo obtuvo el permiso para convertirse en asistente en los exorcismos, de los cuales tenía ahora una vaga idea. Pasó menos

de una semana antes de que Arturo supiera con exactitud de qué se trataba el trabajo ofrecido por su tío.

El primer exorcismo fue en un pueblo llamado Cómbita, muy cerca de Oicatá, en una vieja casa en el centro del pueblo. La entrada grande y el olor a guardado dentro de la vivienda sería algo que permanecería en la mente de Arturo durante toda su vida, no en forma de mal o buen recuerdo, solo como algo impreso en su memoria y que volvía de vez en cuando para recordarle tiempos más sencillos, como si esa entrada hubiera marcado de alguna manera un hito en su historia; y así fue, su vida jamás volvió a ser la misma.

La persona que abrió la puerta parecía profundamente afectada y muy, muy triste. Era una mujer de unos sesenta años, con un chal negro apropiado para un luto y las manos arrugadas y trémulas. Observaba el mundo desde unos ojos vivos e inteligentes tras unas gafas de marco grueso que lucía muy pesado. Un rayo de esperanza cruzó su expresión cuando vio al hombre mayor, pero, al observar al niño que lo acompañaba, les dedicó una mirada de franco fastidio.

—¿Qué quieren? —dijo.

—Venimos a hacer la liberación, señora Lozada —contestó Claudio con una voz suave que a Arturo le sonó impostada.

La mujer le echó otro vistazo al más pequeño y, sin abandonar su expresión, preguntó:

—¿Ustedes?

—Sí, señora Lozada —confirmó Claudio.

—¡Pero él es apenas un niño!

—No se preocupe por eso, sumercé.

La mujer lo dudó otro par de segundos y luego, seguro agotada y resignada, abrió la puerta y con un ademán les indicó que entraran.

—Les advierto que Octavio se ha vuelto un tipo peligroso. Nadie quiere venir a esta casa desde hace tiempo, ni siquiera el cura del pueblo… ¡cobarde! Ahí se le va la fe para las patas.

Eran alrededor de las diez de la mañana y las cortinas estaban abiertas, pero, de algún modo, la luz se abstenía de entrar a la casa. Arturo tuvo tiempo apenas para fijarse en ese detalle y

registrarlo en algún lugar de su mente. Entraron a la habitación donde un hombre de unos treinta años se encontraba sentado en un silla mecedora, junto a una cama sencilla. Al otro lado de la cama había una mesa de noche de color café, que sostenía una jarra llena de agua cristalina y, en una de las paredes, un espejo de unos dos metros de largo enmarcado en metal, con unos arabescos que le conferían un aire solemne y costoso.

—Aléjese de ese espejo —le dijo Claudio a Arturo—. Pase lo que pase, no se acerque a ese espejo.

Arturo, incrédulo, asintió con la cabeza y entonces sintió un viento gélido que le golpeó las mejillas y lo obligó a cerrar los ojos. Experimentó un ligero estremecimiento, pero sin pensarlo se obligó a recomponerse, allí no estaba pasando nada, ¿por qué se sentía tan asustado? Observó a la mujer que los recibió, ella mantenía su atención en el ocupante de la habitación, el de la silla mecedora. El hombre no se inmutó cuando ellos entraron. Se quedó ahí, mirando sus propias piernas, meciéndose con suavidad. Arturo quiso ver su rostro, pero una penumbra venida de ninguna parte se lo ocultaba, como una sombra que solo se posaba ahí, sobre su cabeza, para cubrir su cara. Le fue imposible encontrar alguna señal de que estuviera vivo aparte del movimiento de la silla mecedora, pues ni siquiera parecía estar respirando. Arturo volvió a decirse que nada de aquello era real, no podía serlo.

Claudio rompió el silencio:

—Tenemos que empezar, es urgente.

—¡Pues claro que es urgente! —dijo la señora Lozada con rabia—. La esposa no soportó más y vino y me encartó con él. No se confundan, yo quiero a mi muchacho, pero eso que está ahí es otra cosa…

¿Otra cosa?, pensó Arturo, pero guardó silencio y se limitó a seguir las indicaciones que su tío le había dado con anterioridad. Abrió el morral que cargaba y sacó una pequeña mesa portátil, un enorme velón blanco de bordes dorados y una Biblia. Iba a cerrar la maleta cuando recordó el último elemento: un frasco pequeño con agua que, en teoría, estaba bendita. Arturo vio a su tío recitando oraciones ininteligibles y haciendo la señal de la cruz para bendecir ese frasco, pero dudaba mucho de que eso fuera suficiente, su tío no era sacerdote ni nada parecido. Dejó el frasco

junto a la Biblia, se incorporó y esperó instrucciones. Claudio le dedicó un breve asentimiento y cerró los ojos mientras inhalaba y exhalaba de una manera un tanto sobreactuada que tranquilizó a Arturo: en definitiva, todo aquello tenía que ser mentira.

A la señora Lozada se le humedecieron los ojos, pero se mantuvo en silencio.

Después de unos segundos, Claudio volvió a respirar con normalidad, abrió los ojos y sentenció:

—Son varios demonios… por lo menos tres. —Miró a la mujer y añadió con aire de absoluta suficiencia—: No se preocupe, me he enfrentado a cosas peores.

La mujer pareció tranquilizarse un poco, pero su tensa serenidad se fue al caño cuando Octavio por fin habló:

—Te estaba esperando, Rogelio.

La voz no correspondía con aquel hombre, era demasiado aguda, casi chillona. Arturo tuvo el tonto impulso de corregir al hombre: *No me llamo Rogelio*, pero su tío posó una mano sobre su hombro y le indicó que guardara silencio y le pasara la Biblia.

Solo hasta ese momento, Arturo fue consciente de lo que acababa de pasar. ¿De dónde conocía a ese hombre?, ¿cómo sabía su nombre? Al final no era tan extraño, quiso pensar, Oicatá y Cómbita eran pueblos pequeños y muy cercanos.

Mientras alcanzaba la Biblia, notó que el agua sobre la mesa de noche, antes transparente, ahora lucía turbia, como tinta oscura.

—Dejen en paz al niño —ordenó Claudio—, su pelea no es con él.

El hombre soltó una carcajada que sonó distorsionada, como si alguien, en alguna parte, estuviera gritando al mismo tiempo. Arturo sintió un fuerte sobresalto, y tuvo el impulso de reírse por su propia reacción, pero al notar la expresión adusta de su tío, se contuvo.

—Nuestra pelea no es con nadie por ahora —aseguró el hombre, la voz cada vez más aguda—, ustedes no son rivales dignos. —Le dedicó una mirada complacida a Arturo.

Arturo tardó en entender que aquel desconocido lo estaba mirando, que de alguna manera lo reconocía. Un miedo atroz jamás experimentado en su corta vida empezó a abrirse paso en

sus entrañas. Si ese miedo seguía creciendo, lo partiría en dos. Se obligó a calmarse, pero, de repente, le faltó el aire.

—Pero tú lo serás, Rogelio… lo serás —continuó el hombre y sus ojos destellaron. Ese destello rompió en mil pedazos la bruma que hasta ese momento se cernía sobre su rostro demacrado y repleto de maldad.

Arturo estuvo seguro de ver mil rostros encerrados en aquellas pupilas. El miedo por fin lo envolvió sin piedad y su vejiga cedió. Sintió de una manera lejana, como si no estuviera pasando en su cuerpo, el líquido caliente deslizándose por una de sus piernas. Hubo otra carcajada y el futuro sacerdote tuvo la certeza de que un humano no podría emitir un sonido semejante. Lo que fuera que reía con estruendo no pertenecía a este mundo.

Fue demasiado, Arturo perdió el conocimiento.

Al volver en sí, un grito surgió desde lo más profundo de su pecho, incontenible. Gritó tan fuerte que el dolor en su garganta se extendió hasta el pecho. Se sintió liberado, con aquel alarido escupió el terror absoluto que le causaron las palabras del tipo de la silla mecedora, pero, en especial, sus ojos: esos malditos ojos eran el infierno mismo.

Miró para todos lados, desorientado. Había dos personas observándolo con atención. Tardó unos instantes, pero por fin entendió que eran su tío y la dueña de la casa. Los dos parecían preocupados.

—¿Se siente bien, mijo? —dijo la señora Lozada.

—Sí… sí, señora.

La mujer le extendió una taza con un agua aromática caliente.

—Tómese esto, le va a sentar bien.

Arturo tenía muchas preguntas, ni siquiera sabía por cuál iniciar.

—¿Qué pasó?

—Se desmayó, chino —dijo Claudio.

—Sí, pero… ¿qué pasó después?

Claudio lo contempló en silencio. La mujer fue la que contestó.

—Todo salió bien, mijo, no se preocupe.

—¿Ese señor cómo sabía mi nombre?

—¿Qué? —preguntó la mujer.

Arturo estaba a punto de volver a preguntar cuando vio al tal Octavio caminando hacia él. El niño se levantó de la cama de un salto.

—¡No me haga nada, por favor! —gritó.

—¡Tranquilo, Arturo! —intervino Claudio—. Octavio está bien, ya hicimos la liberación.

Pero Arturo no estaba tan convencido, seguía con los brazos extendidos frente a sí, en posición de defensa. El hombre habló:

—Mire, niño, no sé qué fue lo que pasó hace rato, pero le aseguro que no le voy a hacer daño.

Solo eso bastó para que Arturo, con poco menos de diez años, entendiera que el hombre que tenía enfrente y el que estaba antes en la habitación meciéndose en la silla no eran la misma persona. Poco a poco se tranquilizó, y entonces la angustia se convirtió en vergüenza cuando notó que, al final, sí se había orinado en los pantalones.

Olía mal y la mancha en su pantalón se notaba a kilómetros, estaba seguro, pero su tío le aseguró que era solo su impresión, que el rastro de los orines ya se había secado y ventilado hacía tiempo.

En la panadería, la gente hablaba sobre cualquier tema mientras consumía pan y café con leche, gaseosa con galletas y otras cosas por el estilo; alguien se comía un tamal enorme que bajaba con un chocolate. Arturo se limitaba a manosear un liberal, mientras una Coca-Cola burbujeaba frente a él, intacta. Su tío se tomaba un café cargado y lo miraba con una condescendencia que, en otras circunstancias, habría enfurecido a Arturo, pero ahora no tenía energías ni siquiera para eso. Eran demasiadas preguntas las que se agolpaban en su cabeza, demasiada información para procesar, demasiado el miedo que aún persistía y podía casi sentir que recorría sus venas, como un veneno de acción muy lenta que lo acompañaría el resto de sus días. Y por si fuera poco, en medio de todo, se sentía tonto y humillado.

—¿No se va a comer eso, chino?

—No tengo hambre.

Hubo un largo silencio y Claudio volvió a hablar:

—Fresco, esto no es pa' todo el mundo. Véalo por el lado amable, por lo menos se ganó esos tres mil pesos.

Arturo por fin dejó el liberal sobre la canasta de plástico y lo miró, confundido.

—¿Cómo así? ¿Es que no me va a volver a contratar?

Claudio intentó disimular una sonrisa, sin éxito.

—¡Esta estuvo fácil y vea lo que le pasó, chino!

—No me haga esto, tío, yo tengo que seguir trabajando con usted —y lo decía en serio. A pesar de lo mal que se sentía, de alguna manera estaba seguro de que tenía que seguir. Necesitaba respuestas.

—¿Y si se vuelve a desmayar?

—Pero entiéndame, sumercé, ¡ese tipo tenía un montón de caras!

Claudiolo observó, consternado.

—¿Qué? —Frunció el ceño y dejó de sonreír.

—Se lo juro tío, yo vi que tenía muchas caras, y además sabía que me llamo Rogelio.

Arturo percibió cómo lo observaba su tío: había preocupación en sus ojos.

—¿Y usted de dónde sacó eso, chino?

Arturo no respondió de inmediato, necesitaba darle algo de orden a sus pensamientos.

—El tipo… —Tomó aire—. El tipo me nombró dos veces. Digo… nombró a Rogelio, pero es igual.

—Chino, no sé de qué habla…

—Y después le vi la cara y tenía muchas, era como un rompecabezas.

—Eso nunca pasó.

—¡Claro que pasó! —Arturo empezaba a perder los estribos.

Claudio se puso muy serio.

—Cálmese, mijo, seguro fue que lo soñó, porque en esa casa nadie lo nombró ni pasó nada de eso que está contando. ¿De dónde iba a conocer ese tipo su nombre? Sí, una o dos veces se dirigió a usted, el diablo suele atacar a las ovejas más débiles, pero eso fue todo. Más bien tómese la gaseosa rápido pa' irnos al terminal.

Arturo estaba lejos de estar satifecho con esa respuesta, así que con la terquedad tan propia de su edad, insistió:

—Estoy seguro de lo que vi, tío. No sé usted por qué no vio nada, pero yo estoy…

—No, Rogelio —interrumpió Claudio. Su tono ya no admitía ninguna discusión, tanto así que Arturo no fue capaz de coregirlo cuando escuchó su antiguo nombre—. Escúcheme bien, esto es importante: esto de los exorcismos es una mentira, un montón de mierda que la gente desesperada se cree porque no tiene otra opción. Llevo casi diez años trabajando en esto y créame, nunca he tenido un caso en el que no quede alguna duda acerca de la supuesta posesión. Siempre es gente con algún problema mental que prefiere no aceptar y tratar con religión. —Hizo una pausa, como si no estuviera seguro de querer decir lo que diría a continuación. Finalmente tomó aire y con un tono menos severo, lo soltó—: Vea chino, Dios no existe, así de sencillo. Y el diablo… ese tal diablo me sirve es para hacer negocios, es el que me da de comer, pero eso es todo. Es un invento de la religión para que vivamos cagados del susto, y ya, no es más. No se crea todas estas pendejadas, lo que usted cree que vio, no es más que su imaginación. Ya, fresco, en serio. Más bien termine de comer que nos tenemos que ir.

Arturo estaba seguro de lo que había visto, así que consideró la posibilidad de seguir discutiendo, pero dada la expresión de su tío, dedujo que sería inútil. En su mente se agolparon mil preguntas que también se guardó, de alguna manera entendió que no sería su tio Claudio quién las respondiera. Abatido y resignado, dio un par de sorbos al líquido oscuro y cayó en la cuenta de que el olor a orines seguía presente y tendría que subirse a un bus en ese estado. *Maldita sea*, pensó.

MÁRTIRES

MARILUZ Y ANDRÉS

Mariluz, hija única de una pareja de pereiranos, jamás tuvo que esforzarse haciendo ejercicio ni someterse a tortuosas dietas para tener la apariencia que ostentaba; ni hablar de una cirugía estética. Su belleza, que sobresalía incluso en una ciudad como Pereira, con mujeres bellas a donde se mirara, le abrió muchas puertas, pero también le cerró otras tantas y, por un tiempo, estuvo convencida de que le traía más problemas que ventajas. Desde los doce descubrió más de un par de ojos fijos en su escote, la curvatura de sus nalgas o sus piernas torneadas. Esas miradas lascivas podían provenir del panadero, del que atendía en la taquilla del cine o, incluso, de uno que otro familiar. Tenía apenas quince años cuando estuvo segura de que su abuelo pretendía tocarla de una manera que sobrepasaba por mucho el cariño normal de un hombre hacia su nieta.

El abuelo Eliécer, un patriarca recio y en apariencia recto como ninguno, era un militar retirado al que todos los miembros de la familia, en mayor o menor medida, temían. Mariluz no era la excepción, y desde muy pequeña procuró no estar sola con don Eliécer. Algo en él le causaba una sorda inquietud, y no se trataba solo de su expresión siempre seria o de que su voz ronca y autoritaria provocara el silencio absoluto de los demás familiares. No, se trataba más bien de la forma en la que la miraba, a ella y a sus primas. Cuando el abuelo Eliécer se dignaba a dar una muestra de cariño, siempre en ocasiones especiales como Navidad o un cumpleaños, todas las nietas se veían obligadas a abrazarlo y dejarse besar, y Mariluz siempre se sentía invadida de repente por el miedo. Tardó unos años en entenderlo del todo: no solo era miedo, también sentía un profundo asco.

La mañana en la que las intenciones de don Eliécer quedaron claras, Mariluz estaba en casa de sus abuelos llevando un encargo de su madre. Don Eliécer apareció en la sala de repente, mientras su abuela, que había insistido en ello, le preparaba un jugo de

maracuyá a su nieta. Ella trató de parecer tranquila y saludó con la deferencia de siempre. Él la miró de arriba abajo y después hizo algo que Mariluz había visto muy pocas veces en el rostro arrugado del señor: sonreír. El abuelo Eliécer se acercó con un par de zancadas y la abrazó.

—¡Quiubo, mijita! ¿Qué hace por aquí? ¡Qué gusto verla!

Se sintió confundida y no tuvo tiempo de reaccionar. Su abuelo jamás se dirigía a ella, ni a nadie, con palabras tan amables. Y entonces notó dos cosas: la primera, que el anciano no dejaba de abrazarla, que ese abrazo se prolongaba una pequeña eternidad; la segunda, que el respetable don Eliécer tenía una erección y no hacía nada para disimularla, de hecho se apretaba contra ella cada vez más y ese pene erecto parecía palpitar en el vientre de ella.

Mariluz sintió el impulso de patearle las pelotas al abuelito Eliécer, pero en vez de eso, lo apartó con fuerza y huyó a toda prisa. Ni siquiera se le pasó por la cabeza despedirse de la abuelita Gladys.

Al llegar a su casa, a pocas calles, entró rauda y se encerró en su habitación antes de que alguno de sus padres notara su expresión congestionada y le hiciera alguna pregunta, la que fuera, que inevitablemente redundaría en que ella se quebrara y rompiera a llorar. Eso acarrearía más preguntas que ella no estaba preparada para responder. Una vez se sintió relativamente segura gracias a las cuatro paredes de su cuarto, se acostó boca abajo y, con una almohada tapándole con fuerza la boca, gritó. Luego, por fin, lloró. Y mientras lloraba volvió a gritar, asegurándose de amortiguar el sonido con ayuda de la almohada. Sintió nauseas.

Experimentaba una amalgama de sentimientos difícil de discernir. Por un lado estaba el desconcierto causado por un episodio como ese, por la confirmación de lo que, muy dentro de sí, ya sabía desde muy pequeña; por otro, la rabia, la sensación de humillación y la impotencia de sentir —saber— que lo más probable era que nadie le creyera jamás; y, por último, un sentimiento de culpa que, aunque se esforzaba por mantener a raya, se abría paso en su interior. ¿Acaso alguna vez había sido insinuante con el viejo?, ¿tenía esto que ver con su forma de vestir, de caminar, de mirar?, ¿y si había interpretado mal la

situación, si aquello no era una erección y el abuelo, tal vez por los años y la proximidad de la muerte, había decidido ser más cariñoso?, ¿y si estaba armando un alboroto por nada?

Mariluz empezó a buscar razones para olvidarse del asunto y seguir con su vida como si nada, pero al cabo de un rato supo que no lo lograría. Estaba segura de lo que había vivido y ahora tendría que lidiar con ello.

Su mamá intentó abrir la puerta de su habitación. Mariluz ni siquiera recordaba haberla cerrado con llave, pero suspiró aliviada. *¿Qué le voy a decir a mi mamá?*, alcanzó a pensar antes de oir la voz de su madre al otro lado de la puerta.

—Mariluz, ¿qué fue lo que pasó? —sonaba molesta—. Vea que su abuelo llamó a dar quejas de su grosería.

¿Grosería?, ¿yo?

—¡Mamá, qué pena, es que me llegó el periodo de un momento a otro y tuve que venirme corriendo!

Su mamá tardó un momento en contestar, y cuando lo hizo sonaba mucho más tranquila.

—Mija, ¿necesita algo?

—No, mamá, tranqui.

—¿Segura?

Mariluz sintió ganas de contarle todo. Seguro su mamá le diría que todo estaba bien, que solo se había confundido, que el abuelo Eliécer era un tipo duro, sin duda, pero un buen tipo al final. Ella volvería a donde los abuelos, ofrecería disculpas y la vida volvería a marchar con total normalidad. Pero se contuvo, no estaba preparada para contar algo como eso, tal vez nunca lo estaría.

—Sí, ma. Déjeme me cambio y voy y le ayudo con el almuerzo.

Su abuelo no volvió a acercarse a ella o tan siquiera a hacer alguna insinuación, lo que hizo fue volverse más cortante, como si Mariluz le debiera algo. Ella, con los años y la experiencia, se afianzó en su certeza: el respetado Eliécer se había propasado con ella, por supuesto que sí. No se trataba de algo que tuviera guardado en su ropa, lo que ella había sentido en su bajo vientre había sido un pene erecto, ni más ni menos. Pronto entendió que

lo sucedido no tenía nada que ver con su forma de vestir o algo parecido, ella tenía derecho a vestirse como le viniera en gana.

Durante una noche de navidad, cuando Mariluz tenía veinte años, ya con varios vinos en la cabeza, decidió contarle a su mamá. Ella guardó silencio mientras Mariluz narraba los hechos y temía lo peor. Pero ya había empezado a hablar y no pensaba recular, mucho menos tomando en cuenta que, con cada palabra que pronunciaba, sentía cómo se desvanecía el peso que, hasta ese momento, era apenas consciente de estar cargando sobre sus hombros.

Al terminar su relato, Marina, su mamá, se sumió en un silencio incómodo, pero nunca dejó de mirarla a los ojos. Mariluz hizo un esfuerzo para sostener la mirada, y, justo en el momento en el que sintió que no soportaría más observar aquellos ojos que parecían tan acusadores, Marina la abrazó.

Mariluz, confundida, se dejó abrazar y sintió las lágrimas de su madre sobre su propio rostro y cuello. Esperó un poco a que Marina se calmara y se separó de ella para aclarar:

—Tranquila, ma, no pasó nada, se lo juro.

—Yo sé, mija. Pero debió contarme antes.

—Yo sé… o no, no sé… Tenía miedo, ¿y si usted no me creía?

Entonces Marina le hizo una confesión que Mariluz, muy en fondo, esperaba: el abuelo Eliécer había abusado de Marina durante años, y cuando se cansó de ella, pasó a la siguiente hija, Mireya; y luego a la siguiente y a la siguiente. Eliécer, fiel representante de su generación, creía que las esposas solo tenían tres deberes: atender a su marido, concebir y atender a sus hijos. Estos, más que deberes, eran razones de ser. Así las cosas, tuvo siete hijos, de los cuales cuatro fueron mujeres. Y sí, de las cuatro abusó sin ningún tipo de contemplación. Gladys, temerosa y sumisa, fue cómplice silenciosa.

El abuelo Eliécer murió año y medio después sin que, en teoría, sus abusos salieran a la luz, pero en varias reuniones con sus primos, el licor hizo su labor de suero de la verdad, y a Mariluz le quedó claro que aquello era un secreto a voces.

Mariluz asistió al funeral por protocolo, pero en su fuero interno se alegró de que ese señor, déspota, tirano y abusador,

hubiera dejado de respirar. Antes de abandonar la funeraria se acercó a la abuela Gladys y la besó en la frente. La señora le dedicó su sonrisa de más de ochenta años. Mariluz entendió en aquel gesto que la abuela también se alegraba y eso, en cierta medida, fue un alivio.

A los veinticinco, Mariluz conoció a Andrés Otálora, un ingeniero civil unos cuantos años mayor que ella, cariñoso, atractivo y espectacular en la cama. Era un tipo trabajador y con un futuro promisorio. La trataba como una reina y la empujaba a ser, cada día, mejor persona. Cuando Andrés le propuso que se casaran, Mariluz no lo dudó.

El matrimonio se celebró unos meses después. Fue una ceremonia sencilla a la que asistieron los familiares más cercanos y algunos amigos muy queridos. Todas las mujeres que hacían parte de la vida de Mariluz coincidían en que Andrés era un *partidazo*, y ella sentía que no cabía en la ropa de tanta felicidad.

La luna de miel en Bahía Solano fue perfecta, y Mariluz se convenció de que había encontrado al amor de su vida.

Los problemas iniciaron poco después de instalarse en un apartamento alquilado, donde vivirían mientras juntaban todos los documentos necesarios para acceder al préstamo para comprar uno propio. Mariluz y Andrés fueron a un supermercado y, mientras ella observaba los diferentes tipos y precios de arroz, un desconocido, empleado del supermercado, le sonrío. Ella, casi que por un acto reflejo, sonrió también, y aquello fue el detonante para que Andrés, energúmeno, le armara una escena de celos. Apenas si podía contener la rabia.

«¿Quién putas es ese tipo?».

«¿Usted por qué le sonríe?».

«¿Es que le gustó mucho o qué?».

«Váyase con él entonces».

«Al final todas son unas perras».

Mariluz ni siquiera supo qué decir, perpleja ante aquel despliegue de rabia infundada. Andrés, fuera de sí, iracundo, salió a toda prisa del supermercado y la dejó sola, algo asustada, confundida y muy avergonzada, con las miradas de todos los compradores y empleados encima de ella. Se esmeró por

continuar como si nada, guardó unas cuantas cosas al azar en el carrito, pagó con la mirada gacha y salió del lugar, de vuelta al apartamento.

Al llegar, comprobó con alivio que Andrés no estaba allí. Era preciso aclarar la mente y lo último que necesitaba era tener que lidiar de nuevo con él. Lo pensó un poco y decidió llamar a Susana, su mejor amiga; tal vez al contar la historia en voz alta descubriera que no era tan grave. Una discusión de pareja, solo eso.

Escuchar la voz de su amiga le causó un alivio inmediato, era como recordarse a sí misma que no estaba sola. Narró todo lo sucedido, pero lo suavizó, omitiendo de forma deliberada ciertas palabras utilizadas por su esposo. No obstante, su amiga se escandalizó.

—Mary, yo sé que se acaban de casar, pero eso vale güevo. Si no le pones una señal de Pare a esto, después se te va a salir de las manos.

—¿A qué te refieres? ¡No me irás a decir que me separe!

—Es como dicen los abuelos: como es el desayuno es el almuerzo. Si porque un tipo equis te sonríe te arma semejante mierdero, ¿qué va a pasar después?

—Tuvo un mal día, eso es todo.

—Sigue creyendo en duendes, Mary. Esto no pinta nada bien.

—Te llamé para que me dieras ánimo, no para que me aconsejaras que acabe con mi matrimonio…

—Mary, entiende que…

Mariluz colgó, molesta. Aunque, si lo analizaba, ni siquiera estaba segura de que su molestia estuviera dirigida a su amiga. En su cabeza revolucionada aún había algo de claridad como para entender que Susana tenía razón y que, en realidad, su molestia era consigo misma. Su teléfono empezó a sonar, seguro era Susana de nuevo, pero rechazó todas las llamadas, no sabía qué decirle a su amiga y necesitaba calmarse, pensar las cosas, solo había sido una pelea de esposos. *Tengo que madurar*, se dijo, pero, incluso en su cabeza, aquellas palabras sonaron débiles, estúpidas.

Andrés llegó en la madrugada, ebrio hasta la médula. Cuando

entró al apartamento, haciendo ruido y tambaleándose, Mariluz supuso lo peor: *Me va a golpear*, pensó asustada. Pero no existía ningún antecedente y se obligó a calmarse.

—¿Dónde estás, Mary? —preguntó desde la sala.

¿Y dónde voy a estar?

—Aquí, Andrés, ¿estás bien?

Andrés se estrelló con algo y acto seguido sonaron cristales rotos.

—Un poco tomadito —dijo él, arrastrando las palabras.

—¿Qué fue lo que sonó?

—Iba a tomarme un vaso de agua y… —Hizo una breve pausa, como si se le hubieran olvidado las palabras—: se me resbaló el vaso, nada grave.

Mariluz suspiró, resignada. Abandonó el calor de la cobija, se puso las babuchas de Lisa Simpson que le encantaban y salió de la habitación.

—Ten cuidado, no te vayas a cortar —le dijo a su esposo.

Andrés la observó en silencio. Ella recogió los trozos de cristal roto y luego barrió, fijándose bien en no dejar nada en el suelo que pudiera lastimar a cualquiera de los dos.

—¿Me perdonas? —preguntó él.

—Me gritaste delante de todo el mundo.

—Lo sé, fui un imbécil…

—Me trataste de perra.

—¿Qué? ¡No, claro que no!

A pesar de la borrachera, lo dijo con tanta seguridad que Mariluz alcanzó a dudar. Pero aquellas palabras todavía resonaban en sus oídos: «Al final todas son unas perras». No obstante, decidió que no era una pelea que quisiera dar. Lo importante era que no volviera a suceder. Así, unos minutos después lo perdonó, tuvieron un sexo algo atropellado pero satisfactorio, en especial para él, y se quedaron dormidos.

Con el tiempo, Mariluz se convirtió en una experta en inventar excusas para justificar los golpes. Pero ¿cuántas veces puedes decirle a la gente que te estrellaste con la puerta?, ¿cuántas veces creerán que te resbalaste y te caíste y por eso tienes ese

hematoma en forma de cinturón en una pierna? Así las cosas, se valió de tutoriales en YouTube para aprender a maquillarse, de manera que no se notaran las lesiones. Por lo demás, tenía que hacer de tripas corazón para disimular un dolor en las costillas o una ligera cojera. Las golpizas podían darse por razones diversas: soltar una grosería, atreverse a mirar a otro hombre en la calle o un *Me encanta* de parte de la persona equivocada en alguna foto o estado en Facebook. No tardó en optar, simplemente, por cerrar sus redes sociales. Los celos podían ser provocados incluso por mujeres, Andrés tenía el don de sobredimensionar cualquier situación. En marzo de 2020 dejó de ser necesario inventar excusas, el confinamiento la obligó a encerrarse en un apartamento con quien de manera simultánea era el amor de su vida y su peor enemigo. Las golpizas se hicieron más frecuentes. Mariluz rezaba cada noche para que el encierro terminara, así su esposo dejaría de trabajar desde casa y tendría menos oportunidades de molestarse con ella por cualquier motivo.

El día que marcó el final de la relación fue la primera vez, en casi dieciocho meses, que pudieron salir de la casa y reunirse con más personas. Mariluz sintió el aire frío de la noche, sonrió mientras disfrutaba de la sensación en su piel y su nariz e intentó convencerse, a pesar de no tener ningún fundamento, de que las cosas empezarían a ir bien a partir de ese momento.

Fueron a una fiesta en casa de un amigo de él; por supuesto, ella se había encargado de alejar a casi todas las personas que la rodeaban. Acababan de cumplir tres años de casados y, por esos días, la relación atravesaba un buen momento: Andrés había mostrado algunos vestigios del hombre del cual estaba enamorada. Estos episodios infrecuentes se prolongaban durante unos días, máximo una semana, y solían preceder un escándalo, con golpiza incluida, por razones difusas que al final poco importaban cuando se estaba reducida a un ovillo en el suelo, recibiendo golpes azarosos e insultos. Mariluz se aferraba a esos días de calma con uñas y dientes, y encontraba en ellos sosiego y razones para continuar con su matrimonio. Su cabeza —era una mujer inteligente— le gritaba que debía denunciarlo y divorciarse. *Pudiste huir de tu abuelo teniendo quince años, ¿y ahora no puedes separarte de semejante pelmazo?*, pero por culpa de una profunda y arraigada dependencia emocional, de la que apenas

era consciente, nunca tomó la decisión.

A eso de la una de la mañana, Mariluz fue al baño y desde allá escuchó cómo una tal Patricia, a la que conoció esa noche y con quien estuvo hablando durante horas, se despedía. Cuando volvió con el grupo, cayó en la cuenta, con algo de inquietud, de que ella era la única mujer restante. Un tipo alto y con una calvicie incipiente, se acercó a ella y la abrazó. Aquello tomó por sorpresa a Mariluz, quien no tuvo tiempo de evadirlo. Con una calma fingida se lo quitó de encima y recibió el trago de aguardiente que el tipo le ofrecía. Miró de manera fugaz a Andrés, pero él sonreía, en apariencia, muy tranquilo. Incluso parecía estar disfrutando de la música. Mariluz quiso conservar la esperanza de que aquel abrazo de parte de un desconocido no tendría consecuencias posteriores. Se tomó el aguardiente con la esperanza de calmar sus nervios y esperó lo mejor. Entonces un amigo de Andrés, que Mariluz conocía desde el principio de la relación, le dijo que estaba muy bonita. Y lo hizo a viva voz, casi gritando. Todos los hombres la miraron al mismo tiempo, y Mariluz le agradeció al cielo haber elegido una ropa tan sencilla: un jean que ni siquiera le quedaba ajustado y una camisa de un solo tono abotonada casi hasta el cuello. Balbuceó un «Gracias», aunque no tenía razones para agradecer, y procuró actuar como si nada. Pero César insistió.

—Es en serio, Mary… ¡eres una ricura!

Mariluz, turbada por la posible, casi inminente reacción de Andrés, sintió que el rubor incendiaba sus mejillas.

—César, por favor, no diga esas cosas…

—¡Pero es que es la verdad! —gritó César—. ¿Ustedes qué opinan, muchachos?

A partir de ahí todo acontenció de una manera vertiginosa, tanto que, al recordarlo, muchos detalles se escapaban de la mente de Mariluz. En algún momento, César se abalanzó para besarla. Ella, que no esperaba algo como eso, alcanzó a percibir los labios y el aliento rancio a licor y cigarrillo del amigo de su esposo, antes de reaccionar.

—¡¿Pero qué putas le pasa?! —gritó, con la plena seguridad de que Andrés reaccionaría para defenderla. Seguro después, a solas, la emprendería contra ella, pero se ocuparía de un problema a la vez.

César miró a Andrés y este se limitó a hacer un ademán de afirmación y decir:

—¡Hágale con confianza!

Mariluz, atónita, ni siquiera atinó a reclamarle a su esposo. César volvió a abalanzarse y mientras Mariluz intentaba librarse, otro tipo, tal vez el alto y calvo, le apretó las nalgas. Mariluz intentó gritar, pero otra mano le tapó la boca. Entonces entendió que estaba perdida, pero eso no le impidió luchar con todas sus fuerzas durante todo el tiempo que le fue posible. La manosearon toda, incluso le restregaron los genitales. Andrés solo observaba, sonriente. Solo intervino cuando César quiso quitarle el pantalón a Mariluz. Apartó a los hombres, la tomó de la mano y los dos salieron de allí.

Ya en su apartamento, Andrés trató a Mariluz de puta barata, entre otros insultos, cada uno más procaz que el anterior, la golpeó en la cara con la fuerza suficiente como para que ella se desplomara en la cama. Acto seguido, al parecer excitado por haber visto como abusaban de ella, la violó. No fue la primera vez, y Mariluz solo lo dejó hacer mientras procuraba contener las lágrimas e ignorar el dolor y la humillación; pero esta vez algo fue diferente: por lo general, Andrés se montaba sobre ella sin previo aviso, le abría las piernas e introducía el pene sin más. En cuanto eyaculaba, se acostaba en su lado de la cama y en pocos segundos estaba dormido. Empero, en esta ocasión no le bastó con eso y mientras se movía sobre ella la golpeó con fuerza en la cara, el pecho y el abdomen, le mordió el cuello y las mejillas y la embistió con una fuerza inusitada. Mariluz quiso defenderse, pero muy pronto confirmó lo que ya sabía: Andrés la superaba en fuerza y por más que gritara, no se detendría, al contrario, los gritos parecían enardecerlo más y más.

Mariluz despertó, a la mañana siguiente, muy maltrecha. A su lado, Andrés veía un partido de fútbol por televisión y tomaba café con leche. Mariluz quiso convencerse de que todo había sido solo una pesadilla, pero entonces se movió un poco y un dolor lacerante le recorrió la entrepierna. Dejó escapar un grito ahogado, muy breve, y entonces Andrés la miró por un segundo para, un instante después, continuar con su mirada fija en el televisor.

Mariluz sintió cómo sus ojos se humedecían a causa del dolor y la rabia, pero decidió guardar silencio; no había mucho qué decir y en ese momento no se sentía capaz de siquiera levantarse de la cama. Cerró los ojos de nuevo, con la firme intención de volverse a dormir, era claro que necesitaba el descanso y desconectarse le haría muy bien, pero poco después, con el corazón acelerado y las lágrimas brotando a borbotones, entendió que, por ahora, no podría conciliar el sueño. A pesar de que el llanto escocía sus heridas en el rostro, no abrió los ojos; lo que hizo fue tratar de calmarse y dimensionar, con base en los múltiples dolores que empezaba a identificar, qué tan mal estaba.

Los recuerdos se agolparon en su mente. Los amigos de Andrés manoseándola y luego él sobre ella, como un animal venido del infierno, penetrándola y lastimándola de mil maneras. Desde cierto punto sus recuerdos se convertían en un gran espacio en blanco, hasta ese momento, que se sentía desgarrada por dentro.

Su teléfono celular sonó. Mariluz abrió los ojos, pero no fue capaz de moverse, en ese momento estaba acomodada en posición fetal, dando la espalda a su mesa de noche, intentar voltearse para agarrar el teléfono habría sido un error garrafal. Andrés apenas si se inmutó y dejó que el teléfono siguiera sonando sin contestar. Las llamadas no se detuvieron.

—¡Vida malparida! —exclamó. Dejó el café sobre su mesa de noche y se estiró sobre el cuerpo roto de Mariluz. Tomó el teléfono en sus manos, miró la pantalla y dijo—: Preciso esta vieja pendeja, seguro va a empezar a joder. —Y contestó.

Mariluz tuvo el impulso de gritar, pero no se sintió capaz de hacerlo. El esfuerzo, seguro, equivaldría a sentir de nuevo ese dolor que apenas la dejaba respirar, además no tenía idea de cuáles serían las consecuencias, de cómo reaccionaría su esposo.

—Susana, Mariluz está indispuesta y no quiere hablar con nadie —dijo Andrés al teléfono, guardó silencio unos segundos mientras escuchaba y volvió a hablar—. No, nada grave, cólicos, usted sabe que a ella le dan durísimo, no se preocupe. —Guardó silencio de nuevo y al final se despidió de Susana, mientras Mariluz se hundía cada vez más en la desesperanza. ¿Qué seguía para ella? Le pesaba estar viva.

Transcurrieron un par de días antes de que Mariluz pudiera

soportar el dolor el tiempo suficiente como para levantarse de la cama para algo distinto a ir al baño. Con una dificultad atroz, se incorporaba para sentarse a comer los escasos alimentos que Andrés le proporcionaba. Apenas si cruzaban palabra y, gracias a unos fuertes medicamentos para el dolor, que seguro Andrés le consiguió para no escucharla quejarse en sueños, Mariluz pasó la mayor parte del tiempo dormida o en un estado de duermevela plagado de pesadillas.

Susana llamó sin falta tres veces al día, y Mariluz hizo lo que pudo para fingir que todo estaba bien. Pero Susana no era idiota y conocía a Mariluz como la palma de su mano, así que pudo notar que algo andaba muy mal y amenazó con llamar a la policía si Mariluz no le contaba qué estaba sucediendo. Ella le suplicó que no hiciera tal cosa, y fue tan vehemente que la convenció. Con su mamá pasó algo parecido, y las demás personas de su círculo social habían dejado de intentar contactarla hacía mucho tiempo.

Pasada una semana, Andrés no tuvo más remedio que ir a trabajar, pues el confinamiento terminó y se quedó sin excusas para faltar a la oficina. Antes de salir del apartamento, le advirtió a Mariluz que si hablaba, si se atrevía a contar lo sucedido, la mataría a ella, a su mamá y hasta a Susana. Mariluz lo creía capaz, pero no podía seguir así.

Esperó a que saliera y sin demora marcó el 123, pero cuando un hombre con voz algo robótica le contestó, se quedó paralizada, sin saber qué decir. Pasados unos segundos, colgó. No lo denunciaría a la policía, pero no por miedo, ahora lo que tenía era la extraña certeza de que ese no era el camino, que el paso a seguir se le revelaría muy pronto.

Y así fue.

La dirección de correo electrónico parecía una broma y Mariluz tardó en abrirlo, pues en un principio imaginó que se trataba de un virus. No obstante, al final, se decidió y leyó el mensaje que provenía de mesias2021@gmail.com:

> Mariluz, sé que estás pasando por momentos muy difíciles, pero te aseguro que todo está a punto de terminar.

Mariluz sintió que su corazón palpitaba a toda velocidad, de

repente se le había metido en la cabeza que quien hablaba era el mismísimo Jesús de Nazareth. Aquello era absurdo, pero estaba convencida.

En este momento tienes tres opciones. La primera es denunciar a Andrés por todo el maltrato al que te ha sometido durante estos años, pero te tengo noticias: no pasará nada. Puede incluso que tu caso se vuelva mediático, Andrés se verá sometido a un corto escarnio público y la defensa argumentará que estaba borracho o que tú estás mintiendo. Al final puede que le den unos cuantos años de cárcel, pero lo más probable es que no sea así, e igual, cuando salga, lo volverá a hacer con otra mujer. Es muy probable que cumpla la promesa que te hizo de hacerle daño a tu mamá y a Susana.

¿Cómo era posible que este tipo supiera tanto sobre ella? Mariluz estaba casi convencida: sino era Jesús, se trataba de alguien con algún tipo de percepción extrasensorial, y aunque la manera que elegía para comunicarse con ella era poco ortodoxa, también resultaba muy efectiva. Continuó leyendo:

Al final, tu denuncia será solo un paño de agua tibia, como aplicarle una curita a un herida de bala en el estómago. Y sé que quieres que esto acabe, para ti, para todas. Ni siquiera me voy a tomar el trabajo de intentar convencerte de quién soy, pues sé que que lo tienes claro.

—Así es, eres Jesús —dijo Mariluz, y escuchar esas palabras en voz alta no solo la convenció de manera definitiva, sino que le procuró algo de sosiego.

Pero créeme, no soy especial, no soy yo quien puede salvarte, si así fuera ya lo habría hecho. La única capaz de eso eres tú, y en ese orden de ideas te presento la segunda opción: huir. Puedes tomar unas cuantas cosas y salir de inmediato de ese lugar. Sé que te falta dinero y que tienes mucho miedo, pero, te lo juro, puedes hacerlo y desaparecer, no sin antes poner sobre aviso a tu mejor amiga y a tu mamá. Por dinero no te preocupes, yo te cubro; y por ellas tampoco, yo las protegeré.

¿Cómo que por dinero no me preocupe?, pensó confundida.

En la chaqueta blanca que tienes guardada en el armario, esa que dejaste de usar porque, según tu esposo, te hace lucir gorda, está lo que necesitas, la respuesta a la pregunta que acabas de hacer. Antes de continuar, ve, compruébalo.

Mariluz obedeció. Caminó hasta el armario mientras su corazón palpitaba a mil latidos por minuto. Buscó la chaqueta, la que

tanto le gustaba hasta que Andrés se había encargado, con una frase, de que dejara de ser una opción. Buscó en los bolsillos y después de unos segundos lo encontró: era un sobre de manila lleno de dinero, no le alcanzaría para vivir tranquila el resto de sus días, pero seguro sería suficiente para volver a empezar.

Trató de calmarse, su corazón desbocado le provocaría un desmayo. Respiró profundo y continuó leyendo:

Con ese dinero puedes escapar, y te aseguro que, mientras lo necesites, seguirá llegando. Pero aún no te he contado la tercera opción.

Mariluz se sentía feliz, pletórica, como no se había sentido en mucho tiempo. La posibilidad de librarse de aquella pesadilla era más de lo que había soñado. Descubrió así que desde hacía mucho estaba convencida de que moriría en manos de Andrés.

Y esto, Mariluz, debes leerlo con la cabeza, no con el corazón. La *última* opción es simple: matar a Andrés. Una persona así no merece seguir viviendo. A continuación te dejo indicaciones de dónde comprar el veneno sin que te hagan preguntas y, por supuesto, las instrucciones precisas para usarlo.

Buena suerte, Mariluz, sé que sea lo que sea que decidas, será lo correcto. No está de más pedirte que borres este mensaje en cuanto termines de leerlo.

Tomar la decisión fue muy sencillo. El dolor seguía presente, pero había cosas más importantes en ese momento. Tomó aire y continuó leyendo. Debía matar a Andrés dentro de cinco días, no antes, no después. Según Jesús, aquello era imprescindible para dejar claro “El Mensaje”, y lo escribía así, con mayúsculas iniciales.

Era perfecto, le daba tiempo de recomponerse un poco más y comprar el veneno.

Verlo morir fue un deleite. Embebido en su propio ego, Andrés no encontró algo raro en que la actitud de Mariluz fuera tan distinta ese día, y en que, a pesar de seguir visiblemente adolorida, ese día decidiera prepararle una cena especial de reconciliación. Ni siquiera notó que la sopa de tomate tuviera algún sabor especial, solo la bebió a toda prisa, como la bestia sin sentido común que Mariluz sabía que era, mientras ella lo observaba sin tocar su plato. En cuanto iniciaron los estertores, quiso gritarle que era un monstruo, y que sí, en efecto, era ella la que lo había

envenenado, pero optó por el silencio: era mejor observarlo dejar este mundo sin arriesgarse a perderse un solo segundo de aquella agonía.

Cuando estuvo segura de que Andrés no era más que un montón de carne y huesos inanimados, apartó su sopa y se dispuso a comer el resto, muy despacio, disfrutando de cada bocado. Se tomó dos copas de vino mientras escuchaba unas cuantas canciones de Adele. Aquella fue la mejor cena de su vida. Luego, con una tranquilidad que no había sentido en años, llamó a la policía y no titubeó ni una vez mientras confesaba. Una de las policías que la escuchó dejó ver una leve sonrisa de complicidad y Mariluz supo que su historia sería conocida.

Valdría la pena cada maldito segundo que tuviera que pasar en la cárcel.

CARLOS Y JOAQUÍN

Carlos, hecho un manojo de nervios, lo consideró por tercera o cuarta vez y, de nuevo, se arrepintió. Era el primer *Jean Day* en la historia de su colegio, un concepto que alguien, seguro de grado once, había copiado de algún país como Estados Unidos o Inglaterra, vaya uno a saber, y consistía en pagar cierta cantidad de dinero, en este caso mil pesos, para obtener el derecho a olvidarse por un día del aburrido uniforme del colegio y vestirse como le viniera en gana. El dinero recolectado iría al fondo común que serviría para solventar en parte los gastos de la excursión de fin de año del último grado. Irían a San Andrés o Cartagena, pero eso a Carlos lo tenía sin cuidado. Primero porque él hasta ahora estaba en grado noveno, y ese año y medio que le faltaba para llegar a grado once se le antojaba una eternidad; segundo porque lo que quería era estar muy bien vestido, con su mejor pantalón, su mejor camisa y sus mejores tenis, para, por fin, invitar a cine a Indira.

Desde sexto, más de tres años atrás, Carlos tenía puestos sus ojos y su corazón en Indira, con su pelo oscuro, su piel trigueña, sus ojos miel, sus labios finos y esas gafas de marco rosa que la hacían lucir tan bella; la dulzura en su voz, su acento indescifrable y la risa explosiva que irrumpía con tanta frecuencia lo enamoraron desde el primer día. Cuando en clase, algún

profesor le hacía una pregunta y ella no estaba segura de la respuesta, fruncía la nariz de un modo muy cómico que a Carlos lo volvía loco. Pero Indira apenas si le dirigía la palabra, y no por arrogancia ni nada parecido, sino porque las pocas veces que Carlos tuvo oportunidad de hablarle, se le secaron los labios y se le atragantaron las palabras. Más cuando Joaquín, baboso con ínfulas de galán de telenovela que se creía el líder del curso y del mundo entero, junto a sus matoncitos de quinta, no perdía la menor oportunidad para ridiculizar a los ñoñitos del curso, grupo que encabezaba, cómo no, Carlos.

Pero él no se consideraba tan ñoño. Sí, claro, amaba las películas de Woody Allen y sus compañeros de curso ni siquiera habían escuchado de él, pero también disfrutaba el cine de Schwarzenegger o Sylvester Stallone; era un absoluto tronco jugando fútbol, pero le iba bien en baloncesto; y si se concentraba podía cantar *It's my life,* de Dr. Alban sin equivocarse. Le gustaba pensar que estaba de los dos lados: los *nerds* y los chéveres. Pero esa no era la opinión de Joaquín, quien además contaba con la estatura y los músculos de un tipo de 18 años y eso, sumado al cerebro de un pequeño primate, daba como resultado una especie de neandertal que apenas si podía caminar y mascar chicle al mismo tiempo, un neandertal con complejo de superioridad y macho alfa.

Era un colegio pequeño y los chismes se regaban con una facilidad pasmosa, así que, en más de una ocasión, Carlos se enteró de los intentos de Joaquín por conquistar a Indira, y de los repetidos rechazos por parte de ella. Esas veces, Carlos no podía evitar sentirse regocijado, victorioso, como si, de alguna manera, que alguien como semejante cavernícola fuera rechazado, implicara que él tuviera más posibilidades de por lo menos cruzar tres frases coherentes con su amada.

Ese día se levantó resuelto. La noche anterior se había dedicado por completo a escribir una carta de su puño y letra para entregársela a Indira. Lo haría durante el primer recreo, de tal manera que ella tuviera tiempo de leerla y, con algo de suerte, obtendría alguna clase de respuesta, la que fuera, antes de terminar el día, con ayuda de Dios, durante el segundo recreo, ¿por qué no? Era casi un suicidio, esa carta podría suscitar una andanada incontrolable de burlas, pero tenía que intentarlo y, si

era el caso, moriría con las botas puestas.

—Seguro usted también le gusta a ella —aseguró su padre.

—Y si no, pues ella se lo pierde —completó su mamá con una sonrisa.

Su hermana Tatiana, tres años mayor que él y recién graduada del mismo colegio, había soltado una frase llena de ironía, pero después lo abrazó y le dio un beso en la mejilla. Carlos se la quitó de encima fingiendo fastidio, aunque sabía que era la manera en que ella lo apoyaba en su cruzada.

Pero la resolución se fue diluyendo con el pasar de los minutos y, para cuando estuvo frente a las puertas del colegio, con todo y su camiseta de Bugs Bunny, su jean doblado hacia afuera en las botas y sus tenis Converse viejitos de color verde, las dudas se habían apoderado de él. No podía dejar de imaginar el peor de los escenarios, uno en el que Indira se riera en su cara y rompiera la carta en pedacitos delante de todos sus compañeros de colegio. *No, ese no es el peor de los escenarios*, se dijo. Podría pasar que, después de la risa humillante, que lo condenaría a renunciar a las mujeres para siempre, Indira le entregara aquella carta a Joaquín y su pandillita para que le sacaran fotocopias y la repartieran por todos los cursos. Sería la máxima humillación, y desde ahí no le valdría aprenderse la discografía completa de Dr. Alban o ver toda la filmografía de Jean Claude Van Damme, igual sería el hazmerreír del colegio y se burlarían de él hasta el día en que, reducido al peor y más patético paria, se graduara por fin.

Indira se encontraba hablando con una de sus amigas: Liliana, de gafas y pelo muy corto; siempre hablaba con amabilidad; a Carlos le caía bien. Era de las pocas personas en ese colegio que no lo miraba por encima del hombro. Sí, Carlos era medio *nerd,* amaba las matemáticas, los juegos de rol y los libros, pero eso no lo convertía en un bicho raro. Él, de inteligencia por encima del promedio, lo tenía claro, pero también tenía claro que los seres humanos tienden a destruir todo aquello que sobresalga.

Y ahí estaba él, rodeado de sus pocos amigos, fingiendo que prestaba atención a lo que decían, pero con la cabeza puesta en la carta que tenía guardada en un bolsillo y sus ojos en Indira, en espera de alguna señal, por pequeña que fuera, para decidirse por fin. Y por fin llegó. Su mirada se cruzó con la de Indira y ella sonrió con dulzura. Ese momento no duró más de dos segundos,

pero para Carlos fue suficiente. Cuando se dio cuenta, sus piernas estaban en movimiento y, un instante después, empezó a sentir que todas las miradas estaban sobre él. No tenía sentido, nadie tenía la más mínima razón para sospechar algo acerca de lo que estaba a punto de hacer, pero esa certeza racional no le quitaba la sensación irracional de tener decenas, cientos de pares de ojos pendientes de cada uno de sus movimientos.

Después de unos larguísimos segundos, por fin estuvo frente a frente con su amada, y, a pesar de que podía sentir los latidos de su corazón en la garganta, de alguna manera se las arregló para hablar:

—Hola, Indira —eso apenas superó el volumen de un susurro y se recriminó a sí mismo por no tener la entereza suficiente como para que, por lo menos, se le escuchara la voz. Tragó saliva, se pasó la lengua por los labios, tomó aire y volvió a intentarlo—: ¡Hola, Indira!

Sí, ahora sí hablé como una persona normal.

Ella lo miró en silencio, con una expresión llena de curiosidad.

—¿Cómo estás?, ¿tienes un momento? —Se le pasó por la cabeza mirar a Liliana y saludarla, pero no quería distraerse. Toda su energía, en ese momento, estaba enfocada en una sola cosa: entregarle la carta a Indira. Apostaba todo a esa jugada.

Indira pareció confundida por un momento, pero luego sonrió de nuevo, con aquella luz invisible que causaba un ligero temblor en las piernas de Carlos.

—Claro… dime. —Y lo miró a los ojos.

Y entonces, a Carlos se le olvidó lo que quería decir. De hecho, de repente, se le olvidó hablar español y se quedó ahí, pensando, intentado arrancarle a su mente bloqueada alguna palabra, aunque fuera un sonido, lo que fuera que lo rescatara de ese trance en el que, de un momento a otro, se había sumergido.

Como desde muy lejos, escuchó otra voz femenina.

—Hola, Carlos.

Él parpadeó y por fin se vio libre del hechizo contenido en los ojos de Indira. Liliana lo observaba con una expresión que Carlos no pudo descifrar.

—Quiubo, Liliana —atinó a decir.

La aludida sonrió y Carlos, en silencio, agradeció por ese

saludo que de alguna manera lo había sacado de su sopor ridículo y ayudado a entender que era ahora o nunca. Con las manos trémulas, llevó su mano al bolsillo de la camisa, extrajo la carta y se la entregó a Indira.

—¿Y esto? —preguntó ella.

—Es para ti —contestó Carlos y solo hasta ese momento, en el que por fin su rostro se permitió sonreír, fue consciente de lo tenso que estaba.

Indira recibió la carta, le echó un vistazo al papel blanco doblado a la perfección y se acercó a Carlos. Él sintió que su corazón se detenía y una emoción confusa estallaba en su estómago. Indira le dio un beso en la mejilla. Su perfume perforó las fosas nasales de Carlos, que no estaba preparado para eso, y sintió un delicioso sobresalto en el estómago.

—Gracias —dijo ella—. La leo más tarde, lo prometo.

Las palabras ya no eran necesarias, todo estaba escrito, contenido en ese rectángulo de papel tan pequeño que casi quedaba oculto en las manos de Indira. Carlos asintió, se obligó a sonreír de nuevo y se alejó de las dos mujeres, de vuelta a su grupo de amigos. Ahora se sentía ligero. Hasta unos minutos antes, ni siquiera estaba seguro de contar con la osadía como para atreverse, pero ahora que comprobaba que sí tenía los pantalones para hacerlo, se sentía poderoso, casi flotaba. Más cuando le echó un vistazo a su grupo y notó lo que le pareció una expresión de admiración en los rostros de sus amigos.

Y entonces se estrelló con algo. No, con alguien. Iba tan alelado, tan imbuido en su propia sensación de triunfo, que no notó que Joaquín caminaba de forma perpendicular a su trayectoria y se paró con fuerza para obligar a Carlos a detenerse o, en el peor de los casos, a estrellarse, tal y como acababa de suceder.

Carlos levantó la vista y se encontró con una cara medio imbécil y muy malvada, que lo miraba desde arriba con una sonrisa malévola.

—¿Ahora el pendejito este escribe cartas? —dijo Joaquín. Miraba a Carlos, pero se dirigía a todo aquel que pudiera escucharlo.

Carlos echó una mirada fugaz a su alrededor con la esperanza

de ver a algún profesor que detuviera lo que fuera que estuviera a punto de pasar. Pero no encontró a ninguno. ¿Cómo era posible? Siempre había por lo menos un par de docentes vigilando. *Seré de malas*, pensó.

Los miembros de la pandilla de Joaquín, cuatro descerebrados más tontos que él, lo cual era mucho decir, rieron ante la pregunta de su líder.

—El güevoncito este dizque escribiéndole cartas a Indira, ¡es que no respeta!

Carlos iba a responder algo, pero entonces Joaquín, ayudándose de todo su peso, lo empujó, desafiante.

Carlos perdió el equilibrio y cayó al suelo. Los cuatro descerebrados esta vez soltaron una carcajada. Alguno de ellos, daba igual cuál de todos, dijo algo ofensivo que Carlos ignoró. Esas palabras eran lo de menos, ahora estaba en juego el poco honor que le quedaba. No pensaba quedar como un debilucho delante de Indira, y de repente decidió que si tenía que dejar su piel en ese momento, lo haría.

Se puso de pie lo más rápido que pudo y apretó los puños, tratando de calcular en su cabeza si podía ser tan rápido como para asestarle un buen golpe a Joaquín en la sien, con la intención de noquearlo. Tenía muy claro que, de no hacerlo, Joaquín usaría todas sus ventajas físicas para hacerlo papilla. En otras palabras, tenía una oportunidad remota, muy remota, de ganar esa pelea.

Levantó los puños en posición de defensa y, justo cuando tomó la decisión de caminar hacia Joaquín y dar el golpe soñado, Indira se interpuso en su camino y empujó a Joaquín.

—¡Oiga, estúpido!

Joaquín, de casi el doble del tamaño de Indira, la observó con lo que a Carlos le pareció una expresión de miedo, aunque también podía ser solo producto de la sorpresa. Fuera lo que fuera, le alegró hasta la médula verlo. Indira siguió hablando.

—¿Qué le pasa? —gritó—. ¡Ya le dije que no quiero nada con usted! Y si Carlos me quiere escribir una carta eso es problema de nosotros, ¡ya déjenos tranquilos!

Un rumor burlón se extendió por el patio del colegio: *¡uhhhhhhh!* Carlos miró a su alrededor y ahora no le cupo duda, la

mayor parte de los estudiantes estaban pendientes de lo que allí sucedía. Y aquellos pocos que no estaban, se enterarían en cuestión de minutos. Carlos sintió que tenía que hacer algo y dijo lo primero que se le vino a la cabeza:

—¡Sí, ya déjenos tranquilos, Joaquín!

Pero Joaquín apenas si le dedicó una mirada fugaz. Abrió la boca como para responder, pero la cerró sin pronunciar palabra, y Carlos se regodeó en lo idiota que su némesis lucía en ese momento.

De repente, la expresión asombrada de Joaquín cambió y se trastocó en una furia que a Carlos le causó escalofrío. Joaquín se olvidó por un momento de Indira.

—Esto no se queda así —le dijo a Carlos con una voz calma que no correspondía con el momento. Dio la espalda y se alejó, seguido muy de cerca por los cuatro descerebrados.

Ella esperó a que Joaquín se alejara y volteó hacia Carlos.

—Hablamos en un rato —le dijo.

En ese momento sonó la campana que indicaba que se acababa el tiempo de descanso y, por fin, una profesora llegó al patio. Seguro estaba en el baño, además era la profesora de Inglés, una de sus favoritas, pero igual sintió rabia.

Indira se fue con Liliana hacia la clase de Español y Literatura. Unos segundos después, Carlos fue alcanzado por sus amigos, que le hicieron un par de bromas sobre lo que acababa de pasar, pero él apenas si los escuchaba, seguía con la frase de Joaquín reverberando en su cabeza: «Esto no se queda así». Pero a pesar de la rabia y el miedo, recordó que le había entregado la carta a Indira. *Que pase lo que tenga que pasar.*

La primera cita que tuvieron Carlos e Indira fue en una sala de cine llamada Embajador, en el centro de Bogotá. Faltaban algunos años para que ese lugar se convirtiera en un multiplex con cuatro salas de distintos tamaños, pero en ese momento seguía siendo una sala enorme, con una pantalla gigantesca y algo así como seiscientas sillas. Los dos llegaron acompañados por sus respectivos hermanos mayores: Tatiana, en el caso de Carlos, y Santiago, en el caso de Indira, quienes los dejaron solos en la entrada, no sin antes asegurarse de conocerse entre ellos y acordar una hora exacta para recogerlos. Apenas tenían catorce

años y no solo se trataba de la primera vez que salían juntos, sino de la primera cita en su historia, así que no tuvieron manera de evitar los cuidados familiares, aunque les parecieran excesivos.

Por su parte, Carlos estaba tan emocionado de que su carta no hubiera provocado burlas por parte de Indira, todo lo contrario, esas palabras escritas eran las responsables de que ahora estuviera a punto de ver una película con ella, que poco le importó tener que llegar acompañado como un niño chiquito. Lo importante era que tendría alrededor de tres horas a solas con Indira, algo con lo que apenas se había atrevido a soñar.

La película elegida fue *Jurassic Park*, y los dos gozaron como nunca de aquella historia vertiginosa repleta de efectos especiales nunca vistos. Durante una escena en la que un velociraptor da un salto y casi atrapa a una de las protagonistas, una actriz de más o menos la misma edad de Carlos e Indira, ella se permitió agarrar de la mano a Carlos… y apretar. A él, este gesto lo tomó desprevenido, e incluso sintió algo de dolor en sus dedos debido al inusitado y adrenalínico apretón, pero disfrutó cada instante de ese breve contacto con la piel de Indira. Poco después, ella cayó en la cuenta de lo que acababa de hacer y le soltó la mano de repente, avergonzada. Se miraron a los ojos y los dos soltaron una carcajada.

Al terminar la película, les quedaban un poco menos de sesenta minutos juntos, así que, tal y como lo habían acordado con sus hermanos, fueron a una cafetería cercana. Cada uno pidió un capuchino y, aunque los primeros momentos los pasaron en un incómodo silencio, por fin uno de los dos se atrevió a tomar la iniciativa.

—¿Qué tal el pendejo de Joaquín? —dijo Indira con una sonrisa de complicidad.

A partir de ahí no pararon de hablar de temas relacionados, más que todo del colegio, pues ese era, por ahora, el único tema que tenían en común; pero también hablaron de la película, de música, de libros, e incluso, Carlos se dio el lujo de contar un par de chistes que provocaron fuertes carcajadas, mientras él la observaba maravillado, enamorado con cada célula de su cuerpo. Cuando, a la hora indicada, Santiago y Tatiana llegaron a la cafetería, a los dos les pareció que el tiempo había sido muy corto.

Al momento de separarse y partir cada uno a su respectivo hogar, los dos se quedaron paralizados durante un instante, hasta que, como solía suceder, Indira tomó la iniciativa y se acercó para despedirse con un beso en la mejilla, solo que este, a diferencia del que le había dado unos días antes, en agradecimiento por la carta, alcanzó a tocar la comisura de los labios. Abochornada pero visiblemente emocionada, se apresuró a despedirse de quien poco después sería su cuñada, y tomó de la mano a su hermano para que se fueran pronto a su apartamento en Chapinero. Carlos solo la observó, idiotizado, mientras se alejaban, y ni siquiera alcanzó a entender lo que había sucedido hasta transcurridos varios segundos, momento en el que miró a su hermana y, exultante, sin poder contenerse, exclamó:

—¡Me dio el beso andeneado!

Tatiana no pudo evitar reír, enternecida y emocionada por su hermano. Acto seguido, le dio un fuerte abrazo y exclamó:

—¡Bien, chino!

Poco después estaban en un taxi, de vuelta donde sus padres, en Centro Nariño, frente a Corferias.

La historia de amor entre Carlos e Indira fue intensa. Todo inició con aquella carta medio cursi que provocó en Indira, por primera vez en su vida, mariposas en el estómago. Hablaron durante el segundo descanso y quedaron de ir a cine. Por cuestiones logísticas, y en especial porque los padres de Indira jamás habían escuchado de Carlos, no pudieron hacerlo ese mismo fin de semana, sino que tuvieron que esperar al siguiente. En ese lapso, Carlos no hizo sino fantasear sobre su primera cita con Indira, ensayando posibles diálogos y actitudes de su parte, e incluso se atrevió a soñar con darle un beso; aunque esa posibilidad le aterraba, pues sería su primera vez, también le fascinaba. Después de la primera cita, se hicieron más y más cercanos, hasta que, unos meses después, decidieron ser novios.

—¿En serio se cuadraron? —preguntó Tatiana.

Carlos tampoco lo podía creer. Sucedió durante el segundo recreo de un jueves cualquiera y no terminaba de asimilarlo. Tanto así, que la incredulidad de su hermana lo hizo dudar sobre la veracidad de sus recuerdos, pero al final asintió con la cabeza y respondió:

—Sí… en serio.

—¡Bien, chino! —exclamó Tatiana—. Esa niña me cae muy bien, gócese esto con toda. —Y lo abrazó.

A Carlos en ese momento se le pasó por la cabeza la imagen de Joaquín, iracundo, mirándolo con esos ojos estúpidos y criminales. *Esto no se queda así.* Para ese momento, aquellas palabras empezaban a perder significado y con el tiempo dejaron de sonar tan amenazantes, pero igual sintió un atisbo de preocupación. Joaquín y su banda de tontarrones se mantenían al margen desde ese día, tal vez se habían olvidado de él o simplemente habían decidido que no valía la pena y que concentrarían su maldad en otros, como en efecto estaban haciendo. Pero Joaquín no tardaría en enterarse de que ahora Carlos e Indira eran novios. ¿Mantendría la distancia como lo estaba haciendo hasta ese momento? Lo dudaba, pero el solo hecho de imaginar la sonrisa de Indira lo llenaba de valentía.

Que pase lo que tenga que pasar.

Y entonces se besaron en los labios. Sucedió en casa de Indira, adonde Carlos fue invitado a almorzar el primer sábado de noviembre, poco antes de salir a vacaciones de final de año. Aunque los padres de Indira solían estar muy pendientes, ese día los dejaron solos en la sala viendo una película alquilada en Betatonio; así, el cine se convertía en el mejor aliado de Carlos. La película elegida fue *La muerte le sienta bien*, y mientras Bruce Willis lidiaba con las excentricidades de Goldie Hawn y Meryl Streep, Indira y él se tomaban de la mano y reían. En un momento, Indira apretó un poco la mano, como para llamar la atención de su novio. Él la miró sin imaginar que, unos segundos después, estaría dando su primer beso.

La emoción incierta en su estómago volvió a hacer aparición y sintió que se elevaba del asiento. Luego, por fin, empezó a mover los labios también y el beso, que inició con torpeza, terminó en una sincronía perfecta que convenció a Carlos de que la felicidad absoluta estaba ahí, en los labios de Indira.

Poco antes de terminar la película, sonó el teléfono e Indira contestó. Escuchó la voz al otro lado de la línea y le pasó el auricular a Carlos.

—Es tu papá… creo que pasó algo grave.

Los padres de Indira llevaron a Carlos al hospital, se aseguraron de que se encontrara con sus padres, expresaron su solidaridad, decidieron que era un momento muy familiar y no permitieron que Indira se quedara, a pesar de que ella insistió en hacerlo. Carlos la abrazó, le aseguró que la llamaría apenas pudiera y le dio la espalda para ocuparse de sus padres, que estaban destrozados. Su madre casi se ahogaba a causa del llanto, así que fue su padre el que le narró los hechos de manera escueta y en principio con un tono de voz neutro, como si aquello no les estuviera pasando a ellos.

Tatiana había salido del conjunto residencial Centro Nariño, rumbo al barrio Quintaparedes, muy cerca de allí, con intención de asistir a una fiesta de cumpleaños. Iba sola, pero era una zona muy tranquila de Bogotá y nadie hubiera imaginado que algo malo pudiera suceder, mucho menos a esa hora de la tarde. Según algunos testigos, Tatiana fue abordada por varios jóvenes que la rodearon, y uno de ellos, un muchacho alto, el que parecía mayor que todos, la atacó con alguna clase ácido que le cayó a Tatiana en los hombros, el pecho y, sobre todo, en el rostro. El padre de Carlos tuvo que hacer un esfuerzo para completar el relato y no pudo hacer otra cosa que desmoronarse cuando contó que Tatiana estaba desfigurada.

Carlos sintió que se hundía en alguna clase de abismo invisible, y rapidamente aquella sensación empezó a ser opacada por la rabia, pura, impoluta, inédita en él con menos de quince años en esta tierra; una rabia causada por la absoluta certeza de que aquel ataque había sido perpetrado por Joaquín y sus secuaces.

La relación de Carlos e Indira se acabó ese día, aunque ellos no lo entendieron hasta unas semanas después, cuando Indira, después de insistir e insistir, por fin pudo comunicarse con él. Para Carlos era difícil el simple hecho de escucharla, ni qué decir de la posibilidad de verla; y no porque la considerara culpable, ni mucho menos, sino porque Indira constituía un símbolo de felicidad y tranquilidad, y él no podía sentirse así, no era justo ahora que su familia estaba hecha añicos.

Tatiana fue dada de alta un poco más de un mes después. Estaba viva, sí, pero irreconocible. Se encontraba tan desolada que ni siquiera podía llorar y, al final, aquello fue más grande que

ella. Unas semanas después, salió del apartamento hacia donde una de sus mejores amigas, que vivía en el mismo conjunto residencial, pero en otro edificio, con la promesa de volver pronto. «Solo necesito moverme, tomar algo de aire», dijo mientras se acomodaba lo mejor que podía la capucha y las gafas oscuras. Su amiga vivía en el piso trece y desde allá se lanzó al vacío.

Nunca pudieron establecer con pruebas contundentes quiénes fueron los responsables del ataque, así que Joaquín salió impune del asunto, pero Carlos tenía claro que él era el culpable, podía verlo en la mirada y la sonrisa apenas disimulada que notó en su expresión las pocas veces que lo tuvo cerca. También tenía claro, ahora que su hermana estaba muerta y su mamá parecía morirse en vida por la tristeza, que, tarde o temprano, cobraría venganza.

Pasaron los años y Carlos creció sin mayores contratiempos, aunque lo sucedido con su hermana marcó la historia de su familia para siempre.

Estudió Cine y Televisión con la intención de adquirir los conocimientos para realizar una película que contara la historia de su hermana, pero cada vez que se sentaba a escribir el guion, la rabia y el desasosiego lo carcomían. Tuvo varios trabajos en distintos canales de televisión, y gracias a su brillantez y don de gentes, apenas terminaba un proyecto lo llamaban para el siguiente. Tenía cuarenta años y vivía con una mujer a la que no amaba con intensidad, pero que lo hacía feliz, cuando recibió el correo proveniente de mesias2021@gmail.com. Ese día, su novia estaba de visita donde sus padres, y él exploraba distintos canales de YouTube en busca de algo que lo hiciera reír. Vio la notificación de un nuevo correo electrónico y lo abrió por inercia, sin pensar en lo que estaba haciendo. Leyó sin leer y al terminar, algo le dijo que volviera a hacerlo, que era importante. Se obligó a concentrarse y comenzó de nuevo. Su cerebro, sin embargo, pasó por encima de las letras sin registrar mayor cosa, hasta que llegó a la palabra «arma». Entonces se detuvo, sintió cómo se aceleraba su corazón y leyó, ahora sí con atención, desde el principio. Un tipo que aseguraba ser Jesús le planteaba un par de opciones respecto a su situación. *¿Cuál situación?*, se preguntó, pero un segundo después entendió: se trataba de su hermana.

La primera opción era una obviedad, algo que una tía religiosa

le dijo en su momento: darle tiempo al tiempo y descubrir, al final, que podía superarlo; esa opción implicaba no hacer nada y rezar para que de alguna manera la vida pusiera las cosas en su sitio. Pero eso, ya había sido probado, *no era más que un montón de mierda*. Sus padres jamás superaron la muerte de Tatiana y él mismo soñaba con ella con cierta frecuencia. El dolor y la rabia seguían ahí, latentes. La segunda opción consistía en matar a Joaquín y hacer de su muerte un manifiesto, un precedente.

Con la cabeza dándole vueltas, constató que, tal y como decía el correo, había un arma de fuego bajo su almohada. Estaba demasiado consternado como para preguntarse cómo había llegado ahí y, dadas las circunstancias, le importaba un pepino. Se sentía igual que hacía años, era como si su hermana acabara de morir, tanto así que Indira y sus gafas de color rosa volvieron a su mente por primera vez en décadas.

Tomó el arma en sus manos, valoró el peso, imaginó la fuerza del retroceso al disparar y estudió con atención las instrucciones enviadas en el mismo correo, instrucciones que incluían la dirección exacta del lugar donde encontraría a Joaquín.

Igual, si estás lo suficientemente cerca, fallar es casi imposible.

Cargó el arma con las seis balas que también estaban bajo su almohada, valoró de nuevo su peso y la dejó junto al computador. Hecho esto, grabó el video que subiría a Internet.

«Mi nombre es Carlos y hoy voy a matar al malparido que destruyó la vida de mi familia hace treinta años. Su nombre es Joaquín, y por razones absurdas decidió atacar con ácido a mi hermana, quien, debido al trauma, decidió suicidarse. Esto lo hago por ella, por mi mamá y por todas las mujeres en el mundo que han sido víctimas de esta atrocidad. Ofrezco disculpas a la familia de Joaquín por el dolor que sé que les causaré, pero el mundo es así: pagan justos por pecadores. Si fuera posible, mataría a Joaquín un millón de veces y de modos distintos».

Según el correo electrónico, Joaquín estaría jugando microfútbol a esa hora, en una cancha de barrio al sur de Bogotá. Carlos se aseguró de que el video estuviera colgado en YouTube, guardó el arma lo mejor que pudo en un morral, y se sintió como cuando

guardaba los cuadernos para ir al colegio. En el corto trayecto en taxi imaginó a Joaquín muerto y no pudo evitar sonreír. Veinte minutos después se confundió entre los pocos asistentes al partido, y le bastaron unos minutos para localizar a Joaquín. Había cambiado, estaba muy delgado, demasiado, y tenía el pelo largo y grasiento, pero sin duda era él. Lo observó fijamente. En el medio tiempo se acercó a él y llamó su atención, se retiró el tapabocas y esperó a ver en sus ojos el reconocimiento. Luego disparó ante la mirada atónita de los demás jugadores, que después de la primera detonación quedaron paralizados, incrédulos, confundidos; y después de la segunda corrieron despavoridos en todas direcciones, como cucarachas cuando alguien enciende la luz. Joaquín recibió en su humanidad los seis disparos. Tal y como había dicho el tipo del correo, el que aseguraba ser el mismísimo Jesús de Nazareth: «Igual, si estás lo suficientemente cerca, fallar es casi imposible». Cuatro tiros en el estómago, uno en el pecho, otro en la frente. Después, Carlos se sentó junto al cadáver a esperar a la policía. El video en el que contaba lo que haría, por supuesto, se hizo viral, y en la primera entrevista que le hicieron en un noticiero, la misma que sus padres vieron con una silente satisfacción, Carlos mantuvo la cabeza en alto y sonrió mientras repetía:

> «Si fuera posible, mataría a Joaquín un millón de veces y de modos distintos».

EDUARDO Y HERNANDO

Ya no se recordaba a sí mismo sin maquillaje. Llevaba años usándolo, día tras día, y aunque cientos de veces se propuso hacer algo más productivo con su vida, algo que por lo menos fuera más rentable, terminaba siempre en las mismas.

Todos los días se miraba al espejo durante varios minutos, sin moverse, sin decidirse a empezar a disfrazarse. Observaba cada arruga, cada peca, cada cicatriz causada por el acné, cada cana poblando su cabeza, y, en más de una ocasión, no se reconocía. Ese tipo del reflejo no podía ser él. *¿En qué momento me convertí en… esto?, ¿cuándo envejecí tanto?* Él tuvo sueños por cumplir, una familia a la que amó, hijos a los que debió sacar adelante, pero todo quedó reducido a nada, se diluyó en su pintura facial y

un par de charcos de sangre en medio de la sala de una casa que apenas recordaba. Ahora nada le pertenecía, excepto el medio pimpón en su nariz, un megáfono viejo que funcionaba solo cuando por Dios o por Satán, poco importaba ya, le daba la gana, y un deseo recalcitrante de reparación.

Antes de que su mujer dejara este mundo, mucho antes de que a causa de sus actos, por una simple mala decisión, murieran sus dos hijos, Eduardo era un tipo con un futuro prominente, con todas las posibilidades de ser dueño de alguna empresa con decenas de empleados que le dieran a él y a su familia la estabilidad y la tranquilidad financiera que merecía.

Poco después de casarse con Rocío, juntaron los ahorros que cada uno tenía y los invirtieron en un café Internet, que, al principio, funcionó como esperaban. No los hizo millonarios, pero les daba para pagar arriendo, servicios, el mercado mensual y hasta para darse lujos de vez en cuando, como comer en un restaurante de categoría o pegarse una escapada a Girardot o Melgar. La vida en Madrid, Cundinamarca, no era muy emocionante, pero vivían tranquilos y no tenían que pagar el precio inflado de los alquileres en Bogotá.

Cuando tuvieron el dinero suficiente como para arriesgarse, y ya en espera de su primer hijo, vendieron el café Internet, juntaron todo su dinero y alquilaron un local mediano para montar una tienda de ropa. Compraban las prendas de vestir en el Madrugón, en Bogotá, a precios muy bajos, y las vendían en Madrid por dos o tres veces lo invertido. El negocio prosperó, tanto como para que alquilaran otro local en un lugar diferente del pueblo y expandieran el negocio.

El pequeño Henderson tenía cinco años cuando Rocío quedó embarazada por segunda vez. No lo habían planeado, pero al enterarse se emocionaron como la primera vez y aguardaron felices a que naciera la siguiente bendición. Fue una niña a la que bautizaron Johanna.

Ya con dos niños, debían pensar en grande, así que entregaron el segundo local y con los ahorros que acumulados en esos años, compraron el primero. Así por lo menos no tendrían que pagar alquiler. Y todo siguió marchando bien, tanto como para que consideraran comprar el local contiguo, donde vendían películas

piratas. Pero entonces devino la debacle.

Un día cualquiera, Rocío se descubrió una pequeña bola en el seno izquierdo. Nada grave, ni siquiera dolía, pero igual se hizo revisar de un médico. El cáncer de mama fue de la clase más agresiva y, aunque en un primer momento pareció que Rocío se recuperaba, la enfermedad terminó matándola en poco más de cinco meses. Eduardo se quedó solo cuidando a Henderson, de menos de seis años, y a la pequeña Johanna, que acababa de cumplir uno.

Eduardo era huérfano, y su relación con la familia de su esposa era prácticamente nula. Cuando Rocío murió, sus suegros y sus cuñados desaparecieron del mapa. Jamás preguntaron si necesitaba algo, si quería que le ayudaran con los niños, si por lo menos le hubiera gustado reunirse con ellos alguna vez para tener un hombro en el cual llorar. Cayó en una profunda depresión que lo desconectó casi por completo del mundo exterior. Físicamente estaba presente, pero su mente estaba lejos, muy lejos. Gastaba dinero como un autómata, más que todo en sus hijos y en el sueldo de la persona que le ayudaba a cuidarlos: una mujer sesentona que los amaba y los atendía con cuidado y ternura. No obstante, la buena voluntad de esa mujer contrastaba con las malas intenciones de los dos empleados que tenía en el almacén: Eduardo descubrió que le estaban robando. Procuró sacudirse la tristeza y los confrontó. Ellos, una pareja joven, le pidieron perdón y le juraron que nunca volvería a suceder algo así, también juraron que le devolverían todo el dinero sustraído. Esa fue la última vez que los vio.

Después ya no tuvo tiempo para deprimirse, pues descubrió que su negocio había sido utilizado como prenda para obtener préstamos de bancos y de parte de personas muy peligrosas, que, en caso de no recibir su dinero con intereses, no se limitarían a embargar la propiedad, como lo haría cualquier banco, sino que se dedicarían a romper piernas y, si esto no era lo suficientemente persuasivo, a incrustar balas en los cráneos.

Eduardo intentó conciliar, explicar que todo era un error y que él había sido víctima de estafa, pero ni con los bancos ni con los delincuentes logró mucho. Al final, ambas eran fuerzas malignas, aunque operaran de maneras distintas. Sopesó los pros y los contras y no le tomó mucho tiempo entender que lo mejor

era dar prioridad a los bandidos a quienes, sin haber visto un solo peso de esos préstamos, les debía cantidades obscenas de dinero. Los bancos, a pesar de que eran los culpables de aprobar préstamos con documentos falsos, se dedicarían a hacerle la vida imposible por medio de llamadas diarias, embargos en caso de ser necesario y, por supuesto, el respectivo reporte a Datacrédito, pero nada de eso parecía tan grave si se le comparaba con la posibilidad de ver a sus hijos asesinados. El problema consistía en que no le alcanzaba para pagar el dinero que esos tipos aseguraban haber prestado y, cuando por fin uno de los bancos terminó embargando sus cuentas bancarias, se dio cuenta de que no iba a poder pagarle a nadie y que lo mejor era huir cuanto antes.

Vendió toda la mercancía a un precio irrisorio, reunió el dinero y las pocas cosas que cupieron en maletas, y se aprestó a huir de Madrid. Pero no contaba con que uno de los hampones a los que le debía, el peor, el más malhablado, el más agresivo, el que más tenía cara de ser capaz de matar a la mamá por veinte mil pesos, tenía ojos en todas partes. Estaba listo para irse cuando golpearon a la puerta de su casa. Eduardo miró por el ojo mágico, y lo que se encontró fue un empleado de una empresa de mensajería con expresión bonachona y un sobre en la mano.

—¿En qué le puedo ayudar? —preguntó Eduardo sin abrir la puerta.

El mensajero levantó la mirada, sonrió y, mientras mostraba el sobre, dijo:

—Buenas, tengo este sobre para el señor Eduardo Peña. —Eduardo dudó, ¿quién podría enviarle un sobre a él en ese momento?, ¿sería importante? El mensajero, ante el silencio que siguió a sus palabras, miró el sobre y agregó—: Es de parte de una tal Maricela Ordóñez… de Cúcuta.

Maricela Ordóñez era su suegra y, aunque igual no imaginaba qué podía contener el dichoso sobre, Eduardo bajó la guardia y abrió. Un segundo después, cuatro hombres arremetieron contra la puerta y obligaron a Eduardo a quedarse callado, a menos que quisiera recibir una bala en el estómago.

Hernando era el nombre del hampón mayor, a quien Eduardo debía más de diez millones de pesos. El tipo, haciendo alarde de la calma de quien tiene todo bajo control, le ordenó que se

sentara en una de las sillas del comedor.

—¿Y los niños? —preguntó.

Eduardo trató de calmarse para que su voz no delatara su extremo nerviosismo.

—Están viendo televisión —contestó.

Hernando pareció aguzar el oído. En efecto, desde una las habitaciones, llegaba el rumor de un programa infantil. Tal vez era *Bob Esponja*, pero Eduardo no podía estar seguro de esos detalles cuando tenía tres pistolas apuntándole.

—¿Y mi plata, malparidito? —preguntó Hernando.

—La estoy reuniendo, hermano…

—Hermano ni qué hijueputas, no me crea tan marica. Usted lo que tiene que hacer es darme mi plata.

—Le juro que la estoy reuniendo, Hernando… es más, le puedo dar una parte ya mismo.

Eduardo, previendo cualquier inconveniente, había dividido el dinero obtenido por la venta de su mercancía en varios bolsillos. La mayoría en las maletas, pero tenía dos fajos de billetes en sus bolsillos. Uno del pantalón, otro interno, en la chaqueta.

—¿Una parte? —preguntó Hernando con sarcasmo.

—Sí, claro que sí… —Eduardo llevó una de sus manos al bolsillo de la chaqueta, donde había dejado más o menos un millón y medio de pesos.

Ante el movimiento, los tipos armados reaccionaron alarmados.

—¡Tranquilos! —exclamó Eduardo, con las palmas en alto—. Yo solo quiero sacar una plata que tengo aquí.

Hernando miró a sus hombres y con un ademán les indicó que se tranquilizaran. Eduardo bajó las manos y, muy despacio, sacó el dinero y se lo pasó a Hernando. Él miró la cantidad de billetes y antes de contarlos, dejó ver una sonrisa a medio camino entre la diversión y la impaciencia.

—Aquí no hay doce millones de pesos —aseguró.

—¡Pero la última vez me dijo que le debía diez! —reclamó Eduardo.

—¡Ahora me va a decir mentiroso, hijueputa!

—No, Hernando, solo que…

—¡¿Dónde están mis doce millones?!

Eduardo alcanzó a considerar inventar alguna mentira, pero decidió que no valía la pena, él lo que necesitaba era que lo que tenía en ese momento calmara a este tipo y después huir. A esas alturas, tanto daba deber doce millones o deber ciento veinte.

—Téngame un poquito más de paciencia —pidió—. Yo seguro le consigo esa plata.

Hernando contó el dinero y se lo guardó en el bolsillo mientras hablaba:

—¿Entonces qué hago?, ¿le recibo esta chichigua y me quedo tranquilo?

—Hernando, yo estoy reuniendo el dinero, de verdad.

—Vea, güevonsote, yo no tengo nada personal contra usted, pero los negocios son los negocios. Y yo necesito recuperar mi platica, ¿me entiende?

—Claro que sí, es lógico. —Eduardo descubrió que ya no sentía miedo. Estaba convencido de que llegaría a un acuerdo con el tipejo que lo miraba como si fuera un pedazo de mierda que se niega a irse por el desagüe por más veces que se active el inodoro.

—Pero es que yo no soy un banco, gonorrea, yo no tengo manera de asegurar que usted me vaya a dar mi plata. ¿Sí me entiende?

—Vea, Hernando, yo no soy tan pendejo como para quedarle mal a usted cuando tengo a mi familia en el medio.

—A eso voy, fresco que a eso voy.

Hernando hizo un ademán; uno de sus secuaces se perdió dentro de la casa y volvió pocos segundos después empujando a los niños. Eduardo sintió ganas de gritar, de abalanzarse contra aquella bestia y matarlo a golpes. Pero su desventaja era enorme y tuvo que contenerse.

Johanna empezó a llorar y Henderson se quedó quieto, con expresión confundida y la mirada fija en las armas de fuego.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó el niño.

—No pasa nada, hijo, tranquilo. Ellos ya se van.

—Sí —intervino Hernando—, nosotros ya nos vamos, apenas arreglemos un asuntico que tenemos con el tontazo de tu papito.

—Esto no es necesario —dijo Eduardo suplicante.

—Claro que es necesario, güevón. ¿O es que piensa que yo no sé que usted no pensaba pagarme?, ¿cree que no tengo idea de que está planeando volarse con mi plata, gonorrea?

Eduardo vio su fachada derrumbarse y se supo perdido. Los matarían a los tres ahí, en ese instante. Se descubrió anhelando que pasara de una maldita vez, solo esperaba que mataran a los niños primero, que su muerte no fuera la última imagen que se llevaran de este mundo.

—Eso no es cierto —se atrevió a decir, como un último argumento, una mentira desesperada.

—Es mejor que no discutamos, más bien negociemos.

Eduardo se permitió sentir algo de alivio ante aquellas palabras.

—Yo le voy a recibir esta plata, más la que tiene en el bolsillo del pantalón. —Eduardo dio un respingo, *¿cómo supo?*—. Y le voy a dar unos días de espera. Pero, como usted ya dejó claro que no aprende fácil y que cree que uno es pendejo, hoy le voy a tener que dar una lección, Eduardo, ¿sí me entiende?

Eduardo presintió que, después de todo, no sería tan sencillo como morirse junto a sus hijos.

—Por favor no les haga nada, se lo ruego.

Hernando dejó ver una expresión condescendiente que gritaba algo como «tengo que hacerlo, pero le aseguro que esto me duele más a mí que a usted».

—Por favor, Hernando, tenga piedad… ellos son unos niños, no tienen nada que ver con esto.

Hernando sacó un arma de su cinto y se la entregó a Eduardo.

—Para que vea que soy un tipo razonable, usted elige… se muere la niña o se muere el niño, pero eso sí, a cambio de no matarlos a los dos, le toca a usted oprimir el gatillo.

Y en ese momento, Eduardo pudo ver un brillo malévolo en los ojos de ese psicópata. Estaba loco, desquiciado. Y con alguien así no se podía negociar. Sintió que la vejiga se le aflojaba y pasado un instante, un calor húmedo le recorrió la pierna.

—¡No jodás! —exclamó Hernando y soltó una carcajada—. ¡Vean a este güevón, muchachos!, ¡se *mió* del susto esta gonorrea!

Los otros tres tipos observaron el charco que se extendía a los pies de Eduardo, pero ninguno hizo algún comentario al respecto, era como si no tuvieran idea de que algo así podía suceder y también estuvieran perplejos.

Eduardo, con el arma en su mano, tuvo muy claro qué era lo que tenía que hacer.

—No se vaya a poner a hacer pendejadas, Eduardo. Si le da por usar la única bala que tiene esa pistola en usted mismo, inmediatamente después se mueren los niños. Si la usa contra alguno de nosotros, pasa lo mismo. Mejor dicho, usted decide cuantos miembros de su familia se mueren hoy. Puede ser uno solo, pero también pueden ser los tres. Piénselo, son matemáticas básicas.

Pero Eduardo ya estaba muy lejos de entender nada. Sí, en algún momento se imaginó poniendo esa arma en su boca y apretando el gatillo, pero también tenía claro que eso significaría la muerte segura para sus hijos y, si igual todos iban a morir, entonces se llevaría consigo a Hernando. No lo pensó más, levantó el arma, le apuntó a Hernando y oprimió el gatillo.

Nada, no pasó nada. Eduardo volvió a apretar, tres, cuatro veces. Pero nunca disparó. Hernando soltó una carcajada horrible.

—¡Yo sabía! —exclamó cuando logró calmarse—. Yo sabía que este pirobo iba a salir con algo así.

Eduardo, confundido, seguía con el arma en alto y apretando el gatillo. ¿Qué clase de juego macabro era ese?

—Se le dio la oportunidad. Pensé que iba a querer matarse, pero vea, prefirió intentar lo imposible. ¿Qué pensaba, malparido? ¡Nosotros somos cuatro!

Eduardo ya no tenía claro qué era lo que pretendía cuando intentó matar a Hernando, pero supo que había cometido el peor error de su vida. Pensó en Rocío y le pidió perdón mientras una lágrima recorría una de sus mejillas. Hernando hizo un ademán, apenas un gesto, pero fueron suficientes. Un par de fogonazos después, los niños estaban muertos.

Eduardo apenas si reaccionó. Se quedó mirando a los dos pequeños cadáveres, con la vaga sensación de que todo se trataba solo de una vívida pesadilla. Hernando posó una mano sobre su

hombro, como si fuera un amigo que quisiera consolarlo, y dijo algo que Eduardo no pudo entender. Cuando se escucharon las sirenas de la policía, los asesinos ya no estaban en la casa y Eduardo permanecía sentado en el suelo con la mirada perdida.

Los agentes no tuvieron que forzar la entrada ni nada parecido, Hernando había dejado la puerta abierta y desaparecido en la noche. A Eduardo lo obligaron a levantarse y le preguntaron una y otra vez qué era lo que había sucedido, pero él no tenía una respuesta para eso, aún no le cabía en la cabeza que alguien hubiera entrado a su casa y matado sin piedad a sus dos hijos. Ellos no tenían velas en ese entierro, y él, en ese momento, tendría que estar en compañía de ellos, rumbo a Bogotá, o tal vez Cali. Todo eso de los asesinatos no era posible, se trataba de alguna clase de alucinación, solo eso.

Los agentes se lo llevaron. Unas horas después, más o menos recuperado del impacto, Eduardo narró lo sucedido. Era muy posible que un tipo como Hernando tuviera gente dentro de la policía, pero él no se guardó nada. Cuando por fin fue del todo consciente de la dimensión de los acontecimientos, perdió el miedo y casi deseó que algún cómplice de Hernando o de cualquiera de los delincuentes que, de la noche a la mañana, se convirtieron en sus acreedores, descargara unos cuantos tiros en su cabeza y todo aquello terminara por fin.

Al día siguiente, sin ninguna prueba en contra de Eduardo, lo dejaron volver a su casa, con la condición, por supuesto, de que no abandonara Madrid y esperara a ser contactado de nuevo. Algo que, según los policías que le tomaron declaración, sucedería dentro de poco, máximo dos días. Eduardo salió de la estación en silencio y caminó como un ente hasta su casa. Allí encontró el dinero que le quedaba en los bolsillos de las maletas que tenía listas para viajar, lo guardó en su pantalón, agarró su maleta y salió rumbo al terminal de transportes. Supuso que en algún momento alguien lo detendría. Ya fuera alguno de los esbirros de Hernando, bien fuera algún policía. Pero no había nadie vigilándolo, a nadie le importaba lo que hiciera con su vida.

En Bogotá pasó tres meses en una pensión de mala muerte en el barrio La Favorita, hasta que el dinero se le terminó. Sin otra opción, empezó a buscar trabajo de lo que fuera, y lo primero que

consiguió fue un empleo como payaso de restaurante. No pagaban bien, pero aseguraba lo del arriendo y, en un buen día, incluso le entregaban un recipiente de icopor con sopa, papa y arroz. Se dijo a sí mismo que ese trabajo como payaso duraría unas cuantas semanas, mientras encontraba algo mejor y se recuperaba. Pero pronto entendió que en realidad no le interesaba recuperarse, y si ese trabajo de mierda le daba para vivir con lo justo, no tenía necesidad alguna de buscar nada más. Lo único que quería era volver a encontrarse con Hernando, mirarlo a los ojos y arrancárselos en nombre de sus hijos muertos.

Pasaron los años y llegó el Covid con todas sus consecuencias. Los días de encierro en la habitación no fueron sencillos, el restaurante tuvo que cerrar y Eduardo se quedó sin sustento. La única manera de sobrevivir fue mendigar. Se maquillaba como payaso, procuraba sonreír y parecer simpático, e imploraba por algo de dinero a las pocas personas que encontraba en la calle; en ocasiones iba directamente a los barrios de los ricos para timbrar en las viviendas y rogar por un poco de comida o unas monedas. A veces se veía en las calles a aquel payaso triste revolcando los botes de basura en busca de algo que le evitara pasar el día sin probar bocado. La vida se tornaba cada vez más difícil, pero Eduardo era como un ente que se movía motivado solo por sus necesidades básicas, y los conceptos de felicidad o mínima comodidad le resultaban ajenos y absurdos.

Pasado el confinamiento estricto, estaba tan acostumbrado a mendigar disfrazado de payaso que ni siquiera se le pasó por la cabeza volver al restaurante e intentar recuperar su trabajo. Igual, un día cualquiera pasó por ahí y constató, sin demasiada sorpresa, que el restaurante había cerrado sus puertas de manera definitiva, pero poco le importó. Él ahora era un pordiosero, un habitante de calle más, y aunque procuraba bañarse con cierta frecuencia y no oler mal, en su rostro mal maquillado se evidenciaban los días de hambre y necesidad.

Un día cualquiera, alguien golpeó con suavidad la puerta de su habitación en la pensión. Eduardo se levantó para ver quién estaba al otro lado y cuando abrió no encontró a nadie, pero en el suelo, a escasos centímetros del dintel de la puerta, había un maletín negro y un papel blanco doblado por la mitad. Confundido, tomó por impulso el maletín y la nota y volvió a

encerrarse. Se quedó mirando los dos objetos durante unos segundos y decidió desdoblar el papel. Se encontró con un mensaje, y con cada palabra su perplejidad creció y creció.

EDUARDO, ES IMPORTANTE QUE NO ABRAS LA MALETA SIN HABER TERMINADO DE LEER. LLEGÓ EL MOMENTO DE DEJAR ATRÁS EL DOLOR. TU VIDA YA NO TIENE SENTIDO Y LO SABES, NO QUIERO SER CRUEL CONTIGO, SOLO APUNTO LOS HECHOS. YA ES HORA DE QUE HAGAS ALGO CON ESTE TIEMPO ADICIONAL QUE TE FUE CONCEDIDO EN LA TIERRA.

HERNANDO ESTÁ EN BOGOTÁ, PERO TRANQUILO, NO TE ESTÁ BUSCANDO, A ESTAS ALTURAS LE IMPORTA MUY POCO EL DINERO, TIENE DE SOBRA, Y LO ÚNICO QUE EN VERDAD DISFRUTA ES HACER DAÑO. ÉL ESTABA SEGURO DE QUE TE IRÍAS DE MADRID EN CUANTO MATARA A TUS HIJOS. EN ESTA CIUDAD ESTÁ ATENDIENDO UNO DE SUS TANTOS NEGOCIOS. ESO QUE TE HIZO A TI, Y COSAS PEORES, SE LAS HA HECHO A DECENAS DE PERSONAS, INCLUSO ALGUNAS SE HAN ATREVIDO A DENUNCIARLO, PERO BIEN SABES QUE CUANDO UNA PERSONA TIENE DINERO Y PODER, ES CASI IMPOSIBLE QUE SE HAGA JUSTICIA. EN ESTE PAÍS Y EN CASI TODOS. LA JUSTICIA LA DEBEN IMPARTIR PERSONAS COMO TÚ, LAS MISMAS VÍCTIMAS. Y EN ESE SENTIDO ME ASALTA UNA PREGUNTA: ¿ESTÁS DISPUESTO?

LA MALETA CONTIENE UNA BOMBA Y, AL FINAL DE ESTE MENSAJE, TE DEJARÉ LAS INSTRUCCIONES PARA DETONARLA. HERNANDO ESTÁ MUY CERCA DE DONDE VIVES, EN UNA OLLA UBICADA EN UNA CASA ROSADA, ESTOY SEGURO DE QUE SABES DE CUÁL HABLO, TODOS EN TU BARRIO LA CONOCEN. LO ÚNICO QUE TIENES QUE HACER ES IR CON EL PRETEXTO DE COMPRAR UNAS CUANTAS PAPELETAS DE BAZUCO Y DESPUÉS PEDIR QUE TE DEJEN FUMARLAS AHÍ ADENTRO. NO TE HARÁN DEMASIADAS PREGUNTAS, LOS QUE MANEJAN LA OLLA TE HAN VISTO POR EL BARRIO Y NO LES SORPRENDERÁ. UNA VEZ ADENTRO, SUBE AL TERCER PISO Y BUSCA LA PUERTA VERDE. GOLPEA, AHÍ ADENTRO ESTARÁ HERNANDO, SEGURO LO ENCONTRARÁS CONTANDO DINERO. NO DIGAS NADA, SOLO ENTRA. PODRÍAS DETONAR LA BOMBA SIN GOLPEAR Y HERNANDO IGUAL MORIRÍA, PERO ES IMPORTANTE QUE ESTE TIPO TE VEA LA CARA, QUE ANTES DE MORIR TENGA LA PLENA CONSCIENCIA DE QUE TÚ ERES EL RESPONSABLE.

ESO ES TODO, NO TENGAS MIEDO. SI SIGUES MIS INSTRUCCIONES AL PIE DE LA LETRA, TODO SALDRÁ JUSTO COMO LO ESTOY DESCRIBIENDO, TE LO GARANTIZO.

JESÚS

Eduardo se quedó mirando el maletín mientras terminaba de asimilar lo que acababa de leer. Luego, como para estar seguro de que su imaginación no le estaba jugando una broma, volvió a leer. El mensaje era, por sí mismo, descabellado, pero lo que más llamaba su atención era el remitente: Jesús. Escrito así, como si se tratara de alguna verdad ineludible, como si él tuviera que saber, por obligación, de qué Jesús se trataba.

Hizo memoria, pero no recordaba ningún Jesús en su vida, excepto, claro, Jesús de Nazareth, el que supuestamente curaba a los enfermos y convertía el agua en vino, esa especie de superhéroe que de manera tan conveniente para los intereses religiosos existió en el pasado, allá, muy lejos, y no ahora, cuando su presencia y sus milagros eran tan necesarios para una humanidad agobiada y doliente.

—Tiene que ser una broma —dijo en voz alta, y volvió a mirar la hoja.

Su sorpresa fue enorme cuando notó que el mensaje leído segundos antes, había sido reemplazado, aunque con la misma caligrafía clara y cuidada. Una gota de sudor frío se deslizó desde su frente. En un acto mecánico, enjugó la gota de sudor con el dorso de su mano derecha, tragó saliva y se dispuso a leer el nuevo mensaje.

EDUARDO, PUEDES SEGUIR DUDANDO, CLARO, EL LIBRE ALBEDRÍO ES ALGO COMPLEJO: TE PERMITE HACER LO QUE TE VENGA EN GANA, PERO TAMBIÉN ES LA RAZÓN DE QUE LOS HUMANOS COMETAN TANTOS, TANTÍSIMOS ERRORES. LO QUE TE OFREZCO EN ESTE MOMENTO NO SE TRATA SOLO DE TI Y TU SED DE VENGANZA. LO QUE SUCEDIÓ CON TU FAMILIA ES IMPOSIBLE DE REVERSAR, Y NO TE QUIERO MENTIR NI PINTARTE CUENTOS DE HADAS, LA VIDA ES TODO MENOS UN CUENTO DE HADAS: ASESINAR A HERNANDO NO LOS TRAERÁ DE VUELTA Y LO MÁS PROBABLE ES QUE NO CALME EL DOLOR QUE SIENTES Y QUE TE CARCOME A CADA SEGUNDO, PERO POR LO MENOS TENDRÁS LA SEGURIDAD DE HABER HECHO ALGO, LA SATISFACCIÓN DE EVITAR QUE ESTE TIPO SE SIGA SALIENDO CON LA SUYA Y CONTINÚE PROPAGANDO LA MISERIA Y LA MUERTE A DONDE QUIERA QUE VA. MUY DENTRO DE TI SABES QUIÉN SOY Y SABES, ADEMÁS, QUE MI PLAN FUNCIONARÁ. PERO EL TIEMPO SE ACABA, HERNANDO NO SE QUEDARÁ EN ESA OLLA DURANTE MUCHO TIEMPO, Y AUNQUE PODRÍAS BUSCARLO DESPUÉS Y ASESINARLO, ES IMPORTANTE QUE SEA EN EL MOMENTO EN QUE

TE ESTOY INDICANDO, DE OTRO MODO SE CONVERTIRÁ EN UN ASESINATO MÁS, EN OTRA ESTADÍSTICA. TODO ESTO ES MUCHO MÁS GRANDE DE LO QUE IMAGINAS.

AHORA TE PREGUNTO, Y PUEDES IMAGINAR QUE ESTOY A TU LADO AL FORMULAR LA PREGUNTA: ¿ESTÁS DISPUESTO?

—Sí, lo haré —dijo Eduardo y durante un instante estuvo seguro de que, en efecto, había alguien más en la habitación.

Percibió con toda claridad cómo su cuerpo se hacía más ligero, el peso que había estado soportando durante tanto tiempo desaparecía. No lo dudó más, leyó las instrucciones para detonar la bomba, las memorizó, y entonces sintió que el papel le quemaba los dedos, pero atribuyó eso a la marejada de emociones que tenía dentro de sí. Luego constató con sus propios ojos que, en efecto, el papel ardía. Pocos segundos después, de la nota no quedaban sino cenizas. Levantó la maleta con cautela y la abrió de la forma indicada por el remitente de la nota, medio esperando que estuviera vacía, pero ahí estaba la bomba. Claro, solo era una maraña de cables, un objeto cúbico cubierto por una bolsa plástica gris y un reloj digital que, supuso, actuaba como temporizador: podía ser cualquier cosa, pero Eduardo había decidido que confiaría en el tal Jesús aun desde antes de que el papel hiciera combustión espontánea.

Con la maleta en la espalda, caminó la escasa distancia que lo separaba de la casa rosada. Pagó cinco mil pesos, le entregaron un par de papeletas de bazuco y se sumergió en aquel pequeño infierno. Le indicaron que las habitaciones estaban en el primero y segundo piso, y lo dejaron a sus anchas. Observó a los drogadictos a su paso, los esquivó, pasó por encima de ellos, evitó pisar algunas montañitas de materia fecal, hizo lo que pudo por ignorar el fuerte hedor que dominaba el ambiente y subió al tercer piso. La puerta verde fue muy fácil de encontrar. Con una felicidad que apenas le cabía en el pecho, golpeó la puerta. Un tipo enorme, vestido de negro, con un arma en las manos, abrió la puerta. Eduardo supuso que le dispararían en ese momento, sin tiempo para nada más, pero eso no sucedió. Detrás del tipo, sentado tras un escritorio sobre el que había una gran cantidad de billetes, estaba Hernando. Eduardo no le prestó mayor atención al tipo armado, lo que hizo fue posar sus ojos en Hernando. Él lo observó también durante unos segundos.

—¿Usted quién putas es? ¿Qué hace aquí? —recriminó Hernando mientras se guardaba un fajo de billetes en la chaqueta.

—Soy yo… Eduardo.

Hernando tardó unos instantes, pero, de repente, en su expresión se mezclaron la sorpresa y el miedo por partes iguales. Quiso decir algo, pero Eduardo no le dio tiempo.

La explosión fue espectacular y los muertos se contaron por docenas. La bomba arrasó con muchas más personas aparte de su objetivo, pero a Eduardo, ni por un segundo, se le pasó eso por la cabeza, y de habérsele ocurrido, el remordimiento se encontraba en el último lugar de su lista de prioridades.

ALFONSO Y VÍCTOR

Alfonso Carmona era uno de los mayores misterios de la cárcel Distrital. Algunos decían que un buen día, en un ataque de celos, mató a su esposa y a sus dos hijas, y luego intentó suicidarse con el mismo veneno que les hizo tomar a ellas; algunos se atrevían a contar historias aún más escabrosas. Pocos sabían que Alfonso nunca tuvo hijas, pero sí esposa, a quien jamás se hubiera atrevido a agredir, pues la amaba de una manera honesta y madura, como se ama aquello que sabemos que no nos pertenece, y por lo mismo se convierte en un regalo a cada segundo.

Alfonso era un tipo de estatura media, poco pelo en la cabeza, una barba que procuraba mantener arreglada, gafas de lentes gruesos y manos pequeñas. Precisar su edad resultaba difícil, pues su piel arrugada pertenecía a una persona de por lo menos sesenta años, pero su mirada y la vivacidad con la que se movía, eran propios de una persona que no pasaba los veinticinco. A pesar de las duras condiciones propias de la cárcel, se las arreglaba para permanecer siempre pulcro, como si estuviera listo para ir a misa de domingo.

La Distrital se preciaba de ser uno de los mejores centros de reclusión de Latinoamérica, pero, aun así, los orinales se tapaban al punto de desbordarse, los programas de rehabilitación solían resultar insuficientes por falta de presupuesto y, sobre todo, era imposible controlar lo que sucedía al interior de esas paredes cuando los guardias no estaban vigilando.

En teoría, los presos no eran de mayor peligrosidad. Robos

cibernéticos, desfalcos a bancos y otros delitos por el estilo eran las razones que exponía la mayoría para estar cumpliendo sus condenas; pero el sistema carcelario en Colombia, además de estar permeado por la corrupción, como el resto del país, estaba colapsado, y muchas veces, valiéndose de triquiñuelas legales o con ayuda de una buena suma de dinero, delincuentes peligrosos lograban colarse. Y es que la cárcel tenía fama de ser un lugar idóneo para pasar los años de condena, sin las presiones de otras cárceles repletas en las que te podían matar a cuchilladas por dedicarle la mirada incorrecta a la persona equivocada. Por esta razón, aunque no era lo más frecuente, de vez en cuando se mezclaba algún sicario con alguien que había robado comida en un supermercado para que sus hijos no murieran de hambre, o un violador en serie con alguien que había hackeado el sistema financiero de su empresa y robado unos cuantos millones.

Alfonso, por su parte, tenía suerte, toda la suerte que se puede tener cuando ya eres un recluso en una cárcel colombiana, y compartía celda con un tipo llamado Víctor, que se dedicaba a importar ropa de China, las famosas réplicas triple A, y venderlas como originales. Lo habían capturado por evasión de impuestos después de que uno de sus principales competidores lo "echara al agua".

Alfonso y Víctor se volvieron amigos y se protegían el uno al otro, pues había varios hombres peligrosos que competían por el control de la cárcel y cobraban "vacunas", pequeños impuestos para garantizar no hacerle daño a quien pagaba. En las noches, una vez encerrados en su celda, pasaban horas hablando. Víctor disfrutaba escuchando a Alfonso, que, aunque reservado respecto a temas personales, podía hablar de libros y películas sin parar. Víctor sabía leer, claro, pero hasta antes de llegar a la cárcel y cruzarse en el camino de Alfonso, nunca consideró la posibilidad de leer un libro por el simple placer de hacerlo.

—Sí, he leído algunos —confesó alguna vez—. Pero todos porque nos obligaban en el colegio.

—Siempre consideré errado ese método —contestó Alfonso—. A los niños deberían dejarlos leer lo que les dé la gana. Eso hacía yo. —Y, sin querer, Víctor supo que afuera, en libertad, Alfonso era profesor de Español—. No les imponía las lecturas, pero sí debían leer un libro distinto cada bimestre. Algunos ni siquiera

así lo hacían, si no te enseñan a leer desde tu hogar, un profesor no puede hacer mucho; pero la mayoría sí, y al final de cada bimestre, casi se peleaban por exponer de primeros. Gracias a mis estudiantes conocí libros de todos los géneros: ciencia ficción, fantasía, terror; incluso hubo quienes se aventuraron a leer libros eróticos. No puedo pretender que un niño de doce o trece años disfrute leyendo *La vida es sueño* o *El quijote*. Eso vendrá más adelante, y por algo hay que empezar.

Víctor solía escucharlo en silencio mientras asentía. En esa ocasión se preguntó qué hubiera sido de su vida en caso de tener la suerte de contar con un profesor así. Tal vez hubiera sido el mismo imbécil, pero tal vez no. De pronto hubiera sido una persona de bien, y es que, aunque eso nunca se lo había contado a Alfonso, por pura vergüenza, antes de dedicarse a lo de la ropa traída desde China, Víctor era un vulgar atracador callejero.

Empezó atracando, cuchillo en mano, casi siempre a mujeres que caminaban en soledad por calles oscuras. Por lo general lo hacía en compañía de dos o tres amigos del barrio. De esos robos se sacaba poco. Una persona promedio en Colombia no suele andar con más de cien mil pesos en el bolsillo. En primera medida porque muchas veces no los tiene, y, en caso de tenerlos, con los niveles de inseguridad de un país tercermundista y una ciudad tan hostil como Bogotá, no es la mejor de las ideas. Así las cosas, en una noche muy buena, Víctor y sus amigos conseguían doscientos o doscientos cincuenta mil pesos, que debían dividir entre todos. Pero otras noches, las más frecuentes, el botín se reducía a cuarenta o cincuenta mil pesos para todos. Aparte de la poca rentabilidad, era muy arriesgado, pues por muy "moscas" que estuvieran, a veces los policías llegaban de la nada y sin mediar palabra los cogían a bolillo; eso cuando no los retenían por veinticuatro horas y allí, en una celda casi siempre atestada de ladrones, tenían que luchar por las pocas pertenencias que tuvieran, pues hasta los zapatos eran motivo para ganarse una puñalada. Por otro lado, no podían saber con quién se estaban metiendo al elegir una víctima, y aunque procuraban escoger mujeres que parecieran frágiles, con una frecuencia aterradora se veían enfrentados al cañón de un arma. En más de una ocasión, Víctor se encontró en su casa en la parte alta de Ciudad Bolívar, donde vivía con su mamá y sus tres hermanos mayores, muerto

de hambre después de haber trabajado toda la noche. En momentos así, se preguntaba *¿Qué mierda estoy haciendo con mi vida?,* y añoraba salir de ese mundo, aunque, en honor a la verdad, pocas posibilidades tenía de lograrlo en un sistema donde pocos tienen acceso a educación y oportunidades de calidad. A veces se dormía con toda la intención de buscar un trabajo, pero en cuanto salía de su casa al día siguiente y se encontraba con sus amigos, todas las promesas que se hacía a sí mismo, y en varias ocasiones a su mamá, se perdían en el fondo de su mente.

Tenía veinte años cuando conoció a Chandas, uno de los principales "cosquilleros" de la ciudad. Chandas era una leyenda en esa zona, no solo porque siempre tenía dinero, andaba en una moto costosísima y vestía la mejor ropa, sino porque lograba todo esto sin necesidad de armas o de enfrentarse con nadie. Chandas se dedicaba a robar en Transmilenio y podía extraer lo que quisiera sin que la víctima lo notara. Las pocas veces que fue descubierto y llevado a la policía, la persona robada terminaba desistiendo de denunciar ante la innecesaria burocracia y las largas horas de espera. Chandas tenía esto claro: no solo se trataba de que él fuera bueno en lo que hacía, sino de que el sistema estaba de su parte.

Chandas era muy selectivo con la gente que lo rodeaba, pero, por alguna razón que solo hasta un tiempo después quedaría clara, Víctor le cayó en gracia desde un principio. Fue el hermano mayor de Víctor quien los presentó y desde ese día Chandas y él se volvieron uña y mugre, al punto de que Chandas no tenía problema con regalarle dinero a Víctor de vez en cuando y, un día, por fin ofreció lo que había estado esperando:

—Entonces qué, ñero, ¿va a aprender a robar como la gente decente? —Aspiró con fuerza y le pasó la marihuana a Víctor.

—Uy, socio, ¿me va a enseñar?

Chandas lo miró de arriba abajo y dejó ver una sonrisa irónica. Alargó el brazo para recibir de nuevo la marihuana.

—Vea, ñero, yo le enseño todo lo que sé y usted queda pa' robarse hasta la risa. —Aspiró de nuevo con fuerza—. Pero ¿cómo voy yo ahí?

Víctor no era tonto y esperaba esa pregunta. Recibió la marihuana y fumó, aunque no de la forma en que lo hacía Chandas, él no estaba acostumbrado a esas dosis.

—Usted me dirá, viejo Chandas, ¿cuánto tengo que darle o cómo es la cosa?

—Yo plata ya tengo, ñero…

Víctor frunció el ceño, confundido.

—¿Y entonces?

Chandas lo volvió a mirar de arriba abajo y soltó una carcajada llena de humo blanco. Víctor lo miró, riéndose, pero confundido.

—¡La gonorrea esta no ha entendido! —gritó Chandas y soltó otra carcajada.

Esa noche fue la primera vez que Víctor tuvo una relación homosexual y, aunque se sentía sucio, trató de pensar en que con la guía de Chandas, ya no tendría que arriesgarse a que le metieran un tiro o a que un tombo lo matara a patadas.

Fueron meses de aprendizaje… y de pago, por supuesto. Un pago que tenía que realizar varias veces por semana; pero al final Víctor estuvo listo para robar en Transmilenio, y con el tiempo se volvió incluso mejor que el Chandas.

Víctor, conocido ahora en su mundo como el Liso, estuvo a punto de morir un viernes de quincena, uno de esos días en los que personas como el Liso y el Chandas conseguían mucho dinero, representado más que todo en celulares de alta y media gama, que en menos de una hora ya estaban vendidos a las personas indicadas. Todo estaba servido para que fuera un viernes perfecto, pero Víctor cometió un error: dejó durante mucho tiempo su mano en el bolsillo de la maleta de una estudiante. Ese segundo de más fue su perdición. El bus frenó de repente y Víctor se fue hacia adelante, sobre la mujer que intentaba robar. En ese momento fue muy evidente que su mano estaba donde no debía estar, y otra mujer que también estaba de pie lo notó. Lo usual era que una persona que notaba que estaban robando a otra se quedara callada, pero este no fue el caso. La mujer empezó a gritar, energúmena.

—¡Ladrón! ¡Ladrón!

El Liso, sorprendido, quiso gritar que no, que él no era ningún ladrón, pero no alcanzó a pronunciar palabra. Un puño que no supo de dónde vino se estrelló en su nariz. Víctor sintió el dolor intenso que estalló en su rostro y luego que el mundo empezaba a

oscurecer, pero no tuvo tanta suerte y se mantuvo consciente. Lo que siguió fueron mil insultos y patadas por doquier. Muy lejos, a Víctor le pareció escuchar la voz de una mujer gritando «No le peguen más. ¡Ya no más», y de alguna manera estuvo seguro de que era la persona a la que quería robar en un principio.

Recuperarse de semejante golpiza le tomó casi dos meses, y quedó con una ligera cojera en su pierna derecha como recordatorio constante, como un castigo que, en su fuero interno, estaba seguro de merecer. Tuvo que vender la moto recién adquirida para sobrevivir y comprar medicamentos y, con el tiempo, se quedó sin nada.

Chandas lo visitó por lo menos una vez por semana, y cuando notó que ya estaba recuperado, le propuso un negocio:

—Le tengo una vuelta, ñero.

—No me joda, Chandas, ¡vea cómo estoy! No me vuelvo a subir a un Transmilenio ni para ir al estadio.

—¡Ay, no sea tan princesa, ñero! Vea que esto ya es grandes ligas, nada de estar robando celucos y billeteras, esto es real, perrito.

El Liso se calló y esperó a que Chandas le explicara.

Chandas tenía un contacto en un banco, y ese contacto, de los altos mandos, tenía a su vez una red de personas en varias de las sucursales. El negocio consistía en atracar incautos que, por confiados, ingenuos o francamente estúpidos, se negaran a pedir acompañamiento policial para transportar grandes sumas de dinero. Las víctimas serían identificadas por las personas en los bancos, que se las ingeniarían para darles la señal, ya fuera alguna clase de gesto o con un mensaje de texto cualquiera enviado desde algún celular que luego sería desechado. Era un trabajo que requería de paciencia, pero valdría la pena; se trataba de dar un golpe cada dos o tres días, pero la ganancia era enorme y rápida.

Víctor quiso negarse, pero no tuvo las agallas, y poco después estaba esperando frente a un banco de Chapinero, montado en un carro, a que les llegara la señal.

Ese robo salió perfecto, y solo para Víctor quedó más de un millón de pesos. Así se tomó confianza y para el golpe número diez, sentía que estaba otra vez en la cúspide, con todos sus

reparos morales opacados por el signo pesos. Pero en el robo número once, una mujer se negó a entregar el bolso donde guardaba el dinero y, en medio de la efervescencia del momento y azuzado por el pánico, Víctor le disparó en el estómago. Esa misma noche, gracias a un noticiero, se enteraría de que la mujer había muerto camino al hospital. A Víctor jamás lo atraparían por ese crimen, de hecho, ni siquiera hubo sospechosos.

—El único muerto que uno recuerda es el primero —le dijo al día siguiente el Chandas.

Y tuvo razón, aquella muerte lo marcó para siempre, e incluso a casi cinco años de sucedido, seguía sufriendo pesadillas con esa mujer y su expresión de incrédula fatalidad cuando la bala se alojó en su cuerpo, como si desde ese momento estuviera segura de que moriría.

—¿Y usted por qué está aquí? —le preguntó Alfonso una noche cualquiera.

Víctor lo pensó un segundo. Había estado esperando esa pregunta desde el primer momento, pero no era algo de lo que uno hablara con el primer recluso que se cruzaba, al final siempre quedaba algo de vergüenza, ya fuera por el crimen cometido o por haberse dejado atrapar. A Víctor lo capturaron por el episodio de la ropa pirata y la evasión de impuestos, pero eso era una estupidez en comparación. Él estaba convencido de que el crimen que estaba pagando era la muerte de esa mujer de la que ya ni siquiera recordaba el nombre. Le contó a Alfonso, sin muchos detalles, sobre las réplicas triple A, y le devolvió la pregunta.

Alfonso, desde la primera vez, evadió la pregunta. Decía que no tenía ninguna relevancia, que era una historia larga y aburrida, que lo importante era que tenía que estar en ese lugar durante más de diez años y, sobre todo, que estaba donde tenía que estar. Pero un buen día, dos años después de conocerse, Alfonso por fin habló:

—Por robo —admitió sin bajar la mirada—. En un banco.

A Víctor le costaba mucho trabajo imaginar a su amigo y compañero de celda con un arma en sus manos, la cara oculta por un pasamontañas y entrando a cualquier banco mientras gritaba que le entregaran el dinero. Alfonso era un tipo educado, que seguro había perpetrado un crimen más sofisticado, que

involucraba mucha tecnología e inteligencia y ningún arma. Se lo dijo a Alfonso y él negó con la cabeza.

—Demasiadas películas gringas, Víctor —aseguró.

Eran poco más de las nueve de la noche, y todos los reclusos estaban en sus respectivas celdas. A esa hora, la luz de los bombillos hacía muy poco por iluminar y los rostros se veían opacos, en algunos casos, amenazantes. Pero en la celda de Víctor y Alfonso permanecían tranquilos. Habían logrado establecer una dinámica tranquila, de respeto y protección mutua.

—Esto que le voy a contar lo va a sorprender, Víctor —dijo Alfonso—, y es posible que no me crea, pero yo quería que me capturaran.

—Tan güevón, mi amor. ¿Quién va a querer que lo encanen?

Alfonso sonrió. Era raro verlo sonreír.

—Yo necesitaba estar en la cárcel, ¿sabe para qué?

Víctor guardó silencio, no entendía nada. ¿Alfonso hablaba en serio cuando decía que estaba encerrado por voluntad propia?

—No, ñero, ni puta idea.

—Para vengarme —sentenció Alfonso, escueto.

—Uy, ¿cómo así? ¿Vengarse de quién?

—Del tipo que mató a mi esposa.

Víctor sintió un ligero sobresalto, pero no pudo identificar la causa, no todavía.

—No jodás. ¿A su esposa la mataron, perrito? Mi sentido pésame.

—Por quitarle el bolso. ¿Puede creerlo?

—¿El bolso? —Víctor sintió que, de repente, hacía mucho calor en la celda.

—Sí, acababa de sacar dos millones de pesos del banco. Era todo lo que tenía, dos millones.

—¿Solo dos millones? —Víctor quiso hablar con firmeza, pero lo que salió de su garganta fue un susurro patético.

—Se los iba a dar a unos amigos a los que les faltaba dinero para una cirugía reconstructiva. A la hija la atacaron con ácido y estaba muy grave.

Víctor no escuchó esa parte. La comprensión le llegó de repente. Se encontraba acostado en la parte alta del camarote y

Víctor lo miraba de pie, recostado sobre la pared, a prudente distancia, con las manos en la espalda. Víctor, abrumado, hizo un rápido repaso de los movimientos de los dos. Alfonso había estado acostado también hasta hacía unos segundos, pero acababa de ponerse de pie. Se atrevió a mirarlo a los ojos.

—A mí esposa la mataron por dos míseros millones de pesos, dos salarios mínimos… Y esa plata ni siquiera era para ella.

—Mi sentido pésame —repitió Víctor con un aire de perplejidad absoluta, no se le ocurría otra cosa para decir.

Alfonso, muy despacio, se separó de la pared sin dejar de mirarlo.

Hacía muy poco habían requisado las celdas y a Víctor le confiscaron un trozo de vidrio que guardaba bajo el colchón. «Por si las moscas», le dijo a Alfonso mientras lo guardaba. Pero ahora estaba desprotegido y Alfonso continuaba con las manos en su espalda. Las opciones que le quedaban eran muy pocas, casi ninguna.

—En este país, la vida no vale nada. A veces me lleno de rabia cuando recuerdo que la mataron por dos millones, pero después caigo en la cuenta: la hubieran matado por menos, por mucho menos.

La voz de Alfonso, siempre tan flemático, se quebró, y lo que Víctor vio en sus ojos fue un abismo. Optó por intentar actuar como si nada, ni siquiera podía estar seguro de que la esposa de Alfonso fuera la mujer que él había asesinado. Las posibilidades eran remotas en una ciudad como Bogotá, con más de siete millones de habitantes.

—No diga, Alfonso, ¡qué vaina jodida! —Sintió la boca seca, pero se esforzó por lucir tranquilo.

—Sí, qué vaina jodida, Víctor… ¿o prefiere que lo llame Liso?

Víctor tuvo el impulso de levantarse y luchar por su vida, a esas alturas no tenía nada que perder, pero optó por quedarse quieto y esperar, en ese momento le pareció que era lo correcto. Y entonces vio el puñal hechizo que Alfonso le mostró con una sonrisa a media asta.

Estoy muerto, pensó Víctor, y descubrió en esa certeza una inusitada paz.

—Llevaba todo este tiempo decidiendo si el hecho de

compartir celda preciso con usted, no era más que una afortunada casualidad —dijo Alfonso—. Pero ayer entendí que no lo fue, que hay alguien moviendo los hilos desde el momento en que mi esposa falleció y, por fin, me decidí. Todo gracias a esto.

Alfonso sacó un papel del bolsillo y lo extendió. Víctor no entendía nada, pero igual recibió el papel. En él se mencionaba su nombre. Un tipo que firmaba como Jesús le decía a Alfonso que lo correcto era matarlo.

—No crea —dijo Alfonso—. Esto de matar a alguien es muy difícil, incluso cuando tengo claro que usted se lo merece, que me destruyó la vida en el momento en que decidió apretar ese gatillo.

Víctor consideró la posibilidad de justificarse de alguna manera, pero se abstuvo, no valía la pena. Alfonso continuó:

—Y lo admito, como nunca me decidí a matarlo, le terminé fue cogiendo cariño. Me odiaba a mí mismo, me odio aún cada vez que me descubro pensado en que usted, al final, es una buena persona.

—Perdóneme, Alfonso. Si le sirve de algo, aún me arrepiento, todos los días.

—No sé si leyó con atención la nota que tiene en las manos.

Víctor no lo había hecho a causa del miedo, apenas si había pasado sus ojos por encima de las letras, captando la idea principal y nada más. Alfonso, ante su silencio, volvió a hablar.

—Lea lo que dice justo antes de la firma. La última frase.

—¿Qué?

—¡Lea!

Víctor obedeció.

NO HAY ESPACIO PARA LA MISERICORDIA, ALFONSO. VÍCTOR TIENE QUE MORIR Y ÉL LO SABE.

Víctor reflexionó durante unos instantes y le dio la razón al tipo que había escrito la carta. En efecto, él tenía que morir.

—Perdóneme, por favor, Alfonso —suplicó, pero no pretendía salvar su vida, solo quería eso: obtener el perdón, alguna clase de redención; así sería posible, solo posible, que no se condenara en el infierno.

—Está bien —dijo Alfonso—. Lo perdono. —Y hablaba en

serio. Luego le propinó tres puñaladas en el cuello.

Víctor murió en segundos, sin ofrecer resistencia, sin quejarse.

AL INTERIOR II

Ignacio se despertó con el sonido del teléfono celular. Abrió los ojos, aún somnoliento, y miró la pantalla del aparato. Era un número desconocido, así que sin pensarlo rechazó la llamada. Se fijó en la hora: eran casi las dos de la tarde. Eso lo sacó de su sopor en un santiamén, había dormido durante casi catorce horas, por primera vez en meses se sentía descansado y con la cabeza despejada.

El teléfono volvió a sonar. Ignacio comprobó que era el mismo número desconocido y, aunque sintió curiosidad, volvió a rechazar la llamada. Se incorporó y se puso de pie, dispuesto a ir al baño para desocupar su vejiga, y entonces escuchó una voz masculina, muy agresiva, que provenía de su espalda.

—¡Contesta el teléfono!

Ignacio volteó apresurado, pero no encontró a nadie. Estaba solo en la habitación. Se tomó un segundo para salir de su estupor y corrió fuera de la habitación para constatar lo que ya sabía: tampoco había nadie en el apartamento. Esa voz que creyó escuchar con tanta claridad, solo era producto de su imaginación, tal vez un vestigio de algún sueño que ya no recordaba.

Se encaminó de nuevo a hacer lo que tenía pensado, las ganas no daban espera, llevaba catorce horas sin ir al baño. Luego fue a la cocina con la intención de prepararse un café y descubrió, con sorpresa, que tenía hambre. Después de tomarse el café con el que empezaba todos los días, decidió que no tenía ganas de cocinar y pidió un pollo asado a domicilio. Entonces el teléfono volvió a sonar y aunque Ignacio consideró la posibilidad de volver a rechazar la llamada, recordó la voz que le había ordenado que contestara y prefirió no arriesgarse.

—¿Aló?

—¿Ignacio? ¿Ignacio Vargas?

—Sí, soy yo, ¿con quién hablo?

—Con Elkin Rodríguez.

Mierda, el día iba bien.

—¿Cómo consiguió este número? —preguntó Ignacio con un tinte deliberado de agresividad.

—Su mamá, Ignacio. Necesito hablar con usted y es urgente.

—No me diga, ¿es mi aura?, ¿de qué color está hoy?, ¿la puede ver desde donde está?

—El sarcasmo no es necesario. Esto es muy serio, necesito verlo.

—Vea, Rodríguez, no tengo plata para pagar su consulta, y aunque la tuviera, le aseguro que preferiría gastármela en empanadas de mierda antes que entregársela a usted.

—Vea, Vargas, yo no lo estoy ofendiendo. Lo que tengo que decirle es muy importante, pero ahí verá, yo cumplo con llamarlo.

Ignacio procuró calmarse, aquel tipo lo sacaba de casillas, pero también tenía que admitir que con lo de las empanadas de mierda se había pasado de la raya. Lo pensó mejor y volvió a hablar:

—Me disculpo, Elkin. Pero es en serio, no tengo cómo pagar su consulta.

—Esto no es una consulta y no le estoy cobrando. ¿Puede venir esta tarde?

En la puerta se cruzó con la lectora de revistas. Después de todo, no había sido su última consulta. Al final, era claro que lo que le interesaba a Rodríguez era el dinero, nada más. *¿Entonces cómo es eso de que no me va a cobrar?*, pensó Ignacio.

Al entrar a la sala de espera, vio que Rodríguez estaba con la misma mujer que había salido del consultorio la vez pasada; intentaba abrazarla y ella hacía lo que podía para evitarlo, en sus ojos se notaba que estaba conteniendo el llanto. En cuanto vio a Ignacio, Rodríguez cambió de expresión y dejó de insistir en abrazar a la mujer, que observó a Ignacio con lo que a él le pareció una expresión suplicante.

—¿Todo está bien? —preguntó Ignacio a la mujer.

Ella lo miró a los ojos pero no contestó.

—Claro que sí, Vargas. ¿Me puede esperar cinco minutos? —Rodríguez abrazó de nuevo a la mujer e hizo el ademán de entrar

con ella al consultorio.

Ignacio se apresuró a contestar.

—No, Rodríguez, no voy a esperar.

Rodríguez pareció sorprenderse con la respuesta, pero entonces se apartó de la mujer y le abrió camino a Ignacio. La mujer no parecía entender del todo cuál debía ser su próximo movimiento. Y entonces Ignacio sintió el impulso irrefrenable de hablarle:

—Váyase de aquí. ¡Ya!

La mujer lo dudó un instante y luego obedeció sin más.

—¿Qué está haciendo, Vargas? ¡Es una cliente!

Ignacio le dedicó una mirada fulminante a Rodríguez y gritó con un volumen abrumador:

—¡Y no vuelva!

Rodríguez no pudo hacer otra cosa que guardar silencio. Ignacio, por su parte, una vez estuvo seguro de que la mujer estaba lejos, se sintió de nuevo como él mismo. Esas palabras no parecían haber salido de él.

Entró al consultorio sin decir nada más. Rodríguez se tomó unos segundos antes de decidirse a seguirlo.

Ignacio escuchó, como desde muy lejos, que Rodríguez hablaba, pero por lo pronto, casi toda su atención estaba concentrada en el Jesús crucificado ubicado a la espalda del supuesto psíquico. Esta vez estuvo seguro de verlo moverse. La cabeza, antes inclinada a la derecha, ahora se dirigía al frente, y su expresión de absoluto sufrimiento, empezaba a trastocarse en algo parecido a una sonrisa. Era una sonrisa horrible, pero sí, estaba sonriendo, Ignacio estaba seguro.

Rodríguez volvió a hablar y entonces Ignacio por fin le dirigió la mirada.

—¿Ese crucifijo es el mismo que tenía ayer?

Rodríguez, que estaba a punto de decir algo, cerró la boca, confundido, y miró hacia atrás.

—Sí, obvio, ¿por qué la pregunta?

—Es que le juro que se ha estado moviendo.

Rodríguez volvió a mirar.

—¿Qué?

Ignacio hizo un gesto de «da igual» y preguntó:

—¿Qué me estaba diciendo?

—Que lo que tengo que decirle es muy importante.

—Muy bien, lo escucho entonces.

Rodríguez tomó aire, como si no supiera por dónde empezar, y tras unos segundos, por fin inició:

—Mire, Vargas, le voy a contar algo: yo no soy psíquico.

—¡No le creo! ¡Esto me toma por sorpresa! Bueno, ya que estamos, yo no soy Batman, pero prometa no contarle a nadie.

—Muy gracioso, Vargas, ¿puedo continuar?

—Hágale.

—No, no soy psíquico, pero ayudo a las personas.

—Claro, pero ¿a qué precio?

—De algo tengo que vivir. El punto es que la gente viene aquí con sus problemas de dinero, sentimentales o de lo que sea, yo los escucho y los mando a sus casas con una solución. Y la gente cree con tanto fervor en lo que digo, que, en efecto, terminan resolviendo lo que sea que los aflige. Soy algo así como un fabricante de esperanza.

—Rodríguez, le cuento que se tiene mucha fe.

—Pero a veces, solo a veces, en contadas ocasiones, se atraviesa en mi camino alguien como usted, alguien con algún tipo de problema… o de situación, como sea, que se sale de mis manos. En otras palabras, algo real. Lo que sucedió ayer fue lo más extraño que haya visto en mi vida, y aunque admito que al principio no pensaba decirle nada, porque se fue de aquí y seguro no iba a volver, al final no pude con el remordimiento.

Ignacio se puso serio. Por primera vez sentía que Rodríguez hablaba con la verdad, y tenía el presentimiento de que lo que estaba a punto de escuchar era importante.

—¿Qué fue lo que pasó? Cuente de una vez.

Rodríguez soltó aire de modo un tanto dramático. Por un momento, a Ignacio le pareció que era el mismo imbécil de siempre, pero entonces lo miró con una gravedad que era imposible no tomarse en serio.

—Vea, Vargas, ayer usted me asustó y mucho, y la verdad es que estaba feliz de deshacerme de usted.

—¿Cómo que lo asusté?

—Primero fueron sus ojos…

—No entiendo.

—Se quedaron sin color.

—Sigo sin entender.

—A ver, al principio era una sesión de hipnosis como cualquiera. He aprendido algunas técnicas en Internet, y usted se mostró muy susceptible a la sugestión, hay gente así. Se durmió en unos cuantos segundos, pero luego abrió los ojos y fue como estar frente a un tiburón, no había iris o esclerótica, eran totalmente negros…

—No me puede estar hablando en serio.

—No, ni siquiera fue así… más bien era como si no tuviera ojos…

—Y usted espera que yo le crea.

—Se lo juro. Iba a tomar una foto, pero solo duró unos segundos. No tuve tiempo.

—Ajá —Ignacio intentó sonar incrédulo, pero no lo logró.

—Pero eso no es lo peor. Yo también quería convencerme de que eso de los ojos había sido bobada mía, pero entonces usted empezó a levitar.

—¿Levitar? —Ignacio sintió la garganta seca.

—Su cuerpo se suspendió. Al principio unos pocos centímetros, apenas como para que yo pensara que era impresión mía que ahora estuviera más alto, pero en un momento el espacio entre usted y la silla fue tanto como para que alguien más se sentara. Yo sé que esto suena a locura, pero le juro que es verdad, no tengo por qué mentirle.

Lo peor era que Ignacio le creía. Cada palabra. Resolvió que era hora de dejar el sarcasmo y pedir ayuda. Nunca en su vida la había necesitado tanto.

—¿Qué tengo que hacer, Rodríguez? —Iba a agregar la palabra «ayúdeme», pero le pareció excesivo.

—Yo no puedo hacer nada, como le digo, soy una…

Rodríguez no fue capaz de terminar la frase, aunque los dos sabían que había estado a punto de pronunciar la palabra “farsa”. Pero Ignacio necesitaba que alguien, cuando menos, lo guiara. Y

el único a la vista era Rodríguez, así que de manera deliberada ignoró aquello.

—Si no es usted, ¿quién? No me bote toda esta información para luego dejarme a la deriva, Rodríguez, no sea hijueputa.

—Mire, Vargas. —Rodríguez extendió un papel con un nombre y un número telefónico—. Ella puede ayudarlo, estoy casi seguro. Ahora le pido que se vaya y se olvide de mí, no estoy para lidiar con estas mierdas.

Ignacio estaba a punto de agradecer e irse, pero entonces, de nuevo, algo se apoderó de su voz.

—No le basta con embaucarlas, ¿verdad? También tiene que abusar de ellas.

—¿Qué?

—No se haga el imbécil que hablé muy claro. Eso que hace tendrá un castigo que está a la vuelta de la esquina. Los seres humanos como usted son la razón de que a este mundo le quede muy poco.

—¡Váyase de aquí, Vargas!

Ignacio volvió en sí. Quiso decirle a Rodríguez que esas palabras no las había pronunciado él, pero ¿de qué serviría?

Salió sin despedirse, ni siquiera miró atrás, tuvo miedo de volver a entrar en uno de sus trances y que le terminara contando a Rodríguez que dentro de poco se viralizaría un escándalo en redes sociales que acabaría con su prestigio. Estaba seguro de que sucedería, pero prefirió dejar que el hipnotista lo descubriera por sí mismo. Ese tipo recibiría su merecido y él necesitaba resolver lo que fuera que le estuviera sucediendo.

Ya en su apartamento, observó el papel con detenimiento. Durante el trayecto sintió que casi quemaba dentro del bolsillo, pero por alguna razón prefirió no tocarlo o mostrarlo en público, como si contuviera alguna clase de secreto reservado solo para él. Era un trozo de papel de color *beige*, sacado de una libreta cualquiera y escrito con una caligrafía que rayaba en lo infantil. De pie, en medio de la sala y con el humo de cigarrillo llenando poco a poco el ambiente, miró una y otra vez en el nombre y el número telefónico:

Juanita Fuerte. 1019321550

Había algo que llamaba su atención en ese número telefónico, pero no lograba precisar qué.

De repente sintió una punzada de dolor en una rodilla, tan fuerte que estuvo a punto de desplomarse. Otro de esos dolores sin origen. Se apresuró a ir a su cuarto y una vez acostado, el dolor remitió hasta convertirse apenas en una molestia que, dadas las circunstancias, no tenía ninguna importancia. Con los ojos cerrados, esperó un par de minutos para estar seguro de que el dolor no volvería con más fuerza, luego volvió a observar el papel. Pasado un buen rato decidió que no llamaría, era absurdo creer en las palabras de Rodríguez, y seguro la tal Juanita no era más que otra estafadora, una cómplice. Arrugó el papel en sus manos e intentó ponerse de pie para botarlo en el bote de basura del baño, pero apenas tocó el suelo el dolor de la rodilla volvió. Era una punzada muy fuerte que recorría su pierna desde la articulación hacia arriba, en espiral. Volvió a acostarse y se guardó el papel en el bolsillo del pantalón, se desharía de él en cuanto fuera capaz de levantarse otra vez. Y entonces se sintió extraño, como si no estuviera en su habitación sino en una copia exacta…o casi.

Se le metió en la cabeza la loca idea de que el televisor estaba un poco corrido a la derecha. Una parte de su mente le aseguraba que aquello era absurdo, que nadie entraría a su apartamento solo para mover el televisor unos cuantos centímetros, pero la inquietud persistía.

Optó por ignorar el asunto y se acomodó en posición fetal para intentar dormir. Cerró los ojos, pero la imagen del televisor palpitaba en su mente. *Esto es muy estúpido*, se dijo, pero, por muy tonta que resultara, la certeza de que el televisor había sido movido por alguien, por *algo*, le martillaba la cabeza. Respiró hondo y se obligó de nuevo a cerrar los ojos, para abrirlos unos segundos después, convencido de que no podría estar tranquilo hasta devolver el televisor a su lugar.

—Muy bien —dijo en voz alta—. Tú ganas.

No sabía a quién se dirigía, pero daba igual, él estaba perdiendo.

Sabía que el dolor en la rodilla lo atacaría, pero igual se puso de pie. Ignoró lo mejor que pudo la fuerte punzada y se acercó al televisor que descansaba sobre un mueble frente a la cama. Lo

observó con detenimiento y notó que, en efecto, estaba un poco en diagonal y no paralelo a los pies de la cama. Sí, tal vez había estado así desde la última vez que limpió el polvo, unas tres semanas atrás, pero no lo creía. El dolor en la rodilla se recrudecía, así que se apresuró y lo movió. Apenas lo hizo pudo sentir que se quitaba un peso de encima.

—Así está mejor… mucho mejor.

Volvió a la cama y esperó, paciente, a que el dolor en la rodilla remitiera. Tuvo que respirar de manera consciente para no gritar de rabia y frustración, pero, por fin, el dolor volvió a convertirse en una molestia sin relevancia. Y entonces, casi sin darse cuenta, miró el televisor de nuevo y ahora no pudo evitar gritar:

—¡Jueputa!

Esta vez era más notorio. ¿Acaso no lo había movido? Ahora ni siquiera estaba seguro de haberse parado de la cama, aunque el dolor que sintió en la rodilla parecía muy real.

—No voy a ceder esta vez —dijo en voz alta, como para convencerse a sí mismo.

Pero cedió. Se puso de pie, soportó el fuerte dolor, que ya empezaba a llegar a sus caderas, y acomodó el televisor. Se acostó y esperó sin quejarse a que el dolor remitiera, de nuevo. Cuando volvió a abrir los ojos, hizo un esfuerzo consciente para no mirar el televisor, pero la fuerza de voluntad le dio apenas para unos cuantos segundos. Y sí, en efecto, el televisor estaba desacomodado. Quiso gritar otra vez, pero logró contenerse.

Esta vez estaba seguro de haberse levantado: en la pantalla del televisor aún se podían apreciar claras las huellas de sus dedos. El dolor fue tanto que el sudor humedeció su espalda. Alguna fuerza invisible estaba moviendo el televisor; y quien fuera dueño de esa fuerza, disfrutaba con su dolor, se burlaba de él. Ignacio cerró los ojos, no se movería de la cama hasta que el dolor abandonara la rodilla y se desplazara a algún lugar de su cuerpo que por lo menos le permitiera moverse. Fue difícil contenerse, pero, al final, se tranquilizó e incluso alcanzó a dormirse. Pero su sueño fue interrumpido por el sonido de algo que se arrastraba. Tardó un par de segundos en entender de qué se trataba. Levantó la cabeza para encontrarse con que ahora no solo el televisor se había movido, también el mueble. Los dos objetos, muy despacio,

se acercaban a la cama. Eso, por lo menos, aclaró las dudas: no estaba imaginando nada.

—A la mierda —dijo, y volvió a cerrar los ojos.

El sonido de arrastre cesó. Y entonces la cama empezó a temblar. Pero era un movimiento muy ligero, un vaivén apenas perceptible, e Ignacio se negó a abrir los ojos hasta que, por fin, cayó dormido.

Despertó a la madrugada. La rodilla ya no le dolía, ahora sentía una opresión en el pecho que, en realidad, no era grave. Se sintió sobrecogido por el silencio y, por un momento, estuvo seguro de que el asunto del televisor había sido solo un sueño o un recuerdo distorsionado a causa del fuerte dolor, pero entonces se incorporó y se encontró con que el mueble estaba mirando a la pared frente a Ignacio y el televisor ni siquiera estaba ahí. En ningún momento se le ocurrió pensar que lo hubieran robado, de inmediato supo que el televisor estaba en alguna parte dentro del apartamento.

Se puso de pie. La opresión en el pecho se hizo más pesada, pero seguía siendo soportable. Miró a la puerta abierta de su habitación y la oscuridad más allá. No podía imaginar qué, pero *algo* lo estaba esperando. Sintió temor de adentrarse en aquella oscuridad, de repente se convenció de que, a pesar de llevar años en ese lugar, no encontraría el interruptor para encender la luz y que, de encontrarlo, igual no funcionaría. La oscuridad que habitaba ese espacio tan cercano no desaparecería con la ayuda de unos cuantos bombillos, aquella oscuridad contenía todas las oscuridades. No sabía de dónde provenían esas ideas, pero ahí, de pie frente a la puerta, con la quietud propia de la ciudad a la madrugada, encontró esas palabras del todo acertadas.

Algo se rio en la sala. Una risa aguda, como de un niño que acaba de hacer una travesura y está convencido de que saldrá impune. La piel en el cuello de Ignacio se erizó, pero no se movió de su puesto. Estaba cansado de esa situación y enfrentaría de una vez por todas lo que fuera que acechara en la penumbra. La risa se volvió a escuchar y esta vez pudo distinguir con toda claridad un par de ojos que brillaban como dos carbones ardientes en medio de la sala. No vio nada más, solo aquel par de ojos flotantes, pero pudo imaginar una criatura con forma de hombre y escamas de pez sobre la mesa de comedor,

observándolo y mostrando unos dientes puntiagudos, disfrutando cada instante de aquella tortura psicológica que pronto, estaba seguro, se convertiría en tortura física.

Al mal paso, darle prisa, pensó Ignacio, un refrán que Luisa utilizaba con frecuencia. Se puso de pie con decisión y salió de la habitación para enfrentarse a la oscuridad reinante. Buscó a tientas el interruptor en la pared y, durante unos angustiosos segundos, estuvo seguro de que, como había pensado, no había ningún interruptor, ni siquiera estaba en la sala de su casa, de alguna manera se había transportado a unos de los círculos del infierno y el monstruo de ojos de fuego sería el menor de sus problemas. Pero entonces, el interruptor apareció como por arte de magia, e, increíblemente, al accionarlo, la luz se apoderó del lugar.

No había ningún monstruo, pero lo que encontró lo tomó por sorpresa. La mesa del comedor estaba patas arriba; la poca comida que tenía en la cocina, regada por el piso; los libros, apilados de cualquier manera en un rincón; y su ropa, doblada a la perfección sobre la barra que separaba la sala de la cocina. Era, al mismo tiempo, una visión de pesadilla y una especie de *sketch* cómico ideado por algún escritor trastornado. Tal vez sufría de sonambulismo, pero le parecía poco probable, algo dentro de sí le aseguraba que esto no lo había hecho él.

Buscó en sus bolsillos y sacó el papel arrugado. Agradeció en silencio no haberse deshecho de él, lo alisó lo mejor que pudo y decidió que llamaría a la tal Juanita. A esas alturas daba lo mismo. Por lo pronto, estaba seguro de que no podría conciliar el sueño, así que se dedicó a ordenar y limpiar, y mientras lo hacía, estuvo seguro de que la criatura lo observaba y se reía desde algún punto ciego para él, pero también descubrió que le importaba muy poco. A eso de las cuatro y media de la mañana terminó, y como sabía que aún no podría dormir, se preparó un café, encendió un cigarrillo, *¿de dónde salen tantos cigarrillos?, ni siquiera recuerdo haberlos comprado*, y se sentó a la mesa. Solo hasta ese momento notó que estaba a oscuras. En algún momento alguien, tal vez él mismo, había apagado las luces y él solo siguió limpiando.

Después del segundo o tercer sorbo, la criatura se rio de nuevo e Ignacio supo que estaba sentada frente a él, aunque aún no la

veía. Calculó que serían cerca de las cinco de la mañana, pero no quiso desviar la mirada y constatarlo, por si en algún momento lograba distinguir alguna figura. Y así fue, la criatura escamosa se manifestó por fin, pudo ver su forma monstruosa gracias a una exhalación llena de nicotina que lanzó hacia ese lugar. Era una especie de lagarto de color marrón brillante, más alto que un hombre promedio, en su pecho había una cráter irregular y adentro le palpitaba una masa gelatinosa de color negruzco, como un corazón, pero putrefacto. Lo que Ignacio supuso que eran sus ojos, eran apenas dos abismos, dos nadas contenidas que amenazaban con desbordarse y tomarse el mundo entero.

Ignacio, lejos de asustarse, sintió curiosidad, así que la saludó, solo para saber si le contestaba. Y lo hizo: fue un chirrido metálico que se manifestó de repente en la cabeza de Ignacio y que podía significar cualquier cosa. Luego, la criatura se volvió a perder de vista.

El consultorio de Juanita era el polo opuesto al de Rodríguez. Ignacio llegó diez minutos antes de la cita concertada para las once de la mañana y se sentó a esperar. El lugar estaba lleno de luz, las sillas eran cómodas y el material de lectura era reciente. Mientras estuvo esperando sintió un frío muy intenso, pero no le dio importancia a eso, por alguna razón se sentía pleno, tranquilo, en armonía consigo mismo.

Desde que llamó a Juanita, cuatro días antes, la pasó muy mal. El tiempo en su apartamento corría de una manera extraña, y siempre, independientemente de la hora, estaba muy oscuro. Tuvo pesadillas de toda clase y la criatura, estaba seguro, lo visitó todos los días, aunque no había vuelto a suceder algo parecido a esa noche en que se topó con aquel desorden monumental. No obstante, ese día despertó con las energías renovadas y se sentía cada vez mejor, mucho más ahora que estaba en ese consultorio. Ni siquiera le había visto la cara a Juanita y ya le caía bien.

La cita previa a la de él se tomó un poco más de tiempo, pero Ignacio esperó con paciencia. Llevaba mucho tiempo sin sentirse así de bien y estaba gozando cada instante. Cuando por fin salió Juanita, en compañía de un hombre de la edad de Ignacio, muy delgado y de expresión bonachona, Ignacio tenía los ojos entornados y una expresión idiota en el rostro. No sentía ningún dolor, y los días así eran cada vez más inusuales.

Se incorporó algo apenado y esperó a que el tipo de cara bonachona se despidiera de Juanita con un abrazo. La diferencia con el consultorio de Rodríguez era abismal, e Ignacio se convenció a sí mismo de que se encontraba, por fin, en el lugar correcto. El hombre se despidió de él con una sonrisa y desapareció tras la puerta de salida.

Ignacio entonces se quedó sin palabras. Ni siquiera un «Hola» surgió de su boca. Mientras tanto, Juanita lo miraba a los ojos con una sonrisa sosegada.

—Bienvenido —dijo ella.

Era de piel blanca y pelo muy negro. Sus ojos oscuros estaban llenos de lo que a Ignacio le pareció era bondad, y vestía una bata como de profesora de preescolar. Sostenía de la manera más casual un rosario que envolvía su mano derecha, y con un gesto le indicó el pasillo en dirección al consultorio.

Ignacio demoró un segundo de más, pero por fin respondió:

—Hola, Juanita. Gracias. —Y se encaminó por donde ella señalaba.

El lugar se asemejaba mucho a lo que uno esperaría de un consultorio médico. Tras una especie de telón, había una camilla. Y frente a este, dos sillas que lucían muy cómodas. Olía a limpio y en las paredes no había ningún tipo de decoración, excepto por el título universitario de Juanita que la acreditaba como psicóloga, detalle que Ignacio no pasó por alto. Se sentó sin esperar que se lo indicara y observó a Juanita de arriba abajo sin que ella lo notara mientras se sentaba frente a él.

—¡Qué frío está haciendo hoy! —exclamó Juanita.

—Es raro, mientras esperaba sentí frío, pero ahora tengo mucho calor.

—Lo supuse. Pero se siente bien, ¿verdad?

—Mejor que nunca —aseguró Ignacio, que pensó en preguntar a qué se refería con eso de «lo supuse», pero se abstuvo. De alguna manera estaba seguro de que las respuestas llegarían en el momento indicado.

—Me alegra saberlo. Bueno, ahora sí cuénteme, Ignacio. ¿Qué lo trae por aquí?

Ignacio se detuvo un momento a pensar. Era una buena pregunta y él no tenía clara la respuesta. ¿Qué esperaba de esa

consulta? Sus dolores eran físicos y las pesadillas o alucinaciones que tenía, seguro, segurísimo, estaban en su imaginación. ¿Qué se suponía que le contaría a esta mujer? ¿Qué pretendía que ella hiciera? Pero recordó que Juanita era psicóloga y pensó que más valía aprovechar ese tiempo, al final pagaría dinero que seguro le haría falta a final de mes. Así las cosas, empezó a hablar y no se detuvo hasta que contó todo lo que lo afligía, con lujo de detalles.

Solo cuando que terminó su perorata, cayó en la cuenta de que, ni una sola vez, Juanita lo había interrumpido. Ni siquiera intervino con un «ajá», solo escuchó con atención mientras asentía con la cabeza de vez en cuando y tomaba apuntes. ¿Cuánto tiempo había pasado hablando?, ¿veinte minutos?, ¿cuarenta quizá? Era lo de menos, se sentía tan liviano que, solo por eso, el dinero que pagaría valdría la pena.

Juanita tomó aire y sonrió. Cuando notó que Ignacio no tenía nada más decir, por fin habló. Tenía un acento bogotano muy marcado y una voz suave, pero llena de fuerza, que proyectaba una absoluta convicción en lo que decía.

—Me parece raro que no me haya preguntado qué es lo hago, es lo que preguntan casi todos los que vienen a mí por primera vez, pero eso demuestra que necesitaba hablar, que era urgente que alguien lo escuchara.

—¿Y qué es lo que hace? —preguntó Ignacio, sorprendido por el hecho de que, en efecto, no hubiera hecho esa pregunta antes.

—A eso voy. Ya sabe que soy psicóloga, así que de eso no le voy a hablar. Yo tengo lo que se podría considerar un don. Desde pequeña me conecto con lo que algunos llaman ángeles guardianes. Son energías muy luminosas que nos acompañan a todos a todas partes. Procuran protegernos, pero no siempre pueden, hay cosas que nos corresponden por karma, o como quiera llamarlo, y ellos no pueden involucrarse.

Ignacio estuvo a punto de intervenir, pero Juanita le hizo un gesto con las manos para que la dejara hablar.

—Lo sé, usted dese hace años tiene un conflicto con todo esto de Dios y la religión, y cuando escucha palabras como “energía” o “ángeles”, le suena hasta chistoso, pero eso no quiere decir que no estén ahí y, al final, esas son solo palabras. —Ignacio alcanzó a sorprenderse, ¿cómo sabía Juanita eso que acababa de decir? Seguro lo había mencionado sin darse cuenta. Ella continuó—: Y

las palabras son solo la manera en que encerramos el significado de todo cuanto nos rodea, pero, en algunos casos, son insuficientes. ¿Me hago entender?

—Sí —dijo Ignacio. Y era verdad, entendía lo que le acababan de decir, pero no le quedaba claro hacia dónde se dirigía la conversación.

—Muy bien. Por ahora, necesito que deje de cuestionar de dónde saco la información. A veces ni yo misma lo sé. Solo me la cuentan, y que usted crea o no crea en Dios es irrelevante en este momento, ¿está claro?

Ignacio asintió.

—Me dicen que para poder avanzar…

—¿Le dicen?

—Sin cuestionar, Ignacio.

—Sí, perdón.

—Me dicen que debe liberarse de la culpa por la muerte de Luisa. Que es una verdad obvia, claro, pero que usted necesita que alguien se la diga. No fue usted quien la mató, y el único culpable es ese tipo… el exnovio.

—¿Dónde está ese tipo?, ¿lo sabe?

Juanita se tomó un tiempo mientras miraba por encima de Ignacio y asentía, como si estuviera escuchando a alguien. Tal vez fuera eso, en efecto, lo que estaba haciendo.

—Me dicen que esa información no se la pueden dar, que eso solo le traería problemas, pero que esté tranquilo, aunque no lo va a ver con sus propios ojos, y ni siquiera está en sus manos, el tipo tendrá el castigo que se merece.

—Qué conveniente —dijo Ignacio y de inmediato se lamentó por el tono irónico.

Juanita sonrió. No había una pizca de condescendencia en esa risa, parecía, de verdad, que la actitud de Ignacio le resultaba divertida.

—Ignacio, deje de hacerse tantas preguntas, solo escuche. Los dolores son, en parte, la forma en la que su cuerpo está manifestando toda esa culpa.

—¿En parte?

—Si, solo en parte. También tengo que contarle algo, pero no

es para que se asuste, es solo para que lo sepa y actuemos en consecuencia.

—La escucho —Ignacio sintió una ligera inquietud. Un dolor en su abdomen se hizo presente, pero, por ahora, era muy suave, nada de consideración.

—Hay algunos seres muy oscuros, de un plano inferior, que se le… pegaron, por decirlo de alguna manera. Esa clase de seres se llaman Yacientes. En este caso son dos o tres, no estoy segura, pero le están robando energía, se alimentan de su inseguridad, de su miedo y, en especial, de su culpa. Para este momento ya son bastante fuertes, tanto como para mover cosas en su apartamento, meterse en sus sueños e incluso materializarse. Pero aún estamos a tiempo de combatirlos.

—¿Cuándo me puedo empezar a asustar? —bromeó Ignacio, aunque ya estaba asustado.

Juanita sonrió de nuevo, parecía muy tranquila, como si se enfrentara a situaciones similares todos los días.

—Tranquilo, de verdad. Usted también tiene un don. No es algo que haya pedido y tal vez no es algo que quisiera tener, pero es lo que es. Su energía actúa como catalizadora y limpia el lugar en dónde está. ¿Sabe por qué tiene calor a pesar del frío que está haciendo?

—Ni idea.

—A este consultorio llegan varias personas todos los días y dejan aquí parte de su energía. Usted, incluso en este mismo instante, está limpiando el lugar.

—¿Es en serio?

—Como lo escucha, Ignacio. Pero volvamos a lo urgente y después trataremos lo importante. Esos seres de los que le hablé tienen tanto poder como usted quiera darles. Como le digo, se alimentan de usted.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Lo primero es que siga escribiendo ese libro que inició, me dicen que va por buen camino.

Ignacio no pudo evitar sonreír, desde el tímido inicio de novecientas palabras, había avanzado un montón y ahora rondaba las diez mil.

—Un momento… ¿cómo sabe del libro?, ¿lo mencioné en

algún momento?

—Vamos a trabajar en esa culpa que está sintiendo. Eso reducirá sus dolores. Necesito que todas las noches deje un vaso de agua en su mesa de noche y a la mañana siguiente la bote. Evite exponerse a estímulos fuertes antes de dormir, por lo menos durante unos días, usted es muy sensible a eso, recibe toda esa carga y después su inconsciente no sabe cómo deshacerse de ella. Nada de películas o libros de terror. Aunque lo mejor es que no vea o lea nada por lo menos una hora antes de dormirse, pero, en caso de que lo haga, vea una comedia ligera, nada que le cause sobresaltos. ¿Me sigue hasta aquí?

—Por ahora, todo facilísimo.

Juanita soltó una pequeña carcajada.

—No, Ignacio, esto no será fácil. Cada noche va a meditar durante diez minutos… lo sé, antes de que me lo diga, usted considera la meditación pura basura *hippie*, pero necesito que me siga la corriente. No es una meditación complicada. Solo respirará profundo y se imaginará a sí mismo dentro de una burbuja transparente, desde la que usted puede ver el mundo exterior, pero de un material indestructible que lo protege de todo y de todos. Si durante la noche se siente asustado, si ve o escucha cualquier cosa rara en su habitación, imagínese en esa misma burbuja.

—Sigue sonando sencillo, la verdad.

—Yo voy a trabajar con usted, con lo que algunos llamarían su alma. Pero las almas son celosas, no les gusta que se metan en sus asuntos, así que habrá cierta resistencia. Es posible que esto le cause molestias de estómago, como la que empieza a sentir ahora.

Ahora, sorprendido, fue Ignacio el que sonrió.

—Llevo tanto tiempo adolorido, que una diarrea no me preocupa.

—Claro, es lógico, pero también quiero decirle que el que usted haya venido aquí los puso sobre aviso, ellos ya saben que piensa contraatacar, que los quiere eliminar de su vida y por eso los ataques serán peores.

—¿Los puse sobre aviso?, ¿a quiénes?

—A los Yacientes.

—Ahora estoy oficialmente asustado.

—No será nada que usted no pueda controlar. Igual nos veremos dentro de una semana, pero si me necesita, no dude en llamarme, a la hora que sea. ¿Estamos?

—Estamos. Y ahora que habla de llamarla, tengo que preguntarle algo, tal vez sea una estupidez.

—Fresco, pregunte lo que quiera.

—Son dos preguntas. La primera es cómo carajos una persona como usted, es amiga de alguien como Elkin Rodríguez.

—¿Amiga de quién? —preguntó Juanita.

—Estatura media, pelo pintado, cara de idiota…

—Ya sé de quién habla. No, ese… señor, no es amigo mío. Coincidimos alguna vez en un programa de radio y cuando salimos de allá, me estaba echando los perros. —Juanita blanqueó los ojos—. Durante el programa di mi número de contacto y el tipo me llamó después y hasta pagó consulta. No sé qué pretendía, pero ese día le dije unas cuantas verdades y nunca más supe de él. Creo que salió de aquí medio asustado.

Ignacio sintió un grato alivio de saber que no eran amigos. Eso le daba aún más credibilidad.

—Pues me alegra saberlo. Por otro lado, no sé por qué, pero su número telefónico me llama mucho la atención. ¿A qué se debe?

—Pues ahí sí me corchó, mi número es como el de cualquiera.

—Sí, yo sé… pero es raro, incluso me lo aprendí de memoria.

—¡No le creo! —exclamó Juanita, sorprendida—. A ver, ¿cuál es?

—1019321550.

—Ni siquiera estuvo cerca.

—¿Qué? Se lo repito: 1019321550

—No, Ignacio, ese no es mi número… eso ni siquiera suena a un número telefónico, por lo menos no en Colombia. —Juanita parecía divertirse con la situación.

Ignacio sacó su celular del bolsillo, buscó el contacto y constató: Juanita Fuerte. 1019321550.

—¿No es este su número? —preguntó y le mostró la pantalla del celular.

—Le juro que no es, es más, le voy a marcar para que lo

anote.

Ignacio miró el teléfono, atónito, y por fin fue consciente: ese no podía ser un número telefónico.

Juanita marcó y en la pantalla de Ignacio apareció un número del todo distinto.

—¿Y entonces cómo hice para llamarla? —Ignacio aumentó el tono de su voz sin darse cuenta.

—No sé, Ignacio, cálmese. Estos aparatos a veces enloquecen, es un error del celular y ya, no le ponga tanta tiza al asunto.

Pero Ignacio estaba seguro de que ese era el número que Rodríguez le había dado. Buscó en sus bolsillos, pero, como esperaba, el papel no se encontraba ahí.

—Esto es muy raro —dijo.

—No tanto. Más bien anote mi número por si me necesita. Nos vemos en una semana a la misma hora.

Ignacio, confundido, sacó la billetera para pagar, pero Juanita lo detuvo con un gesto.

—Fresco, no es un buen momento para usted, guarde ese dinero.

Ignacio farfulló un agradecimiento avergonzado y salió del consultorio.

En cuanto estuvo afuera, le marcó a Rodríguez. El tipo contestó de mala gana.

—¿Y ahora qué quiere, Vargas?

—Hola, Elkin —Ignacio procuró sonar amable—. Hombre, es que se me perdió el papel que me dio con el número de la tal Juanita, ¿me lo puede pasar de nuevo, por favor?

—Ya se lo mando por WhatsApp —contestó Rodríguez y colgó sin despedirse.

Ignacio esperó impaciente a que le llegara el mensaje, que demoró unos larguísimos dos minutos. Cuando recibió la notificación, se apresuró a leer y sintió que el mundo se le venía encima: el número correspondía al que acababa de darle Juanita.

¿Pero qué putas está pasando?, pensó y caminó a toda velocidad hasta Transmilenio, pero al llegar a la Autopista Norte, se decidió por un taxi. Necesitaba llegar a su apartamento cuanto antes, de repente se sentía enfermo, entrar a un baño sería más

que urgente en pocos minutos.

ALTA TENSIÓN II

J.

—Fue una noche extraña. Al acostarme sobre esas cajas, fui, de repente, consciente de mi mortalidad, y admito que me causó bastante ansiedad. Esto de saber que te puedes morir en cualquier momento es una carga con la que ustedes deben lidiar todo el tiempo. Vivir el presente, como pregonan con tanta seguridad en libros de autoayuda, es casi imposible. Esta mente humana no para de cuestionar e imaginar, de crear futuros posibles basados en pequeños o grandes cambios de un pasado que no se puede controlar; me tomó varios días acallarla para concentrarme en lo que de verdad importa.

»Dormí muy poco y cuando lo hice, soñé con mi Padre/Madre y su risa avasallante. Despertaba de repente con la esperanza de que ya hubiera amanecido, hasta que, en una de esas, resultó que sí, ya era de día. Escuché ruido afuera de la habitación. La casa de David tiene dos espacios: uno muy pequeño en el que está la cama, una tabla con unos ladrillos que hace las veces de mesa de noche, y una mesa muy vieja, de madera carcomida por el tiempo y que parece que se desmoronará en cualquier momento; en esa mesa hay un televisor de catorce pulgadas conectado de alguna manera a un poste de luz. Apenas quedaba espacio para las cajas en las que dormí. El otro lugar, un poco más grande, hace las veces sala-comedor-cocina y, mal escondido tras unas latas, un inodoro que sinceramente no sé cómo se las arreglaron para instalar.

»En la estufa había una olleta al fuego, y sobre la mesa había tres panes. Al verme, David sonrió y me pidió que me sentara. Yo obedecí y percibí el aroma de algo que no logré identificar, pero olía delicioso.

»*¿Qué está preparando?*, pregunté.

»*Hoy el desayuno es especial porque tenemos invitados, ¿sí o qué, Mariela?*

»Solo hasta ese momento noté la presencia de Mariela. Estaba ahí, frente a mí, sentada a la mesa. Ella se limitó a asentir.

»*Jesús, este chocolate que yo hago es una ricura, va a ver*, dijo David.

»Por el olor, cada vez más intenso, le creí.

»*¿Por qué tan callada, Mariela?*, pregunté, pero ella no contestó, ni siquiera pareció haberme escuchado.

»*Tranquilo, Jesús, se pone así de vez en cuando*, aseguró David.

»Ella mantenía la mirada fija en algún lugar detrás de mí. Yo no pude evitar mirar en esa dirección, aunque sentí que estaba siendo invasivo, que lo que sea que hubiera ahí detrás no era de mi incumbencia. Sea como sea, en cuanto lo vi, entendí, y no pregunté nada más al respecto.

—¿Y qué era?

—¿Qué cosa?

—Lo que había detrás de usted, Jesús.

—Lo sabrá en su momento, solo tenga paciencia, ¿está bien?

»David sirvió tres tazas de chocolate hecho en agua que me supo delicioso. Tomó un trozo de queso que estaba envuelto en papel aluminio y lo partió en tres. *Tomad y bebed todos de él*, bromeó. Yo, lo admito, tardé un instante en entender el chiste, pero me reí, al igual que Mariela, quien, de un momento a otro, volvió su atención a nosotros, como si nada. Miré hacia atrás y, en efecto, ya no estaba. Y antes de que me pregunte qué era lo que ya no estaba, le repito: lo sabrá en su momento.

»¿En qué iba? Ah, sí, el chocolate. David y yo nos comimos apresurados ese desayuno. Mariela se disculpó, dijo que no tenía hambre y que comería después.

»*Tranquilo, Jesús, se pone así de vez en cuando*, repitió David.

»Estuve a punto de decirle que Mariela no tenía por qué disculparse por el simple hecho de no tener hambre, pero, dadas las circunstancias, hubiera resultado inútil. Es tarde para ellos dos, esa relación acabó mucho antes de que yo llegara a esa casa.

»Mientras David lavaba la loza, noté que seguía con hambre y se lo hice saber. Él se ruborizó y me dijo, casi sin mirarme a los ojos, que no había más comida, que tendría que salir a trabajar para hacer lo del día. Yo me recriminé por mi falta de empatía, llevaba menos de veinticuatro horas como ser humano y ya se me

estaban pegando ciertos vicios.

»*No, David, usted no va a tener que vender dulces nunca más. Lo que necesito es que me ayude a averiguar qué vine a hacer en la Tierra. Mientras tanto, Dios proveerá*.

—¿O sea que es verdad?

—¿Qué cosa?

—Eso de que Dios provee.

—Lo es en mi caso, en el de ustedes, no, la verdad no tanto.

»A David se le iluminaron los ojos.

»*¿Escuchó, Mariela?, se nos acabó esta comedera de mierda*. Mariela me miró con una expresión neutra que no pude descifrar, hasta que entendí que, en realidad, estaba mirando detrás de mí una vez más. A ella le importaba muy poco que se les acabara la comedera de mierda.

D.

—Esa mañana, Mariela estaba muy rara, pero yo ya la conozco y la dejé tranquila, problema de ella. Me di cuenta de que no iba a cocinar, ahora rara vez lo hace, y me puse yo a hacer el chocolate, pero antes salí y compré tres panes con las monedas que me quedaban, había que atender bien a la visita. Tenía un pedacito de queso desde hacía días y con eso completé el desayuno.

»A Jesús le gustó mucho, o eso me dijo, y debe ser verdad. Mentir es pecado. Y la boba de Mariela no quiso comer, eso me pasa por pendejo, me hubiera ahorrado los doscientos pesos del pan de ella. Cuando terminé mi comida me le iba a comer el queso, pero me dio pena con Jesús. Y entonces este señor me suelta tremenda bomba, me sale con que no tengo que volver a trabajar. Jueputa, casi me cago de la alegría. ¿Puedo decir groserías, cierto? Bueno, usted corta eso.

»Lo mejor fue lo que pasó después. Espere le cuento. Después de que me dijo que lo que tenía que hacer era ayudarle a recordar para qué fue que vino, le dije que de una. Entonces Jesús me dijo que lo primero era conseguir ropa para él porque no podía andar por ahí vestido así.

»*Bueno*, le dije a Jesús, *podemos pedirle ropa prestada al Rómulo, el vecino, es más o menos de su estatura, aunque gordito,*

pero nada que no se pueda arreglar con un cinturón, ¿cierto, Mariela?

»Ella estaba mirando algo en una pared. Ahí no había nada, pero no pregunté, yo estaba feliz y no quería que las bobadas de Mariela se me tiraran el genio.

»*Eso nos servirá por ahora*, dijo Jesús, *pero después tenemos que comprar ropa… y buscar otro lugar para vivir*.

»No le voy a decir mentiras, me alcancé a sentir un poquito ofendido, esa casa la construí con el sudor de mi frente y sí, pasaron cosas muy jodidas, pero también tuve momentos muy felices. Solo que cuando miré a los ojos a Jesús, supe que el tipo no lo había dicho para ofender, solo que si podíamos vivir mejor, ¿por qué no? Mi mamá siempre decía que una bendición no recibida, se convierte en maldición. Que en paz descanse la viejita.

»*Usted dirá, Chuchito*, le dije, y de una me di cuenta de que la había cagado. ¿Cómo le voy decir Chuchito?, ni que fuera uno de mis amigos del barrio con los que a veces me tomo un chamber. Pero Jesús sonrió.

»*Dejémoslo en Jesús, ¿sí?*

»Yo me hice el güevón, aunque sí me achanté. De verdad que mucha güeva. Mi mamá siempre decía que uno tiene que pensar bien antes de hablar, pero a mí eso no se me da muy bien. La cuestión es que le pregunté entonces qué íbamos a hacer, porque todas esas cosas costaban. Él primero hizo cara de no entender, de verdad fue como si no supiera de qué estaba hablando, pero de repente se le despejó la cara y me señaló la mesa. *¿Con eso es suficiente?*, preguntó. Yo miré y ahí, al lado del salero, había un montón de billetes.

—¿Billetes?, ¿de dónde salieron?

—No sé, estaban en la mesa y ya.

—¿Aparecieron así, de la nada?

—Usted como que no ha entendido que ese *man* es Jesús. ¡Jesús el de la Biblia!

»Yo me quedé quieto, ¿sí me entiende? ¡Era una luca grande! Y no sé si sería por los billetes, pero Mariela por fin se dignó a hablar: *Rómulo debe estar trabajando en el centro, esos boleros tienen que estar frente a las oficinas desde temprano, pero de pronto está la Aracely*.

»*El problema*, le dije, *es que la tal Aracely me odia, no sé por qué*. Mariela contestó: *Usted pásele uno de esos billetes y esa vieja le alquila lo que necesite*.

Les pedí que me esperaran y me fui para donde Aracely. Cuando salí, ahora que recuerdo, Mariela me dijo algo, pero yo, la verdad, no le entendí y me dio pereza devolverme a preguntar.

M.

—No, yo no duermo. Por eso estaba en la mesa cuando Jesús se despertó, me había levantado de la cama hacía rato, al idiota de David a veces se le olvida que no está durmiendo solo y termina ocupando toda la cama.

—¿Cómo así que no duerme?

—¿Cómo así que cómo así?

—¿Desde hace cuánto sufre de insomnio?

—¿Insomnio? A los pobres no nos dan esas cosas tan elegantes.

—Señora Mariela, lo que usted tiene es insomnio. E igual algo tiene que dormir, vivir sin dormir es imposible.

—Yo no duermo, ¿por qué no me cree? A mí no me gusta decir mentiras.

—Ok, no he dicho nada… ¿usted sí me va a contar qué era lo que estaba mirando en la pared?

—¿Fue que Jesús no le dijo nada?

—No, me salió con que me enteraré en el momento indicado. Usted ya sabe cómo es él.

—Me va a disculpar, pero si Jesús dijo eso, yo no le puedo contar nada.

»Ese día, Jesús se veía mejor que nunca. Supongo que el descanso y la luz, no sé, pero ¡ay, Dios mío! Me quedé mirándolo mientras se tomaba ese chocolate inmundo que hace David y el queso viejo que tenía ahí guardado hacía rato. Yo le iba a decir que no le diera eso, que qué pena, pero ese bobo a mí no me hace caso, y tampoco es que hubiera más.

»Y entonces aparecieron los billetes. En la mesa, de un momento a otro. Yo nunca había visto tanta plata. A David casi se le salen los ojos, porque para ambicioso va solo. Nunca he

entendido de dónde salió tan soñador, si toda la vida ha tenido que comer mierda, pero es que mierda por arrobas le digo. ¿Cómo alguien así aprende a soñar? Ni idea. Yo sí nunca he aspirado a más de lo que tengo. Si uno nace pobre, es casi seguro que se muere pobre. Una profesora que tuve en séptimo me lo dijo. Sí, aquí donde me ve terminé el bachillerato y hasta pasé a la Universidad Nacional, pero conocí a David y… bueno, él dice que una mujer pertenece a su casa y yo le hice caso. Pero como le decía, la profe nos contó en una clase que el sistema está diseñado así: los pobres cada vez más pobres y los ricos cada vez más ricos; y obvio, a los ricos no les interesa que nadie cambie las cosas. Por eso no nos quieren educados, ni que leamos libros ni veamos películas ni nada de eso; lo que necesitan es obreros y obreras, nada más, gente que no piense y haga lo que tiene que hacer para que las cosas sigan cómo están, sin aspirar a nada más. A mí me gustaba leer, le cuento. David nunca lo supo, pero a veces me pegaba mis escapadas hasta la biblioteca del barrio y leía un ratico, solo que ahora me da mucho miedo salir de la casa, ¿qué tal no recuerde el camino de vuelta?

—Sería muy raro que no encontrara el camino a su casa, ¿no cree?

—Sí, pero cosas más raras pasan todos los días. ¿De qué le estaba hablando? ¡Ya me acordé! Yo no tenía ganas de comer y cuando vi esa plata, menos. Me asustó un poco. Eso fue un milagro. ¿Será que aparecieron de repente, como en *El Chavo*, o fue algo más espectacular como en las películas gringas? Yo sé, vale güevo. A veces pienso muchas bobadas, perdón.

»David se fue a pedir prestada una ropa donde Aracely y yo le pedí que le mandara saludos, que le dijera que la quiero mucho y la recuerdo, que seguro nos encontraremos de nuevo algún día, pero yo creo que el pendejo no me escuchó, o no me quiso escuchar. Hace tanto que no salgo de la casa que ya ni siquiera recuerdo bien la cara de mis amigas.

»David volvió un ratico después con un jean viejo, un buzo de lana y unos tenis que se notaba que les habían dado mucho palo, pero por lo menos estaban limpios, y cuando Jesús se los puso ya no se vio tan ridículo. La ropa le quedaba grande, eso sí, pero eso era mejor que esa ropa ajustada toda chistosa.

»Salieron a los diez minutos. David se guardó la plata en un

bolsillo, se le notaba que no cabía de la felicidad. Bien por él, era lo que siempre había querido: plata. Siempre lo escuché hablando de tener para comprar un montón de cosas.

»Pero todo esto para contarle que antes de irse, Jesús se me acercó, me dio un beso en la mejilla y me tomó de la mano. David es un celoso de miedo, pero o estaba muy pendiente del dinero o pensaba que no podía sentir celos de Jesús, porque no dijo nada. Jesús me miró muy de cerca y me dijo esto: *Pronto, muy pronto todo estará bien, te lo prometo*. Luego se fue detrás de David.

»No se lo voy a negar, fue un momento muy bonito. Por primera vez en la vida sentí que sí, que todo estaría bien. No me había sentido tan feliz, ni siquiera cuando me enteré de que había pasado a la Nacional.

J.

—La luz del día desnudó lo que en la noche para mí no lucía tan grave. En efecto, era un barrio muy pobre. Casas hechas con latas y familias numerosas. En comparación, la casa de David y Mariela no estaba tan mal. Los humanos se dejaron convencer de que ser pobre es algo romántico, pero no, Dios no los quiere pobres o pasando dificultades. Ustedes están aquí para aprender, no para sufrir. Hace poco me contaron sobre unos niños campesinos que modelaron una caja de cartón para que pareciera un computador y ahí juegan a que reciben las clases de manera virtual. Una periodista les hizo un reportaje y pretendió mostrar todo como algo bello, digno de admirar, cuando en realidad estos niños deberían tener un computador de verdad y acceso a Internet. ¡Qué manera de romantizar la miseria! Le lavaron el cerebro a la mayoría.

»La gente me miraba fijo, algunos, incluso, parecía que me tenían miedo. En el camino hacia abajo, para llegar a la avenida donde tomaríamos algún tipo de transporte, pasamos frente a la casa de Aracely. La señora se quedó mirándome, sorprendida y, de repente, sonrió, sugerente. Le pregunté a David si le había contado que yo soy Jesús. *No*, aseguró, *es que esa Aracely es toda coqueta, la viera*. Solté un gracias para Aracely mientras señalaba la ropa que tenía puesta. Ella me gritó *cuando quiera* y sonrió de nuevo.

»Una vez en la avenida, David quiso que tomáramos un taxi, pero yo preferí caminar. Quería sentir el aire en mi cara y observar el entorno.

»Al principio sentí algo de mareo. Había mucho ruido, texturas, olores de toda clase, imágenes variopintas. Cada sensación peleando por tener preponderancia. Aunque domar este cuerpo humano no es tarea fácil, pronto logré calmarme… Siento que tiene una pregunta, ¿no es verdad?

—Sí… bueno, es que…

—Ya sé qué me va a preguntar.

—¿Puede leer los pensamientos?

—No, claro que no. Solo soy… intuitivo. Para contestar su pregunta, eran seis millones de pesos. Esa fue la cantidad que apareció en la mesa.

—Es bastante dinero… ¿puedo preguntar cómo lo hace?

—Claro, espero hacerme entender. Todo cuanto existe es energía y la energía nunca se extingue, lo que hace es transformarse. Pues bien, ese dinero no apareció de la nada, fue una energía transformada. Es decir, para que aparecieran esos billetes, algo tuvo que desaparecer. David no lo notó, pero lo que hice fue tomar unas cuantas de las latas que formaban su casa, desintegrarlas, transformarlas y reintegrarlas convertidas en billetes. Ni siquiera tenía claro cuánto dinero aparecería.

—Eso es imposible.

—Y aun así eso fue lo que hice, no tengo razones para mentir. El punto es que todo cuanto se materializa está compuesto por energía y esa energía tiene que salir de alguna parte. Siempre hay un principio creador.

—¿Dios?

—Tomando en cuenta los límites que imponen las palabras, es una buena manera de definir a Dios: Principio Creador.

»A lo largo de esa avenida, nos cruzamos con un montón de personas de todos los tamaños, edades, colores de piel; cada una con algo fascinante, pero la gran mayoría sin ser consciente de eso que los hace increíbles. No se confunda, no es que todos sean especiales, si todos fueran especiales nadie lo sería, pero sí hay algo en cada quién que lo hace un ser maravilloso, incluso en esas personas que se esfuerzan por esconder su luz.

»Un niño con la ropa sucia se me acercó y me ofreció unas bolsas de basura. Yo las tomé en mis manos, las guardé bajo mi enorme buzo de lana, las desparecí y las convertí en billetes que le entregué al niño. El dinero no es importante… cuando lo tienes. Cuando no lo tienes es todo. Su expresión hizo que mi día valiera la pena. En especial porque algo me dijo que la mamá repudiaba el hecho de que su hijo trabajara, pero no tenía otra opción.

»*¿Cuántos hermanos tienes?*, le pregunté al niño, que miraba los billetes con incredulidad.

»*Cinco*, respondió.

»Era una mujer respondiendo sola por seis niños, el padre se había ido detrás de una mujer más joven y, según él, más bonita. Fue una certeza que me atacó de repente.

»*¿Y tu papá?*, pregunté.

»*¿Quién?*, respondió.

»*Tu papá*, insistí.

»El niño por fin me miró a los ojos.

»*Ese viejo hijueputa se fue y no lo volvimos a ver, ¿los billetes son de verdad?*

»Solté una carcajada ante sus palabras sinceras, le aseguré que los billetes no eran falsos y le deseé una buena vida. Me hubiera gustado saber un poco más sobre su futuro, pero, aunque lo intenté, no me fue posible. Apenas empezaba a afinar ese don.

—¿Puede ver mi futuro en este momento?

—Es más complicado que eso, el Futuro no es más que una maraña de posibilidades. Lo que puedo vislumbrar es, según la persona y su forma de ser y reaccionar, cuál de esas posibilidades se dará con más facilidad en este plano. Pero usted no está aquí para que le lea el futuro… ¿o sí?

—No, no estoy aquí para eso.

D.

—Yo paré un taxi y me alcancé a subir, cuando me di cuenta de que Jesús estaba caminando hacia el norte. Lo llamé, pero el *man* siguió caminando como si nada. Me bajé del taxi y lo alcancé, y lo vi tan feliz mirando todo que preferí dejarlo quieto.

Ahí caí en la cuenta de que este tipo no tenía tapabocas, pero es Jesús, no me lo imagino enfermo. Dejé así, si algún tombo nos jodía, igual ahí tenía plata para tranzarlo.

»Jesús estuvo varias cuadras ayudando a todo el que se lo pedía. En un momento me di cuenta de que lo buscaban específicamente a él y supuse que se había regado la bola. Yo llevaba como seis palos en el bolsillo y me paniquié. Se lo dije a Jesús y él, para mi sorpresa, entendió y se concentró en el camino. Llegamos a una tienda de ropa, Jesús se compró tres pantalones, tres camisas y me pidió que pagara. Yo completé con un buzo de capota y un par de camisas para mí. Hice lo que pude por disimular que tenía un fajo de billetes a la hora de pagar.

»Nos fuimos a conseguir unos tenis y en el camino este *man* volvió con su obsesión por ayudar a todos, ¡qué vaina tan jodida! Casi me toca arrastrarlo hasta un centro comercial que quedaba cerca. Allá compramos unos tenis para mí y un par de zapatos lo más de gomelos para él. El *man* tiene su *flow*, eso sí.

»Cuando ya íbamos otra vez para la casa, Jesús me preguntó si no le había comprado nada a Mariela. Le contesté que a ella para qué, me miró todo serio y siguió caminando sin decir nada. Pero es que en serio hubiera sido un gasto de plata muy pendejo. Mariela no necesita nada.

M.

—Se demoraron como dos horas. Llegaron con varias bolsas llenas de ropa y una pizza. ¿Sabe hace cuánto no comía pizza? La vi y se me hizo agua la boca. David me dijo algo sobre que no me había llevado nada de ropa, pero yo estaba concentrada en esa pizza. Apenas la pusieron sobre la mesa, la destapé y empecé a comer. Jesús me miraba y reía, y David me dijo que nadie me iba a quitar, que tranquila, pero a mí no me importó, me comí tres porciones a la velocidad que se me dio la gana. Y si les parecía muy paila, de malas.

»Luego llegó el momento de que Jesús se pusiera su nueva ropa. Se quitó la ropa ahí, delante de nosotros y yo… ¿cómo le digo?, como que no lo podía creer. Ese es mucho montón de hombre, qué cosa más deliciosa, si me perdona la expresión. Ojalá lo hubiera conocido de soltera. Eso cada musculito lo tiene marcado el tipo este… y ni hablar de esa piel… ¡perfecta! De

verdad se pasa, pero en fin, me estoy distrayendo… perdón.

»David también se compró un par de camisas, y para qué, pero le quedaban bonitas.

—¿Y no le molestó que no le compraran nada?

—¿A mí?, ¿para qué? No necesito nada.

»Después, Jesús nos pidió que miráramos televisión. Yo le advertí que a esa hora solo daban noticieros y que después ponían unas novelas turcas que seguro no le iban a gustar. Pero Jesús insistió, dijo que presentía que ver televisión le abriría los ojos, le iba a dar luces sobre lo que se suponía que tenía que hacer en la Tierra.

—¿Y se las dio?

—Lo supo todo como a los veinte minutos. Fue de una. Todo gracias a una noticia sobre un cura que abusó de varios niños. Yo por eso no veo noticieros, me enferman.

FRONTERAS II

Durante unos escasos minutos se entregó a la autocompasión y la rabia. Estaba seguro de que los demás pasajeros de ese bus lo miraban como un bicho raro a causa de la mancha en sus pantalones y el agrio olor de los orines, pero en cuanto el bus arrancó, cayó en la cuenta de que, al llegar a Oicatá, lo más probable era que el tío Claudio contara lo sucedido, por supuesto, suavizado para no meterse en problemas, y dejaría claro que, para tranquilidad de sus padres, no volvería a trabajar con él. Pero Arturo necesitaba continuar y ahora no se trataba solo de dinero, ahora necesitaba aclarar sus dudas. Por más que el tío Claudio asegurara que Octavio no lo había llamado por su nombre, ese nombre oculto que llegaba a avergonzarlo, Arturo estaba seguro de haber escuchado con total claridad sus palabras y, en especial, estaba seguro de haber visto las profundidades del infierno dentro de esos ojos.

Lo serás, Rogelio, lo serás, recordó

¿A qué se refería con eso?, ¿era alguna especie de amenaza? Estaba casi seguro de que jamás volvería a encontrarse con Octavio y la señora Lozada, a menos de que fuera por una simple casualidad, eran pueblos pequeños y muy cercanos entre sí. Pero también estaba seguro de que esas palabras no habían provenido de Octavio.

Durante los veinte minutos de trayecto, se dedicó a convencer a su tío de que no lo despidiera, y por fin, antes de bajarse del vehículo, él accedió a que siguieran trabajando juntos; así, cuando los padres de Arturo preguntaron cómo les había ido, los dos se apresuraron a asegurar que había sido muy sencillo, muy rápido. Dinero fácil, en otras palabras.

Los siguientes exorcismos fueron una mala broma en muchos sentidos. En todos los sentidos, en realidad. Un montón de personas ávidas de respuestas que no encontraban en ninguna otra parte sino en las mentiras del tío Claudio, que las decía sin

inmutarse, casi como si se las creyera, y Arturo a veces pensaba que sí, que su tío se creía la sarta de pendejadas que le soltaba a los supuestos poseídos. Pero las mentiras equivalían a dinero, abundante y siempre a tiempo. Claudio era estricto y muy cumplido con los pagos que debía hacerle a Arturo.

El prestigio del supuesto exorcista se vio magnificado por la presencia del niño. A todo el mundo le causaba curiosidad y, hasta cierto punto, admiración, que alguien tan joven se enfrentara al demonio de forma tan valiente. Los trabajos se hicieron más frecuentes y se extendieron más allá de las fronteras de Boyacá. Junto a Claudio, Arturo viajó a los Llanos Orientales, al Valle del Cauca y a Nariño. Así, durante meses, se dedicó a asistir a su tío teniendo todo listo, acompañándolo en las oraciones, organizando la agenda y haciéndole compañía.

El dinero siguió fluyendo sin problemas durante casi un año, hasta que, por fin, Arturo tuvo que enfrentarse de nuevo al demonio, ahora en la forma de una niña de cinco años en un lugar del norte de Bogotá.

Arturo nunca preguntó, pero supuso desde el inicio que su tío había cobrado muchísimo dinero en esa ocasión, ya que, de la nada, decidió pagarle el triple por ese exorcismo. La emoción del viaje era enorme gracias a la cantidad de dinero que ganaría, pero se magnificó por ser la primera vez que Arturo visitaba la capital.

La casa, casi una mansión, estaba ubicada sobre la avenida Suba, en una zona llamada Altos de Sotileza, y se asemejaba más a una casa quinta que a una vivienda común y corriente ubicada dentro de una ciudad. Verla desde la avenida era como ver un paisaje ajeno, algo que no pertenecía. Estaba rodeada por otras casas también hermosas y lujosas, pero esta destacaba, parecía hecha con el solo propósito de opacar todo lo que se encontrara cerca.

Los dos observaron la casa con un asombro que no se esforzaron en disimular. Y entonces, de repente, el tío Claudio soltó una carcajada.

—No puedo creerlo —dijo—. ¡Antes les cobré fue poquito a estos ricachones!

Arturo ni siquiera fue capaz de pronunciar palabra. Se quedó

observando aquella enormidad y sintiéndose dentro de un sueño. *¿Cuánta gente vive en esta casa?* Era tan grande que no parecía real.

Después de un minuto en compañía de un guardia de seguridad que los escoltó desde la entrada del conjunto, abrieron la puerta y de inmediato escucharon un grito que provino de la casa y sacó a Arturo de su estupor. Ese grito parecía estar compuesto por millones de abejas y llegó a ellos no solo a través de los oídos, sino de la piel, como si se tratara de una miríada de diminutos dientes que rasgaran todo a su paso.

—Buena suerte —dijo el guardia de seguridad, y parecía que hablaba muy en serio.

El hombre le dirigió la mirada a la mujer que esperaba en la entrada, le dedicó una pequeña reverencia y se alejó. A Arturo le pareció que se movía muy rápido, como si tuviera prisa por alejarse, pero al mismo tiempo tuviera que esforzarse por actuar con naturalidad.

—¿Doña Esperanza Soler? —preguntó Claudio.

Era una mujer hermosa, de piel canela y con el pelo rubio. Sus manos eran largas y estilizadas, perfectas para su cuerpo delgado. Miraba muy fijo, como si de alguna manera midiera a su interlocutor; parecía ubicarse por encima del resto del mundo. Vestía con una camisa sencilla de color lila y un pantalón ajustado. De sus lóbulos colgaban dos candongas de oro, y en su cuello, una gargantilla hecha con el mismo metal. Toda ella rebosaba una sobrecogedora tranquilidad, y en su rostro, de facciones delicadas, no se vislumbraba una sola arruga.

—No —respondió—. Mi nombre es Andreína. Esperanza es mi hermana. Sigan, por favor. —La mujer hablaba con parsimonia, como si nunca en su vida hubiera estado de afán, con el aire de una persona que jamás había tenido que esperar a nada ni a nadie.

Arturo esperó a que su tío entrara a la casa, tal y como se los habían pedido, pero él, tal vez igual de intimidado que su sobrino, no se movió. Entonces sonó otro grito, y esta vez se prolongó durante varios segundos hasta convertirse en algo muy parecido a un aullido.

Andreína dio apenas un respingo, pero no pareció alterarse demasiado.

—Sigan, por favor —insistió—. Hace frío afuera.

Claudio esta vez no lo dudó y Arturo, aunque sobrecogido, lo siguió.

De inmediato percibió un fuerte hedor que, en un primer momento no logró identificar, pero lastimaba el olfato.

—Les ofrezco disculpas, no hemos logrado eliminar ese olor. No saben cuánto dinero hemos invertido, pero ninguna empresa especializada ha dado con la solución. La verdad es que estoy convencida de que tiene que ver con lo que le sucede a mi sobrina, pero Esperanza está empecinada en que no, que tiene que ser otra cosa, un animal muerto o algo por el estilo.

Mierda, aquí huele a mierda, pensó Arturo.

—No se preocupe, doña Andreína… —empezó a decir Claudio.

—Andreína, por favor. Eso de "doña" dejémoslo para mi hermana que es a la que le encantan esos formalismos.

—Andreína, claro que sí. No se preocupe, tenemos claro lo que vamos a enfrentar y hemos sentido peores olores.

Pero la verdad era que no, Arturo lo tenía claro y sabía que su tío también. Por supuesto que habían percibido olores desagradables en las decenas de liberaciones realizadas, pero nunca algo como eso. Aquel olor estaba tan presente en ese lugar como ellos tres. Arturo no podía evitar mirar al suelo a cada paso, convencido de que pisaría excremento en cualquier momento.

—¿Quieren algo de tomar?, ¿un tinto, una aromática…? ¿Té helado, gaseosa? —preguntó Andreína.

—No, doña… digo, Andreína, no se preocupe —contestó Claudio.

—Insisto —dijo ella.

Sin más opción, se dirigieron a la cocina, un espacio gigante dominado por un gran mesón central. Arturo solo había visto algo parecido en películas.

Andreína no preguntó nada. Les sirvió un café y un vaso de Coca-Cola, siempre procurando sonreír y con movimientos que parecían calculados. Mientras bebían, se sumergieron en un incómodo silencio que solo fue roto cuando Claudio preguntó algo que también estaba en la mente de Arturo.

—Perdón si soy imprudente, Andreína, pero en una casa como

esta lo normal es que haya alguien que abra la puerta, atienda a los invitados y limpie; es más, en un lugar tan grande, uno esperaría incluso que sea más de una persona. ¿Dónde están los empleados?

—Se fueron —contestó Andreína—. No soportaron. Y no es para menos. Yo estoy aquí por amor a mi sobrina y mi hermana, pero ni siquiera Diego se quedó, ¡y es el papá de Eva!

Fue la primera vez que Andreína se permitió a sí misma salirse del molde de mujer perfecta ante ellos. Luego volvió a su postura, pero ya no sonreía.

—Mire, Claudio, y tú también escucha con atención. —Miró a Arturo con gravedad—. Ustedes tienen cierta fama, y no dudo que en un par de ocasiones hayan ayudado a gente con problemas reales, pero no nos digamos mentiras, este cuento de las posesiones demoníacas casi siempre es mentira. Gente que vio *El Exorcista* o alguna cosa por el estilo y quiere llamar la atención. Sí, a mí también me gustó esa película, pero no por eso voy a salir a decir que cada vez que me siento rara es que estoy poseída por el demonio.

Arturo no había visto *El Exorcista*, pensó que sería lo primero que haría en cuanto volviera a Oicatá. Extrañó como nunca su casa con olor a leña, el silencio del campo roto por los mugidos de las vacas y la sonrisa amorosa de su mamá y sus hermanas.

—Andreína, no sé qué está insinuando, pero…

—No estoy insinuando nada —Andreína interrumpió a Claudio—. Solo quiero advertirles antes de que suban y se encuentren con Eva: estoy segura, segurísima, de que jamás se han enfrentado a algo como esto. Tres sacerdotes la han visto, los tres coinciden en que está poseída, y solo uno se tomó el trabajo de realizar todos los trámites para conseguir el permiso del Vaticano para hacer el exorcismo. Y adivinen qué… el tipo falleció. Un día cualquiera amaneció muerto, un infarto fulminante, dijeron, pero no estoy tan segura de eso. Yo ni siquiera creía en Dios hasta que empecé a ver los cambios en mi sobrina. Su cara está… —Pareció quedarse sin aliento—. Ya van a verlo, pero es claro que algo maligno la está destruyendo desde adentro, esto no puede deberse a una enfermedad mental, me niego a creerlo. Esperanza supo de ustedes y quiso llamarlos, yo no estuve de acuerdo en un principio, pero, a fin de cuentas, ¿qué

tenemos que perder? Estamos desesperados.

—Yo creo que… —Claudio intentó hablar de nuevo y en su rostro se notó la consternación cuando Andreína volvió a interrumpirlo.

—Claudio, solo quiero que lo sepa. Si lo que está dentro de Eva no es el diablo, dejo de llamarme Andreína. Allá arriba está la Maldad; no es solo una persona trastornada, es alguien de cinco años, con toda su inocencia, pero con un puto demonio adentro, y espero que estén preparados, porque bastante bien que les estamos pagando.

Claudio no pronunció palabra, pero a Arturo, por primera vez desde que se convirtió en su asistente, le pareció que su tío estaba asustado. Él, por su parte, apenas si podía mantenerse en pie.

Sin más, Andreína los condujo al tercer piso, a la habitación de Eva. Mientras ascendían, escucharon otro de esos gritos espeluznantes. Los dos hombres dieron un respingo, pero Andreína continuó subiendo como si nada.

Arturo estaba seguro de que su vida estaba a punto de cambiar para siempre, pero no tuvo la entereza para detenerse o pedirle a su tío que devolvieran el dinero y se fueran de allí para no volver jamás. Ya había hecho planes con ese dinero, incluso pensaba en comprarse un Atari 2600, sería la envidia de sus compañeros de colegio. Así las cosas, solo siguió subiendo las escaleras, en silencio, mientras escuchaba con toda claridad los latidos de su propio corazón desbocado de miedo.

Esperanza Soler estaba sentada junto a la puerta de la habitación. Se notaba que era mayor que Andreína, de unos cuarenta y tantos años, el pelo recogido y aspecto austero. Sus ojos hundidos estaban enmarcados por unas pronunciadas ojeras, su nariz aguileña y los labios muy delgados la hacían lucir severa. En su mano derecha sostenía un rosario de plata, y en la izquierda, una Biblia. Los observó aproximarse y dejó ver una sonrisa afectada, desprovista de cualquier atisbo de alegría. Más que agotada, lucía deteriorada. Mirarla causaba franco pesar. La mujer se puso de pie, con los ojos fijos en Arturo, que no dejaba de observar los objetos que ella sostenía en sus manos.

—Hace tiempo llegué a la conclusión de que no sirven para nada —dijo. Su voz era fuerte, incluso intimidante—. Pero me hacen sentir un poco más tranquila.

Arturo asintió, la entendía, él había querido sacar la Biblia que tenía dentro del maletín, pero tenía claro que su tío le recriminaría y se abstuvo.

Claudio y Esperanza se saludaron con un apretón de manos, luego de lo cual, la mujer habló:

—Van a salvar a mi hija, ¿verdad?

—Haremos todo lo que esté en nuestro alcance, doña Esperanza —contestó Claudio.

La mujer lo observó en silencio durante uno o dos segundos y dijo:

—Es mi culpa, quiero que lo sepa.

—¿Su culpa? —preguntó Claudio.

—Eva es una especie de milagro. Llevaba años intentando quedar encinta, hasta que, cuando tenía treinta, consultamos un médico que nos confirmó lo que yo ya suponía: soy estéril. Me sometí a todo lo que pueda imaginar, remedios homeopáticos, sanación genética, tratamientos médicos muy costosos. Pero nada funcionó. Y entonces… —Se detuvo, por un momento pareció que no podría volver a hablar, pero se las arregló para recomponerse y continuar su discurso con la misma fuerza—. Entonces decidimos hacerle caso a una de mis mejores amigas. La conozco desde que estábamos en el colegio y no tenía razón alguna para desconfiar. Ella nos llevó, a mi esposo y a mí, donde un brujo que afirmaba poder garantizarnos la fertilidad, pero debía valerse de la magia negra.

—La magia negra no existe, doña Esperanza —aseguró Claudio.

—No me salga con esa pendejada de que la magia solo es magia, ¡claro que la magia negra existe! —Esperanza casi gritó esas palabras. Tomó aire, se tomó un momento para calmarse y continuó—: El tipo nos lo advirtió. Aseguró que lo que haría funcionaría, pero que el Universo buscaría el equilibrio, y que aquella magia volvería multiplicada. Pero no nos importó, pagamos lo que nos pidió, que no fue poco, y él realizó un ritual en el que, entre otras cosas horribles, nos bañó con la sangre de un cordero recién nacido. —Esperanza hizo una pausa, como si esperara que alguno de los presentes dijera algo. La que se atrevió a hablar fue Andreína.

—Hermana, no creo que sea necesario que ellos sepan…

—Por supuesto que es necesario, cualquier información que les dé podría ser primordial cuando estén allá dentro —interrumpió Esperanza—. Quiero que sepan que funcionó y que nosotros sencillamente nos olvidamos del asunto, hasta hace unos meses, cuando después de una comida tranquila en familia, Eva vomitó lo que acababa de comer y con una voz que no correspondía a ella me gritó, y estas son palabras textuales que jamás olvidaré: «Perra comeverga inmunda y mezquina». Lo sé, es horrible, pero si usted tiene esa cara en este momento, imagine lo que yo sentí al escuchar a mi hija de cinco años gritar algo como eso. ¡Apenas si sabe hablar de manera articulada!

—Lo siento, doña Esperanza —dijo Claudio.

Y entonces, desde la habitación, se escuchó la voz de una mujer adulta.

—Bienvenido, Rogelio. Te estaba esperando.

Arturo los miró a todos, en espera de que alguien hiciera algún comentario al respecto, pero nadie reaccionó, era como si no hubieran escuchado. Esperanza siguió hablando:

—Es mi culpa, Claudio, por eso quiero que algo le quede claro: si sirve para algo, si existe la posibilidad, yo puedo cambiar de lugar con Eva. Que lo que sea que la está carcomiendo se apodere de mi cuerpo, pero que deje a mi hija en paz. ¿Está claro?

Él asintió. Arturo sintió que sus piernas flaqueaban. Desde el episodio en Cómbita, que ahora se sentía tan lejano, no había estado ni siquiera cerca de perder el conocimiento. Aunque una que otra vez se habían visto obligados a enfrentar situaciones que parecían conllevar alguna clase de peligro, nunca fue algo parecido a lo que, estaba seguro, se encontrarían detrás de esa puerta. De nuevo escuchó la voz femenina.

—Rogelio, no lo pienses más. Entra.

Era imposible que esa voz proviniera de una niña de cinco años. ¿Había alguien acompañando a Eva en ese momento? De ser así, ¿cómo sabía su nombre?, ¿cómo era que nadie, aparte de él mismo, parecía escuchar esa voz?

Claudio tocó el hombro de Arturo, y él estuvo a punto de lanzar un grito que apenas pudo contener.

—¿Está listo, chino?

Por supuesto que no estaba listo. No era posible estar listo para algo como eso. Era una pregunta estúpida y en ese momento odió con todas sus fuerzas a su tío, por haberlo convencido de ser su asistente, por seguir adelante con esto en vez de disculparse y salir de allí…

Arturo notó que sus piernas, como si se movieran por sí mismas, lo llevaban hacia la habitación.

En cuanto Claudio tocó el pomo de la puerta, Eva gritó, y aquel grito fue proferido con demasiada fuerza, como si la niña estuviera hablando con ayuda de un micrófono y un amplificador:

—¡ALÉJENSE!

Arturo buscó la mirada de su tío, en un silencioso ruego por detenerse en ese mismo instante. Estaban a tiempo, podían irse, nadie los estaba obligando. Pero Claudio se recuperó de la sorpresa causada por el alarido y abrió la puerta. Arturo se sintió a la deriva, ya ni siquiera recordaba todo el dinero que se ganaría por eso, y, sin más opciones, lo siguió dentro de la habitación.

En cuanto los dos estuvieron adentro, la puerta se cerró de golpe, impulsada por una fuerza invisible. *El viento*, se dijo Arturo, *fue el viento*. La casa olía mal, pero ahí adentro reinaba una fetidez que dificultaba la respiración y humedecía los ojos. Arturo sintió un par de arcadas que logró contener por muy poco, aunque dado lo mal que olía, su vómito no hubiera hecho ninguna diferencia.

La temperatura lo sorprendió. Afuera, en la ciudad, hacía un frío que calaba los huesos. Dentro de la casa la sensación no era tan fuerte, aunque igual se sentía un frío que a ellos dos les resultaba familiar, dado su lugar de origen. Pero allí, dentro de esa habitación, se sentían en Barranquilla a mediodía, en plena canícula, era un calor sofocante que magnificaba aquel hedor infernal.

Eva estaba de pie, a un lado de la cama, con la cabeza gacha, pero la mirada fija en ellos. Temblaba de pies a cabeza, daba la impresión de que se desbarataría en cualquier momento. Arturo asumió que, en circunstancias normales, sería una niña muy

bella, pero de esa belleza quedaba muy poco, casi nada. El pelo castaño claro estaba enredado y sucio, su cuerpo de cinco años lucía delgado y enfermizo, y, además del temblor absurdo, parecía que crecía y se contraía; no era algo escandaloso, pero se notaba sin mucho esfuerzo. No obstante, todo eso era lo de menos si se tomaba en cuenta el estado de su rostro. La piel cetrina lucía un nauseabundo color amarillento, y los pómulos estaban demasiado salidos, casi parecía que tuviera alguna clase de prótesis. Sus ojos lucían hundidos, lejanos; y sus pupilas estaban muy dilatadas, al punto que la esclerótica era un círculo casi inexistente que le daba marco a esas pupilas imposibles. Sin embargo, lo peor eran sus labios, curvados en una sonrisa enorme que le deformaba el rostro entero, que casi dolía con solo verla. Cuando habló, su voz era la de una niña normal de cinco años, pero al final de las frases se podía escuchar una especie de quejido, como el de un animal herido.

—Sé que están acostumbrados al frío y que Hollywood y los manuales de exorcismo dictan que este lugar debería estar helado… pero es que hoy me siento juguetona. Así se pueden ir acostumbrando al calor del infierno que les espera. Por un momento pensé que no tendrían los pantalones para entrar, par de estafadores.

Claudio pareció turbarse por aquellas palabras, pero al instante miró a Arturo para indicarle que preparara las cosas. Arturo observó aquel rostro horrible durante otro segundo antes de obedecer. La maleta fue difícil de abrir por cuenta de sus manos trémulas y, en especial, porque Eva no paraba de molestarlo.

—Por lo que veo estás cagado del susto, niño.

—No la escuches —dijo su tío—, recuerda lo que hemos hablado siempre.

—Claro, claro, han estado entrenando para este momento… pero Rogelio me está escuchando, claro que sí, y aunque no me mira y procura actuar con valentía, nunca en su vida había sentido tanto miedo.

—No la escuches.

—No has podido abrir esa maleta, pero no te preocupes, tenemos tiempo.

—Tranquilo, Arturo.

—¿Arturo? —exclamó Eva con sorna—. Tu nombre es Rogelio, niñito imbécil. ¿Qué te crees? No eres más que un subnormal parido por el orto, me sorprende que tus padres no te hayan ahogado al nacer como si fueras un gato enfermo.

Arturo logró abrir la maleta. Tomó aire y trató de calmarse un poco. Desplegó la mesa portátil y dejó sobre esta un par de velones blancos y la Biblia. Volvió a tomar aire, se arrepintió al instante por aspirar aquel efluvio inmundo, y se incorporó para hacerle frente por fin a aquel monstruo disfrazado de niña. Por un momento le pareció que el olor se recrudecía, pero se obligó a olvidar el asunto, un olor no podía matarlo, aunque, muy dentro de sí, imaginaba que aquel aroma se le pegaría a la piel y lo acompañaría el resto de sus días.

—¿Qué te pasa, Rogelio? —preguntó Eva con la voz más aguda que antes—. ¿Te sientes bien?

Rogelio lloró. Eva soltó un carcajada humillante.

—¡Concéntrese, chino!

Ante las palabras de Claudio, Arturo se enjugó las lágrimas con la manga del saco.

—Sí, chino, concéntrese —dijo Eva con la voz del tío—. O esta niña nos va a matar —remató y entonces soltó otra carcajada. De las comisuras de sus labios empezó a escurrir un poco de saliva espesa mezclada con sangre.

Claudio hizo un gesto afanado para pedirle a Arturo que le pasara la Biblia. Al recibirla, la abrió en una página marcada con anterioridad y lo volvió a observar, impaciente. Arturo negó con la cabeza, no tenía idea de qué quería ahora o de por qué no empezaba el ritual.

—Las velas, Arturo —dijo su tío con una serenidad mal fingida.

Arturo se llevó las manos a los bolsillos en busca de un encendedor y sintió una especie de vacío cuando notó que no tenía nada.

—Espera, Rogelio —dijo Eva con una voz muy dulce—, ¿necesitas ayuda encendiendo las velas? ¡Haberlo dicho antes!

Las velas se encendieron al instante. Primero una llama pequeña, tímida; luego, al cabo de dos o tres segundos, se incendiaron en una llamarada repentina que las consumió por

completo.

Arturo miró a su tío con la esperanza de que le dijera que estuviera tranquilo, que no pasaba mayor cosa, que mejor empezaran pronto para salir rápido de aquello y estar de vuelta en Oicatá ese mismo día. Pero de eso nada. Claudio, con la Biblia abierta en sus manos, observaba la mesa y los dos manchones negros donde antes estaban los velones.

—¿Qué tal estuvo? —preguntó Eva, pero su voz empezaba a sonar menos femenina—. Lo sé, fue una muestra muy vulgar de mi poder, pero quería impresionarlos y, por sus caras, creo que lo logré.

—Sigamos adelante, Arturo.

—Sigan adelante. Rogelio, hazle caso a tu tío.

«Rogelio». La repeticion de ese nombre causó que la rabia se hiciera espacio en el mar de miedo de su interior.

—Sí, tío.

—¡Pero qué tierno! —exclamó Eva, y a Arturo, en ese momento, le pareció que la niña era grande, muy grande.

—Repita después de mí. Ya sabe cómo es, chino.

Por primera vez, la voz de Claudio denotaba algo de confianza y Arturo lo percibió. Era un alivio. Seguía muy asustado, pero tal vez tuvieran posibilidades de salir bien librados.

Y entonces, justo cuando Arturo iba a empezar a recitar la oración en latín con la que iniciaba todas sus liberaciones, la Biblia se prendió en llamas. Claudio no tuvo otro remedio que soltarla y observar cómo se consumía en un abrir y cerrar de ojos, tal y como sucedió con los velones.

—¡Ups! —dijo Eva, pero su voz ya estaba del todo distorsionada. Una voz como esa tendría que pertenecer a un hombre de más de cincuenta años y fumador empedernido—. ¡No debí hacer eso! Justo cuando esto empezaba a ponerse interesante, ¡perdón!

A Claudio se le notó la rabia en la cara, casi pareció que estaba a punto de golpear en la cara a Eva. Arturo se descubrió deseando que lo hiciera.

Ahora, sin más opciones, en medio del desespero, Claudio empezó a rezar:

—Padre nuestro, que estás en el cielo…

Y entonces Arturo se le unió.

—Santificado sea tu nombre…

—No, esperen —dijo Eva con algo de angustia en su tono.

—Venga a nosotros tu reino…

—¡Duele! —gritó Eva y cayó de rodillas, con las manos abrazando su propio vientre.

—Hágase tu voluntad…

—¡No más, por favor! —suplicó. Lo que fuera que estuviera dentro de ella, parecía estar sufriendo.

—Así en la Tierra como en el Cielo.

La cabeza de Eva empezó a sacudirse, y el cuerpo entero, a contorsionarse. Arturo pensó en la horrible posibilidad de que la niña no sobreviviera, ¿qué consecuencias tendría algo como eso para ellos dos?

Cuando la poseída volvió a hablar, de nuevo tenía la voz de Eva.

—¡Me duele mucho!

—Danos hoy nuestro pan de cada día…

Eva se tiró al suelo, y la baba, ahora abundante, se hizo más espesa, más roja.

—Perdona nuestras ofensas, así como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

Eva soltó un alarido que se fue extinguiendo conforme ellos seguían orando.

—No nos dejes caer en tentación y líbranos del mal. Amén.

Eva se quedó inmóvil, de su rostro había desparecido ese halo de maldad y de la sonrisa horrible no quedaba nada. Tardaría, sin duda, pero se recuperaría. Claudio se dio el lujo de sonreír.

—Muy bien, chino —dijo. Y Ahora fue Arturo quien se permitió sonreír. Se visualizó en su casa, rodeado de esas paredes tan conocidas y sentado en una sencilla silla de madera. Se le hizo agua la boca de solo pensar en un chocolate preparado por su mamá, acompañado de una arepa boyacense recién hecha. Eso era la felicidad, no el dinero ni los viajes. Le pediría a su tío una licencia y se tomaría un buen tiempo antes de volver a las andanzas junto a él, si es que volvía.

Pero entonces, volvieron a escuchar esa voz imposible para

una niña de cinco años.

—Sí, chino, muy bien —dijo Eva y volvió a soltar una carcajada—. ¿De verdad creyeron que con esa oración, que todo el mundo recita sin siquiera entender del todo sus palabras, me vencerían?

Y entonces Arturo no pudo evitarlo, miles de sentimientos se agolparon en su interior y volvió a llorar. Eva dejó de reír para observarlo, mientras su tío le pedía que se calmara, que guardara la compostura.

Eva se elevó varios centímetros del suelo, la temperatura aumentó y, de repente, Claudio se tiró al piso, con las manos en el vientre y la expresión crispada.

—¡Quema! —gritó.

Esperanza y Andreína intentaron abrir la puerta, pero les fue imposible. Arturo, sin parar de llorar, corrió también a la puerta para salir de ahí. En ese momento dejó de importarle su tío, que seguía gritando, pidiendo que alguien lo ayudara, él solo necesitaba huir. Sentía a la muerte pisándole los talones y aquella inminencia del fin de sus días era más de lo que podía soportar.

—¡¿A dónde vas?! —vociferó Eva para hacerse escuchar por encima de los gritos de Claudio—. Esto apenas empieza.

Arturo, aunque luchó contra sí mismo ante el impulso, no pudo evitar mirarla. Lo que Arturo encontró en aquel rostro era más aterrador aún: los ojos de Eva, antes hundidos y casi negros por efecto de las pupilas dilatadas, ahora eran como dos pequeños carbones incandescentes que resultaban muy difíciles de mirar y, lo peor: la sonrisa desapareció. Cualquier rasgo de humanidad había escapado de ese rostro, lo único que quedaba era una maldad imparable, inhumana. Arturo supo que su tío moriría ese día.

Claudio seguía gritando, suplicando piedad, y el calor en la habitación empezaba a ser insoportable, apenas si se podía respirar.

—¡No más, por favor! —rogó Arturo, aunque, en el fondo, sabía que a la criatura le encantaba que suplicara, que ese miedo no haría más que alentarla.

—No te aflijas, Rogelio, tu tío solo tiene lo que le corresponde… y lo sabes.

Arturo dejó ver una expresión de absoluta confusión. Su tío no era una pera en dulce, pero, en medio de todo, era un buen tipo. ¿Qué podía haber hecho como para merecer un sufrimiento como ese?

—¡Ah, es que en serio no lo sabes! —gritó el demonio dentro de Eva y, poco a poco, perdió altura hasta que sus pies tocaron de nuevo el suelo. Con calma, se acercó a Arturo.

Él volvió a la puerta y luchó con todas sus fuerzas para abrirla, pero aquel rectángulo de madera parecía ahora parte de la pared. Resultaba imposible que se moviera un milímetro. Hizo lo único que se le ocurrió: gritar.

—¡Por favor, ayúdenme!

Alguna de las mujeres al otro lado le respondió que ya habían pedido ayuda, pero eso, para Arturo, era igual que nada, pues Eva se encontraba a escasos metros de distancia. Sintió una marejada de arrepentimiento por cada acto reprochable que había cometido en su vida. Cada vez que había contradicho a sus padres; esa vez que llamó perra a su hermana mayor solo porque ella quería ver una telenovela y él quería ver *Los Simpson*; las ocasiones en que no hizo las tareas asignadas en el colegio, o cuando no estudió para el examen de biología y tuvo que copiarse de una compañera del salón. Se arrepintió de la vez en que en una de las dos tiendas del pueblo le entregaron dos mil pesos de más en las vueltas y decidió quedarse callado y guardar ese dinero para comprar liberales; también de cuando, molesto porque su padre acababa de reprenderlo por alguna razón que ya no recordaba, pateó a Motas, la perrita criolla que llevaba en su familia desde que él tenía memoria. Pero se arrepintió, en especial, de haberle recibido esa gaseosa con liberal a su tío Claudio, y de aceptar ese trabajo como asistente, cegado por el dinero. Odió a su tío Claudio otra vez y se sintió aún más culpable por atreverse a albergar un sentimiento como ese en el momento en que él estaba tendido en el suelo, sufriendo la peor de las agonías.

Por fin, sin que pudiera hacer nada para evitarlo, Eva estuvo a centímetros de él.

—Tu tío no es más que un estafador. Se aprovecha del ansia de respuestas de la gente que lo contrata para llenar sus bolisllos, pero no cree en nada de lo que profesa, ni siquiera leyó esa Biblia que con tanto orgullo lleva a todas partes. Tu tío Claudio es un

asco de persona, una pieza más en el engranaje maligno que está llevando a este mundo al abismo. Merece cada instante del dolor que le estoy causando.

Arturo ni siquiera reparó en que la niña tuvo que agacharse para hablarle de frente, como si hubiera crecido cincuenta centímetros. Para ese momento el miedo apenas si le permitía permanecer de pie y se maldijo a sí mismo por no tener la entereza de, por lo menos, desmayarse como la primera vez, y así evitar el sufrimiento de una muerte lenta y dolorosa.

Eva lo tomó de la cara con la mano derecha, y Arturo sintió que aquella piel estaba helada, lo que no era posible con el calor que reinaba en la habitación. Con fuerza, Eva lo obligó a aproximarse, hasta quedar nariz con nariz, tan cerca que hubieran podido besarse.

—No, Rogelio —dijo la entidad dentro de Eva. Su voz era carrasposa, le causaba escalofríos—. Tú no morirás aún, no te corresponde, pero nos encontraremos de nuevo, te lo aseguro, y entonces ya no tendré piedad.

Arturo no supo qué decir. Eva se alejó de nuevo y se quedó de pie, otra vez en el lugar desde donde los había recibido.

Arturo la observó, alelado, en medio de los gritos de Claudio y las hermanas Soler. Miró a su tío, que se retorcía en el suelo mientras su piel se chamuscaba. Ni siquiera entendía cómo era que seguía vivo o tan siquiera tenía la energía para seguir gritando y revolcándose. Pero los gritos cesaron pronto y del estómago de Claudio surgió una llamarada igual a la que había consumido los velones y la Biblia. Del tío de Arturo, en pocos segundos, solo quedaron cenizas.

Y entonces la puerta se abrió. Las hermanas Soler entraron en raudal. Afuera, con los ojos desorbitados por el terror y la sorpresa, estaba el guardia de seguridad que había llevado a Claudio y Arturo hasta la puerta de la casa.

Andreína abrazó a Arturo y le preguntó si se encontraba bien. Arturo lo estaba, por lo menos por ahora, pero ni siquiera imaginaba qué sería de su vida desde ese momento. Esperanza se acercó a Eva y, aunque lo dudó un segundo, también la abrazó. La niña miró a Arturo y entonces él pudo ver, con diáfana claridad, lo que sucedía y lo que sucedería: el demonio acababa de liberar a Eva, pero había dejado su cuerpo con múltiples

secuelas y su mente fracturada sin remedio, aunque la niña no empezaría a dar muestras de eso sino hasta pasados diez o doce años. No obstante, el demonio no quedó contento con eso, y acababa de tomar posesión de Esperanza, tal y como ella deseó. La mujer pasaría unas semanas de relativa calma, incluso se reconciliaría con su esposo y se daría el lujo de creer que su vida podría retomar el rumbo. Entonces un día, cuando más confiada estuviera, empezaría a perder peso y en cuestión de dos o tres semanas, se secaría como una flor arrancada que se deja al sol. Terminaría su tiempo en este mundo en medio de terribles dolores, con la piel de color marrón, sin dientes, con apenas unos cuantos pelos en la cabeza que se negarían a desprenderse para darle una apariencia más desvalida. Moriría marchita y ni siquiera dejaría un cuerpo para enterrar. Acto seguido, esa maldita entidad buscaría otra persona a la cual poseer. Sí, tomaría tiempo, pero se volvería a cruzar en el camino de Arturo, claro que sí.

Arturo estuvo un par de noches en casa de los Soler. Pasó la mayor parte de esos días durmiendo, y las pocas veces que estuvo despierto fue para recibir los alimentos que la preocupada familia le daba o para ir al baño, pero el sueño siempre volvía, como si su mente necesitara desconectarse de la realidad. Después, sin sentirse del todo recuperado, tuvo la fuerza y la claridad para volver a Oicatá por sus propios medios. Aunque Andreína insistió en acompañarlo, él se negó, no quería pasar un minuto más del necesario en compañía de ninguno de los miembros de esa familia, mucho menos al tener tan claro lo que vendría para ellos y al tener la certeza de que no podía hacer nada para ayudarlos. También se negó a darles los datos de su familia, entre menos supieran de él, mucho mejor, no quería arriesgarse a que lo volvieran a contactar, y ahora que Claudio estaba muerto, Arturo podía sencillamente eliminar cualquier posibilidad de que los Soler llegaran a él.

Llegar a su pueblo lo hizo sentir un poco mejor, pero no lo suficiente. Los miembros de su familia no tenían idea de lo que había sucedido, sabían que estaba con Claudio y no era la primera vez que demoraba días en volver a casa. Arturo intentó mantenerse sereno, pero solo transcurrieron unos minutos antes

de que se derrumbara. Cuando pudo calmarse lo suficiente para hablar, les contó que Claudio estaba muerto. Ellos lo escucharon, sorprendidos, sin saber qué decir, más cuando Arturo no soportó quedarse con esas imágenes para sí mismo y describió, con lujo de detalles, lo sucedido en Bogotá y la forma macabra en que su tío se había incinerado desde adentro. Ellos lo observaron atónitos y confundidos, e hicieron unas cuantas preguntas que Arturo procuró contestar con la mayor claridad.

Sus padres, incrédulos, pensaron que lo mejor era no contarle aquello a nadie más y le pidieron que tratara de calmarse y volviera a su vida normal. «Seguro el tío no demora en aparecer por aquí de nuevo», dijo su mamá, y Arturo quiso insistir en que eso jamás pasaría, que Claudio ya no podía «aparecer» en ninguna parte, pero de repente se sintió agotado y estúpido, así que prefirió guardar silencio.

Su familia nunca intentó averiguar el paradero de Claudio, ni siquiera lo mencionaban, era como si nunca hubiera existido. Arturo intentó tocar el tema un par de veces, pero la mirada fulminante de su padre lo obligó a desistir, y con el tiempo se convenció de que de alguna manera, toda la familia había estado esperando que Claudio, un día cualquiera, desapareciera. Le pareció muy triste que una persona muriera de esa forma y nadie lo llorara, pero pronto olvidaría ese detalle, igual, en medio de todo, él también necesitaba olvidar.

Arturo procuró retomar su vida, continuar sus estudios y ocuparse de sus asuntos. Ahora que no tenía dinero, su única opción era volver a ser el niño obediente que cumplía con las reglas de la casa, incluso dejó de reclamarle a las personas que, a veces con mala intención, a veces por simple olvido, lo llamaban Rogelio. Él tenía claro cuál era su nombre y poco a poco se convenció de que su vocación era buscar a Dios, refugiarse en la religión y prepararse por si algún día tenía que enfrentarse de nuevo al mal encarnado.

Pronto empezó a darse cuenta de que no le gustaban las mujeres, aunque procuraba actuar como si sí y unirse a conversaciones masculinas en las que hablaban de los cuerpos de las mujeres del pueblo; conversaciones en las que las palabras «culo» y «tetas» dominaban. Estaba en grado once y tenía diecisiete años, cuando, por primera vez, se atrevió a aceptar para sí mismo que sentía un

deseo muy fuerte por un niño de seis años que estudiaba en su colegio. *Es solo el deseo*, pensaba, *lo importante es que no haga nada al respecto y esto ya pasará*. Pero soñaba con ese niño, incluso se masturbaba pensando en él, y en varias ocasiones estuvo tentado a buscar la manera de llevarlo a algún lugar apartado y solitario, de los que no faltaban en el lugar donde vivía, y entregarse a sus más secretas fantasías. No obstante, se contuvo.

El día de la graduación, una compañera de su colegio, quien siempre había sido clara con sus intenciones, se las arregló para sacarlo de la fiesta en el salón comunal y llevarlo a su casa, donde entraron a escondidas, sin hacer ruido, para luego encerrarse en la habitación de ella. Arturo sabía que muchos de sus compañeros hubieran estado felices de encontrarse en su lugar, así que, a pesar de no sentir absolutamente nada por ella, se dejó llevar sin protestar. Siempre imaginó que si algún día se encontraba en una situación como esa, su cuerpo no respondería, pero sí lo hizo. Ese día tuvo sexo con una mujer por primera vez en su vida, y lo disfrutó, pero también se convenció de que necesitaba otra cosa para sentirse pleno, que algunas mujeres, muy pocas, podían despertar deseo en él, pero lo que él añoraba no estaba en la sinuosidad de un cuerpo femenino.

Pocos días después, sus padres le preguntaron qué pretendía hacer con su vida ahora que era bachiller, y él, sin dudarlo, les contó que quería presentar los exámenes necesarios para ingresar al Seminario Conciliar de Tunja. Sus padres, contrario a lo que Arturo imaginó, lo apoyaron.

Arturo se preparó lo mejor que pudo, y al año siguiente estaba mudándose a Tunja para iniciar sus estudios. Serían dos años estudiando Filosofía y tres años estudiando Teología, entre otras cosas. En total cinco años aprendiendo cómo ser mensajero de la Palabra del Señor.

Durante el primer año, procuró mantener a raya sus impulsos sexuales, pero entonces tuvo su primera experiencia homosexual con uno de sus maestros, y así descubrió que el cuerpo masculino lo satisfacía mucho más que el femenino. No obstante, no era suficiente. En sus sueños seguía apareciendo, de vez en cuando, el niño de seis años que tanto deseaba cuando estaba en el colegio, y con el surgimiento de Internet, terminó por dar con una red de

pornografía infantil que le terminó de confirmar qué era lo que en realidad lo encendía.

Se convirtió en sacerdote y poco a poco aprendió a identificar a colegas que compartían sus particulares gustos. Descubrir que no estaba solo, que había personas con sus mismos deseos, le ayudó a convencerse de que lo que sentía no era repudiable. Pero una parte de su mente siempre supo que lo que deseaba estaba mal, y, en especial, que era pecado.

AL INTERIOR III

Tal y como le advirtió Juanita, sufrió de diarrea, pero solo durante un par de días y nada grave, en realidad. Pasada la diarrea, empezó a tener apetito y notó que llevaba semanas, tal vez meses, sin disfrutar la comida; estaba alimentándose de manera mecánica, como un acto reflejo para no morir de hambre. Luego, como por arte de magia, se sintió mejor que nunca. Ignacio obedeció e hizo las meditaciones indicadas cada noche, y aunque su mente insistía en divagar, con algo de esfuerzo pudo concentrarse en la burbuja invisible que lo cubría y protegía. Así, durante cinco noches consecutivas, Ignacio pudo dormir bien y sin pesadillas. Las ganas de fumar constantemente desaparecieron.

La tercera noche se sentó de nuevo a escribir y durante dos días, solo paró para comer, ir al baño, de vez en cuando leer un poco, ver alguna película y dormir.

Antes de volver, tenía clara su misión en la Tierra, pero en cuanto encarna de nuevo, en Bogotá, en un callejón cualquiera del barrio Santa Fe, olvida por completo para qué vino. No obstante, tiene suerte y dos desconocidos, muy pobres pero hospitalarios, deciden ayudarlo. De alguna manera creen, casi sin cuestionarlo o cuestionarse, que él es realmente Jesús, el mismísimo hijo de Dios, que acaba de volver por alguna razón, y ahora ellos son sus fieles escuderos, dispuestos a hacer lo que sea para que él cumpla su misión.

Pero ¿cuál es su misión? Está a punto de recordarla, solo necesita recorrer un poco la ciudad, empaparse de esta extraña y hostil realidad. Luego lo tendrá claro, y en cuanto eso suceda, nada lo detendrá. Hará uso de todos los recursos que no tuvo en su primera encarnación para difundir su mensaje entre las personas indicadas. Aprendió de sus errores y ahora tiene claro que su mensaje no es para cualquiera, que debe escoger bien a quién revelarse; no solo porque la mayoría de las personas no están dispuestas a creer en milagros, y mucho menos en que un tipo negro con dreadlocks sea el Mesías que de nuevo está en este mundo, tal y como algunos aseguran que prometió. No, no solo por eso, sino porque este mundo y su velocidad mezquina han convertido a la mayoría de los terrestres en cínicos, personas que no están preparadas para entender o tan siquiera escuchar la verdad.

Pero ¿cuál es la verdad? ¿Es acaso posible que este hombre la tenga? ¿Acaso hay una sola verdad? Y de haberla, ¿merecemos, siquiera, conocerla?

Por lo pronto, Jesús mejora las condiciones de vida de la gente que lo está ayudando, y, como la paciencia le sobra, espera a tener clara la razón por la cual volvió a la Tierra, justo a este país, justo a esta ciudad.

Al quinto día despertó con un fuerte dolor en el cuello y el leve recuerdo de un sueño que se le escapó en segundos. Tal vez había dormido en una mala posición, pero no lo creía. La tregua que por alguna razón le habían concedido, acababa de terminar. Cerró los ojos y suspiró con la intención de calmarse y prepararse para iniciar el día, y de repente el sueño que tuvo volvió a su mente con fuerza. Se trataba del tipo que había matado a su exnovia. Ignacio estaba en una habitación anónima junto a él y una mujer desconocida. Podía ver y escuchar todo, pero ellos dos no eran conscientes de su presencia. Aun así, en ese momento, estaba seguro de que aquello estaba pasando en verdad, tal vez en otro tiempo, pasado o futuro, pero tan real como las voces que escuchaba todo el tiempo o los rostros que veía en las paredes de su apartamento. La mujer se tapaba el rostro y lloraba; el hombre la miraba con rabia, respirando agitado, como un toro de lidia. De repente se abalanzó sobre ella, dispuesto, era claro, a golpearla. Ignacio supo, de alguna manera, que aquella mujer era una prostituta, pero que nunca se había imaginado que aquel trabajo de rutina en el que tendría que satisfacer los deseos sexuales de un tipo cualquiera, se convertiría en ese horrible infierno de golpes e improperios. El hombre la tomó del cuello para asfixiarla, y la mujer por fin dejó ver su rostro golpeado y sangrante. Ignacio quiso intervenir, pero descubrió que era solo un espectador, que no tenía manera de detener aquello. La mujer, sin embargo, como pudo sacó un bote de gas pimienta de su bolso y lo aplicó a los ojos de su agresor, quien se apartó gritando, adolorido y ciego. La mujer se tomó su tiempo para recuperar la respiración y, ya sin llorar, más bien con una expresión de rabia infinita, se puso de pie, fue la cocina y tomó el cuchillo más grande que encontró. Se plantó frente al hombre, volvió a rociar con gas pimienta sus ojos y se quedó contemplándolo. Ignacio la imaginó realizando cortes en distintas partes del cuerpo de ese monstruo y rociando gas en las heridas. Pudo imaginar, aun dentro del sueño, el pene reducido a una masa sanguinolenta y ardiente por causa del gas irritante.

Ignacio sonrió antes de volver a abrir los ojos. Conocer el destino del causante de su infierno lo llenaba de satisfacción. Le hubiera encantado ser él mismo quien le propinara el castigo que merecía, pero, para efectos prácticos daba lo mismo. Ni por un momento se le ocurrió cuestionar la veracidad de lo que soñó, solo dio por hecho que se trataba de una verdad sin atenuantes. Días después comprobaría que así era, al leer un artículo en Internet donde contaban con lujo de detalles lo sucedido y, para más satisfacción de Ignacio, dejaban claro que no había pistas de la persona responsable del «atroz asesinato».

A pesar de su felicidad momentánea, levantarse de la cama no fue sencillo, pero lo logró. Ya de pie, lo importante era no mover el cuello. Botó el agua que contenía el vaso, según las instrucciones de Juanita, y se sirvió un poco para tomar. Pero de inmediato se convenció de que ese día necesitaría un pitillo o una cuchara para beber cualquier cosa. En cierto modo, la situación era cómica: se desplazaba como una especie de robot descompuesto, y cuando se daba el lujo de relajarse un poco, y sin querer movía la cabeza, el dolor atacaba como un perro rabioso.

Lo peor de todo: el deseo inmenso de fumar volvió, y de un momento a otro tenía un cigarrillo en una mano y el encendedor en otro. De manera mecánica se llevó el cigarrillo a la boca, pero se sintió asqueado de repente y soltó tanto el cigarrillo como el encendedor.

—¡Pues no! —exclamó mientras buscaba a tientas con uno de sus pies y aplastaba el cigarrillo, poco le importó estar descalzo —. No voy a fumar hoy.

¿A quién le hablaba? Quiso pensar que a sí mismo, pero no, le hablaba a la criatura con piel escamosa. No podía verla, empezaba a sospechar que solo se materializaba en la noche, pero sabía que estaba ahí, podía sentirla cerca.

—Adentro —dijo alguien en su oído, apenas un susurro.

Y entonces, por primera vez, aquella palabra tuvo sentido. La criatura estaba viviendo dentro de él y era la que se encargaba de causarle aquellos dolores aleatorios. Tal vez se había retraído por la presencia de Juanita, o tal vez solo aguardaba al momento en que Ignacio bajara la guardia para atacar con más fuerza, el punto era que estaba de vuelta y preparada para atacar.

—Entendiste, por fin entendiste.

Esta vez, Ignacio pudo ubicar la voz con total claridad. Estaba dentro de su cabeza y no era un simple pensamiento, era un ser ajeno a su naturaleza que de alguna manera se las había arreglado para tomar posesión de su cuerpo. El corazón se le aceleró de repente.

—Hmmmm —exclamó la voz—. Ese miedo es delicioso. —Había algo de excitación en su tono. Ignacio, además de asustado, se sintió violentado.

—¿Quién es usted? ¿Qué es?

—Somos legión y te destruiremos. Rasgaremos tu alma como si fuera papel y nos tragaremos los trozos.

—¿Por qué a mí?

—Porque sí. No te sientas especial, Ignacio, eres solo un humano más, un grano de arena en el inmenso desierto que es este universo, una mala broma de un dios castigador e injusto, una acumulación de porquería a la que muchas personas pisan y embarran en un suelo indiferente. Careces de significado.

—¿Por qué hacen esto?

—Porque nos da la gana, porque podemos, porque ustedes son una especie débil y fallida, y merecen cada segundo de sufrimiento que les podamos propinar.

—Pero…

—No más preguntas. De ahora en adelante, nosotros dictamos las órdenes.

El dolor en el cuello, aún sin moverse, se hizo insoportable. Ignacio derramó un par de lágrimas causadas por el sufrimiento y el desconcierto. Se sentía desolado y, al mismo tiempo, era del todo consciente de que ese sentimiento no hacía más que alimentar a lo que fuera que habitaba en su interior. La voz volvió a pronunciarse, pero ahora usó los labios de Ignacio para hablar en voz alta.

—Lo de hoy es apenas una advertencia. Aléjate de la tal Juanita.

Ignacio se elevó por los aires. Sin poder evitarlo, movió los brazos ante la pérdida repentina de equilibrio, y ese movimiento aumentó un poco más la intensidad del dolor en su cuello.

Gritó con todas sus fuerzas.

A toda velocidad, su cuerpo se desplazó por el aire, se estrelló contra una de las paredes de la sala y cayó al suelo. Ignacio tuvo una difusa imagen de sí mismo convertido en un rompecabezas cuyas piezas se desperdigaban por todo el apartamento. Pero eso hubiera significado contar con mucha suerte, la muerte que anhelaba con tanta fuerza no llegó. En ese momento solo existía el dolor. El dolor y su cuerpo lleno de terminaciones nerviosas. El dolor, su cuerpo y aquellos seres venidos del averno que habían decidido poseerlo.

—¿Está claro? —preguntó la criatura inmunda usando los labios de Ignacio.

Él no tuvo fuerzas para decir nada, pero imaginó la palabra «Sí».

—Muy bien —dijo la criatura, complacida, triunfante.

El cuerpo de Ignacio se elevó otra vez y golpeó contra el techo, luego, tan pesado como era, fue a dar al suelo y con ese impacto llegó, por fin, la inconsciencia.

Ignacio despertó adolorido, con moretones y un diente roto. Se levantó del suelo con dificultad, se sirvió una taza de café frío y encendió un cigarrillo que botó después de solo dos bocanadas. Incluso respirar dolía y aquel dolor se mezclaba con el miedo y la desesperanza. Se encerró en su apartamento.

Durante días estuvo acostado en su cama, sin comer, sumergido en una especie de duermevela que apenas le permitió ponerse de pie para ir al baño unas cuantas veces. El teléfono celular sonó en repetidas ocasiones, hasta que un día se detuvo, probablemente por falta de batería; pero Ignacio permaneció en su estado de somnolencia, y durante los pocos segundos en que se sentía lúcido, arremetía el miedo, la vergüenza, la sensación de humillación y la certeza de que estaba solo contra esos demonios y de que nadie podría ayudarlo.

Al séptimo día por fin fue capaz de levantarse para algo que no fuera evacuar su vejiga. Se miró al espejo por un buen rato, sin tener claro qué era lo que buscaba en su propio rostro. Tal vez algún vestigio de la malignidad que habitaba en su cuerpo, toparse con unos ojos ajenos o alguna deformación, algo que le indicara que, en efecto, había algo aparte de él mismo, que no estaba enloqueciendo. Pero no encontró nada aparte de sus

ojeras.

Se desnudó y observó su cuerpo. Había perdido mucho peso. Nunca, que él recordara, se le habían marcado así las costillas, y en su piel blanca traslucían las venas con un azul enfermizo. Su pene colgaba flácido y con un aspecto triste. Ignacio no lograba recordar la última vez que había experimentado alguna clase de deseo sexual y estaba seguro de completar meses sin masturbarse. De lo que había sido alguna vez, del ser humano vital y con ganas de cumplir sus sueños, quedaba casi nada. Ahora se conformaba con lograr terminar el día, aferrado con obstinación a una vida que ya no era vida.

Abrió la ducha y se metió bajo el agua fría, sin esperar a que calentara. El frío en su piel lo terminó de despertar y empezó a enjabonarse mientras el agua, poco a poco, aumentaba de temperatura. *¿Desde cuándo no me baño?* No tenía idea.

Cuando terminó de ducharse sintió sus fuerzas renovadas, incluso se le ocurrió salir a la calle a buscar algo de comer. No le quedaba mucho dinero, tal vez no podría pagar el alquiler de ese mes, pero ya se ocuparía de eso. En últimas regresaría a vivir con su mamá o buscaría un lugar más barato. Podría vender su televisor, los muebles de la sala, los libros de su biblioteca, y con ese dinero encontrar una habitación en algún inquilinato. Trató de recordar cuándo debían pagarle regalías en la editorial, y no lo logró. *Igual no será mucho dinero*, pensó. *O podría suicidarme*. Aquel pensamiento lo asaltó de un momento a otro, y no estaba seguro de si en realidad le pertenecía a él, pero de repente la idea de morir no sonaba tan mal.

De camino al cajero automático se le acercó una mujer muy joven y sonriente.

—¿Ignacio Vargas? —preguntó.

—Sí —respondió él sin detenerse.

—¡Me encantan tus libros! —dijo ella.

No lo habían reconocido en la calle con demasiada frecuencia, apenas en dos o tres ocasiones, e Ignacio se sentía feliz cada vez que pasaba. Se esforzó por sonreír. La mujer le pidió una foto y él accedió, gustoso. Ella se acercó y buscó su celular para tomar una *selfie*, pero, en cuanto lo tuvo al lado y se tocaron, cambió de idea. La mujer lo miró con una expresión de auténtico terror y se alejó apresurada sin explicar. Ignacio pensó en preguntarle qué

había pasado, pero le pareció demasiado esfuerzo.

—Tú te lo pierdes —dijo en voz alta y continuó su camino.

Constató que le quedaba un poco menos de doscientos cincuenta mil pesos en la cuenta bancaria. Se acercaba el final del mes, no tenía mercado en su casa, no recordaba cuándo había pagado servicios por última vez y el valor del alquiler del apartamento era cinco veces esa cantidad. Miró el papel con el saldo durante unos segundos, intentando decidir qué hacer, pero no se le ocurría nada, solo quedaba esperar un milagro: alguna corrección de estilo, alguna edición de una novela o la realización de una tesis de grado. No obstante, nada podía hacer en ese momento y descubrió que, por alguna razón que no alcanzaba a dilucidar del todo, estaba seguro de que algo pasaría, que aquella situación se solucionaría para bien o para mal muy pronto, así que sacó todo el dinero y, con una tranquilidad que su cuerpo y su mente agradecieron, fue a buscar algo de comer sin tomar en cuenta qué tan caro resultara. Mientras caminaba decidió que se le antojaba un *pane cook* de camarones al ajillo, un par de cervezas importadas y un postre que tuviera helado, entre más grande mejor. Sonrió, feliz desde ese momento por su elección. Aquella comida le costaría casi la tercera parte de lo que tenía, pero valdría la pena, estaba seguro; con el estómago lleno podría decidir con más sensatez qué hacer a continuación. Fue a comprar un tapabocas, lo había olvidado y ahora la gente no dejaba de reprocharle con la mirada.

Antes de volver a su apartamento, compró algunos artículos de aseo y pasabocas de paquete.

Después de semejante almuerzo se sintió muy lleno, pero poco le importaba. Llegaría a retomar su novela y, en la noche, vería una buena película y comería papitas, Doritos y chocolates hasta hartarse. Con algo de suerte, volvería a dormir, y al día siguiente buscaría alguna de manera de conseguir dinero. Pediría prestado de ser necesario, alguien le ayudaría, estaba casi seguro.

Pero lo esperaban en la puerta del edificio. Un policía miraba hacia arriba, a su apartamento, como buscando alguna señal de vida; además, estaba su mamá, con una expresión angustiada que lo hizo sentir culpable. De repente cayó en la cuenta de que llevaba días sin siquiera mirar su teléfono celular. Apuró el paso y llamó la atención de su mamá. Tanto ella como el policía

voltearon a mirarlo, y solo en ese momento, Ignacio vio que había alguien más con ellos: Juanita.

El policía se despidió con expresión molesta, casi parecía decepcionado de que no hubiera ocurrido nada grave. Ignacio se preguntó si él también había estado presente el día en que gritó sin parar, pero la verdad era que no lo recordaba, así como no recordaba tantas cosas de los últimos meses.

Su mamá le dedicó una mirada de reproche.

—¿Desde cuándo fumas?

Ignacio no prestó atención a la pregunta, tenía los ojos fijos en el rosario que envolvía la mano derecha de Juanita.

—¿Usted lleva ese rosario a todas partes? —preguntó con curiosidad.

—No —contestó ella, seca.

—¿Desde cuándo, Ignacio? —insistió su mamá.

Ignacio notó que, en efecto, tenía un cigarrillo encendido en su mano derecha. Lo arrojó al suelo.

—Hace poco, mamá. No te preocupes por eso.

—Llevo días intentando comunicarme contigo, ¿dónde te habías metido?

—¿Días? —preguntó Ignacio, sinceramente sorprendido.

—No asistió a la cita que teníamos —dijo Juanita. Lo miraba muy fijo, como si viera algo en él que nadie más podía ver—. ¿Está bien, Ignacio?

—Sí, claro que sí…

—¿Seguro? —insistió ella.

—Sí, seguro. Qué pena, Juanita, la verdad olvidé que teníamos una cita, pero no entiendo qué hace aquí…

Ahora fue su mamá la que preguntó, parecía triste, confundida y, en especial, molesta.

—¿Y qué estuviste haciendo estos días que ni siquiera fuiste capaz de contestar llamadas y mensajes?

Ignacio dijo lo primero que se le vino a la cabeza:

—Escribiendo, mamá, estuve concentrado escribiendo. —Y en cuanto pronunció las palabras, le llegaron varias imágenes de él sentado frente al computador, tecleando palabras sin parar.

¿Acaso, en serio, había estado escribiendo?

—Eso no es excusa, Ignacio. Antes de llamar a la policía hablé con todos tus amigos, y luego llamé a Elkin Rodríguez. Él fue el que…

Su mamá siguió hablando, pero Ignacio ya conocía el resto de la historia. A través de Elkin, su mamá había dado con Juanita y ella le había contado todo lo que sabía. Juanita sabía que lo que sucedía con Ignacio era mucho más grave que unas cuantas pesadillas inofensivas, pero también tenía claro que debía dejar que ciertas cosas sucedieran antes de intervenir, así que se las arregló para contener a su mamá todo el tiempo posible, hasta que, simplemente, ya no pudo encontrar más razones para no ir a su apartamento y buscarlo. Solo le sorprendía que su mamá hubiera esperado tanto tiempo.

—Vamos, ma, subamos al apartamento y nos tomamos un café. ¿Les parece?

Ignacio por fin dimensionó lo mal que estaba su apartamento cuando observó las expresiones en los rostros de Juanita y su mamá. Había libros por cualquier parte, tirados al azar; trastes sucios desbordaban el lavaplatos, y había vasos sucios y platos convertidos en ceniceros rebosantes por todas partes. Zapatos, camisas, almohadas, papeles llenos de anotaciones. También había botellas vacías de licor que Ignacio no recordaba haber bebido y, en medio de todo, sobre la mesa de comedor, su computador portátil acompañado por un vaso de cristal vencido, a medio llenar con algún líquido ambarino, tal vez ron o *whiskey*. Pero lo peor de todo era el olor: una mezcla de alcohol, cigarrillo concentrado, sudor y desechos corporales. ¿Cómo no había notado nada de eso antes de salir? No tenía idea, pero ahora no encontraba palabras para explicarse.

—¿Pero qué es esto? —preguntó doña Cecilia, anonadada. Estaba parada a un metro de la puerta cerrada tras ella y parecía tener miedo de adentrarse más en el apartamento.

No sé, mamá, te juro que no sé, pensó Ignacio, pero de su boca no salió ningún sonido.

Juanita fue la primera que se atrevió a caminar dentro del apartamento. Tuvo cuidado de no pisar nada y procuró que no se notara mucho el asco. Juanita llegó al computador portátil y tocó el padmouse. Cuando el computador empezó a funcionar, dejó

ver una expresión de alivio.

—Es más grave de lo que pensé… pero el computador funciona, eso es importante.

—¿Importante? ¿Por qué? —preguntó doña Cecilia, pero Juanita no respondió.

El libro, mamá, el libro que estoy escribiendo.

—Muero de la vergüenza —dijo por fin Ignacio—. Pero yo… —Y se interrumpió. ¿Pero qué?, ¿qué se suponía que debía decir en un momento como ese? La verdad era que no recordaba qué era lo que había sucedido allí, pero no trataría de explicar eso, pues lo haría quedar aún peor. Miró la pantalla del computador. Como lo supuso, había estado escribiendo. Leyó apenas un par de palabras y recordó, al pie de la letra, los últimos párrafos escritos.

Jesús ahora tiene plena consciencia de su misión en este planeta. De nuevo debe sacrificarse, pero no de la misma manera en que lo hizo hace miles de años, ahora su sacrificio debe replicarse, y serán millones los que mueran, todo para salvar a la especie humana. Es una decisión difícil, a Jesús le causa un profundo malestar la sola idea de matar, pero esos que morirán, a nivel cósmico, si se toman en cuenta todas los seres humanos que existieron, existen y existirán, no significan nada, apenas una fracción infinitesimal de toda una especie. Además, sabe que es la única manera, es su deber y lo cumplirá a cabalidad.

Después de eso solo quedará difundir el mensaje a todo aquel que quiera escucharlo. Ya no se arriesgará a la tergiversación, el mensaje será claro, corto y contundente, y se asegurará de que quede consignado como debe ser, sin intermediarios, sin adiciones amañadas, sin malas interpretaciones.

—Tranquilo, Ignacio… esto no es su culpa.

—¿Cómo que no es su culpa? —preguntó ahora doña Cecilia mientras recorría el apartamento—. ¿Cómo no?, ¿de quién entonces? Esto es un asco, Ignacio, no sé qué está pasando en tu vida, pero semejante desorden y tanta suciedad no tienen justificación.

Ignacio abrió la boca como para explicarse, pedir perdón o lo que fuera, pero, de nuevo, no supo qué decir. Entonces notó que Juanita miraba su celular y parecía estar a punto de hacer una llamada.

—¿Qué está haciendo, perra malparida? —dijo Ignacio, y se odió por decir algo como eso, pero no pudo evitarlo. Su boca hacía lo que le venía en gana; su cuerpo, una vez más, no le

pertenecía.

—¡Ignacio! —exclamó doña Cecilia, escandalizada.

Juanita se mantuvo tranquila y cuando Ignacio hizo amague de acercarse, ella extendió su mano derecha y mostró el rosario. Ignacio retrocedió de inmediato.

—Tranquila, doña Cecilia. Estoy llamando a la única persona que conozco que nos puede ayudar en este momento. Le advierto que esto que enfrentamos no es de este mundo y tenemos que actuar rápido…

—Cancele la llamada si no quiere que le meta ese teléfono por el culo.

—… o no podremos salvar a Ignacio.

Doña Cecilia, que aún no se recuperaba del impacto de escuchar a su hijo hablar de ese modo, se alejó de él, muerta de miedo. En su expresión se adivinaba que no lo reconocía.

—¿Salvarlo? —susurró.

—Su hijo está poseído, doña Cecilia —dijo Juanita con el celular en su oído.

—Juanita, ¿a quién putas llama? —soltó Ignacio con una expresión iracunda.

—Usted tiene muy claro a quién estoy llamando —Juanita se dirigió por primera vez a lo que habitaba dentro de Ignacio.

La expresión de Ignacio se trastocó en una sonrisa espeluznante.

—Sí, lo sé, pero me gusta el drama —dijo, y en su voz se adivinó ahora una especie de chillido, esa ya no era la voz de Ignacio—. Y es un deleite que usted, tan insignificante y con sus creencias cursis en ángeles guardianes, fuera la persona que serviría de puente para tener a ese imbécil de nuevo ante mí.

A Juanita por fin le contestaron. Ignacio, sin dejar de sonreír, se sentó en la mitad de la sala en posición de loto y cayó en un profundo sueño.

Soñó que estaba desnudo en un desierto. Arena hasta donde alcanzaba la vista. A cada paso, las plantas de sus pies soportaban un calor intenso y le causaban ampollas que reventaban dolorosamente una tras otra. Pero Ignacio no tenía otra opción aparte de caminar, en un vano y patético intento por escapar de

un sol despiadado, asesino. De repente empezó a llover, e Ignacio se dio el lujo de sonreír, pero el agua no lo tocaba, estaba a un par de metros de él y si Ignacio se desplazaba, la lluvia también lo hacía. No obstante, esa lluvia era su única posibilidad de salir vivo de ese desierto, e Ignacio no encontró otra cosa que hacer aparte de correr en su persecución, pero el agua, obstinada, se movía a la misma velocidad y en la misma dirección que él, apenas como para que pudiera observarla con facilidad, pero le fuera imposible siquiera tocarla con la punta de los dedos. Su garganta quemaba y las ampollas de sus pies seguían estallando.

Cuando abrió los ojos se encontró de frente con un rostro que le era familiar, pero de alguna manera se le escapaba el lugar o las circunstancias donde lo había conocido. Era un sacerdote con una mirada furiosa, en la que también se adivinaba miedo. Pero no era miedo a él, eso Ignacio lo supo muy dentro de sí, era un miedo añejo, instalado desde hacía mucho tiempo en el corazón de ese hombre, tanto como para que se estuviera pudriendo. *Se convertiría en cáncer si ese hombre no tuviera los días contados*, pensó. Quiso preguntar quién era y por qué estaba en su apartamento, pero las palabras que surgieron de su garganta fueron otras.

—Entonces decidió volver, Rogelio.

Rogelio, pensó Ignacio, *¿de dónde putas lo conozco?*

Arturo dio un respingo y se incorporó, sostenía una Biblia abierta en su mano derecha. Ignacio tuvo consciencia de estar sentado en flor de loto en medio de la sala. Juanita y su mamá seguían ahí, observándolo en silencio. Ignacio quiso gritarles que se fueran, que ahí estaba a punto de suceder una tragedia, pero fue incapaz, no tenía control sobre ninguna parte de su cuerpo, estaba encarcelado dentro de sí mismo. Escuchó una risa espantosa que parecía estar en todas partes, y tardó un instante en entender que estaba dentro de él, en su cabeza, en sus extremidades, en cada centímetro de piel.

—*In nomine patris et filii et spiritus sancti. Amen* —dijo el sacerdote mientras hacía la señal de la cruz en el aire, dirigida a Ignacio.

Ignacio sintió un cosquilleo en la nariz, pero eso fue todo. De su garganta surgió otra carcajada discordante.

—Aprendiste latín, Rogelio. Nos encanta saberlo —cada palabra pronunciada ardía en su garganta, pero no podía detenerlas, no tenía ese poder.

—Ese no es mi nombre —aseguró el sacerdote con tono ofendido.

—Claro, claro, y nosotros somos Campanita.

En cierta forma, Ignacio no era más que un espectador, como si entre él y los hechos hubiera varias láminas de cristal que empañaban las imágenes.

Arturo empezó a recitar la Biblia, palabras que para Ignacio no tenían ningún significado, pero en su interior algo empezó a revolverse. Como si fuera un enjambre de avispas que, hasta ese momento nadie había tocado, pero que ahora, ante la proximidad del peligro, se revolucionaba.

—No pierdas el tiempo, Rogelio, este cuerpo es nuestro y nos vamos a quedar aquí hasta que se desintegre —dijo algo a través de Ignacio, pero, al mismo tiempo, él se permitió albergar una pizca de esperanza, empezaba a detectar algo de inseguridad en esas palabras.

El sacerdote elevó el volumen de su voz y siguió recitando la Biblia. Las dos mujeres, ante una señal del sacerdote, bajaron sus miradas y empezaron a murmurar lo que Ignacio asumió era el Padrenuestro.

Ignacio pudo mover sus ojos e incluso, durante uno o dos segundos, recuperó algo de control sobre su boca y garganta.

—Mamá, ¡vete de aquí!

Aquella frase dolió hasta la médula, y de inmediato perdió el control una vez más, pero su mamá permaneció en su puesto, con la mirada gacha, temblando, y sin detenerse en su oración.

Entonces, el sacerdote empezó a rociar agua bendita mientras gritaba:

—¡En el nombre de Dios nuestro Señor, revelen sus nombres ahora mismo!

Lo que estaba dentro de Ignacio se revolvió con más fuerza.

—¡No nos ganaste antes, Rogelio, y no nos vas a ganar ahora!

—¡En el nombre de Dios nuestro Señor, revelen sus nombres en este instante!

Otro chorrito de agua bendita cayó en el pecho de Ignacio. Ardía, pero también le causaba unas cosquillas muy agradables. Era una sensación confusa.

—Pero podemos hacer un trato: te entrego el alma de este infeliz, a cambio de las de Juanita y Cecilia, ¿qué te parece? —Ignacio, alarmado, hizo acopio de toda su fuerza de voluntad y gritó—: ¡NO! —Y aquel grito casi le desgarra las entrañas.

—¡En el nombre de Dios nuestro Señor, revelen sus nombres!

—La verdad es que empezamos a aburrirnos de este pelmazo, con ese umbral del dolor tan bajo y sus ínfulas de escritor. —El interior de Ignacio convulsionaba, aunque en el exterior lucía tranquilo.

—¡Revelen sus nombres, el Santo Padre lo ordena!

Algo se desencajó en Ignacio, tal vez dos o tres costillas, pudo sentir el desplazamiento de huesos. Quiso gritar que se detuvieran, y aunque no le fue posible pronunciar palabra, el grito destelló en su mente y le fue cedido algo de control. Ignacio se preparó para suplicar que no lo torturaran más, pero cayó en la cuenta a tiempo: eso era justo lo que sus inquilinos no deseados pretendían. Se obligó a mantener la boca cerrada y de inmediato sintió que empezaba a quemarse por dentro. Era el castigo por enfrentarse a ellos. Pero el fuego invisible se prolongó por apenas cuatro o cinco segundos, no fue más que una advertencia. Eso o aquellas entidades empezaban a debilitarse.

Otras gotas más de agua bendita. Ardor y cosquilleo. Su boca empezó a abrirse y aunque Ignacio luchó por cerrarla, la apertura continuó hasta el punto de convertirse en una macabra caricatura. Abrir tanto la boca simplemente no era posible: su quijada se desencajó.

—¡Revelen sus nombres ahora mismo!

En ese momento, de la garganta de Ignacio surgieron tres voces que se superpusieron, que parecían competir entre ellas por hacerse escuchar. No tuvo que mover los labios, las voces salieron a raudales desde su garganta.

AGARES PAIMON SIDRAGASSO
AGARES PAIMON SIDRAGASSO
AGARES PAIMON SIDRAGASSO

El dolor causado por la sola mención de esos nombres fue inenarrable, e Ignacio se descubrió a sí mismo rogándole a un dios en el que hasta hacía unos meses no creía, que se lo llevara de una maldita vez, y mientras pensaba eso, vomitó una especia de aguamasa blanca. Los camarones al ajillo, mezclados con helado y crema chantilly abandonaron su cuerpo y quemaron aún más su garganta.

Las mujeres, ante aquella macabra sinfonía de voces demoníacas, levantaron la mirada para suplicarle al sacerdote que hiciera algo. Arturo retomó la lectura en latín. Dentro de Ignacio los tres demonios seguían revolviéndose, pero era claro que empezaban a perder la batalla.

—Está bien, Rogelio, nos rendimos —dijo Agares, el líder, usando la boca de Ignacio. El sacerdote detuvo su oración y miró sorprendido a Ignacio—. Así como se rinden esos niños confundidos a los que violas, ¿qué te parece? —completó. Su voz le recordaba a Ignacio el sonido de una lata raspando el pavimento.

—¡Guarda silencio, ser impío, tu Dios te lo ordena!

—Ese del que hablas no es mi dios, Rogelio. Y tampoco el tuyo, hay un lugar especial para pedófilos como tú en el infierno. ¡Te encantará, ya verás!

Las mujeres miraron de soslayo al sacerdote. Ignacio sintió que todo aquello era ridículo. Un sacerdote pedófilo estaba exorcizándolo, resultaba tan absurdo que, en otras circunstancias, se hubiera dado la licencia de reír.

—¡Abandonen este cuerpo que no les pertenece! —bramó el sacerdote, pero ahora a Ignacio le pareció que empezaba a ceder terreno. El demonio había dado en el punto exacto y ahora el sacerdote se sentía descubierto en su propia inmundicia.

—Hagamos esto, padre Amézquita: nosotros liberaremos al pobre Ignacio si tú, en este momento, grabas un video admitiendo que has violado a decenas de niños y lo subes a redes sociales.

—¡Yo no he violado a nadie!

—¿Ah, no? ¿Y entonces por qué huiste de ese modo del barrio donde estabas viviendo? Allá no van a tolerar a alguien como tú y en este momento te están buscando para matarte.

Los demonios rieron con fuerza, todos al mismo tiempo.

Ignacio sintió que incluso él estaba riendo. Como si empezara a convertirse en ellos, a fundirse con aquella malévola esencia.

—¡Ustedes váyanse, déjennos solos! —gritó Ignacio a las mujeres, aprovechando que los demonios, concentrados como estaban en desenmascarar al sacerdote, habían bajado un poco la guardia. Ellas se miraron entre sí, pero no se atrevieron a moverse. Ignacio quiso volver a gritarles, ponerse de pie y obligarlas a irse, pero una vez más su cuerpo no le pertenecía. Lo asaltó la absoluta certeza de que una de ellas moriría esa misma noche.

La malignidad dentro de Ignacio volvió a tomar fuerza y tuvo una sensación, muy a su pesar, placentera, como un orgasmo que se extendía por todo el cuerpo en fuertes palpitaciones.

—No, Rogelio, esta batalla también la perdiste —dijeron al unísono los demonios e Ignacio, y esa sensación de multiplicidad fue un deleite. Ignacio se vio obligado a cerrar por un momento los ojos ante la oleada de placer inusitado que experimentó.

—Ignacio, por favor.

Fue su mamá la que habló, y aquella voz suplicante provocó que retornara todo el dolor. Ignacio recuperó el control de su boca.

—Mamá, por favor vete, te lo suplico —dijo en un tono neutro, lejano, como si no quisiera en realidad que las mujeres se fueran.

—No, hijo —dijo doña Cecilia y se agachó ante su hijo para rodear su cara con las manos—, no te voy a dejar solo, pase lo que pase.

Ignacio se sintió conmovido, y aquel sentimiento fue castigado, de nuevo, con fuego invisible. Entonces lo supo: su mamá debía alejarse lo más posible y hacerlo cuanto antes, o sería su fin.

—¡Juanita, por favor, váyanse! —Ignacio perdió el control una vez más, mientras sentía que el fuego calcinaba sus entrañas. Su cuerpo empezó a elevarse y sus extremidades a doblarse de maneras imposibles. Ignacio pudo sentir con toda claridad cómo se rompían los huesos.

Juanita pareció entender por fin y agarró a Doña Cecilia por el brazo, pero la señora se negó con vehemencia a abandonar el

apartamento. Mientras tanto, el sacerdote no paraba de orar: ahora era el turno del Credo.

—Es la última oportunidad que te damos, Rogelio —dijo Ignacio, bramaron los demonios—. Haz el video y súbelo en este instante o te vas a arrepentir el resto de tus días.

Pero el sacerdote hizo caso omiso y, con una profunda obstinación, pues ya era claro que aquello no estaba funcionando, continuó orando.

Ignacio lo odió con todas sus fuerzas. Aquel era un pervertido de mierda que merecía el infierno, y entonces, de repente, a su mente llegó una epifanía. El número que creía era de Juanita destelló en su mente:

1019321550

1019321550

1019321550

1019321550

1 019 321 550

Ahora ni siquiera entendía cómo fue que imaginó que eso era un número telefónico. Se trataba de una cantidad. En su mente se dibujó una gigantesca montaña de cadáveres: más de mil millones de muertos. No lograba aún vislumbrar el porqué de ese número específico ni cuándo se daría esa matanza, pero sucedería, no cabía duda. Sin embargo, por ahora no podía ocupar su cabeza en eso, lo urgente era descifrar el papel de Juanita en todo lo que estaba sucediendo.

Miró a Juanita a los ojos. Ella sonrió con malevolencia y de sus ojos se desprendió un brillo antinatural. Luego asintió despacio sin dejar de sonreír, y con ese gesto confirmó lo que Ignacio empezaba a sospechar: Juanita también estaba poseída y el cruce de sus vidas no era una casualidad. Ahora cobraba sentido el hecho de que ella, precisamente ella, hubiera contactado a un pervertido como ese para hacer el exorcismo. Nada de lo que acontecía obedecía al azar. Rogelio cumplía los designios de un destino labrado a pulso. Los dos, tanto él como Juanita, no eran más que vehículos para algo muy grande que estaba en marcha en ese momento, algo que no tenia reversa y que ni siquiera terminaban de entender.

Ignacio no pudo evitarlo: en su mente se dibujó la imagen de

un corazón que dejaba de latir y estallaba dentro del pecho de su dueña. De inmediato, doña Cecilia blanqueó los ojos y se desplomó.

Ignacio quiso gritar de ira, pero le fue imposible, pues de su garganta y su nariz surgieron pequeños insectos que empezaron a reptar y volar en la habitación. Esto, lejos de asustarlo, alimentó su rabia, que, a su vez, alimentó a los demonios que lo poseían. Lejos, muy lejos, alcanzaba a sentir el dolor causado por sus huesos rotos, difícilmente sobreviviría.

El sacerdote, paralizado de miedo y consternación, observaba los bichos inmundos que empezaban a ocupar el lugar y apenas si tenía la energía como para espantarlos. Ignacio, aun con las pequeñas criaturas saliendo de él, miró al sacerdote y lo convirtió en el objeto de su furia. Todo aquello era culpa de ese pervertido y lo haría pagar. Volvió a mirar a Juanita, ella ya no sonreía, solo miraba al sacerdote con una furia inenarrable.

La expresión del sacerdote, un pánico absoluto, monumental, provocó en Ignacio una nueva oleada de placer que estuvo a punto de superarlo, y por un magnánimo instante se perdió en sí mismo y lo que sentía. Sí, su mamá acababa de morir ante sus ojos y el cadáver yacía tirado en el suelo de su apartamento, pero aquel placer era imposible de evadir y se regodeó en la sensación. Luego volvió su atención al sacerdote y con ayuda de Juanita iniciaron la impartición de justicia. El tal Arturo, Rogelio o cómo se llamara el maldito pederasta que hasta ese día se las había arreglado para permanecer impune, sentiría tanto dolor como fuera posible.

FRONTERAS III

Zúñiga era un habitante de calle muy conocido en el barrio San Antonio. Nadie conocía con exactitud su origen ni cómo o por qué decidió vivir allí. Desde el principo cuidó a las personas que llegaban tarde a sus casas, a veces ayudaba a los vecinos con sus paquetes de mercado e incluso un par de veces evitó que se robaran carros y negocios con sus gritos de alerta. Era un tipo de baja estatura y muy delgado que solía hablar de literatura y cine y que consentía a todos los perros que se cruzaran en su camino. La gente se acostumbró a verlo en las calles del barrio. Siempre había alguien que le daba comida o que lo convencía de que fuera a algún refugio para que se bañara y se cortara el pelo y la barba. Zúñiga tenía su cambuche en la ribera del río Bogotá, bajo un puente; y aunque en varias oportunidades su precaria construcción hecha con cajas de cartón y latas fue arrastrada por la corriente, él, con la paciencia de una persona a la que el tiempo ya le dejó de importar, volvía a construirlo con materiales que los vecinos de San Antonio le regalaban con gusto. Un par de veces quisieron ayudarlo a salir de las calles, a recomponer su vida, pero él se negaba con el argumento de que ya no conocía nada más que eso, que había olvidado lo que era vivir en bajo un techo, bañarse todos los días o trabajar para pagar un alquiler o los servicios públicos. Al final la gente entendió y respetó su forma de ser y de ver la vida, además era bueno tenerlo vigilando las calles.

Un día cualquiera, encontraron a Zúñiga convulsionando muy cerca de la casa donde se quedaba el padre Amézquita, que para ese momento ya empezaba a ganar popularidad por sus liberaciones y sanaciones. Hubo quienes quisieron llamar una ambulancia, pero también hubo quienes, ciegos de fe, optaron por llamar al sacerdote.

Arturo no supo cómo decir que no, y sin saber en realidad qué podría hacer por Zúñiga, corrió hacia donde lo llevaron. Lo encontró acostado en el suelo con espuma saliendo de su boca,

rodeado de personas angustiadas. A lo lejos, pudo escuchar la sirena de una ambulancia. Sin nada que perder, haciendo uso de sus dotes actorales, fingió como muchas otras veces que era un puente entre el Señor y su rebaño; se agachó junto a Zúñiga y posó sus manos sobre el cuerpo lánguido mientras susurraba una oración.

Los presentes guardaron silencio; algunos no entendían qué era lo que pretendía el sacerdote, pero otros, la mayoría, observaban convencidos de que estaban a punto de presenciar un milagro.

Pero Zúñiga no se mejoró. Nada cambió, seguía tirado de cualquier manera, sufriendo espasmos intermitentes, con los ojos en blanco y las manos retorcidas.

—Padre, deje así. Ya viene la ambulancia y es mejor que lo atiendan los médicos —dijo uno de los presentes.

—Sí, padre —dijo alguien más—. Deje el *show*.

Arturo se empezó a sentir ridículo, pero ya estaba muy involucrado como para retroceder. Pensó que no le quedaba de otra: debía llevar su pequeño teatro hasta las últimas consecuencias. Así que gritó:

—¡Libera este cuerpo que no te pertenece, Satanás! ¡Ríndete ante el poder de Dios nuestro Señor y Salvador!

De repente, Zúñiga se incorporó. Durante un breve instante sus ojos siguieron en blanco y miró a Arturo, quien se convenció de que ese era el mismísimo diablo, que había tomado posesión del cuerpo del habitante de calle, y venía a llevárselo al fondo del averno; pero entonces los ojos de Zúñiga volvieron a la normalidad, tosió y escupió un poco de sangre. Luego, con ayuda de algunos de los presentes, se puso de pie y le aseguró a todos que se sentía bien. Arturo lo observaba en silencio y procuraba disimular su sorpresa, no tenía idea de qué era lo que había pasado, pero era más que obvio que todo aquello lo hacía quedar muy bien y que sería muy bueno para el negocio.

La concurrencia se sumió en un profundo silencio, pero de repente alguien gritó:

—¡Es un milagro!

Todos empezaron a aplaudir, a vitorear a Arturo y darle gracias a Dios. No faltaron aquellos que lloraron de emoción.

Meses antes de conocer a Ignacio, de verse obligado a enfrentarse a esos demonios, a ese destino que le había sido anunciado, el padre Amézquita estaba en un buen momento, considerando las circunstancias. Primero ganó una fama moderada en San Antonio, pero después del caso de Zúñiga, su nombre y su reputación como exorcista se extendió por toda la localidad. Era increíble que hubiera tantas personas que precisaran de sus liberaciones. ¿De dónde salía tanta gente emproblemada? Claro, estaba acostumbrado a vivir entre la gente pudiente, la que comía con seguridad cinco veces al día y tenía tanta ropa que no cabía en los armarios; la que gastaba pequeñas fortunas en una cena cualquiera, la que no concebía la posibilidad de montarse a un bus, la que se amargaba hasta el tuétano por problemas como tener un poco de grasa de más en el abdomen o quedarse sin batería en el celular. Pero allí, donde residía ahora, había personas que muchas veces se acostaban sin comer o que morían en sus casas en espera de que la EPS autorizara una cirugía. Allí la gente se sentía agotada, muchas veces sobrepasada, y entonces devenían con mucha más facilidad los desequilibrios mentales y las adicciones, y con ellas, casi siempre, la superstición. Eran decenas de personas las que confundían una depresión severa o un mezquino alcoholismo con posesiones, y de paso culpaban al demonio por sus problemas de dinero y su mala suerte. Era ahí cuando llegaba, heroico, el padre Amézquita, que siempre encontraba sombras, presencias malignas o entidades que debían ser expulsadas de inmediato. Muy pronto, el sacerdote descubrió que sus exorcismos eran muchísimo más rentables que los servicios religiosos. La gente no quería confesarse, eso no tenía efectos tangibles; ahora lo que reinaba era el inmediatismo, gracias al Internet, y los exorcismos dejaban al liberado o liberada de turno con la sensación de que a partir de ese instante su vida cambiaría para bien y a toda prisa. Lo más desconcertante era la efectividad enorme de ese placebo, pues la gran mayoría de los consultados experimentaban una clara mejoría en sus condiciones de vida. Arturo Amézquita lo tenía claro, muy claro. Aprendió eso durante sus días como asistente del tío Claudio, cuando en su cabeza aún tenía muy presente que su nombre real era Rogelio y conseguía dinero fácil mientras viajaba por todo el país.

Poco a poco empezó a apreciar aquellas calles ruidosas, a su

gente y sus dinámicas. Sonreía con más frecuencia y la gente más cercana empezó a apreciarlo más, en especial Yurany, que al notar más tranquilo y menos distante al sacerdote, empezó a ser más y más clara respecto a sus sentimientos hacia él. Arturo, en primera medida sin darse cuenta, pero luego con toda la intención, se entregó al flirteo con Yurany, convencido de que no pasaría de eso: de un flirteo inofensivo. Pero un buen día se descubrió imaginando cómo sería tener sexo con ella. La idea no lo emocionaba de una manera especial, pero tampoco le causaba ninguna repulsión y, en todo caso, podría servirle para mantener sus otros deseos a raya. Yurany, por su parte, casi levitaba cuando el padre la miraba de arriba abajo y le soltaba algún elogio, por mediocre o manido que fuera.

—Yurany, ¿qué se hizo hoy que está tan bonita?

Ese sábado desayunaban tamal, el sol apenas despuntaba. La mujer le echó un vistazo breve, pero cargado de culpa a Justo, quien observaba la escena en silencio, muy serio.

—¿Le parece, padre? —preguntó ella con la candidez que se le disparaba cada vez que el sacerdote le hablaba de esa manera.

—¿Se cortó el pelo?

—Sí, padre. ¡Gracias por notarlo!

—Pues le quedó espectacular, se ve preciosa, ¿no le parece, Justo?

El interpelado se sobresaltó, como si lo hubieran atrapado haciendo algo malo.

—Sí… claro que sí —titubeó—. Está muy bonita, Yurany.

Pero ella no le prestó atención a Justo, todo su ser estaba dedicado a Arturo en ese momento, y la sonrisa que se apoderó de su rostro se negaba a desaparecer.

—Uyyyy, ¡tamalito! —exclamó Harvey, que apenas llegaba al comedor— ¡Qué delicia!... ¿Y eso, Yurany, de qué se ríe?

Ella reaccionó de inmediato, se puso de pie y procuró disimular.

—¿Yo? No, de nada. Ya les traigo el chocolate.

Y partió presurosa hacia la cocina, a pesar de que ya había cuatro tazas humeantes de chocolate sobre la mesa.

Arturo lo intentó en repetidas ocasiones a lo largo de su vida.

Después de su primera experiencia, en su adolescencia, con una compañera de curso de la cual ya no recordaba el nombre, pasó un buen tiempo antes de que se atreviera a siquiera considerar la posibilidad de volver a tocar a una mujer. Pero entonces volvió su conflicto interno, la sensación de que de alguna manera todos los que lo rodeaban se enterarían de sus deseos secretos, y optó por buscar mujeres que tal vez despertaran en él eso que creía que solo estaba dormido. La primera fue una prostituta. Uno de sus compañeros del seminario lo llevó a un prostíbulo y le aseguró que era poco conocido, que él lo frecuentaba y jamás nadie se había enterado. Arturo procuró tomarlo como una especie de aventura, a pesar de tener claro que Tunja es una ciudad pequeña, y que, de llegarse a saber, los dos serían expulsados del seminario.

El lugar, en efecto, quedaba escondido en un callejón oscuro, y por fuera parecía una casa cualquiera. Su compañero golpeó a la puerta y un minuto después una mujer de unos cincuenta años y con bastante maquillaje, los observaba desde una pequeña ventana.

—Rosa, hola, soy yo —dijo su compañero como si aquello encerrara una gran verdad.

La mujer se quedó muy seria durante otro segundo y de repente sonrió al reconocerlo. Poco después les abrieron la puerta y Arturo siguió a su compañero dentro de la casa, mientras que sentía que se sumergía en una especie de mundo paralelo.

Adentro había pocos muebles y la casa parecía mucho más grande que desde afuera.

—Me llamo Rosa, bienvenido —se presentó la mujer, y sin esperar respuesta los condujo a un salón grande, de paredes rosadas y con un par de sillas sencillas. Luego, sin decir nada, los dejó solos.

Arturo miró a su compañero sin entender qué estaba pasando.

—Fresco, ya vienen.

¿Ya vienen quiénes?, se preguntó Arturo, pero tenía la garganta seca y no se atrevió a hablar. Pasaron unos cuantos minutos en los que Arturo se fijó en cada detalle: el olor a lavanda y desinfectante, la dureza de la silla en la que se habían sentado miles de hombres, el color ridículo de las paredes, el ligero temblor de sus manos… Y entonces llegaron: eran unas veinte

mujeres de todos los tamaños, colores y edades. Junto a ellas estaba Rosa, sonriente y con un cigarrillo consumiéndose en su mano derecha. Fumó un poco y preguntó algo que Arturo no entendió, alelado como estaba ante la visión de todas esas mujeres semidesnudas frente a ellos. Su compañero lo codeó y Arturo volvió a la realidad.

—Que cuál le gusta —dijo su compañero.

—¿Cómo así? ¿Tengo que elegir? —susurró Arturo, aunque estaba seguro de que todas las mujeres lo habían escuchado.

—¡Pues claro! —respondió su compañero, apenado—. ¿A qué vinimos entonces?

Arturo tuvo el impulso de huir, olvidarse del asunto de una vez por todas, pero se contuvo y eligió a una mujer alta, de senos pequeños y caderas estrechas, cuya mirada, sin que Arturo fuera del todo consciente, le recordó al niño de seis años que tanto le gustaba cuando estaba en el colegio. Tabitha no era mucho mayor que Arturo, e intentaba cubrir con una gruesa capa de maquillaje la oscura resignación con la que vivía sus días. Hedía a algún perfume barato y a cigarrillos Pielroja.

Arturo se vio en problemas para que su pene reaccionara, pero Tabitha usaba su boca con presteza y al cabo de algunos minutos, llegó la sangre suficiente a su miembro. Luego se bajó los calzones, sin quitarse nada más, le colocó un condón y se sentó sobre él. Aquel calor seco tomó por sorpresa a Arturo, que ni siquiera sabía qué era lo que esperaba sentir, pero de algo estaba seguro: aquello era muy distinto a lo que había sentido unos años atrás en Oicatá después de la graduación. En esta ocasión todo estaba revestido por un aura de prohibición que le causaba una honda repulsión y al mismo tiempo lo atraía. Tabitha empezó a mover las caderas, tomó las manos de Arturo y las puso sobre sus senos. Él, por acto reflejo, apretó. La vagina de Tabitha, poco a poco, empezó a humedecerse y el placer aumentó paulatinamente. Ella, de repente, empezó a soltar una gemidos apenas contenidos que excitaron a Arturo, aunque su fuero interno le decía que se trataba de una puesta en escena. Pasaron menos de dos minutos antes de que Arturo eyaculara y, durante uno o dos segundos, sintió que todo desaparecía, incluso Tabitha. Ella, por su parte, siguió moviéndose, y Arturo pudo sentir con toda claridad los espasmos de su vulva. Tabitha, por primera vez

desde que la había penetrado, miró a los ojos a Arturo y le sonrió.

—Gracias —dijo Arturo, de repente exhausto.

Tabitha soltó una pequeña carcajada que hizo que el futuro sacerdote se sintiera humillado.

—¿Gracias de qué? —dijo ella.

Arturo se apresuró a subirse el pantalón y salió corriendo de la habitación.

Después de ese día, volvió al prostíbulo en varias ocasiones. Y aunque un par de veces eligió a mujeres distintas, siempre volvía a Tabitha, con su apariencia andrógina y su fragilidad. Un día cualquiera le informaron que ya no trabajaba allí, al parecer un cliente se había enamorado de ella y Tabitha no lo dudó cuando le propuso matrimonio. Arturo no volvió y, desde ese momento, jamás volvió a tocar a una mujer, pero su imagen volvía de vez en cuando a su mente; gracias a ella se había permitido albergar la esperanza de que podía controlar el fuerte deseo que le provocaban los niños, y en sus peores momentos, en los que sentía que sus inclinaciones sexuales eran más grandes que él mismo, la evocaba, e intentaba encontrar en esos recuerdos algo de sosiego.

Rara vez lo conseguía.

Llevaba mucho tiempo sin recordar a Tabitha, pero ahora que Yurany no se esforzaba en lo más mínimo por ocultar las ganas que le tenía a Arturo, volvió a traerla a su cabeza de vez en cuando. Si había logrado sentir placer con Tabitha, no veía por qué no podría lograrlo con Yurany.

Una tarde cualquiera, en la que Arturo estaba leyendo a Clive Barker en su habitación, alguien golpeó la puerta. Estaba sumergido en una edición tapa dura de los primeros tres volúmenes de *Libros de sangre*, por lo que refunfuñó para sus adentros al verse obligado a detenerse.

—¿Quién? —preguntó y miró a su alrededor. Ahí estaba la puta mancha de humedad. Ya era hora de que encontrara en dónde vivir, ahora tenía el dinero, pero, por alguna razón, siempre postergaba la búsqueda.

—Soy yo, padre.

La voz de Yurany sonó extraña, como si la mujer estuviera

asustada.

—¿Qué pasa, Yurany? —preguntó Arturo, sin ocultar su molestia.

—Padre, qué pena molestarlo, tengo que contarle algo y es urgente.

Arturo sintió una punzada en su estómago, de repente se sentía asustado y ni siquiera entendía qué razón podría tener para albergar un sentimiento como ese. *Sí, claro que lo sé, ¿a quién quiero engañar?*

Abrió la puerta.

Cuando tuvo a Yurany frente a él, quiso convencerse de que estaba ahí solo para seducirlo y que a eso se debía la inquietud que detectó en su voz.

—Padre, me llegaron con chismes…

—¿Chismes?

Arturo escuchó las voces de Justo y Harvey en el comedor.

Yurany bajó la voz y se acercó un poco al padre.

—Y son graves, padre… muy graves.

Arturo tenía muy claro de qué estaba hablando la mujer, así que la tomó del brazo y, sin mediar palabra, la atrajo hacia la habitación y cerró la puerta.

—¿Qué pasó? Cuénteme.

La mujer parecía avergonzada.

—Padre, le juro que yo no creo esas cosas horribles que están diciendo de usted, ¡se lo juro!

Arturo empezaba a perder la paciencia.

—Yurany, ya diga lo que tiene que decir.

—Padre… —Suspiró, tragó saliva, miró el suelo, tembló ligeramente. Arturo estaba a punto de insistir en que hablara, pero ella se adelantó—. Padre, están diciendo que usted es un pervertido.

Y ahí estaba. Tarde o temprano sucedería. Arturo lo sabía, y, sin embargo, no se detuvo nunca.

—¿Pervertido? —El sacerdote sentía que le faltaba el aire. Solo pronunciar esa palabra le resultó difícil.

—Sí, padre —susurró Yurany, sin mirarlo a los ojos—, dicen que usted… toca a los niños durante las liberaciones.

—¿Que los toco?

—Que los viola, padre.

El sacerdote estuvo a punto de desmayarse, pero se las arregló para mantenerse en pie, debía guardar la compostura y pensar con cabeza fría. Tenía claro que la gente de ese barrio no se detendría ante sus argumentos endebles. Una persona lo escucharía, incluso un pequeño grupo, pero con la masa no se podía negociar. Se vio a sí mismo muerto a golpes, su cadáver interrumpiendo la corriente del hediondo río Bogotá.

—Yo no he violado a nadie —susurró, y estuvo a punto de vomitar en ese preciso instante.

—¡Yo sé, padre! Ni más faltaba, no son sino chismes de estos hijueputas desocupados del barrio.

—¿Y ahora qué voy a hacer?

—No sé, padre. Pero le estoy contando porque por acá hay gente muy peligrosa. Incluyendo a Harvey, ahí donde lo ve, ese tipo es una joyita.

Lo que faltaba, ahora tenía que cuidarse incluso de un tipo que vivía en su casa.

—¿Pero usted me cree, Yurany?

—¡Pues claro, padre! —se apresuró a responder Yurany y, como en un impulso, lo abrazó.

Aquel abrazo trajo a Tabitha a la mente de Arturo y su pene reaccionó de inmediato. Se besaron de una forma violenta, agresiva. Se quitaron la ropa con la premura de quien necesita sentir una piel ajena cuanto antes. Por primera vez en su vida, Arturo se atrevió a lamer una vulva, y Yurany, fuera de sí, soltó un gemido de placer que seguro escucharon los otros dos ocupantes de la vivienda. Arturo se sació con aquel jugo de vida que emanaba el cuerpo de su amante y la penetró sin más demora. La miró a los ojos y la besó de nuevo. Ella, desatada, lo apresó con las piernas, como si se quisiera asegurar de que ese hombre jamás se iría de aquel lugar. Encajaron a la perfección y se convirtieron en animales, entregados al placer, conscientes de que todas esas sensaciones eran un milagro, algo que por alguna razón les estaba regalando la vida, pero que jamás se repetiría. Arturo se imaginó que no la penetraba a ella, sino a Estiven, el hijo de Lady, y entonces la embistió con más fuerza. Luego, de

nuevo, llegó a su mente Tabitha, pero ahora su cara era una extraña amalgama de la mujer y el niño de seis años que tanto deseó cuando era apenas un estudiante de bachillerato en un pequeño pueblo de Boyacá. Como si se hubiera convertido en una especie de bestia sin control, embistió aún con más fuerza. Yurany estaba a punto de llegar al orgasmo y le gritaba sin pudor alguno que no se detuviera. Arturo, enardecido, sintió también que su propio éxtasis se aproximaba, pero entonces la mancha de humedad empezó a moverse, a reptar muy despacio por la pared y, antes de que el sacerdote pudiera entender lo que sucedía, la mancha formó una frase:

TE ESTAMOS ESPERANDO, ROGELIO

No pudo contenerse, una explosión de semen surgió de su verga extasiada y el placer magnánimo se mezcló con un miedo prístino, con la diáfana certeza de que moriría desgarrado y envuelto en el peor dolor imaginable. Y aquella mezcla de sensaciones, el rostro de Yurany transfigurado por el deleite, su recuerdo de Tabitha y el recuerdo de tocar a tantos niños confundidos durante los últimos meses estuvieron a punto de superarlo. Por un instante el mundo entero se convirtió en un lienzo inmaculado, listo para que él dibujara lo que le viniera en gana.

Esa noche, mientras recitaba de manera mecánica sus oraciones diarias y su mente retornaba una y otra vez a lo sucedido con Yurany, volvieron a golpear su puerta. Arturo asumió que era ella de nuevo para avisarle que la comida estaba lista.

—Ya voy, Yurany —dijo.

—Te estamos esperando, Rogelio.

Era la voz de Yurany, pero Arturo sabía que no era ella.

—¿Qué dijiste?

—Que si podemos hablar, padre.

Arturo guardó silencio durante unos segundos. Estaba seguro de haber escuchado a Yurany decir otra cosa y llamarlo Rogelio. *¿Estoy perdiendo la razón?*

—¿Padre? —preguntó ella desde el otro lado de la puerta.

Arturo se incorporó y caminó hasta la puerta, pero con la mano en el picaporte volvió a dudar. ¿Estaba seguro de que la persona que esperaba al otro lado era Yurany? ¿Estaba seguro de que era una persona?

—¿Padre? —insistió la mujer—. ¿Está bien?

A la cabeza de Arturo volvió aquella niña poseída que alguna vez tuvo que confrontar en Suba. ¿Y si al abrir la puerta se encontraba con ella? *Eso nunca pasó*, se dijo, *lo que tengo es una serie de recuerdos falsos, esa niña nunca estuvo poseída*. Pero en su fuero interno sabía que solo trataba de engañarse, que aquello había sido real… que seguía siendo real.

—¿Padre Amézquita… está ahí? —Yurany aumentó el volumen de su voz.

Esto es ridículo, pensó Amézquita, *tengo que abrir esa puerta*. Y, sin embargo, volvió a dudar. Su teléfono celular empezó a sonar. Arturo se pegó un susto de muerte.

—Padre, le estoy marcando y escucho su celular. ¿Pasa algo?

Arturo se sintió ridículo, ¿por qué carajos estaba tan asustado? Se apresuró a abrir la puerta.

Yurany lo observó con expresión preocupada, pero pasados un par de segundos y ante la sonrisa de Amézquita, pareció distenderse.

—Padre, perdón, debe estar ocupado y yo molestando.

—No se preocupe, Yurany, siga tranquila. —Hizo lo que pudo por mantener su sonrisa forzada.

Yurany pareció dudar un momento, pero por fin asintió y entró a la habitación. Arturo hubiera preferido mantener la puerta abierta, pero no hizo nada para impedir que ella la cerrara. Luego se quedaron de pie, mirándose a los ojos. Al parecer, Yurany no tenía claro qué era lo que tenía para decirle, así que el sacerdote se decidió a hablar primero.

—Yurany, respecto a lo que pasó hace un rato, le repito lo que hablamos: fue un momento de debilidad y aunque estuvo increíble, no se puede repetir y…

—No, padre —interrumpió ella—, yo tengo todo eso muy claro.

Arturo calló de repente. Ahora presentía que lo que estaba a

punto de escuchar no le gustaría.

—Padre, lo van a matar —susurró ella.

—¿Qué?

—Está vivo de milagro —Yurany aumentó un poco el volumen de su voz.

—¿De qué me está hablando, Yurany? —El aire volvía a faltar.

—Esta tarde venía a contarle eso, para este momento usted debería estar muerto, pero… nada, usted me interrumpió.

Arturo no la había interrumpido, las cosas solo se habían dado así y quiso decirlo, pero las palabras no salían, resultaba muy difícil hablar cuando, de un momento a otro, sus pulmones se habían quedado sin oxígeno. Yurany hizo una pausa, tal vez en espera de que dijera algo, pero él no pronunció palabra, así que continuó:

—Vea, yo le conseguí algo de tiempo. Acabo de hablar con los vecinos y los convencí de que no lo hicieran aquí, les dije que yo no quiero problemas y que si mataban a alguien en mi casa la jodida iba a ser yo, así que piensan hacerlo mañana en la mañana, cuando usted esté de camino a la iglesia.

Arturo se descubrió incapaz de moverse un centímetro. ¿Y si no hubiera tenido sexo con ella, también se hubiera tomado el trabajo de convencerlos? ¿Acaso había alguna diferencia? Y entonces el rostro de Yurany desapareció y en su lugar solo estaba aquella mancha de humedad.

TE ESTAMOS ESPERANDO, ROGELIO

Las palabras destellaron en su mente. Pero no importaba quiénes lo estuvieran esperando, a él se le acababa el tiempo. Yurany se acercó y lo besó en una comisura.

—Gracias por todo… Arturo —dijo, y él no tuvo tiempo de reaccionar. La mujer le apretó la entrepierna y Arturo, muy a su pesar, sintió que su pene se endurecía.

De nuevo quiso hablar, pero las palabras se negaban a ayudarlo. El rostro de Yurany volvió, pero ahora se reía de una manera imposible, una sonrisa demoníaca que ocupaba casi todo

el rostro y lo deformaba. Un fuerte olor a azufre le inundó las fosas nasales. Yurany, ese monstruo/mujer/demonio, se acercó y lo besó en los labios.

—Tranquilo, tu destino no es morir esta noche. Te estamos esperando, Rogelio.

Y sin dejar de sonreír, Yurany abandonó la habitación. Arturo se quedó paralizado, tratando de recuperar algo del aire perdido, con la certeza de que la muerte aguardaba por él, ya fuera en manos de una turba enfurecida o a causa de… *¿a causa de qué?, ¿quiénes son lo que me están esperando?*

Una notificación de su celular lo sacó de su estupor. Sin mucho más por hacer, decidió averiguar quién le estaba escribiendo, aunque seguro era alguien que necesitaba una de sus liberaciones.

El número era desconocido, pero algo en él llamó su atención y se quedó mirándolo durante un buen rato antes de ver el mensaje.

1019321550

No pudo precisar qué tenía de raro en el número, pero, con una ligera inquietud, abrió el mensaje. Era una dirección ubicada en el barrio Galerías; según sus cálculos sería muy fácil llegar, incluso había una estación de Transmilenio a dos o tres calles. Unas ganas casi irrefrenables de ir en busca de esa dirección lo atacaron de repente, pero hubiera sido absurdo acudir a un lugar que no conocía solo porque alguien, quién sabe quién, le enviaba una mensaje con una dirección y nada más, ni siquiera un remitente claro o alguna frase que explicara qué era lo que estaba sucediendo. Volvió a mirar el número telefónico, pero en él no encontró ninguna respuesta. Además podría tratarse de una trampa. No, por supuesto que no acudiría. Seguía pensando eso mientras empacaba unas cuantas posesiones en un morral, guardaba lo mejor que podía su dinero (prefería siempre cobrar en efectivo, no quería dejar rastro de sus negocios con la fe) y salía de esa casa sin hacer ruido.

Era una noche más fría que de costumbre y extrañamente silenciosa. Mientras se alejaba de la casa de Yurany, tuvo la impresión de estar solo en el mundo. Deseó que así fuera.

Cuando entró a la estación Nariño de Transmilenio no estaba

pensando en un destino, en realidad no tenía a dónde ir, pero tenía clara una sola cosa: era imperante que se alejara lo más posible de ese barrio, huir de todas las personas que lo querían muerto, un grupo que, basado en sus propias acciones de los últimos meses, sería bastante grande.

Pocos minutos después se había embarcado en una ruta que lo llevaba por la avenida Caracas. La sensación de soledad desapareció en cuanto entró al bus, con casi ninguna silla vacía. Empezó a sentir que todos los pasajeros lo observaban y que esperaban alguna clase de señal para caerle encima, para golpearlo hasta dejarlo inconsciente y entregarlo a la policía para que pagara por sus delitos. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para calmarse.

Poco después, el enorme vehículo articulado giró a la izquierda y se encaminó hacia el occidente por la calle Sexta. Arturo apenas si prestaba atención al camino, se esforzaba por pensar con claridad. ¿Qué haría a partir de ahora? ¿Se presentaría ante sus jefes religiosos y pondría la cara? De hacerlo, ¿habría alguna posibilidad de que le asignaran otro templo? ¿Y si lo enviaban lejos, muy lejos? Sin importar el lugar a donde llegara, ¿tendría acaso la fuerza para abstenerse de volver a tocar niños? No es que se arrepintiera de sus actos, en realidad, lo que lamentaba era haber sido descubierto.

Al arribar a la carrera 30, el bus giró hacia el norte. Estaría en Galerías en unos veinte minutos; era como si la vida estuviera tomando la decisión que él no se atrevía a tomar. Atendería el extraño llamado, ya era un hecho. Cuando estuvo en la estación Campín, no lo pensó dos veces y se bajó del bus. Mientras salía de la estación, un operario del sistema le sonrió. Las comisuras del hombre regordete llegaron casi a las orejas. Arturo dio un respingo, sobresaltado, pero de inmediato notó que el hombre no era un monstruo ni nada parecido, de hecho no estaba sonriendo y ni siquiera lo miraba. *Tranquilízate, Arturo*, pensaba mientras caminaba hacia la dirección indicada por el mensaje en su teléfono.

Llegó al edificio de cuatro pisos y se quedó mirando el citófono durante unos segundos. Estaba seguro de que arriba, en el 301, aguardaba su destino, y ese destino, muy probablemente, sería la muerte. Estaba a punto de timbrar y se arrepintió.

—No puedo —dijo en voz alta, y entonces perdió consciencia de sí mismo, fue como si su cabeza se desconectara.

Cuando volvió en sí, estaba sentado en la banca de un parque rodeado de edificios de tres o cuatro pisos. Algunas personas hacían ejercicio en el centro del parque, una pareja jugaba baloncesto y varias personas paseaban a sus perros. Haber perdido ese lapso en su memoria le causó un sobresalto, fue casi como teletransportarse, pero se obligó a calmarse para entender en dónde estaba. Miró a su alrededor y se ubicó, se encontraba apenas a una calle de la 53, muy cerca del centro comercial Galerías. Y no estaba tan mal, aún conservaba su morral con sus pertenencias, no era que lo hubieran drogado para robarlo o algo parecido, era como si simplemente se hubiera desconectado durante unos minutos y entrado a modo piloto automático. Trató de relajarse y pensar qué debía hacer a continuación. Estaba muy cerca del lugar a dónde había sido llamado, pero no tenía la más mínima intención de pasar por allá, no esa noche, por lo menos.

Alguien a quien Arturo no prestó atención en un primer momento, se sentó a su lado. Arturo sintió una oleada de calor que no correspondía con la temperatura de la ciudad en ese momento. Por fin fue consciente de estar acompañado y de que la persona a su lado lo miraba. Apretó el morral, inseguro, y se atrevió a mirarlo. Aquellos ojos eran dos abismos. No había nada extraordinario en ellos, no a simple vista, pero el sacerdote apenas si soportaba mirarlos sin agachar la cabeza.

El desconocido se fijó en el morral. Arturo quiso salir corriendo, pero no tuvo la entereza para moverse.

—¿Qué traes ahí, Rogelio?

—¿Quién es usted? —El sacerdote procuró sonar seguro.

El tipo dejó ver una leve sonrisa y Amézquita sintió que su corazón se aceleraba.

—Por ahora digamos que me llamo Ignacio, pero creo que tienes muy claro que no soy humano —contestó y sus ojos, durante un segundo, perdieron el iris. Esos espacios en blanco le causaron a Amézquita ganas de vomitar, pero se recuperó con rapidez. Arturo sintió una nueva oleada de calor, y esta vez estuvo seguro: prevenían del tipo sentado a su lado.

—¿Qué estoy haciendo aquí?

—Pensamos que lo tenías claro. Llegó el momento, Rogelio.

—Me llamo Arturo. Arturo Amézquita.

Y entonces la cosa, ese ser que parecía un hombre pero era una bestia, eso que decía llamarse Ignacio soltó una carcajada. Era un sonido agudo y chirriante, sobrecogedor.

—Ya puedes quitarte la máscara, Rogelio.

Arturo miró para todos lados, esperaba que alguien notara algo raro en ese tipo, pero todos continuaban en lo suyo, ni siquiera los miraban. Arturo no pudo evitar soltar un gemido de miedo, pero se arrepintió al instante al ver la expresión de triunfo en el rostro de Ignacio.

—Dígame de una vez lo que quiere o me largo.

—¿Y a dónde vas a ir, pedófilo de porquería?

Arturo se quedó sin aire. Sí, sabía que era un pedófilo y tenía claro que sus gustos sexuales eran execrables, pero escucharlo de otra boca era horrible.

—No soy pedófilo.

—Lo eres.

—No tiene pruebas.

—No las necesito.

Las palabras eran pronunciadas con una gélida calma que logró que Arturo se sintiera humillado. De nuevo lo golpeó el calor, esta vez sintió que quemaba, por fortuna pasó en dos segundos.

—¡Me voy de aquí! —exclamó, decidido. Luego lo dudó un instante. La expresión de Ignacio cambió. De repente era un tipo cualquiera, con una mirada suplicante y un tono de voz que delataba un calvario insoportable.

—¡Espere, por favor!

Arturo no se movió. Algunas personas por fin le prestaron atención, pero un instante después volvieron a ignorarlos. *Sería muy fácil desaparecer sin dejar rastro, olvidarme de todo, irme a algún pueblo donde la vida sea muy barata y empezar de nuevo, tengo el dinero*, pensó, pero no se movió.

—¿Usted es sacerdote, verdad? —preguntó Ignacio, ahora sonaba como un ser humano cualquiera.

—Sí —contestó Arturo muy a su pesar.

—Por favor ayúdeme, ¡no puedo más!

—No sé qué sea lo que necesite —dijo el sacerdote—, pero le aseguro que no soy la persona indicada. —Y sin más, se puso de pie y empezó a alejarse—. Lo siento, de verdad me gustaría ayudarle, perdóneme.

—Nos volveremos a encontrar, Rogelio, no hay escape, nunca lo hubo.

Arturo no miró atrás, la voz de Ignacio había vuelto a convertirse en ese chirrido absurdo y no tuvo la fuerza para volver a enfrentarlo. Lo que hizo fue apurar el paso.

Poco después, mientras caminaba por las calles de Galerías en busca de un hotel para pasar la noche, los recuerdos de su encuentro con Ignacio se difuminaron con la oscuridad. Para cuando se encontraba en la cómoda pero sencilla habitación de un hotel, solo quedaba una leve sensación de incomodidad que pasó en unos minutos.

Y entonces recibió la llamada de una tal Juanita. La mujer se presentó y le contó que lo requería con urgencia. Se trataba de una posible posesión. Pagarían bien y la dirección estaba, casualidad de casualidades, en Galerías. Escuchar eso no activó ninguna clase de alarma en su cerebro; lo que acababa de sucederle en el parque, o las razones que lo tenían justo en ese barrio, se le escapaban. Para ese momento era como un perro: solo vivía el presente.

Escuchó a Juanita con atención y cuando la mujer mencionó la suma de dinero que estaban dispuestas a pagar por su ayuda, Amézquita decidió que bien podía realizar un último exorcismo antes de salir del país.

ALTA TENSIÓN III

J.

—La noticia sobre el cura pedófilo la sentí como una patada al estómago. De repente llegó a mi cabeza casi toda la información que estaba buscando. Sentí náuseas y fui consciente, como nunca hasta ese momento, de este cuerpo humano tan complejo pero tan limitante y proclive al dolor y a la vulnerabilidad.

»Observé a David y a Mariela, que comían pizza, en silencio, mientras miraban el televisor. Lo que contaban en el noticiero no los afectaba, no de manera visible, por lo menos. Quise reclamarles por aquella fría indiferencia con la que escuchaban no solo la noticia del sacerdote, sino todas las demás: asesinatos indiscriminados, pobreza extrema, hambre, corrupción impune, dirigentes diciéndoles a millones de personas que estaban trabajando por mejorar el país mientras se llenaban los bolsillos con el dinero de los impuestos e inventaban leyes que solo los beneficiaban a ellos. Pero pronto entendí que no se trataba de indiferencia, aquella lejanía con la que contemplaban lo que sucedía en el país y el mundo obedecía —obedece— a un simple mecanismo de defensa. De otro modo, cualquiera se volvería loco. Vivir en un país como este requiere de muchas agallas. No lo justifico, claro, pero lo entiendo.

»Dejé mi porción de pizza sin terminar y me obligué a recuperar algo de compostura. En mi mente se arremolinaban mil pensamientos y necesitaba calmarme.

—¿Y entonces ya tenía clara su misión?

—Sí, clarísima. A eso voy.

»En el noticiero pasaron a otra noticia. Resulta que ese día en la mañana, seguro mientras David y yo caminábamos por las calles del barrio y yo me mantenía en la feliz ignorancia, un grupo de personas atracó un bus de Transmilenio. El titular fue algo como *Atraco masivo perpetrado en Transmilenio a manos de ciudadanos extranjeros*. Lo irónico es que después relataban que

varios policías hacían parte de la banda de atracadores y eran los encargados de identificar cuándo y en qué estaciones atracar.

«*Esos no son extranjeros*, dijo Mariela con una sonrisita mientras escuchaba esa parte de la noticia y engullía otra porción de pizza. *Gente mala hay en todos lados*.

»Luego contaron que aquellos pasajeros del bus que no entregaron sus pertenencias con la rapidez que los delincuentes requerían, fueron agredidos de distintas maneras.

»*¿Sí ve, Jesús?*, dijo David. Yo sentí un ligero alivio al detectar una nota de indignación en su voz. *¡Pobres jodiendo a pobres! ¡Y mientras tanto los malparidos del gobierno cagados de la risa!*, completó.

»Yo no supe qué responder a eso, en mi cabeza el rompecabezas por fin empezaba a encajar; igual no había mucho que agregar a su frase. Tal vez sin ser del todo consciente de la dimensión de sus palabras, David acababa de resumir uno de los grandes problemas de este mundo, de los humanos como especie: pobres jodiendo a pobres. Ustedes los humanos no han entendido que hacen parte de lo mismo y que todo cuanto hacen para perjudicar a otro ser humano retorna multiplicado. Pobres jodiendo a pobres, negros jodiendo a negros, mujeres jodiendo a mujeres, judíos jodiendo a judíos, artistas jodiendo a artistas… Y así, al final, se trata de humanos jodiendo a humanos.

—Pero no me ha contado sobre su misión.

—A eso voy, déjenme terminar.

—¿«Déjenme»? Aquí estamos solo usted y yo.

—Lo que digas. ¿Puedo seguir?

—Por supuesto.

—Vine a este planeta a encontrar razones para no exterminarlo.

—¡¿Qué?!

—Al planeta Tierra le está llegando el momento de ser destruido y lo que yo debo hacer es buscar razones para convencer a “Dios” de concederle un poco más de tiempo.

—¿Me está hablando del fin del mundo?

—De este mundo. Sí, en efecto.

—¿Y espera que crea en sus palabras?

—Sí, claro que sí. Tu presencia aquí, ante mí, no es casualidad. Ustedes, tú, al igual que yo, tenemos muy claro lo que está sucediendo.

—Yo no tengo claro nada.

—Ya deja de resistirte. Verás, hoy, en el transcurso del día, morirán 7230 personas. Y hablo de 7230 adicionales a las 35 o 40 que mueren asesinadas en Colombia cada día.

—¿Y esas 7230 personas qué tienen que ver con usted?

—¿Conmigo? Lo mismo que tienen que ver contigo, con David o con Mariela. Esas personas están muriendo para restablecer el equilibrio perdido y evitar que la raza humana sea borrada.

—Matar 7230 personas inocentes en un día no parece muy equilibrado que digamos.

—No son personas inocentes, al contrario, son victimarios que morirán en manos de sus víctimas. No me vas a decir ahora, Ignacio, que de haber tenido la oportunidad de matar al tipo que asesinó a tu novia, no lo hubieras hecho sin dudarlo.

—¿Usted cómo sabe eso?

—Te repito: no es casualidad que estés aquí frente a mí. Sé que estás escribiendo un libro en el que soy protagonista y que no has podido terminarlo porque no sabes cómo hacerlo.

—(…)

—Antes parecías ansioso por interrumpirme y ahora no te atreves a preguntar…

—¿Por qué en Colombia?

—Esto está sucediendo en todo el mundo.

—No entiendo.

—Sí, claro que entiendes. 7230 personas en cada uno de los 195 países del mundo.

—¿Cada día?

—Así es.

—Pero esas son…

—Un poco menos de millón y medio de personas por día.

—Es mucha gente.

—Podría ser peor, podría ser cada ser humano sobre la Tierra en unos segundos.

—¿Usted está coordinando todo esto?

—No exactamente. No soy el único mesías, hay varias versiones de mí, encarnamos el mismo día, al mismo tiempo, y cada uno vivió un proceso diferente, según el lugar donde lo hizo. En París fue una mujer que apareció desnuda en plena madrugada frente a la Torre Eiffel. La noticia se hizo viral.

—Sí, la recuerdo.

—En Melbourne fue un anciano que encarnó en una autopista. Fue arrollado por un automóvil que lo mató al instante y los dos ocupantes del vehículo murieron poco después, en la ambulancia que los llevaba al hospital. Cuando se hicieron las indagaciones correspondientes, descubrieron que los tipos, de menos de treinta años, se dedicaban a secuestrar mascotas para extorsionar familias. Si la gente se negaba a pagar o amenazaba con avisar a la policía, llegaban incluso a amputar extremidades de los animales para enviarlas a las familias. Merecían morir, sin duda.

—Pero ese Jesús murió…

—Sí, pero encarnó una vez más al día siguiente en una playa de la misma ciudad. La muerte es solo una transición.

—No es posible que Dios decida que tanta gente merece morir.

—No es tanta si lo piensas bien.

—Da igual, es una exageración.

—Una *youtuber* desconocida hacía videos sobre su cotidianidad con sus tres hijos y su pareja. Al parecer, tenían una vida perfecta y esta mujer hacía videos contando sobre cómo ser mamá. Pero el canal no tenía los millones de reproducciones que ella quería para monetizar, así que, un buen día, le contó a sus seguidores, que para ese momento eran dos mil o tres mil, que había decidido adoptar un niño.

—¿Esto qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—La mujer empezó a documentar todo lo que tenía que ver con su proceso de adopción y así, miles y miles de personas que soñaban también con adoptar a un niño, empezaron a sumarse. El canal por fin comenzaba a generar los ingresos que ella soñaba, pero claro, no era suficiente para cubrir los gastos que implica realizar una adopción, mucho menos cuando ella había decidido que adoptaría en China. Así las cosas, empezó a solicitar

donaciones a sus seguidores y el dinero llegó sin parar. Poco después lo logró y llegó el bebé… pero hubo un problema: al parecer, la madre biológica había sufrido una embolia durante el embarazo, y eso repercutió directamente en el feto, causando que el recién nacido tuviera cierto nivel de autismo.

—Sigo sin entender…

—Esto caló más en la gente que seguía al canal y claro, la cantidad de suscriptores aumentaba con cada video y, por lo tanto, no solo el dinero que entraba por parte de YouTube sino las donaciones. La mujer se hizo millonaria gracias a los videos en los que documentaba los avances del niño y como él se sentía más y más apegado a su madre adoptiva. Entonces, pasados tres años, la mujer anunció junto a su pareja que estaba embarazada de nuevo. A partir de ahí, el bebé adoptado empezó a perder protagonismo, al punto que incluso dejó de aparecer en videos y fotografías. Los suscriptores empezaron a preguntar y, meses después, la mujer no tuvo otra opción que ceder ante la presión y confesar: había devuelto al niño a la agencia de adopción, pues no se había adaptado a la familia.

—No lo puedo creer.

—Ojalá fuera mentira. Esta mujer se aprovechó de un niño autista durante años para hacer mucho, muchísimo dinero. Cuando ya fue suficiente, lo eliminó de su vida, como si fuera un vestido viejo. Y ella, claro, no es la única culpable, no podemos olvidar que su pareja fue testigo silente de todo el proceso y jamás hizo nada para evitarlo, al contrario, disfrutó y sigue disfrutando del dinero que su esposa gana.

—Una mierda.

—Una absoluta mierda, Ignacio. Con todo esto voy a lo siguiente: hay una cantidad enorme, masiva, de maldad en este mundo. Hay casi siete mil millones de personas en el mundo, y esa cifra crece a cada segundo, ¿de verdad le parece que 7230 son demasiadas?

—¿Durante cuántos días?

—Adivina.

—7230.

—Casi. Serán 723. No hay tiempo que perder.

—¿Qué tiene de especial el número 723?

—Eso se me escapa. Tal vez se trate de que existen 723 planos astrales o tal vez es simplemente que a Padre/Madre se le vino en gana. Tengo que admitir que a veces no entiendo por qué hace lo que hace. Ustedes los humanos, por ejemplo. Son una raza fallida desde el principio, ¿por qué crear algo así? A veces pienso que fueron concebidos como entretención, ni más ni menos, pero, con el pasar de los años, se fue encariñando. Como un perro callejero al que rescatas, pero después no tienes el corazón para dejar que se vaya con otra familia y decides adoptarlo tú mismo, a pesar de que el perrito nunca aprende a hacer sus necesidades fuera de la casa e insiste en dañar todos los muebles.

—Se supone que cada vida importa.

—Los humanos no quisieron entender eso en todo este tiempo, ¿y ahora es trabajo de Padre/Madre tomarlo en cuenta? Además, la muerte no es grave, insisto, se trata de una simple transición. Y lo que está sucediendo en este momento es necesario, Ignacio. Esos demonios que habitan dentro de ti creen que están en tu cuerpo porque sí, pero no es así, fuiste elegido con precisión. No cualquiera podría soportar tanta podredumbre dentro de sí sin colapsar.

—Yo… yo no estoy poseído… Ya no.

—Sí, lo estás. Y era necesario que lo estuvieras. De otro modo jamás te habrías cruzado en el camino de Rogelio Amézquita, y ese tipo habría seguido violando niños toda su vida.

—Rogelio Amézquita…

—Veo que empiezas a recordar. Muy bien, Ignacio. Tu misión está a punto de terminar. Una vez el sacerdote reciba su merecido, todo eso que habita en ti tendrá que liberarte.

—¿Recibir su merecido? El tal Rogelio está muerto.

—¿Seguro?

—Sí… murió en mi casa hace unos días… eso creo.

—Está vivo, aún no ha sufrido lo suficiente.

—Para ser el mesías, usted es un tipo despiadado.

—No soy yo quien dicta las reglas.

—¿Por qué decide contarme todo esto? ¿Por qué a mí?

—Las personas elegidas para servir de canales suelen sentirse insuficientes. Casi siempre cuestionan su propia misión, pero, al final, todos los seres vivos terminan haciendo lo que tienen que

hacer, en esta vida o en la siguiente. Es normal que suceda, en especial cuando se es habitáculo de tantos seres ajenos a tu naturaleza. Pero convéncete, no es casualidad que sostengamos esta conversación ni será casualidad que ciertas personas la lean. En cierto modo, la creación de esta historia y su lectura son dos eventos que imaginamos que suceden en distintos momentos, pero en realidad se dan de manera simultánea. En términos cósmicos, el tiempo no funciona como una línea solitaria, sino como miles de líneas que se pueden recorrer en cualquier dirección y que, en ocasiones, se superponen. Tú eres escritor, Ignacio… ¿crees que eso es casualidad?

—No tengo idea.

—Eres escritor y de alguna manera te conectaste con este mensaje. Al hacerlo, tu esencia, lo que llamarías «alma», te insta sin cesar a comunicar este mensaje a la mayor cantidad de personas posible. Lo que escribirás llegará a los ojos de miles de personas, y entre ellas estarán las indicadas, aquellas preparadas para entender el mensaje.

—Aún no tengo claro qué debo escribir. Lo que tengo no es más que una colcha de retazos.

—Tú escribe, la ruta ideal se presentará ante tus ojos en el momento indicado.

—¿Así de simple?

—No, no es simple, todo lo contrario. Las historias, ya sean en forma de literatura, música, cine o cualquier manifestación artística, son un entramado maravilloso, lo más parecido a la magia que existe en este plano. En este preciso instante hay miles de personas escribiendo historias, y es como si las ideas las tomaran de una especie de base de datos que está dispersa en el aire. No todos nacen con esa habilidad de tomar las ideas y convertirlas en algo que merezca ser leído, visto, escuchado, pero son suficientes, y entre más historias se crean, más crece la base de datos. Cada idea que es tomada, regresa multiplicada a su origen. En otra dimensión podría haber otro Ignacio, hablando con otra versión de Jesús, tal vez debatiendo sobre la manera de salvar ese mundo… pero es posible que no sean humanos, puede que sean robots o alguna raza de lagartos parlantes en un mundo parecido a este pero con una atmósfera distinta que a nosotros nos mataría en unos días si tuviéramos la mala fortuna de

respirarla. Tú escribes porque no imaginas otra forma de liberar tu carga, las personas te leerán más o menos por la misma razón. Al final, resulta que el universo se compone de historias, y esas historias siempre seguirán su camino, aunque a veces ese camino esté lleno de obstáculos. Claro, es inevitable, muchos de los lectores de tu libro creerán que se trata simplemente de ficción, creer eso es más cómodo, mucho más sencillo, y está bien, no tienes que estar preparado ni dispuesto siempre; pero algunos, los pocos que se atrevan a cuestionar y cuestionarse, entenderán con claridad el mensaje, sabrán leer entre líneas.

—¿Y qué mensaje es ese?

—¿Por qué te niegas a entenderlo? El mensaje está ahí y es evidente. Tan fuerte y claro que raya con la obviedad.

—No… no lo entiendo.

—Hagamos esto: escribe un mensaje por WhatsApp al siguiente número: 3170682949. Solo di «hola» o lo que quieras decir.

—¿Es en serio?

—Muy en serio.

—¿Por qué ese número?

—No tengo idea, son cosas de Dios. ¿Qué importa el número? Lo importante es el mensaje.

—Esto tiene que ser una broma.

—Ya deja de ponerle peros a todo. Escribe el mensaje, ¡hazlo ya!

—Ya, entendí. ¿Y si respondo a este mensaje?, ¿qué pasará?

—Nada, esto no se trata de inteligencia artificial, no es SIRI, no es una aplicación para asustar incautos. Escribiste un mensaje al 3170682949 y leíste algo que puedes elegir olvidar. Aquí entre nos, el libre albedrío me parece un error, pero, insisto, no soy yo quien dicta las reglas. Ahora tú cumple tu misión.

—¿Tengo una misión?

—Todos la tenemos.

—¿Y David y Mariela?, ¿qué pasará con ellos?

—Mariela está muerta.

—¡¿Cómo?!, ¿cuándo pasó eso?

—Hace tres años. Fue un ataque de celos. David la mató a ella

y a su hija, Deisy. Después quiso suicidarse pero no fue capaz.

—¿Deisy? ¿La perrita que tuvieron que sacrificar?

—La negación es un mecanismo de defensa muy común. Pero Mariela suele verla, cuando lo hace, se queda alelada, sin recordar exactamente quién es esa niña que a veces aparece en su casa.

—O sea que se trataba de ella cuando me hablaban de que Mariela se quedaba viendo algo detrás de usted.

—Ni más ni menos. Un fantasma viendo a otro fantasma, el recuerdo de un recuerdo, un espiral que se pierde en sí mismo.

—¿Y cómo es que David no está en la cárcel?

—Al sistema no le importan las personas como Mariela y David. A pesar de las pruebas contundentes que encontraron en esa casa, no hay una orden de captura. Pero los vecinos lo saben y por eso lo odian. No lo lincharon en su momento por pura suerte, y, por supuesto, ya no va a pasar. La muerte de Mariela y Deisy se volvió paisaje, chisme de pasillo, una más de las atrocidades que suceden a cada hora todos los días

—Usted está loco, esto no tiene sentido. Hablé con Mariela ayer, está en video.

—Mariela, su alma, está aferrada a este plano porque hay un asunto pendiente. La única forma en que podrá seguir adelante y superar el dolor causado por la muerte de Deisy es que David muera. Respecto al video que crees que tienes, me encantaría ver tu expresión cuando te des cuenta de que, en realidad, lo único que tienes grabado es un espacio vacío y tu voz interviniendo de vez en cuando.

—Pero ¿cómo es posible que la viera si está muerta? ¿La podía ver todo el mundo?

—Claro que no. Las almas de los muertos que pululan en este plano son decenas de miles, pero son muy pocas personas las que pueden verlos, e igual no los pueden ver a todos. Eres una persona sensible, eso es todo. Es un don que puedes desarrollar o desdeñar. Si quieres te puedo ayudar con eso en este instante.

—No quiero ver muertos.

—¿Estás seguro? Tu don no solo te permite ver muertos, sino tener atisbos de otros planos y otras dimensiones. Si cierras esa puerta, no podrás volver a abrirla. Entonces… ¿qué decides?

—No, no quiero ver muertos ni tener atisbos de nada que no sea esta realidad.

—Concedido.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. Los humanos están convencidos de que todo debe ser difícil, al contrario. El universo es más sencillo de lo que creen, solo deben estar abiertos a que hay mucho más que lo que tienen frente a sus narices. Una vez entienden eso, una vez lo entienden *de verdad*, con el corazón además de la cabeza, el mundo se despliega de una manera mágica. Créeme.

—¿Y entonces usted… va a matar a David?

—Es lo que corresponde, en efecto.

—¿Qué me impide avisar a la policía? Es más, ¿qué me impide prevenir a David y evitar así que usted lo asesine?

—Nada. Eres libre de hacerlo, pero en el fondo sabes que esto tiene que hacerse. Que es parte de un plan mucho más grande que tú y tus preceptos morales. Ese Plan del que hablo incluye, por supuesto, que tú seas liberado, pero eso solo sucederá cuando estés listo.

—¡Yo no estoy poseído!

—¿Por qué estás tan seguro de que no lo estás? ¿Porque dejaste de escuchar voces? ¿Porque otra vez estás durmiendo con normalidad? No, Ignacio, no te equivoques, ahí están, *adentro*, y lo sabes… puedes sentirlos. Solo están en suspensión, tu esencia entendió que no hay nada que la pueda afectar a menos que tú lo decidas. Por ahora no es algo que sepas a consciencia, pero ya entenderás, solo date tiempo.

—Usted podría liberarme en este momento…

—Podría, pero no voy a hacerlo. Esas entidades que habitan en ti, sirven para canalizar el mensaje; ese libro que terminarás pronto no viene solo de tu mente, lo que haces, sin darte cuenta, es recibir las palabras desde otra dimensión, de parte de seres a los que, de estar libre, no podrías entender o tan siquiera escuchar.

—¡Pero es que lo tengo me está matando!

—Todos tenemos que sacrificar algo alguna vez, lo siento.

—¿Qué va a pasar con usted?

—Me entregaré a la policía y pasaré el resto de mis días en la cárcel. Allá moriré dentro de 723 días, cuando todo termine. Me crucificarán cuando se extienda el rumor de que yo no soy ningún mesías y los reclusos se sientan traicionados. Ya sabe, una mentira que se repetirá las veces necesarias para convertirse en verdad. La imagen de mí, clavado a una cruz en medio de uno de los patios de la cárcel, le dará la vuelta al mundo, y la conmoción será enorme pues alrededor del mundo se darán 722 muertes parecidas, casi al mismo tiempo, y todos los muertos serán personas de las que no se conoce pasado alguno, que parecen haberse materializado de la nada.

—Si sabe que todo eso pasará, ¿por qué no hace algo para cambiarlo?

—A diferencia de ustedes, mi destino sí está escrito, no importa lo que haga para evadirlo, tarde o temprano me alcanzará. Tengo que morir de esa forma porque eso también hace parte del mensaje y, además, de ese modo mis apóstoles sabrán que estoy con ellos, que el Plan Divino se llevó a cabo.

—¿Dónde están sus doce apóstoles?

—No son doce, ¡son miles! Se necesita mucha gente para cambiar el mundo y así lo están haciendo, 7230 muertes por día. La Biblia no es más que un mensaje encriptado que ha sido malinterpretado durante siglos, al punto de convertirlo casi en un cuento de hadas.

—¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

—Lo que tiene que hacer todo escritor: escribir.

MÁRTIRES II

Asume que está muerto, no hay otra explicación para aquella sensación de ligereza, como si su piel se hubiera transformado en aire. Pero entonces las imágenes del exorcismo fallido lo atacan en un aluvión, en una marejada incontrolable. Recuerda el dolor de los huesos rotos al estrellarse contra las paredes, el ardor en la piel del rostro cuando una garra invisible la rasgó en varias partes, la sensación de fatalidad inmarcesible cuando su pene se retorció como si fuera un trapo empapado al que alguien pretendía exprimirle hasta la última gota de líquido. Se siente aliviado por estar muerto, sumergido en aquella ausencia. Ahí, por lo menos, no hay dolor.

Entonces siente que algo o alguien le jala el pelo y lo sacude con fuerza, con una rabia sin límites. Aquel dolor agudo en su cuero cabelludo lo saca de su ensoñación y le confirma que sigue vivo. Quiere llorar, gritar que no es justo, suplicar a quien sea que le jala el pelo de esa manera, que lo mate de una maldita vez, pero no cuenta con las fuerzas suficientes. De repente un agotamiento enorme se apodera de su cuerpo.

Por fin cesan las sacudidas y trata de respirar profundo para por lo menos entender qué sucede. Es consciente por fin de la posición de su cuerpo. Está sentado en una silla y sus manos atadas al espaldar. Tarda un poco más en entender que está desnudo, excepto por alguna clase de venda que cubre sus ojos.

Una voz masculina le causa un sobresalto.

—¿Cómo se siente, padre Amézquita?

El sacerdote intenta calmarse, aquella voz le resulta familiar.

—¡Ayúdeme por favor! —grita y entonces nota que le faltan varios dientes. Recuerda que durante el exorcismo se cayó y golpeó contra una mesa. Su boca está hinchada y cada palabra que pronuncia duele.

Escucha varias carcajadas. Luego otra voz que reconoce de inmediato.

—Padre, aquí no hay nadie para ayudarlo.

Es Lady, la mamá de Estiven. Y a Estiven lo tocó por todas partes en numerosas oportunidades. A Estiven y a un montón de niños más, tantos que perdió la cuenta. *Nadie me va a ayudar, es verdad.*

Alguien le arranca la venda de un tirón. Tarda un poco en acostumbrarse a la luz y enfocar, pero le dan tiempo, es claro que quieren que aprecie en toda su dimensión lo que sea que está a punto de sucederle y que, además, se quieren asegurar de que les vea las caras, que esa sea la última imagen que registre su cerebro antes de morir.

Se encuentra en una especie de bodega, aunque no imagina en dónde puede estar ubicada, pues no se escucha nada afuera. O tal vez sea de madrugada, ¿cómo saberlo?

Cuando ven su expresión de desconcierto mezclado con pánico, los presentes sonríen: Justo, Harvey, Lady, la dueña del billar con un nombre impronunciable, pero cuyo hijo, Horacio, también cayó en sus garras pederastas durante una liberación; doña Maruja, la abuela de Pedrito, un niño de cinco años al que se acercó con el pretexto de liberarlo de un demonio de desobediencia y rebeldía, y luego, a solas con él, lo tocó por todas partes con una mano, mientras se masturbaba con la otra; Genaro, un barranquillero que confió en él para que alejara a su hijo de trece años de una peligrosa banda criminal que pretendía reclutarlo. Y así, decenas de personas que depositaron toda su confianza en él y ahora lo observan con una mezcla de rabia y asco. Ahí, en medio de la pequeña multitud, también está Yurany, cuya expresión neutra le parece a Amézquita lo más parecido a una tabla de salvación.

—¡Yurany! —grita—. ¡No me haga esto! ¡Soy inocente!

Todos miran a la mujer. Ella se apresura a acercarse al sacerdote y propinarle una sonora cachetada.

—¡Cállese, pervertido!

Amézquita enmudece. Muy en el fondo esperaba una reacción como esa, pero no deja de tomarlo por sorpresa la rabia ciega con que la mujer lo golpea. Quiere volver a suplicar, implorarle que interceda ante toda esa gente, pero está seguro de que no servirá de nada y sí hará quedar muy mal a Yurany ante los vecinos del barrio. En otras palabras, lo único que logrará sería sumar un

error más a su larga lista de errores. Desesperado, sin opciones, opta por dirigirse a todos. Llora y grita a más no poder, menciona a Dios nuestro Señor, a Jesús, al Espíritu Santo; recita pasajes de la Biblia y al final acepta que es un violador, pero asegura que quiere cambiar y solo la compasión y el perdón lo llevarán de nuevo por el camino del bien. Mientras lo hace, nota que Zúñiga también se encuentra allí, y se pasea entre la multitud en silencio, lo observa y le dedica una sonrisa compasiva. La sonrisa del habitante de calle le provee de algo de sosiego, pero la decisión está tomada y la sed de venganza de esta turba enfurecida no será satisfecha solo con la muerte del sacerdote, también precisan de su sufrimiento.

Justo se acerca a Yurany y le entrega un palo de madera grueso y de por lo menos cincuenta centímetros de largo.

—Usted empieza, Yurany.

Arturo, en un principio, no entiende.

Entonces Justo y Harvey aflojan las esposas y sin que el sacerdote pueda hacer algo para impedirlo, lo acomodan de rodillas y le esposan las manos adelante, dejándolo de espaldas a los presentes, con las nalgas expuestas.

Zúñiga aparece en su campo visual, a unos metros, empieza a acercarse y conforme lo hace se transforma en un tipo negro, muy apuesto, alto, delgado y de mirada bondadosa. Zúñiga termina su mágica metamorfosis, pero no deja de sonreír. Se agacha para hablarle de cerca al sacerdote:

—Esto dolerá, Rogelio, pero es lo que mereces, ni más ni menos —dice y se desvanece en el aire. Y ahí, por fin, el sacerdote entiende lo que está a punto de suceder. Ahogado en llanto, grita hasta que la garganta le arde, aunque en el fondo tiene claro que nunca existió una sola posibilidad de evitar lo que viene.

Aun con sus entrañas deshechas no tiene la suerte de perder la consciencia. Está despierto y alerta cada segundo. Ni siquiera sus antiguos vecinos entienden cómo es posible que aguante tanto castigo y, desconcertados, lo comentan entre ellos. El padre Amézquita tarda horas en morir.

ALTA TENSIÓN IV

—¡Atención! Se acaba de reportar un crimen espantoso que se suma a la ola de crímenes perpetrados por civiles en nuestro país y en todo el mundo; crímenes que dejan como saldo más de un millón y medio de muertos al día durante casi dos años. No obstante, este asesinato llama la atención por la forma tan particular de realizarlo. Érica Nieto nos amplía.

—Susana, le cuento a usted y a todos los televidentes que en horas de la noche pasada, en uno de los patios de la cárcel Distrital, fue encontrado crucificado un hombre de raza negra. El cuerpo médico del instituto penitenciario lo trasladó de inmediato al Hospital de la Misericordia, pero, a pesar del esfuerzo de los galenos, fue imposible salvarle la vida. Hasta el momento se desconocen los móviles que llevaron a varios de los internos a cometer un acto tan atroz. Algunas fotos del hecho, e incluso un video, grabado al parecer por uno de los guardias, están circulando en este momento en redes sociales y mensajes en cadena de WhatsApp y Telegram, aunque por obvias razones nos abstenemos de mostrar esas imágenes.

—¿Hay alguna pista sobre los móviles del asesinato?

—Hasta el momento se sabe que el hombre, identificado por ahora solo como Jesús, fue apresado hace alrededor de dos años, después de que se entregó a las autoridades y confesó haber asesinado brutalmente a David Muñoz, residente de un barrio de invasión en la periferia de la capital y que, según cuentan los vecinos, le dio posada. Aún se desconoce la relación existente entre los dos sujetos. Pero ahí no paran los interrogantes, Susana. Además de la forma tan particular de ser asesinado, hay dos aspectos alrededor de esta muerte que llaman la atención: la primera es que no se encontraron registros de nacimiento del hombre crucificado, ni se conoce algún familiar o amigo que dé razón de él. La segunda es que, al parecer, al mismo tiempo, en distintos lugares del mundo, se encontraron otros cadáveres crucificados. Sigue siendo objeto de investigación si todas estas

muertes están relacionadas, o si tienen que ver con la ola de asesinatos a manos de civiles que usted acaba de mencionar.

—Gracias, Érica, estaremos pendientes del desarrollo de esta noticia. Nos trasladamos ahora a Cajicá, donde, al parecer, se encontraron pistas del paradero de Ignacio Vargas. Alexis Córdoba amplía.

—Gracias, Susana. Y sí, así es. Al parecer el escritor Ignacio Vargas, que se convirtió en un éxito en ventas con su libro *La sangre derramada*, en el que describió, meses antes de que empezara y con lujo de detalles, lo que está sucediendo en el mundo, fue visto en las inmediaciones del municipio de Cajicá, muy cerca de Bogotá. Sin embargo, las autoridades no dan demasiado crédito a estos testimonios, pues quienes aseguran haberlo visto, afirman que Vargas es una persona "difícil de ver", y llegan incluso a asegurar que puede hacerse invisible.

—¿Invisible, dice?

—Así es, Susana.

—Extraño, muy extraño, pero cosas más raras han sucedido en los últimos meses. Continuamos con noticias acerca de *La sangre derramada*, pues, según este libro que se terminó convirtiendo prácticamente en una biblia, una especie de oráculo seguido por millones de personas, la ola de matanzas durará 723 días. Esto, si se toma en cuenta el primer día en que se dieron estos asesinatos, implica que hoy se cumplirá el plazo. Viviana Ramírez está en este momento con un invitado que puede darnos más luces sobre lo que estaría por suceder.

—Gracias, Susana. Nos encontramos con el antropólogo, intelectual y experto en asesinatos en serie, Daniel Fernández. Cuéntenos, señor Fernández, ¿cree usted que los asesinatos se detendrán en el momento en que lo indica *La sangre derramada*?

—Es imposible saberlo, Viviana. Pero dada la precisión de las predicciones del libro de Ignacio Vargas, creo que eso no es eso lo que debería preocuparnos.

—¿A qué se refiere, señor Fernández?, ¿qué debería preocuparnos entonces?

—Puede que sí, que hoy los asesinatos se detengan, y bien, sería una gran noticia, pero después de eso, ¿qué? Esto no puede ser una simple casualidad. Pienso que hay que resolver, y de

manera contundente, el porqué de lo que está pasando. Nunca en la historia de la humanidad, habían muerto tantas personas en un solo día, mucho menos durante tantos días consecutivos, no hay pandemia ni holocausto que se equiparen. En vez de estar buscando a Ignacio Vargas por cielo y tierra, un tipo que lo único que hizo fue escribir un libro, los habitantes del planeta que hemos tenido la suerte de no ser asesinados por alguna persona sedienta de venganza, deberíamos concentrarnos en lo verdaderamente importante: ¿cuál es el mensaje detrás de todo esto?

AL INTERIOR IV

La recuperación de Ignacio fue mucho más rápida de lo que él esperaba o de lo que cualquier persona hubiera imaginado. Despertó varias horas después del exorcismo, con varios huesos rotos y la mandíbula desencajada. De una manera bastante penosa, casi arrastrándose, se las arregló para abrir la puerta del apartamento y pedir ayuda a gritos, a pesar del enorme dolor en su boca. Sus vecinos, ya acostumbrados a sus escándalos y, además, hastiados de Ignacio, escucharon los patéticos gritos y esperaron unos minutos hasta que se apagaron para continuar con sus vidas como si nada. El único que decidió tomar acción fue Araque, el vecino del segundo piso, quien acudió en su ayuda y, sin hacer demasiadas preguntas, lo llevó a un hospital.

La atención médica llegó pronto, dado el deplorable estado de Ignacio, pero no tardaron en darle la mala noticia: dada la gravedad de su condición, era poco probable que volviera a caminar. Ignacio escuchó estas palabras con una tranquilidad escalofriante, que causó una profunda inquietud en el personal médico.

Y entonces sucedió lo impensable: las heridas empezaron a sanar a toda prisa y los huesos a soldarse como si se tratara de alguna película de superhéroes. Para el tercer día en el hospital, Ignacio ya lucía vital y los múltiples dolores habían desaparecido. El cuarto día pronunció sus primeras palabras y notó que el dolor en su mandíbula casi había remitido por completo. Los médicos observaban las radiografías boquiabiertos, incapaces de dar una explicación racional a lo que estaba sucediendo. Solo una semana después de ingresar al hospital, Ignacio salió caminando, y dado su semblante, nadie hubiera podido adivinar todo lo que tuvo que sufrir.

Llegó a su apartamento convencido de que Dios le estaba concediendo una segunda oportunidad, y es que incluso se sentía más joven.

Aquella sensación de que estaba rejuveneciendo, se vio

troncada de repente el día que tuvo en sus manos un ejemplar de *La sangre derramada*. A partir de ese día, su proceso de envejecimiento se aceleró de repente. Cada día, Ignacio se sentía más y más agotado, y, en especial, más lleno de achaques que no correspondían a alguien de su edad. Tardó muy poco en resignarse y sencillamente dejar que la vida y el tiempo dictaran las reglas. Perder toda esperanza era su manera de ser libre.

El alquiler de la casa era irrisorio, los servicios públicos costaban casi nada y había espacio suficiente para guardar todos sus libros, prácticamente lo único en lo que gastaba sus regalías, además de sus necesidades básicas. Resultaba irónico que cuando por fin llegó el momento de recibir una buena suma cada seis meses por la venta de sus libros (el éxito inusitado de *La sangre derramada* impulsó la venta de todos sus otros títulos), y vivir tranquilo de escribir, su cuerpo, cada vez más deteriorado, estuviera a punto de sucumbir al tiempo.

Poco después de terminar el libro, Ignacio fue consciente, por fin, de no ser habitáculo de ninguna entidad maligna. Era una sensación de ligereza que no recordaba haber sentido jamás, y al mismo tiempo de una honda soledad, como si su alma se hubiera acostumbrado a la compañía. Era ridículo, por supuesto, pero era lo que sentía. Al final, esa soledad era lo de menos y pronto dejó de ser importante. Lo relevante ahora era lo sufrido por su cuerpo durante años de posesión y, así las cosas, pasaron pocas semanas para que iniciara la seguidilla de enfermedades. Apenas había firmado contrato para la publicación, cuando se enteró de que tenía gota. Y el día de la publicación de *La sangre derramada* coincidió con un desmayo que lo llevó al hospital, donde le diagnosticaron diabetes. Después sus dientes empezaron a descalcificarse, y sus articulaciones a desgastarse. Mientras tanto, su pelo encanecía a un ritmo acelerado y su rostro parecía escurrirse poco a poco. Ignacio se convirtió en un extraño híbrido, con el cuerpo de un anciano de noventa años, pero la piel de un hombre de treinta y cinco, y su aspecto llamaba la atención a donde quiera que fuera, decenas de ojos se quedaban observando a aquel ser extraño, e Ignacio imaginaba a todas esas personas confundidas, sin tener idea de si debían sentir asco, miedo o lástima. Pero a él, después de todo lo que había pasado, lo que pensaran un montón de desconocidos lo tenía sin cuidado.

Lo único que pretendía era alargar su vida y vivirla de la mejor manera posible.

Por suerte tuvo el dinero para pagar un buen servicio médico que le concedió algo de tranquilidad. Pero ni siquiera su dinero pudo hacer algo contra el cáncer de pulmón que le diagnosticaron poco después de recibir la enorme suma de dinero correspondiente a su primer periodo de regalías, momento en el que el mundo apenas empezaba a comprender la magnitud de lo que estaba sucediendo.

Para Ignacio fue un alivio leer en las noticias acerca de las muertes. Eso por lo menos le daba un sentido a lo que estaba viviendo, alguna clase de propósito a lo que había sufrido por tener al mal por definición viviendo en su cuerpo. Pero, por otro lado, deseó tener el poder de detener su deterioro, pues sentía la muerte cada vez más cerca, casi pisando sus talones.

Luego vino el asedio de los lectores y los periodistas, al darse cuenta de que su libro predijo lo que estaba ocurriendo: aquella cantidad increíble de muertos diarios. Al principio concedió todas las entrevistas, pero el desgaste era demasiado: hacer entender a quienes hacían las preguntas y los espectadores que lo importante no era la cantidad de muertos, que toda aquella sangre derramada era sencillamente el precio a pagar, rayaba con lo imposible. Él se esforzó por predicar el mensaje entre líneas, un mensaje que hablaba de amor y entendimiento, de sabiduría y, en especial, de merecimiento. Pero pocos, muy pocos, parecían escuchar, y eran menos aún los que daban muestras de comprender a qué se refería.

Al final, agotado, se rindió. Que entendieran quienes pudieran o quisieran entender, los demás que se jodieran. *Igual me queda muy poco tiempo*, pensaba, *ya no es mi problema*. Si Jesús no había podido hacerlo, ¿qué se podía esperar de él, que era tan solo un hombre y no la manifestación de Dios en la Tierra?

En ocasiones dudaba de que en serio hubiera estado frente a Jesús. Ni siquiera recordaba en qué momento había tomado decisión de entrevistarlo y cómo lo había contactado en primer lugar. Así que volvía a ver los videos, los mismos en los que se basó para terminar su libro, y se convencía, una vez más, de que sí, Jesús había vuelto y estaba en ese momento en una cárcel por asesino. No obstante, también sabía que más temprano que tarde,

volvería a ver los videos para convencerse una vez más.

Cuando algunas personas en redes sociales empezaron a acusarlo de tener algo que ver con las muertes, de ser alguna clase de mente maestra que movía los hilos en todo el mundo y dictaba las órdenes, asumió que pronto tendría graves problemas. Sin contarle a nadie, se mudó a esa casa en Cajicá, donde esperaba pasar inadvertido. Y así fue, durante algún tiempo, pero entonces, alguien lo reconoció.

Sucedió un día en que salió de la casa a comprar algo para desayunar. Hubiera podido hacer mercado por Internet, como hacía siempre, o pedir un domicilio, pero quería tomar algo de sol, sentir un poco de brisa en su cara, salir del encierro, huir aunque fuera por unos minutos de sus múltiples enfermedades. En especial del cáncer, ese que se negaba a abandonarlo a pesar de todos los tratamientos, pero que también se negaba a matarlo.

La mujer que lo reconoció se quedó mirándolo fijo durante unos segundos y justo antes de que Ignacio saliera de la panadería, exclamó:

—¡Ignacio Vargas!

Ignacio se detuvo en seco y se arrepintió al instante por su reacción. Hubiera seguido caminando como si nada, hubiera fingido que ese nombre no significaba nada para él. Pero era tarde, ya había una buena cantidad de gente observándolo, reconociéndolo. Trató de caminar con naturalidad, de ignorar que se estaba formando una pequeña multitud alrededor de él.

Escuchó voces indistintas formulando las preguntas de siempre, como una maraña de insectos que le mordían la piel:

¿CómolosupoQuiénselodijoDedóndesacólainspiraciónVendrán máslibrosEsustedelresponsabledetodasesasmuertes?

Hubo afirmaciones llenas de furia.

—Por su culpa mataron a mi papá —dijo una tímida voz infantil a su espalda.

Luego alguien más, esta vez un hombre adulto, gritó:

—¡Usted mató a mi esposa!

Ignacio nunca mató a nadie, ni siquiera al sacerdote pederasta, el que había marcado el inicio de todas esas venganzas, el primer sacrificado; Ignacio solo había escrito un libro y soportado durante más tiempo del que recordaba a tres

demonios dentro de su cuerpo, que al salir le dejaron como recuerdo un cáncer intratable. Pero nada de eso importaba, no era tan ingenuo como para pretender convencer a alguien de ese cuento de hadas.

Entonces, una voz iracunda sentenció:

—¡Hay que matarlo!

Ignacio sabía que sus días estaban contados, pero no quería morir de ese modo, y deseó con todas sus fuerzas ser invisible.

Entonces, de repente, la gente dejó de verlo.

Se desplegaron los gritos de sorpresa, de asombro; los gritos de miedo.

—¿Para dónde se fue?

—¡Desapareció!

—¡Es un milagro!

—¡Es obra de Satanás!

Ignacio los miró, incrédulo. No podía ser cierto que no pudieran verlo.

Continuó su camino, sorprendido hasta la médula por lo que acababa de suceder. ¿Se trataba de alguna clase de superpoder?, ¿era un don o una especie de regalo que le entregaba Padre/Madre por cumplir con su parte en todo aquello? En ese sentido, tal vez curarse del cáncer hubiera sido tan sencillo como desearlo. Decidió que daba igual, que ya no importaba, él estaba agotado; si el cáncer debía matarlo, solo esperaba que sucediera sin dolor, ya había sentido bastante dolor en su vida. Se descubrió a sí mismo anhelando la muerte: todo indicaba que tanta sangre derramada no había servido de nada, el fin de los tiempos estaba a la vuelta de la esquina, y él no quería estar presente cuando sucediera.

Este libro se publicó por primera vez
en octubre de 2022, bajo la mirada de
un dios indiferente que permite el
caos. Aún no sabemos cuánto tiempo
le queda a la humanidad.

«Eduardo presintió que, después de todo, no sería tan sencillo como morirse junto a sus hijos.

—Por favor no les haga nada, se lo ruego.

Hernando dejó ver una expresión condescendiente que gritaba algo como «tengo que hacerlo, pero le aseguro que esto me duele más a mí que a usted».

—Por favor, Hernando, tenga piedad… ellos son unos niños, no tienen nada que ver con esto.

Hernando sacó un arma de su cinto y se la entregó a Eduardo.

—Para que vea que soy un tipo razonable, usted elige… se muere la niña o se muere el niño, pero eso sí, a cambio de no matarlos a los dos, le toca a usted oprimir el gatillo.

Y en ese momento, Eduardo pudo ver un brillo malévolo en los ojos de ese psicópata. Estaba loco, desquiciado. Y con alguien así no se podía negociar. Sintió que la vejiga se le aflojaba y, pasado un instante, un calor húmedo le recorrió la pierna».

Alvaro Vanegas (Bogotá, 1980)
De ascendencia chocoana y huilense. Cinéfilo, tallerista, editor, corrector de estilo, dramaturgo, guionista, cazador de zombis y autor. Ha publicado tres obras de teatro, dos antologías de cuentos y doce novelas, una de ellas, *Seis*, será llevada al cine en 2023. *La sangre derramada* es su primera novela con Editorial Planeta S. A.

Vanegas es una de las voces más reconocidas del terror colombiano.

¿Qué pasaría si un día el hijo de Dios aparece en un callejón de Bogotá?

En esta obra de terror, Alvaro Vanegas lleva hasta las últimas consecuencias la noción de justicia. Cuatro historias se entrelazan para demostrar que algunos pecados no tienen perdón: un escritor poseído trata de escribir una nueva novela, un sacerdote pedófilo se enfrenta a los demonios de su pasado, las víctimas se vengan de sus victimarios y Jesús vuelve a la Tierra. Todo esto hace parte del Plan Divino para nuestra redención.

El Cordero de Dios no estará solo, lo acompañarán millones de humanos asesinados.

A E & I Autores Españoles e Iberoamericanos

eBook DISPONIBLE